

Obras completas
Georg Büchner

E D I T O R I A L T R O T A

LA DICHA DE ENMUDECER

Títulos originales:

*Heldentod der vierhundert Pforzheimer, Über den Traum eines Arkadiers,
[Kato von Utika], [Kritik an einem aufsatz über den Selbstmord],
Der hessische Landbote, Dantons Tod, Lenz, Leonce und Lena, Woyzeck,
Über Schadelnerven*

© Carmen Gauger, para la traducción, 1992

© Knut Forssmann y Jordi Jané, para la Introducción, 1992

© Editorial Trotta, S.A., 1992
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfonos: 549 14 43
549 09 79

Diseño
Joaquín Gallego

ISBN: 84-87699-37-5
Depósito Legal: VA-540/92

Impresión
Simancas Ediciones, S.A.
Pol. Ind. San Cristóbal
C/ Estañó, parcela 152
47012 Valladolid

CONTENIDO

Introducción	9
Sobre esta edición	39
Primeros escritos	41
La muerte heroica de los cuatrocientos ciudadanos de Pforzheim	43
El sueño de un arcadio	51
Discurso en defensa de Catón de Utica	52
Sobre el suicidio (reseña)	59
El mensajero de Hesse. Primer mensaje	63
La muerte de Danton. Drama	77
Lenz	135
Leonce y Lena. Comedia	157
Woyzeck	185
Sobre los nervios craneales. Zurich, 1836	207
Cartas	219
Documentos	269
Orden de busca y captura	271
Relación de la enfermedad y muerte de Georg Büchner .	272
Artículo necrológico. Wilhelm Schulz [28 de febrero de 1837]	277
Anexos	281
Cronología	283
Índice de nombres propios	293

INTRODUCCION

Knut Forssmann y Jordi Jané

La personalidad y la obra de Georg Büchner están marcadas de forma decisiva por su momento histórico y son un documento fidedigno de aquella realidad¹. Un siglo y medio nos separa de ésta y si hoy aquí se puede afirmar que la obra de Büchner sigue vigente y despierta interés, no es sólo por su innegable valor artístico y por su carácter de documento histórico, sino por la reflexión que entraña sobre los problemas tanto de la sociedad alemana y europea de su época como de las personas de su entorno.

Tales problemas Büchner los vivió como propios y, tras su estudio y análisis, los elaboró en su obra, amalgamando los de naturaleza social, política, antropológica y fisiológica en un conjunto de difícil disociación, cuyo *leit-motiv* es la dignidad de la vida humana. Consecuentemente, convierte en objeto de sus duras críticas cada uno de los elementos que impiden el desarrollo pleno del individuo como tal, haciendo hincapié en los que considera más apremiantes.

Esta característica es la causa de que su objetivo global difiriese considerablemente del que sus antecesores e incluso sus coetáneos habían dado y daban todavía a la literatura: ésta no tenía como tarea perfeccionar al individuo desde un planteamiento idealista ni mejorar el sistema socio-político mediante las sugerencias y las peticiones de los intelectuales a los poderes públicos, sino denunciar la situación real del pueblo alemán para hacerle tomar conciencia de la necesidad del cambio de sistema.

Una posible justificación de esta diferencia la ofrece el camino seguido por Büchner: no va de la literatura a la política —como en el caso de Heine, Börne, Gutzkow y otros— sino al revés. Büchner no se dedicó a la literatura hasta que comprendió que el camino de la política —la actividad que haría cambiar el rumbo de la historia en el

1. Véase la cronología en este mismo volumen, pp. 283-286.

sentido que él quería darle, y que consideraba imprescindible—todavía no era posible en aquella época, al igual que no lo había sido unos años antes, cuando los jacobinos alemanes intentaron algo parecido aprovechando la convulsión originada por la Revolución Francesa. La posición de Büchner, por lo que respecta a la función de la literatura, está más cerca de la de éstos que de la de sus propios coetáneos.

I. BIOGRAFÍA. CONTEXTO HISTÓRICO-POLÍTICO

La Revolución de julio de 1830 estalló cuando Büchner terminaba sus estudios de bachillerato y agudizó en el joven de dieciséis años aquella tendencia crítica que había nacido de la observación del contraste entre la Alemania oficial de la Restauración, la realidad de su entorno en Darmstadt, capital del Gran Ducado de Hesse, y las ideas francófilas de su padre.

El Gran Ducado era uno de los 39 Estados soberanos de la Confederación Germánica, el resto de lo que había sido el Sacro Imperio Romano-Germánico, tras las Guerras Napoleónicas y el Congreso de Viena. La Confederación estaba presidida por el canciller austríaco von Metternich y su sede central se encontraba en Francfort; la tarea que se habían fijado los delegados de los príncipes alemanes consistía en restaurar la vieja Europa anterior a Napoleón y su enfoque, claramente conservador, se colocó en irreconciliable oposición al naciente liberalismo y a cualquier movimiento progresista.

Entre los actos políticos de la Dieta de Francfort, que en este contexto pueden ser de mayor interés, destacan los «Acuerdos de Karlsbad» de 1819, según los cuales se prohibían todas las agrupaciones políticas no autorizadas formalmente, las asociaciones estudiantiles y la libertad de cátedra en las Universidades, se establecía una censura previa para todos los escritos de menos de veinte pliegos y el derecho a confiscar cualquier impreso sin requisitos previos a la acción policial, la vigilancia permanente de las Universidades y la persecución de los enemigos políticos de la Restauración, que eran tildados de «demagogos». En 1835 la Dieta prohibió la «propagación de los escritos de la escuela literaria llamada «Joven Alemania», citando explícitamente a Heinrich Heine, Karl Gutzkow, Heinrich Laube, Ludolf Wienbarg y a Theodor Mundt.

Büchner creció en un ambiente familiar en el que predominaban aquellas ideas que el padre seguía manteniendo, a pesar de haber alcanzado un apreciable bienestar como consejero médico de Darmstadt. Antes de ocupar este cargo había sido médico militar al servicio de Napoleón, con lo que tuvo la oportunidad de conocer una

legislación mucho más liberal que la de su país. Se consideraba que la Revolución Francesa había hecho posible todas las libertades políticas, y la Reforma de Lutero había hecho lo mismo en lo relativo a la libertad de pensamiento—este tema lo desarrolló Büchner en una exposición oral en el Instituto de Darmstadt titulado *La muerte heroica de los cuatrocientos ciudadanos de Pforzheim*—. El ambiente de la ciudad, en cambio, estaba determinado por la Constitución de 1820, un «escarnio al derecho de emancipación del pueblo»—en expresión del propio Büchner—, especialmente después de haber estado éste bajo la legislación napoleónica hasta el Congreso de Viena.

La Constitución del Gran Ducado de Hesse establecía un Parlamento con dos Cámaras: el Senado, formado por la nobleza junto con los miembros que el Gran Duque designaba con carácter vitalicio, y la Cámara de los Diputados, que debía ser la representación del pueblo, aunque sus miembros no eran elegidos directamente, sino que los candidatos debían ser depurados a lo largo de tres etapas: los ciudadanos debían escoger plenipotenciarios para cada distrito electoral, quienes, por su parte, designaban a los candidatos de entre sesenta de cada distrito, mayores de treinta años y cuyos impuestos fuesen los más elevados; los candidatos elegidos escogían a los diputados de entre los que pagasen como mínimo cien florines anuales de impuestos directos o fuesen funcionarios con un sueldo anual superior a los mil florines. Debido a esta disposición, dos terceras partes de los diputados de la primera Dieta electa fueron altos funcionarios del gobierno; por otra parte, las competencias de este Parlamento eran sumamente restringidas y sus acuerdos podían ser derogados por un decreto ordinario e incluso podían ser limitados por una simple medida administrativa.

Siguiendo la tradición familiar, Büchner fue a estudiar medicina a Estrasburgo, ciudad que, si bien se encontraba bajo dominio francés, seguía siendo tan alemana como antes de la Revolución, las Guerras Napoleónicas y el Congreso de Viena, con la particularidad, sin embargo, de que de su legislación habían desaparecido las cargas feudales y la servidumbre. En esta ciudad fronteriza convivían la población alemana con la administración y guarnición francesas, los estudiantes alemanes con los franceses, y en ella encontró Büchner una mezcla del espíritu de las barricadas parisinas, de activismo y del nuevo idealismo alemán.

Ya en la primera carta que desde esta ciudad escribe a su familia comenta el ambiente y su participación en uno de los actos organizados con motivo de la llegada a Estrasburgo de los refugiados polacos, exiliados tras el fracaso del levantamiento popular por la libertad de Polonia y su independencia del zarismo. Büchner se encontraba entre los estudiantes de la delegación que presentó a los refugiados una bandera negra, deseándoles que «esa bandera fúnebre se convierta

pronto en la bandera de la libertad de Polonia»². También frecuentó la Asociación Estudiantil «Eugenia», fundada por los hermanos Stöber en 1828, en cuyo libro de actas figura que Büchner pronunció el 24 de mayo de 1832 una conferencia sobre la depravación de los gobiernos alemanes.

Durante los dos años de su primera estancia en Estrasburgo siguió con gran interés el desarrollo de los acontecimientos de Alemania, que, vistos desde Francia, todavía le parecían más deplorables. Conoció personalmente a algunos liberales burgueses alemanes exiliados tras la Revolución de julio de 1830 y la Rebelión del Alto-Hesse de septiembre del mismo año. Ellos fueron precisamente los que le reafirmaron en su distanciamiento del liberalismo burgués; su posición era más radical y por tanto no participó, a pesar de conocer el plan, en el Levantamiento de Francfort, el 2 de abril de 1833, organizado por la Asociación Secreta Liberal y las Asociaciones de Estudiantes.

El comentario que ofrece inmediatamente después del levantamiento³ es el más claro testimonio de una conciencia política excepcional en un joven que todavía no ha cumplido los veinte años; en él trasciende la anécdota para interpretar la situación global de Alemania y las causas que la han originado, lo que a su vez le induce a decidir su propia actuación personal en el futuro. Cabe destacar por una parte que si apela a la violencia y la justifica con todo tipo de detalles, es por la indignación provocada por la situación de injusticia que llevó al levantamiento; por otra parte, la afirmación de que su distanciamiento de las acciones tanto pasadas como futuras no se debe ni a su desaprobación ni al miedo, sino a que no comparte la obcecación de aquellos que ven en los alemanes un pueblo dispuesto a la lucha por sus derechos. Sin embargo, la carta finaliza lamentando el encarcelamiento de unos «desventurados» y la preocupación por si entre ellos se podían encontrar algunos amigos suyos.

Los contactos que mantuvo con diferentes grupos y especialmente con miembros de la sociedad «Amis du Peuple» y con la «Société des Droits de l'Homme et du Citoyen», basada en los postulados de la Revolución Francesa, le permitieron observar de cerca la organización de las fuerzas radicales, más desarrolladas y más conscientes en Francia que en Alemania. Tras la Revolución de julio de 1830, con la caída del régimen aristocrático de los Borbones y el establecimiento del dominio de la gran burguesía, se había desvanecido el sueño de la revolución que instauraría la igualdad; al evidenciarse la trama de relaciones entre la política y la alta burguesía, surgió un inicio de alianza entre la intelectualidad, la pequeña burguesía y el proletariado contra la gran burguesía que dominaba el aparato del Estado.

2. Cf. carta a la familia, [después del 4 de diciembre de] 1831, p. 221.

3. Cf. carta a la familia, [hacia el 6 de] abril de 1833, p. 225.

Büchner asistió a sus discusiones, en las que se teorizaba sobre las cuestiones sociales críticas del momento en relación con las teorías en boga de Saint-Simon, Babeuf, Buonarroti y Blanqui, y que no sólo le reafirmaron en su convicción de que el camino a seguir era muy distinto del de los liberales alemanes, sino que incluso le influenciaron en su vocabulario. La única alternativa que considerará a partir de ahora como posible motor de transformaciones, necesarias para superar aquella «ley que convierte a la gran masa de ciudadanos en sumiso ganado destinado a satisfacer las perversas necesidades de una insignificante y depravada minoría»⁴, la ve precisamente en «la necesidad imperiosa de la gran masa»⁵, a la cual contraponen una alianza de «príncipes y liberales»⁶. Con ello su visión política adquiere un matiz predominantemente social que le hará considerar menos grave el hecho de que algunos liberales no puedan publicar sus pensamientos a que miles de familias pasen hambre.

Estos dos años de Estrasburgo (1831-33) representan la única época de su vida que él mismo califica de «feliz»⁷; no sólo ha entrado en contacto con las asociaciones estudiantiles y políticas, sino que también ha conocido a Minna, la hija del pastor Jaeglé, que le ha hospedado durante este tiempo, y se ha prometido con ella. Pero las leyes de Hesse obligaban a los estudiantes a cursar los últimos cuatro semestres de sus estudios en la Universidad de la región, por lo que se vio obligado a trasladarse a Giessen.

Aunque la distancia entre ambas ciudades es relativamente corta, el cambio que él experimenta es enorme y en el sentido contrario al sufrido dos años antes, al pasar del ambiente de Darmstadt a las libertades e inquietudes de Estrasburgo: ahora pasa de éstas a la ciudad provinciana del Gran Ducado, a la que califica de «estrecha y reducida»⁸, refiriéndose tanto a las personas como a su entorno, tanto a la mediocridad de sus profesores como a la presunción de los estudiantes o a la inconsecuencia de la oposición liberal.

Pocos días antes de escribir la carta en que hace esta comparación, Büchner había contemplado cómo iban a votar los que reunían las condiciones para ello, establecidas en aquella apariencia de Constitución vigente en el Gran Ducado, y cómo eran perseguidos como «demagogos» los que se atrevían a poner la más mínima objeción que difiriera de las consignas oficiales, tal como preveía la legislación a partir de las Ordenanzas de Julio (nueva edición revisada de los Acuerdos de Karlsbad, de 1819, a causa de la Manifestación de Hambach, en mayo de 1832). No sorprende, por tanto, que Büchner acabe la carta en cuestión con un comentario sarcástico que recuerda

4. Cf. *Ibid.*, 226.

5. Cf. carta a la familia, junio de 1833, p. 227.

6. Cf. carta a August Stöber, 9 de diciembre de 1833, p. 231.

7. Cf. *Ibid.*

8. Cf. *Ibid.*

su estudio de los temas relacionados con la Revolución Francesa, especialmente por la comparación del cometido de príncipes y liberales con un grotesco guiñol y por su invocación final al cáñamo y a las farolas, elementos de sobra conocidos precisamente en la época de la Revolución para terminar pronto un proceso sumario⁹.

A pesar de esta opinión que le merecen los liberales y de que en una carta a su familia —Estrasburgo, junio de 1833— aseguraba no querer inmiscuirse en la política provinciana de Giessen, poco después de su llegada a esta ciudad, a principios de 1834, entró en contacto con el movimiento secreto de oposición en Hesse, con August Becker, estudiante de teología, y, a través de él, con Ludwig Weidig, pastor liberal de la cercana ciudad de Butzbach, donde había fundado el movimiento patriótico «Sociedad Alemana». Con ellos, y siguiendo el modelo de la «Société des Droits de l'Homme et du Citoyen», fundó la «Sociedad de los Derechos Humanos» en Giessen y en Darmstadt, en marzo y abril del mismo año, respectivamente, con la finalidad de formar grupos para debatir principios políticos que posteriormente pudieran ser refundidos en un futuro programa republicano, fundar sociedades paralelas en otras ciudades y difundir panfletos entre las clases sociales más bajas.

El mismo redactó la constitución de la Sociedad en trece o catorce artículos, basándose en las Constituciones francesas de 1791 y 1793, de las que reprodujo literalmente varios párrafos. En ella se preveía la formación de secciones de doce miembros que estarían al mismo nivel y una de las secciones actuaría de coordinadora de las restantes. El escrito fue quemado ante el peligro de ser descubiertos, cuando comenzaba a cumplirse el primer objetivo de agrupar a intelectuales, estudiantes, artesanos y obreros. Su plan principal consistía en editar, en cada uno de los Estados Alemanes Confederados, panfletos revolucionarios dirigidos a las clases sociales más bajas y a la pequeña burguesía, en los que se estudiaran las condiciones y los acontecimientos peculiares de cada Estado.

El primer fruto de este proyecto apareció en Darmstadt a finales de julio de 1834: *El Mensajero de Hesse*, panfleto de ocho páginas redactado por él mismo y con modificaciones de Weidig, del que se publicó una segunda edición en noviembre del mismo año, aunque ya sin la participación de Büchner.

La represión desencadenada tras la publicación de la primera edición había incluido a Büchner entre los sospechosos; la casa donde se hospedaba en Giessen fue registrada por la policía en su ausencia, fue citado a declarar ante el juez universitario y, aunque no se le pudo inculpar por falta de pruebas, se le abrió un sumario. Esto movió a su padre a pedirle que se trasladase a Darmstadt, donde permaneció el

9. Cf. *Ibid.*, especialmente el párrafo «El pobre pueblo tira pacientemente del carro en el que príncipes y liberales representan su grotesco guiñol. Rezo cada noche al cáñamo y a las farolas.»

invierno de 1834-35. En enero de 1835 fue citado ante los jueces de dos ciudades vecinas para declarar sobre las causas incoadas a sendos sospechosos de haber colaborado en el panfleto, y en febrero, ante el de Darmstadt; una semana antes de esta última citación insinúa más que describe —en una carta a Karl Gutzkow¹⁰— su situación y la necesidad urgente de dinero para poder exiliarse. Que la angustia que le hizo huir de Darmstadt en marzo y refugiarse en Estrasburgo no era infundada quedó demostrado el 14 de junio, al publicarse su orden de busca y captura.

La evidencia del fracaso sufrido con el *Mensajero* no le lleva a la resignación ni a abandonar toda esperanza política, sino que se mantiene a la expectativa de que las circunstancias evolucionen para hacer posible el cambio que él sigue considerando imprescindible. Su correspondencia corrobora esta afirmación: en la carta escrita desde su exilio en Estrasburgo, en julio de 1835, comenta la situación de la oposición de forma realista y lo que encuentra entre los revolucionarios alemanes exiliados lo califica de «confusión babilónica»; a pesar de ello concluye con una exclamación unívoca: «¡Confíemos en el paso del tiempo!»¹¹.

La forzosa inactividad política a que se vio sometido durante su última estancia en casa de sus padres, en Darmstadt, fue sólo exterior. A pesar de sentirse acechado y perseguido, viendo cómo sus colaboradores van siendo detenidos y encarcelados —obligado además a dar apariencia de normalidad ante su padre, ya que sólo puede sincerarse ante su hermano Wilhelm—, se dedica a profundizar sus conocimientos sobre la Revolución Francesa, para concluir en cinco semanas de febril actividad sintetizadora y creadora el drama *La muerte de Danton*.

Se debate en esta lucha interior y busca en sus dramas una salida al conflicto. Büchner no escribió ningún tratado de estética en el que hubiera podido esclarecer la función que quería dar a la literatura. De su correspondencia se pueden entresacar párrafos aislados al respecto que permiten afirmar que él no se consideraba de la «Joven Alemania» —a pesar de su amistad con Gutzkow—, que quería seguir su propio camino, según sus propias ideas¹², que no quería ser «un profesor de moral»¹³, ya que creía que era imposible «reformar la sociedad mediante la *idea* y por iniciativa de la clase *culta*»¹⁴, sino presentar en sus escritos unas situaciones conflictivas concretas para que la gente aprendiera, «lo mismo que aprende estudiando la historia y observando lo que sucede a su alrededor»¹⁵.

10. Cf. carta de finales de febrero de 1835, p. 242.

11. Cf. carta a un destinatario desconocido, julio de 1835, p. 247.

12. Cf. carta a la familia, 1 de enero de 1836, p. 256.

13. Cf. carta a la familia, 28 de julio de 1835, p. 250.

14. Cf. carta a Karl Gutzkow, principios de junio (?) de 1836, p. 262.

15. Cf. carta a la familia, 28 de julio de 1835, p. 250.

Así justifica que sus obras no concluyan con una tesis cerrada, lo que sería más propio de un idealismo dogmático, sino que, tras el planteamiento del problema y de sus causas, lo que equivale a la denuncia del mismo, deja abierta la solución, de forma que inclina al lector a una toma de conciencia negativa.

De hecho, aparte de la pequeña poetología que podría elaborarse a partir de las observaciones diseminadas en su correspondencia y en su obra, lo interesante es observar aquella unidad o idea de conjunto mencionada al principio, que no abarca tan sólo obra literaria y correspondencia, sino que se extiende incluso a su actividad científica y a sus proyectos como profesor. Durante su segunda estancia en Estrasburgo, Büchner se dedicó a terminar sus estudios de anatomía comparada y a otros trabajos literarios: empieza su única obra narrativa, *Lenz*, y traduce por necesidad económica —por encargo de Gutzkow— dos dramas de Victor Hugo, *Lucrecia Borgia* y *María Tudor*.

Aunque estas disciplinas se encuentran hoy a considerable distancia una de otra, hay que tener en cuenta que entonces los estudios universitarios no estaban tan compartimentados: Büchner presentó en tres conferencias, dictadas en la «Société d'Histoire Naturelle» de Estrasburgo en abril y mayo de 1836, su *Memoria sobre el sistema nervioso del barbo*, por la cual, y tras su publicación, la Universidad de Zurich le concedió el título de «doctor en Filosofía». El estudio está dividido en dos apartados, como era usual, uno descriptivo y otro filosófico; en ellos sintetiza los estudios empíricos y los filosófico-especulativos, aproximándose a una dialéctica de la naturaleza.

Seguidamente, entre junio y noviembre de 1836, prepara la lección magistral *Sobre los nervios craneales* —que pronunciará en la Universidad de Zurich para inaugurar su actividad docente en esta Universidad—, se prepara para impartir un curso sobre la filosofía alemana desde Descartes y Spinoza y sobre filosofía griega, escribe la comedia *Leonce y Lena*, los primeros esbozos de un drama sobre Pietro Aretino —que nunca han sido hallados— y las escenas del drama *Woyzeck*.

Una fiebre tifoidea truncó en pocos días una trayectoria que prometía ser muy fecunda. Al morir, el 19 de febrero de 1837, Büchner contaba 23 años. Su obra, aunque breve, reúne las contradicciones de su época y, si bien no presenta un planteamiento consistente para resolverlas, su importancia reside en haberlas sabido reconocer y plasmar literariamente. Tanto en el aspecto socio-político como en el literario, puede afirmarse que Büchner estuvo adelantado a su tiempo.

II. OBRAS

El Mensajero de Hesse

Este panfleto de ocho páginas adopta como lema la consigna de los jacobinos durante la Revolución Francesa: «¡Paz a las chozas, guerra a los palacios!». Fiel al programa de estudiar las condiciones peculiares de cada Estado y consciente de que Hesse seguía siendo fundamentalmente una región agrícola, Büchner dirige el panfleto especialmente a los campesinos. De hecho, solamente una séptima parte de sus 650.000 habitantes vivía en las ciudades, en su mayoría pequeñas y con un estilo de vida que apenas se diferenciaba del de las aldeas, ya que su industria, organizada de forma gremial y patriarcal, se basaba en los productos manufacturados.

Les habla de libertad y les muestra la diferencia entre ésta y la opresión y lo hace en un lenguaje y unas imágenes que tenían que serles familiares, ya que estaban extraídos del único libro que seguramente habían leído, la Biblia, en su traducción más usual, la de Lutero. A diferencia de otros panfletos aparecidos a partir de 1830 con una finalidad parecida —*Enciclopedia rural*, *La tribuna popular*, *Abecedario de la libertad* o incluso *Memorial para los nobles representantes del pueblo* y *El farol iluminador de Hesse*, atribuidos a Weidig, etc.—, el *Mensajero* habla al pueblo sin censurar las creencias populares ni ignorarlas aristocráticamente y, en lugar de utilizar conceptos elevados, como la honra y la libertad de la nación, las constituciones, los derechos humanos o la libertad de prensa —conceptos usuales en los panfletos mencionados, que los campesinos no entendían ni se interesaban por ellos—, les presenta sus propios problemas en su propia lengua, las causas reales de su miseria y la manera de superarla, evidenciando que los intereses materiales básicos de la gran mayoría de la población eran el motivo fundamental de la revolución, haciéndola necesaria.

Con el fin de alcanzar la máxima difusión posible, Büchner envió el manuscrito original a Ludwig Weidig para su publicación y éste suprimió lo que le parecía demasiado provocador, añadió citas bíblicas y refranes populares y sustituyó además «los ricos» por «los poderosos» en la contraposición que el original establecía entre aquéllos y «el pueblo» o «el campesino». Con ello no menoscaba la agresividad inicial contra el sistema dominante, pero el modo de vida que, simplificando, presenta como típico de las clases altas, en contraste con el de las clases bajas, no era exclusivo de la aristocracia, sino común a ésta, a la alta burguesía y la alta burocracia; esta modificación convierte además el argumento social en político, que más podía interesar a la burguesía que al campesinado.

Con un estilo realista, crítico, utilizando estadísticas claras y sencillas, detalla los impuestos que pagan los campesinos y comenta

el uso que se hace del dinero recaudado, cómo la Corte del Gran Ducado reparte el presupuesto entre los ministerios, los funcionarios, la policía, el ejército, etc. Punto por punto va describiendo los gastos de la Corte y sus organismos como una maquinación encaminada a la explotación del campesinado, en beneficio de las clases altas y con la ayuda de un costosísimo aparato represivo; con ello puede concluir la argumentación presentando el orden interior del país como el orden de la injusticia social y afirmar que «vivir dentro de un orden significa sufrir hambre y ser desollado», que la ley es un mero capricho de los dominantes o que la policía y el ejército son «los asesinos legales que protegen a los bandidos legales»¹⁶.

Estas palabras no podían ser leídas con indiferencia por los campesinos que cuatro años antes, en 1830, habían vivido muy de cerca el levantamiento de la cercana aldea de Södel, levantamiento duramente reprimido, y que no podían haber olvidado que unos años antes el Gran Duque había vendido literalmente a Inglaterra —para sus guerras coloniales— una parte de sus tropas, compuestas por hijos de campesinos enrolados a la fuerza.

Seguidamente ofrece una lección muy elemental de historia sobre la Revolución Francesa y los derechos humanos, presentando como causa de la caída del «Estado libre» la ofuscación de los franceses al vender su libertad a cambio de la gloria que les prometiera Napoleón, error que estaban pagando con el restaurado dominio borbónico y con una Constitución tan sólo en apariencia liberal, parecida a las que prometían los príncipes alemanes. Su conclusión no puede ser otra que la apelación al pueblo a tomar conciencia de su propia situación, del potencial de sus fuerzas y de la necesidad de su rebelión.

Sería temerario intentar valorar la recepción o la trascendencia que este panfleto pudo tener entre sus lectores; sin embargo, el hecho de que Weidig y sus colaboradores hicieran una segunda edición en noviembre del mismo año ofrece una prueba de su valor; el hecho es insólito entre tales panfletos, máxime considerando la represión de la que fueron objeto los responsables de la primera edición. La de la segunda no fue más suave: en abril de 1835 fueron detenidos Weidig y otros colaboradores, entre ellos August Becker; en febrero de 1837 Weidig optaría por el suicidio, cortándose las venas, antes que seguir soportando las torturas a que se veía sometido.

La muerte de Danton

Después de la detención de Karl Minnigerode y otros miembros de la «Sociedad de los Derechos Humanos», en agosto de 1834 Büchner

16. *El Mensajero de Hesse, infra*, p. 68. Tales ideas coinciden con las expresadas en su correspondencia, especialmente en la carta a la familia del 5 de abril de 1833.

debe contar constantemente con la posibilidad de sufrir el mismo destino. Ha sido ya denunciado como autor del *Mensajero* y, aunque no se han podido aducir pruebas concretas hasta el momento, las pesquisas policiales siguen su curso.

Para prevenir mayores problemas, el padre quiere tener al hijo sospechoso provisionalmente bajo su vigilancia. Büchner no regresa a la Universidad de Giessen al terminar las vacaciones, sino que permanece en la casa paterna de Darmstadt, continuando sus estudios científicos en el laboratorio de su padre.

A mediados de enero de 1835 recibe una citación del tribunal de Offenbach, competente en las causas criminales; poco después se le cita ante el juez de instrucción de Friedberg. Aún se trata solamente de declaraciones como testigo en la causa abierta a Jakob Friedrich Schütz, uno de los íntimos colaboradores de Büchner, en paradero desconocido; pero diariamente crece el peligro de que tenga que justificarse ante los jueces.

En estas semanas de tensión extrema escribe Büchner su drama sobre la Revolución Francesa. El manuscrito definitivo lo manda a finales de febrero al editor Sauerländer de Francfort. Probablemente es aceptado gracias al apoyo de Karl Gutzkow, escritor de la «Joven Alemania», entonces redactor de esa editorial y coeditor de la revista *Phoenix*, el cual valora inmediatamente la obra, calificándola de genial. *La muerte de Danton* se publica primero en dicha revista, de forma fragmentaria, con paráfrasis de las escenas suprimidas; después, apenas medio año más tarde, aparece como libro, mutilado en muchos puntos y con el subtítulo, no autorizado por el autor, de *Cuadros dramáticos del dominio del terror en Francia*. La mutilación y el subtítulo produjeron la indignación de Büchner, que no tuvo la posibilidad de controlar la publicación. En estas fechas se encontraba ya de nuevo en Estrasburgo, ahora como refugiado político, acusado de alta traición: el 9 de marzo de 1835 —evitando por poco su detención— había vuelto la espalda para siempre a Alemania.

Estas circunstancias son dignas de mención y de no poca importancia para la comprensión de ciertos rasgos y aspectos del drama, que, dicho sea de paso, fue la única obra publicada en vida del autor. Büchner la escribió, según su propio testimonio, en cinco semanas como máximo. No se puede olvidar, sin embargo, que su fase preparatoria y creativa le había ocupado al menos todo un año. Es de suponer que ya desde enero o febrero de 1834 Büchner se ocupó intensivamente con la historia de la Revolución Francesa.

Su extraordinario interés por la historia de Europa, especialmente por su aspecto emancipador, se puede constatar ya desde su época de estudiante de bachillerato en el Instituto de Darmstadt. Ahora ve en la Revolución Francesa el máximo apogeo de las aspiraciones de la Humanidad a la libertad político-social. Estudia los ensayos y descripciones más importantes de la Gran Revolución, que estaban a su

alcance, las obras de Louis-Adolphe Thiers, François-Auguste-Marie Mignet, Louis-Sébastien Mercier, el volumen duodécimo de la *Geschichte unserer Zeit (Historia de nuestro tiempo)*, editada por Karl Strahlheim, en 30 volúmenes (Stuttgart, 1826-30), y otras fuentes.

Es casi seguro que durante el estudio de estas obras había tomado numerosos apuntes, algunos de considerable amplitud, que luego utilizaría, en gran parte literalmente, al redactar el drama. Solamente así se explica su increíblemente rápida redacción, en cuyo texto se integra aproximadamente una sexta parte de auténtico material histórico.

El estudio de la historia de la Revolución, junto con el ambiente abrumador de Giessen, provocan en Büchner una profunda crisis que puede considerarse como el elemento inspirador más importante de su drama. Es entonces cuando escribe a su novia la llamada «carta sobre el fatalismo», en la que expresa lo que experimenta y siente en aquellos momentos¹⁷.

Ya que en esta carta se encuentran unas frases que Büchner hará pronunciar literalmente o de forma casi literal a Danton, se ha creído que se podía utilizar como una clave para interpretar el drama, y consecuentemente se ha considerado a Danton el portavoz de las ideas del autor o, como mínimo, el personaje con el que más se le identifica.

Es obvio que éste es un procedimiento interpretativo dudoso, teniendo en cuenta las peculiaridades intertextuales de la obra de Büchner. Un breve análisis del concepto histórico de Büchner permite obtener otra visión de la relación entre la carta mencionada y el drama. Durante el estudio intensivo de la historia de la Revolución Francesa, Büchner ha modificado, sin duda, su concepto de historia; lo importante es ver en qué sentido. Su primera manifestación sobre la Revolución, que se ha conservado, se encuentra en un discurso que pronunció en el Instituto a sus 16 años. En él define la Revolución como una lucha «que, con impulso poderoso, hizo avanzar a la humanidad más de un siglo», una lucha que, aunque sangrienta, fue justa, al vengar las atrocidades cometidas por déspotas infames que habían hecho sufrir a la humanidad a lo largo de muchos siglos, y que además enseñaba a los pueblos europeos «que la *Providencia* no los había destinado a servir de juguete al capricho de los déspotas»¹⁸.

17. Cf. carta a su novia, entre el 19 y el 12 de marzo de 1834 (según últimas investigaciones, esta carta se fecha en enero de 1834), p. 234, especialmente el párrafo: «He estado estudiando la historia de la Revolución. Me he sentido como aplastado por el atroz fatalismo de la historia. Veo una horrible igualdad en la naturaleza humana, en las condiciones de vida de los hombres una violencia ineluctable, conferida a todos y a nadie. El individuo no es sino espuma de las olas, la grandeza, mero azar, la preponderancia del genio, un teatro de marionetas, una lucha irrisoria contra una ley de hierro, conocerla es lo más que se puede alcanzar, dominarla es imposible.»

18. *La muerte heroica de los cuatrocientos ciudadanos de Pforzheim*, *infra*, p. 43.

En otro discurso del joven estudiante, pronunciado en 1830, se encuentran manifestaciones similares: en su *Discurso en defensa de Catón de Utica* compara la aparición de las grandes figuras de la política con la de meteoros que en su órbita excéntrica parecen no tener una dirección determinada, «hasta que los grandes efectos de estos fenómenos demuestran que su aparición había sido dispuesta largo tiempo atrás por aquella Providencia cuyas leyes son tan inescrutables como incommovibles»¹⁹.

Al principio, por tanto, Büchner parece convencido de que una fuerza providencial dirige el proceso histórico, aunque sólo puede reconocerse de manera retrospectiva y según unas leyes ocultas a los hombres. Aunque esta idea de una fuerza providencial superior queda un poco indeterminada, indica que Büchner divisa claramente la meta hacia donde debe ser dirigido todo esfuerzo: alcanzar una Humanidad libre, tanto en el sentido de libertad de pensamiento y de religión, como de libertad política; el concepto *libertad* es una de las palabras claves en los escritos juveniles de Büchner.

Esta meta se mantendrá incólume. Lo que se modifica durante el estudio de la Revolución Francesa es la idea de que el proceso histórico esté dirigido por la Providencia, ya que Büchner no ve en el desarrollo de la Revolución un proceso racional. No son los acontecimientos sangrientos de la Revolución lo que le conmueve hondamente, sino el hecho de constatar que en el curso de la mayor lucha por la libertad, librada por la Humanidad hasta entonces, las fuerzas progresistas se desintegran, dirigiéndose cada una de las partes resultantes contra las otras, hasta su aniquilamiento recíproco. Esta visión ya no es compatible con la idea de una fuerza providencial de ningún tipo. Lo irracional del desarrollo de la Revolución es lo que Büchner califica de fatal.

Comprendiendo así el «fatalismo» del que Büchner habla en la carta mencionada, no se puede sacar la conclusión precipitada de que Büchner se hundió en la resignación y en el escepticismo ante toda posibilidad de acción, sino todo lo contrario: en las semanas y meses después de la fecha en que se supone que redactó la carta, Büchner se dedica sin descanso a una actividad política muy arriesgada, ofreciendo así la prueba más evidente contra el argumento del revolucionario resignado. Además, en la visión profundamente pesimista en el ámbito filosófico, se puede fundamentar su postura totalmente contraria a la resignación, ya que al no existir unas fuerzas superiores racionales, es decir, una Providencia —y no sólo cristiana—, el hombre ha de luchar mediante su propia fuerza espiritual contra el ciego destino para aproximarse a la meta propuesta, a la libertad de la Humanidad.

19. *Discurso en defensa de Catón de Utica*, *infra*, pp. 52-58.

Vemos, pues, que afirmaciones paralelas o similares en el texto de la obra de Büchner y en su correspondencia pueden inducir fácilmente al error de identificar al autor con uno de sus personajes ficticios. Para prevenir este peligro, se pueden mostrar paralelismos sorprendentes entre los discursos juveniles pronunciados en el instituto de Darmstadt y las intervenciones de Saint-Just en la Convención Nacional, como en la escena séptima del segundo acto, escena de suma importancia, cuyo texto no figura entre las fuentes históricas utilizadas por Büchner. Por consiguiente, ¿serían las convicciones de Saint-Just las mismas que las de Büchner? Ciertamente es que con tales intentos de identificación difícilmente será posible captar el significado profundo de una obra tan polifacética y contradictoria como *La muerte de Danton*.

La crítica literaria considera a Büchner unánimemente como uno de los más geniales vanguardistas del teatro moderno. Con esto, sin embargo, no se piensa en primer lugar en el compromiso social y en su crítica radical a la situación socio-política de su época, que se hace patente en toda su obra, sino en anticipaciones de tipo lingüístico y estructural que no se apreciarán en su totalidad hasta bien entrado el siglo XX. En *La muerte de Danton* Büchner sorprende con una serie de importantes innovaciones dramáticas. Lo que a primera vista llama la atención es el abandono de la forma tradicional del drama dividido en cinco actos, un principio estructural que incluso los precursores más estimados por Büchner, Shakespeare y los dramaturgos del *Sturm und Drang*, han respetado casi sin excepción. También la sucesión poco rigurosa de escenas, sin un nexo fijo, que sin embargo se da ya en el drama histórico anterior a Büchner, por ejemplo, en *Götz von Berlichingen* (1771) de Goethe, adquiere aquí una nueva función, al no corresponderse con la unidad integrada de diálogo, como era usual hasta entonces. En la obra de Büchner la función de las escenas implica sobre todo un cambio de perspectiva.

Otras características destacables serían los diálogos, con afirmaciones y respuestas rebosantes de alusiones, condensadas hasta formar dichos sentenciosos; el método del montaje de material histórico auténtico; el verismo a ultranza que no excluye ni lo obscuro, al lado de elementos de un lirismo extraordinario. Todo esto sorprende al lector en su horizonte de expectativas, despertando asombro e incluso extrañeza y, a la vez, un máximo de fascinación.

Al analizar la estructura, se plantea en primer lugar la cuestión de por qué el autor ha dividido el drama precisamente en cuatro actos. ¿Resulta esta división necesariamente de la autenticidad del material histórico? ¿Es que acaso el contenido determina la forma? El concepto que tiene Büchner del autor dramático como historiador de rango superior parece confirmarlo. Así, la verdad histórica parecería trascender la verdad poética. Pero evidentemente no es el caso. Büchner no ha dramatizado simplemente un capítulo de la *Historia de la*

Revolución de Thiers. Al leer la obra o verla representada, no admiramos la fidelidad de la imitación poética de una de las fases más decisivas de la Revolución, sino la conjunción de la composición, con sus múltiples acontecimientos y caracteres definiéndose dialécticamente ante el horizonte de ideologías contradictorias. Esta conjunción llega a establecerse mediante nexos entre todos sus elementos, que tanto pueden aparecer en analogías como en antagonismos, con un frecuente cambio de perspectivas; elementos que se hacen difíciles de identificar, ya que el texto a menudo sugiere más de lo que literalmente dice.

Por lo que concierne a la división del drama en cuatro actos, se puede demostrar que no es condicionada por el tema, ni mucho menos causal, sino que manifiesta una intención clara del autor. Los tres primeros actos empiezan, cada uno, con una conversación que versa sobre temas preferentemente político-filosóficos y terminan con una medida dirigida contra Danton y sus seguidores. Al final del primero se decide la detención de los dantonistas en el Club Jacobino; al final del segundo se le niega a Danton la posibilidad de justificarse ante la Convención Nacional; al final del tercero se incita al pueblo en contra de Danton. Tres veces consecutivas, en cierto modo como en tres círculos concéntricos de órbita creciente, se llegan a tomar decisiones nefastas contra Danton y su grupo. Todo el cuarto acto, ya que la decisión ha sido tomada de forma irrevocable, se podría considerar superfluo desde el punto de vista dramático. Pero precisamente este acto es imprescindible como culminación de todo el drama, en cuanto en él se manifiesta la verdad poética con toda su envergadura: en el nivel dramático, en el destino desesperado de Julie y Lucile, y en el lírico-reflexivo, en las últimas conversaciones de los encarcelados.

La muerte de Danton es la tragedia del revolucionario fracasado Georges Danton. Para aproximarse a los acontecimientos históricos «lo más posible», Büchner no sólo ha adoptado de las fuentes buena parte de la caracterización de su protagonista, sino que incluso una sexta parte de su drama está formada por material histórico, como ya se ha mencionado. Se trata, pues, indiscutiblemente, de una tragedia histórica, un tipo de drama que, según Büchner, «sólo cumple con su intención a través de una fiel reproducción de lo realmente ocurrido», lo que parece responder a la propia convicción poetológica de Büchner.

Al profundizar en el estudio de la obra se notará, sin embargo, algo curiosamente contradictorio. Se observará que la demostración minuciosa de su veracidad histórica sólo sirve hasta cierto punto para su explicación, no rebasando los límites de una condición previa para su interpretación. Se observará igualmente que hay que matizar la afirmación, a menudo repetida, de que Büchner se atiene exactamente hasta el detalle a sus fuentes, ya que en muchos pasajes de la obra se

encuentran modificaciones, por no decir manipulaciones, del material histórico; por ejemplo, al final del discurso de Robespierre pronunciado ante la Convención, en el segundo acto. En la fuente que utilizó Büchner consta que Robespierre exige que la propuesta de Legendre sea estudiada con exactitud, mientras que en la obra Robespierre exige que dicha propuesta «sea rechazada» (II, 7), lo que representa una relevante agudización de las medidas. Pero, al mismo tiempo, con ello se justifica dramáticamente el discurso siguiente de Saint-Just, que carece de una base histórica.

Se observará ante todo que el drama ejerce su mayor efecto conmovedor precisamente en aquellas escenas en las que Büchner prescinde de la autenticidad histórica: por ejemplo, la conversación entre Danton y Robespierre (I, 6), la escena en la cárcel (IV, 3) o las apariciones de Lucile en el cuarto acto. Se hace propiamente interesante cuando Büchner se aparta de las fuentes históricas: mediante variaciones léxicas o fraseológicas, mediante modificaciones del contexto, condicionadas por su técnica de montaje, o, en fin, mediante caracterizaciones más diferenciadas y profundizadas, especialmente en el caso de Danton y Robespierre. En las fuentes históricas Danton aparece como una persona entregada al placer, inactiva y desilusionada, aunque al mismo tiempo como luchador intrépido por la justicia y la libertad. Büchner parece haber ahondado conscientemente en lo contradictorio de este carácter, intentando fundamentar el comportamiento de Danton no sólo en el contexto político, sino también en su visión general del mundo. Ello se corresponde con la caracterización diferenciada de Robespierre, a quien Büchner adorna con unos rasgos humanos, de los que carece en las fuentes. También el «Mesías sanguinario» está acosado por las dudas, aunque él no duda de su convicción política, sino de sus conceptos éticos. En el drama es un digno adversario de Danton, sobre el cual el autor no expresa ningún juicio negativo y que incluso parece ser apartado de la escena a partir del final del segundo acto, para no tener que implicarle en las intrigas de los otros miembros del Comité de Salud Pública o del Tribunal Revolucionario.

Lo inconmensurable de la obra se manifiesta plenamente al intentar analizar deslindando las auténticas fuentes históricas de la propia creación de Büchner. La verdad histórica exigida por Büchner como principio poetológico es superada ampliamente por la verdad poética, síntesis de aquellos dos aspectos. Pero, ¿cuál es la verdad poética de la obra? No hace falta comprenderla en el sentido de Schiller²⁰, ni mucho menos como un determinado «mensaje» del autor, como una glorificación de la Revolución ni como una conde-

20. Según Schiller, la verdad poética depende de la intensidad con que la obra conmueve el ánimo del público; cf. *Über die tragische Kunst*, 1792.

nación de la misma, ni tampoco como una lección de cómo no se ha de hacer una revolución.

La muerte de Danton no es una obra de tesis que intente demostrar una doctrina política o filosófica, sino que es una genuina obra poética, cuya complejidad hace tremendamente difícil el acceso a su verdad poética, en cuanto aúna además la vivencia conflictiva del autor, palpable en cada escena. La profunda interconexión de ambas verdades, la histórica y la poética, junto con esta vivencia visceral, es lo que confiere a la obra su excepcionalidad. El lector o espectador no lamentará el esfuerzo que debe realizar para aproximarse cada vez más a esta verdad oculta subyacente en la obra.

El conflicto que se dirime en *La muerte de Danton* consiste en la incompatibilidad de dos posturas revolucionarias encarnadas en las figuras de Danton y Robespierre. Danton ha reconocido que el terror revolucionario no puede aliviar la miseria de la masa, mientras que Robespierre persiste ciegamente en alcanzar la meta de la Revolución mediante la extirpación total de los enemigos potenciales de la República. El error de Danton consiste en querer abstenerse de toda actividad política y disfrutar ya de los logros; Danton es solamente el revolucionario burgués incapaz de trascender los límites de la revolución del Tercer Estado que no aspira más que a liberarse del feudalismo. Llevar a cabo la revolución social ya no entra dentro de sus cálculos.

Es un hecho histórico que tanto Danton como Robespierre son víctimas de su propia política, hecho que el autor dramático no puede ni quiere ignorar: Robespierre, momentáneamente vencedor en el conflicto, no será capaz de mantener durante mucho tiempo su «despotismo de la libertad» y apenas a los cuatro meses seguirá a sus oponentes políticos al patíbulo. Büchner no ha reflejado estos hechos en su obra, pero constantemente cuenta con la memoria histórica del público, que ha sido acertadamente calificada de «ambiente de Termidor», ambiente que domina en toda la obra²¹. Con ello *La muerte de Danton* no es, en última instancia, sólo la tragedia de un revolucionario concreto, sino que además simboliza el «fracaso de toda una revolución».

Leonce y Lena

La experiencia vivida con la censura a raíz del *Danton* o el concurso abierto por la Editorial Sauerländer para premiar la mejor comedia alemana han sido considerados por algunos críticos los motivos fundamentales de que el segundo drama de Büchner, *Leonce y Lena*,

21. Según el calendario revolucionario, Termidor corresponde al mes de julio, y aquí se refiere a la fecha de la ejecución de Robespierre (28 de julio de 1794). La expresión «ambiente de Termidor», así como la posterior de «fracaso de toda una revolución», son de Hans Mayer.

adoptase la forma de comedia romántica; incluso alguno ha llegado a afirmar que el fondo también lo era, para justificar la burda leyenda según la cual Büchner se habría desentendido de los temas políticos.

En realidad, la aparente comedia presenta al espectador actual otra reflexión sobre otro segmento de historia, aunque en esta ocasión no es de la historia de una época anterior a la del autor, sino un reflejo esperpéntico de su propia época; para el espectador coetáneo, una reflexión sobre su propia realidad, más esperpéntica si cabe, puesto que él sufría directamente sus consecuencias.

A pesar de su apariencia de cuento de hadas y de que algunas de sus escenas serían más propias del teatro de títeres, en la obra aparecen uno tras otro los temas que preocupan al autor: la inutilidad de la monarquía, la simulación de funciones del aparato burocrático y la estupidez de sus representantes, la arbitrariedad de la justicia, la carencia de sentido de los numerosos Estados minúsculos, la falacia de la moral tradicional, que sirve únicamente para hacer pasar el tiempo y matar el aburrimiento de las clases elevadas, la función alineadora de la educación y la cultura tradicionales y todo ello como la causa de la miseria real del pueblo.

A no ser por este último elemento, podría parecer que la modernidad de Büchner le lleva incluso a alcanzar los albores del teatro del absurdo, al representar una tragicomedia de la absurdidad de la vida humana —como se ha afirmado—, pero tanto este elemento, que significativamente no aparece hasta mediados del tercer acto, como las intervenciones y referencias sarcásticas a lo largo de la obra, indican claramente que la intención de la aparente comedia no tiene nada en común con las comedias tradicionales, ni se aparta de la del resto de la obra büchneriana. Si bien es cierto que una buena parte de las situaciones presentadas es absurda, no lo es menos que tales situaciones reflejan satíricamente aquellas parcelas de la realidad que Büchner consideraba precisamente absurdas, por anacrónicas, cuando se divisaban ya otras posibilidades.

La modernidad de la estética de Büchner podría buscarse más bien en su aproximación a lo que posteriormente se ha llamado «distanciamiento», en el sentido de violentar esperpénticamente la percepción de lo que se está acostumbrado a aceptar como normal, para desenmascarar sus fallos y provocar la toma de conciencia por parte del lector o del espectador. Su finalidad es didáctica, pero no en el sentido de la *Aufklärung* o del Idealismo, dando las pautas ejemplares a seguir, sino, al contrario, mostrando y denunciando lo que no debe ser, lo absurdo: «¿Reformar la sociedad mediante la *idea* y por iniciativa de la clase *culta*? ¡Imposible! Nuestra época es puramente *material*»²², había escrito a Gutzkow; en la misma carta

22. Cf. carta a principios de junio (?) de 1836, p. 262.

confronta de nuevo al pueblo con la «caduca sociedad moderna», cuya ocupación principal consiste en intentar matar el aburrimiento.

Este contraste entre ambas esferas es el motivo fundamental de la actividad literaria de Büchner y lo que provoca la ira contra la sociedad parásita presentada en la obra. Su simplificación de las clases sociales en dos, la de los ricos y la de los pobres —como hiciera en el *Mensajero*, a pesar de que en las sociedades que frecuentó en Estrasburgo ya se diferenciaban subgrupos en cada una de ellas—, le lleva a englobar en la de los ricos a todos aquellos que viven del trabajo de la mayoría, tanto los que pertenecen propiamente a la minoría como los que ayudan a ésta a dominar a la mayoría: cortesanos, funcionarios, el maestro y el capellán.

Este último aparece, únicamente y de forma brevísima, en la tercera escena del tercer acto, en una función en la que resulta imprescindible, aunque ya con las pocas palabras que el autor le hace pronunciar queda suficientemente ridiculizado y a la misma altura que el resto de los funcionarios. Si tan lacónica aparición se debe a que la censura prohibía cualquier mención de temas religiosos o de otros motivos, es una cuestión que debe quedar pendiente, a falta de elementos de apoyo; únicamente en una carta Büchner manifiesta su poca simpatía por el estamento eclesiástico²³ y al final de la tercera escena del primer acto hace referencia al tema, entre las bromas y veras de Leonce.

La cuestión de fondo aparece ya en la dedicatoria de la obra, con la cita de la oposición de Alfieri y Gozzi entre la fama y el hambre, que en la lengua original permite además el juego de palabras, y que insinúa los centros de atención de los dos grupos sociales en cuestión, a la vez que recuerda la dicotomía del lema que encabezaba el *Mensajero*, como si, en la comedia, Büchner intentara llevar aquella guerra a los palacios, o por lo menos lo que de ella creía factible en aquellas circunstancias.

De entrada, la acción se sitúa en los reinos de Popo y de Pipi, topónimos inventados de clara intención ridiculizadora de la institución monárquica —el segundo significa lo mismo en alemán y en castellano, el primero es usado en alemán, en lenguaje infantil, para designar el trasero—, que el lector podía ubicar en cualquier principado de los que formaban la Confederación Germánica.

En la primera escena aparece el príncipe, víctima de aquel aburrimiento al que Büchner hacía referencia en la carta. La sátira de la vida cortesana se inicia así, mostrando la absurdidad de una institución cuyos representantes deben contar granos de arena, contemplar el paso de las nubes y ocuparse de la melancolía provocada por el mismo paso de las nubes, como hace el príncipe. Para ello necesita la ayuda de su preceptor y de Valerio, que hace las veces de bufón, y a

23. Cf. carta a la familia, enero de 1833, p. 225.

través de cuya conversación se van desvelando las importantes funciones con las que debe cumplir un rey, como pueden ser pasear todo el día molestando a la gente, que a su paso debe descubrirse, etc. Al final de la obra Leonce propondrá a Lena algo parecido, demostrando que el sistema puede continuar y que, de hecho, el monarca actúa según el dictado del bufón.

El resto de las funciones reales las presenta el propio rey Peter, rodeado de sus cortesanos, aunque no corresponden a las que se podrían esperar de un rey y su corte. Sus preocupaciones consisten en pensar de forma aparentemente correcta y ante todo conservar el orden establecido —presentado de nuevo como algo absurdo—: lo más importante es la correcta colocación de la tabaquera y el número de botones que deben estar abrochados, de lo contrario considera que «las categorías» y «su sistema» están en la ruina. Por otra parte, el lenguaje utilizado adquiere los tonos pomposos de la filosofía que admite como correcto un resultado por el mero hecho de haber dado los pasos previos: «si... entonces...» (III, 3). La crítica que hace Büchner aquí, en tono burlesco, de esta filosofía, coincide temporalmente con sus estudios de filosofía y con un comentario epistolar²⁴ y, fundamentada seriamente, con una parte de la exposición que presentará en su lección magistral en la Universidad de Zurich.

Leonce, al no tener todavía la responsabilidad de un rey, puede dedicarse a pasatiempos más originales, todavía no codificados como los de su padre, y se entretiene escupiendo trescientas sesenta y cinco veces seguidas sobre una piedra o, aguzando el ingenio, puede incluso llegar a descubrir un nuevo pasatiempo que puede llegar a ser «una afición principesca» (II, 2) y que consiste en desmembrar hormigas; con esta generalización el aburrimiento deja de ser una característica particular del reino de Popo.

Uno de los problemas reales de la Alemania surgida del Congreso de Viena era la existencia de los 39 Estados de la Confederación Germánica, a pesar de la voluntad de unidad, expresada por los sectores progresistas. Era una de las causas principales del retraso económico-social de Alemania respecto a los demás países europeos, como Francia e Inglaterra. Este problema lo aborda Büchner con la jocosidad exterior característica de toda la obra: no surge como una de las preocupaciones del rey y mucho menos de Leonce, sino como de pasada, como algo que ambos consideran natural y cotidiano, sobre lo que no se les ha ocurrido pensar. Al comentar una anécdota, Valerio enumera, entre otros detalles, los principados, granducados y reinos que han atravesado corriendo en medio día (II, 1). Poco después aparece el mismo tema en palacio, en una forma todavía más caricaturesca, si cabe, ya que el personaje que menciona el tema no es el bufón, sino el propio rey, al preguntar si se observan las fronteras y

24. Cf. carta a Gutzkow, 1835, p. 254.

obtener como respuesta que desde el palacio se puede mantener la más estricta vigilancia y reconocer a simple vista a los que pasen por ellas (II, 3).

Otra de las funciones reales, precisamente la que en los orígenes de su institución había justificado la existencia de la monarquía, consistía en que el rey se ocupara de sus súbditos. Que el rey Peter deba hacerse un nudo en el pañuelo para acordarse de su pueblo y de la reunión con el Consejo de Estado (I, 2), mientras el príncipe se entretiene con una cortesana (I, 3), son otras escenas no menos sarcásticas.

En la carta a Gutzkow mencionada arriba, Büchner se manifiesta contrario al Romanticismo, y alude a los románticos como «esos que siempre vuelven la vista atrás y recurren a la Edad Media, porque no encuentran acomodo en el presente»²⁵. Todo el falso mundo construido por el Romanticismo tardío, todavía vigente en tiempos de Büchner, es también objeto de la sátira mordaz, no sólo en la forma global de la comedia, sino en innumerables situaciones y frases tópicamente románticas que reciben inmediatamente la réplica desmitificadora: desde la primera escena del primer acto, donde Valerio contrapone su visión práctica de la naturaleza comestible, frente a la visión de Leonce, o la réplica de éste a Rosetta, al preguntarle ella si su amor es para siempre (I, 3), hasta la parodia de suicidio a la luz de la luna por amor no correspondido (II, 2), o las figuras de Lena y su aya, con sus monasterios, eremitas, rebaños, mirtos y adelfas (II, 1).

El contraste con la cultura filosófica y literaria de la corte surge en la escena de la boda: el pueblo es utilizado como decorado de los faustos reales, ejerciendo como director de escena el maestro, quien, además de mencionar el hambre real —pueden oler un asado una vez en la vida—, ofrece una muestra de la cultura alienada del pueblo, muy acorde con las conveniencias de la corte.

Woyzeck

La tercera obra teatral de Büchner, *Woyzeck*, quedó fragmentaria. Probablemente el autor trabajó en ella desde otoño de 1836, durante su exilio en Estrasburgo, y luego en Zurich, donde se encontraba a partir de mediados de octubre del mismo año. Sin embargo, de forma parecida a la elaboración de *La muerte de Danton*, en este caso también se supone que ya antes había acariciado la idea de escribir este drama, al estudiar en la biblioteca de su padre las fuentes del caso Woyzeck y de otros dos casos de asesinato. Pero la intensa dedicación a los estudios científicos y filosóficos con que se preparaba para ocupar la plaza de profesor en la Universidad de Zurich le impidió terminar el drama con la celeridad que se podía esperar del

25. Cf. *Ibid.*, pp. 254-255.

método de trabajo de Büchner. Cuando la muerte le sorprendió el 19 de febrero de 1837, había redactado cuatro esbozos diferentes, que en parte divergen y en parte se complementan; uno de ellos es considerado hoy día por los estudiosos de Büchner como el texto más definitivo. Debido al hecho de que la sucesión de las diferentes escenas no quedó fijada por el mismo autor, durante casi un siglo la arbitrariedad y la especulación filológica han determinado la forma del drama publicado póstumamente. Hasta la aparición de la edición histórico-crítica de Werner R. Lehmann²⁶, no se disponía de una versión que respondiera plausiblemente a las intenciones del autor. Huelga aquí entrar en detalles de los problemas de la edición crítica del texto y sólo se mencionan los aspectos interesantes para la presente versión castellana.

Según la edición de Lehmann, la obra se compone de 27 escenas que se suceden sin un nexo riguroso que establezca una causalidad explícita entre ellas. A pesar de ello, la historia de Woyzeck se presenta ante los ojos del espectador mediante diálogos casi siempre muy breves, pero sumamente expresivos y de forma tan sugestiva que ni se percibe el carácter fragmentario de la obra.

El caso Woyzeck suscitó en su época un gran revuelo no sólo en los círculos de especialistas jurídicos y forenses. Johann Christian Woyzeck, nacido en 1780 en Leipzig, hijo de un peluquero, después de varios intentos frustrados de establecerse, había servido como soldado raso en las tropas holandesas, suecas y prusianas; al ser licenciado, volvió a Leipzig, donde entró en relación con una viuda de mediana edad, que al mismo tiempo mantenía relaciones con otros hombres. Woyzeck, que siempre había tenido que sufrir muchas humillaciones, apuñaló por celos a su amante y, después de un largo proceso, fue decapitado públicamente en Leipzig el 27 de agosto de 1824. Los informes médicos solicitados por el fiscal y la defensa suscitaron una larga diatriba sobre la capacidad mental del encausado. ¿Había cometido el presunto demente su crimen con premeditación y alevosía y, por tanto, merecía la pena según el orden jurídico vigente? Esta fue una cuestión que también debió de haber inquietado a Büchner, y que también se la había planteado en la mencionada «carta sobre el fatalismo» y en su primer drama: «¿Qué es lo que en nosotros fornicia, miente, roba y asesina?». Sin embargo, la misma formulación de esta pregunta implica ya una respuesta, es decir, que parecen existir en el hombre fuerzas desconocidas que le inducen a cometer actos que pueden convertirle en culpable. Büchner no se limita, por tanto, a expresar en forma dramática su opinión sobre el caso histórico de Woyzeck y a sentenciar la culpabilidad o inocencia

26. Büchner, *Werke und Briefe. Historisch-kritische Ausgabe*, ed. por Werner R. Lehmann, vols. I-II, Hamburgo, 1967. Sobre esta edición se basan también las posteriores ediciones de Hanser (*Münchner Ausgabe*, Munich/Viena, 1980 y 1988), utilizadas para la presente traducción.

del acusado. Su obra va esencialmente mucho más allá de lo que sería una simple tragedia de amor y de celos, basada en un hecho real. En manos del genial dramaturgo, el caso Woyzeck se convierte en la parábola profundamente conmovedora del individuo acosado y destruido.

En el drama, Woyzeck es un simple soldado raso que tiene con Marie un hijo ilegítimo de unos cuatro años. Para ayudar al mantenimiento de la mujer y del niño y como complemento a su soldada, se presta como conejillo de Indias para los experimentos fisiológicos que realiza el Doctor, para lo cual debe comer exclusivamente guisantes durante meses. Esto va trastornando su estado físico, de modo que le surgen manías persecutorias y alucinaciones, hasta culminar en visiones apocalípticas. Cuando Marie, inducida por su propia sensualidad, sucumbe a la seducción del tambor mayor, se despiertan los celos de Woyzeck. En una ocasión, observando a los dos durante el baile, percibe las apasionadas palabras de Marie: «¡Más y más! ¡Y más y más!» (escena 11). Estas palabras se convierten en una obsesión para él. Adquiere un cuchillo y lleva a Marie a pasear por las afueras de la ciudad, donde la apuñala.

Cómo había de terminar el drama, queda en última instancia incierto. Los apuntes que dejó Büchner, las escenas o fragmentos de escena, no facilitan a este respecto —como se acaba de mencionar— ningún indicio inequívoco. Como posibles variantes del final, las numerosas ediciones y escenificaciones modernas ofrecen o el suicidio de Woyzeck o su detención (y su condena), o la posibilidad de que muera ahogado al intentar hacer desaparecer el arma homicida. Las dos primeras variantes, especialmente la del suicidio, son sumamente dudosas, ya que en ninguna parte de los manuscritos se encuentra referencia alguna a su favor. Además, es muy improbable que el autor quisiera hacer justicia poética más allá de la verdadera sentencia judicial en el caso de Woyzeck. La tesis de morir ahogado, por su parte, requiere un cambio bastante arbitrario en el orden de las escenas, lo cual, sin embargo, tiene a su favor que permite un final más acabado, de gran impacto teatral; por esto es el final que se escenifica con más frecuencia. Pero no hay que olvidar que esto implica una importante concesión a las normas del teatro clásico aristotélico, una concepción poetológica a la que la forma abierta del drama de Büchner se niega rotundamente.

La variante más convincente, la que probablemente responde más a las intenciones del autor, es la que escoge Werner R. Lehmann en la mencionada versión establecida para el público lector y para la escena (escenas 23-27): Woyzeck vuelve al lugar del crimen para buscar el cuchillo que había dejado al lado de la víctima. Lo encuentra y lo tira al agua de un cercano estanque. Se descubre el asesinato e incluso los niños acuden al lugar del crimen, donde están ya reunidos los representantes de la autoridad. Woyzeck debe enfren-

tarse a su última amarga experiencia, que su propio hijo le rehúya cuando promete hacerle un regalo. El loco se va con el niño y Woyzeck se queda solo, abandonado de todos.

Comparado el final de *La muerte de Danton* y el que veremos en *Lenz* con esta variante de *Woyzeck*, se podría tender a pensar que Büchner siente una clara predilección por el final indeciso, es decir, abierto. Evidentemente no suele utilizar sólo el discurso insinuativo en el sí de las escenas, sino también la ambigüedad en el sentido de posibilitar interpretaciones diferentes de la obra en su conjunto. Esta variante del final se corresponde además con la estructura interior, con el principio de la analogía y de la contraposición de elementos significativos, con las anticipaciones insinuativas y repeticiones de motivos centrales, como las hemos observado en su drama sobre la revolución: así, por ejemplo, Woyzeck se puede identificar con el niño del «anti-cuento» que narra la abuela (escena 19): él es el ser humano expulsado de toda relación natural y social, abandonado por Dios y por todo el mundo.

Por si todavía no había quedado claro, aquí se evidencia que Büchner no pretendía únicamente reproducir en el escenario un simple crimen pasional, dramatizar un caso criminal, para decidir desde su punto de vista personal el problema de la incapacidad mental o de la responsabilidad del delincuente, denunciando con ello la estrechez de miras y la frialdad de forenses y jueces en el caso histórico de Woyzeck (y otros casos similares). Al igual que en *La muerte de Danton*, Büchner intenta también en *Woyzeck* aprehender el complejo de problemas de la «condición humana» que surgen, cada vez más apremiantes, bajo el doble aspecto filosófico-existencial e histórico-social. Para facilitar la visión del lector o del espectador, el análisis crítico debe desmembrar ineludiblemente los elementos integrantes de la unidad poética. Con ello se llega a la idea fundamental de que tanto *Woyzeck* como *La muerte de Danton* son al mismo tiempo expresión de teatro del mundo y de teatro social.

Bajo el aspecto del teatro del mundo, determinadas escenas, especialmente aquellas en las que aparecen animales (3 y 18), alcanzan su profundo significado. A primera vista pueden parecer un añadido un tanto grotesco, pero contempladas bajo este aspecto delatan la posición claramente antiidealista del autor. El hombre ya no es contemplado como lo más sublime de la creación, sino que lo animal se acerca provocativamente a lo humano e incluso se pone a su misma altura o a un nivel más elevado, con una clara intención amargamente satírica, como puede constatarse en los ejemplos del mono amaestrado, del caballo astronómico o del gato que carece de «todo instinto científico».

Pero no es una antropología idealista en sí lo que con ello se cuestiona o se pretende ridiculizar. De lo que se trata es evidentemente de aquella dialéctica típica de Büchner que confronta como tesis y

antítesis la pretendida verdad con la insoslayable realidad: por decirlo así, la determinación social de la criatura animal consiste en su domesticación, lo que sin embargo significa al mismo tiempo una elevación o ennoblecimiento, mientras que para la criatura humana su determinación social significa degradación y humillación. En la expresión parabólica de Büchner, Woyzeck no es capaz ni tan sólo de caer de pie como un gato y escaparse de sus torturadores, ya no se encuentra, por tanto, en el grupo de aquellos seres más desarrollados en los que se manifiesta la «autoafirmación de lo divino». Con ello, el centro de gravedad del significado se traslada de forma decisiva del ámbito de lo humano-general, del teatro del mundo o del drama conceptual, al ámbito del drama social, del drama del más pobre de los pobres, que no es en absoluto culpable de su miseria y de su forma de actuar condicionada por aquélla. La pregunta conceptual «¿Qué es el hombre?», que al principio ha podido parecer el centro de atención principal, es relegada a un claro segundo plano ante la pregunta mucho más inquietante, en cuanto implica una dura crítica social: «¿Qué es o en qué se convierte el hombre bajo determinadas condiciones sociales?». Y esta cuestión es planteada con una agresividad inaudita, sin parangón hasta entonces en el teatro alemán. Con *Woyzeck* surge el primer drama social, realmente importante, de la literatura en lengua alemana, una obra *sui generis*, que no ha sido superada ni por el Naturalismo ni por el Expresionismo, movimientos posteriores en los que ha ejercido una influencia innegable.

Si nos preguntamos finalmente qué es lo que hace destacar este drama o fragmento dramático, tan sencillo como complejo, respecto al gran número de otros dramas sociales de los siglos XIX y XX, qué es lo que lo diferencia ante todo del *Mitleidsdrama* naturalista, drama de tipo mesiánico que anuncia el ideal de un «hombre nuevo», encontraremos esencialmente tres respuestas: su motivación extremadamente sutil del proceso dramático, el lenguaje sugestivo que potencia las diferentes áreas de la realidad mediante elementos surrealistas visionarios (en este sentido se ha hablado de un «supranaturalismo» en Büchner) y la manera de caracterizar los personajes principales que actúan al lado de Woyzeck y Marie, los protagonistas en el sentido propio, es decir, el capitán, el tambor mayor y el médico²⁷. Estos, los torturadores de Woyzeck, no son solamente los típicos antagonistas de la tradición del género dramático, sino que son, con todos sus rasgos característicos, a la vez tipos caricaturizados del corte más moderno, tales como se suelen encontrar posteriormente en el teatro satírico-grotesco, por ejemplo en Sternheim o Dürrenmatt, o incluso en Valle-Inclán: en la comedia, pues, y no en el drama social.

27. Las intervenciones de este personaje en la edición de Lehmann se distribuyen en la edición de Munich entre «el médico» y «el profesor», siguiendo estrictamente los manuscritos de Büchner.

Este hecho parece especialmente significativo, ya que a través de lo caricaturesco de estos personajes, el drama social de Büchner adquiere una clara dimensión satírica; ésta constituye la causa principal de la agresiva crítica social de la obra. Evidentemente, el capitán, el tambor mayor y el médico no son solamente representantes típicos de determinadas funciones sociales, sino figuras simbólicas del comportamiento inhumano por antonomasia, que aparecen en cualquier sociedad contradictoria y degenerada: el superior tremendamente tonto y que presume de su moral, el macho arrogante y fanfarrón y la bestia erudita. Precisamente el contraste de estas figuras y su comportamiento con el pobre y acosado Woyzeck provocan un abrupto y vehemente despertar de la concienciación social.

Woyzeck fue estrenado en 1913, tres cuartos de siglo después de la muerte de su autor, algo que puede parecer tan paradójico como el hecho de que muchos conocedores de la obra de Büchner consideren este drama como su mejor creación: un fragmento como obra maestra genial.

Lenz

De manera análoga a *Woyzeck*, aunque no en la misma medida, la única obra narrativa de Büchner, *Lenz*, publicada póstumamente, quedó inacabada. Su carácter fragmentario se evidencia en algunos pasajes, en los que se nota la ausencia del último retoque, tanto por lo que respecta a la sintaxis, como por una referencia a material epistolar auténtico, como por unas lagunas obvias. No obstante, el texto resultante se presenta a la imaginación del lector asimismo como una totalidad estética de la que carece más de una obra teóricamente acabada. La atribución de este texto al género literario de la novela corta (realizada no por el mismo autor, sino por Gutzkow, según los documentos conservados) no es, por consiguiente, gratuita.

El género literario de la novela corta, considerada desde Boccaccio y Cervantes, en la literatura alemana desde Goethe y Kleist, como una de las formas más rigurosas en prosa narrativa, requiere en cierto modo un punto dramático culminante, al que ha conducido el desarrollo de la acción de forma concisa y densa, y a partir del cual se produce un cambio decisivo en los sucesos narrados, que conduce a un rápido final. A primera vista parece que *Lenz* no sigue esta norma en su sentido estricto, especialmente al no existir la típica situación conflictiva, el imprevisto choque de aspiraciones o de tendencias incompatibles. Pero las apariencias engañan. Las fuerzas contrarias están tan presentes en *Lenz* como en cualquier novela corta de Kleist, en cuanto al impacto que pueda ejercer sobre el lector, aunque entre ellas existe una diferencia importante: aquellas fuerzas contrarias

quedan en Büchner totalmente interiorizadas. Concretamente, es la lucha desesperada de Lenz contra la demencia que empieza a manifestar en él sus primeros síntomas, demencia que amenaza con aniquilarle y que, en esta lucha, acabará victoriosa al fracasar el sacrilego intento de hacer resucitar a la niña muerta del mismo nombre que su antigua amada.

Tampoco se trata en este caso simplemente de un estudio psicológico de un proceso patógeno, de la descripción de una esquizofrenia aguda y sus consecuencias, como la que sufrió realmente el escritor Lenz. El sentido de la narración se centra fundamentalmente en la lucha ante el abismo de la nada y constituye el testimonio más radical contrario a la teodicea anterior al *Zarathustra* de Nietzsche. Aquí surge uno de los temas centrales de la obra de Büchner: la imposibilidad de explicar plausiblemente el sufrimiento existente en el mundo; el sufrimiento como la «roca del ateísmo», no solamente discutida filosóficamente como en *La muerte de Danton* (III, 1), sino representada en la vivencia más intrínseca de una persona real. El infeliz Lenz sucumbe en esta lucha desgarradora. El final de la novela: «Así transcurrió su vida», un transcurso de la vida sin esperanza alguna, agotada incluso su capacidad de desesperación, en un vacío permanente. El personaje histórico, el escritor Lenz, vivió todavía catorce años después de manifestársele su enfermedad mental, hasta aparecer muerto en las calles de Moscú, tras una larga y dolorosa odisea. Büchner le da un final más indeterminado y tal vez más suave, un final de novela. Al haber planteado ya los profundos sufrimientos del angustiado, la frustración de la última esperanza de encontrar un plausible sentido del mundo, en un lenguaje sobrio y a la vez expresivo, se hacía innecesaria cualquier continuación de la narración. Teniendo en cuenta el efecto de la obra sobre el lector, parece más bien irrelevante la discusión suscitada en medios de la crítica acerca de su carácter fragmentario.

El personaje histórico de la narración, el escritor Jakob Michael Reinhold Lenz (1751-92), era uno de los principales representantes del llamado *Sturm und Drang*, corriente literaria que en varios aspectos se dirigía contra el racionalismo de la Ilustración, sin oponerse totalmente a sus criterios, y que alcanzó su apogeo en los años setenta del siglo XVIII. Lenz provenía de Livonia y había estudiado teología en la Universidad de Königsberg, en la que ejercía Kant, haciendo más tarde de preceptor, actividad que para muchos de sus coetáneos resultaba humillante. Algunos de sus dramas han despertado gran interés todavía en nuestro siglo, como demuestran las adaptaciones de *El preceptor* por Bertolt Brecht y de *Los soldados* por Heinar Kipphardt. En 1771 conoció en Estrasburgo a Herder y a Goethe. Después de la partida de Goethe cortejó a la amada abandonada por éste, Friederike Brion, sin ser correspondido. Cinco años después apareció en Weimar, donde fue considerado *persona non grata* a

causa de su comportamiento. Viajó después por Renania, luego a Suiza y otra vez a Alsacia. En 1777 se manifestaron los primeros síntomas de un enfermedad mental. Esperaba encontrar curación al lado del filántropo y pastor protestante Johann Friedrich Oberlin (1740-1826), que vivía en Waldersbach/Steintal, pueblecito apartado en los Vosgos, pero la enfermedad, una esquizofrenia aguda con profundas depresiones, se agravó progresivamente. En los últimos años de su vida no consiguió encontrar paradero fijo.

El episodio de su vida en Waldersbach/Steintal (a finales de enero de 1778) fue anotado en forma de diario por Oberlin. Este diario y probablemente algunas cartas no conservadas de Lenz constituyen las fuentes de la narración de Büchner. El diario le fue asequible a través de la familia de su amigo August Stöber, de Estrasburgo, en cuyas manos se encontraba. Se puede añadir que el mismo August Stöber había publicado en 1831 un artículo sobre Lenz, que sin duda debía ser conocido por Büchner. Además, pudo haber obtenido información a través del padre de su novia, el pastor Johann Jakob Jaeglé, que había estado en contacto personal con Oberlin. Los apuntes de Oberlin se publicaron por primera vez en 1839, es decir, dos años después de la muerte de Büchner. En nuestros días se publicaría una edición del manuscrito (en *Revue des Langues Vivantes*, 42/1976, pp. 357-85).

Una sinopsis de los apuntes de Oberlin y del texto de Büchner, como se encuentra en varias ediciones modernas, muestra dos aspectos principales: por una parte, que Büchner toma literalmente párrafos enteros del original; por otra, que el texto de Büchner acusa cambios decisivos respecto a aquél y añade además amplios pasajes, mediante los cuales el texto de Oberlin, relativamente sobrio aunque no sin revelar un verdadero interés humano, es trasladado a un ámbito lingüístico muy distinto de carácter ficcional. Es un procedimiento análogo al que siguió en la utilización del material histórico para *La muerte de Danton*. Sin embargo, nada sería tan equívoco como hablar de un realismo documental, a pesar de la frecuente adopción casi literal de diversas fuentes, tanto en su drama de la Revolución, como en *Woyzeck* y en *Lenz*.

Los cambios y ampliaciones más importantes sólo pueden ser aquí mencionados sumariamente. En primer lugar está el cambio de perspectiva del narrador: del relato desde el punto de vista del sujeto observador se pasa a una perspectiva pseudo-objetiva en tercera persona. Es posible que en este punto Büchner se haya inspirado en el mencionado artículo de August Stöber. En segundo lugar está la difuminación de la cronología exacta del diario, a través de la cual se trasponen los sucesos observados y registrados en un esquema de vivencia temporal subjetiva. Pero ante todo cabe destacar la descripción del paisaje de los Vosgos, que falta en el diario de Oberlin. Ella representa quizá el rasgo más genial de la obra. Los Vosgos, en

realidad unas montañas de paisajes suaves²⁸, se convierten aquí en formas abruptas, dinámicas y vertiginosas. La literatura alemana no había conocido hasta entonces algo comparable en cuanto a la descripción de paisajes, ni siquiera en el Romanticismo. Esta descripción es un puro reflejo expresionista de las vivencias íntimas del protagonista, de la lucha interior hasta su desesperación total. Existe la opinión muy extendida, aunque poco convincente, de que la reducción de la descripción del paisaje, que se produce durante el transcurso de la narración, significa una reducción creciente de la relación del protagonista con la naturaleza, una pérdida progresiva de sentido del mundo en general, a cuyo final se abre el vacío universal. Pero el personaje del escritor Lenz, como lo traza Büchner, no es propio de la segunda mitad del siglo XVIII, no es un representante de la época del *Sensibilismo* y del *Sturn und Drang*.

Merece especial atención, finalmente, la conversación sobre arte y literatura intercalada en *Lenz*. Las ideas ahí vertidas coinciden en diversos aspectos con las del personaje histórico, el escritor Lenz. Sin embargo, esta conversación refleja en el fondo la propia posición de Büchner, que rechaza cualquier estética idealista, como se ve también en algunos comentarios que se encuentran en su correspondencia, en la argumentación de Camille Desmoullins en *La muerte de Danton* (II, 3) y en algunos pasajes de *Leonce y Lena*. Aquí sólo cabe añadir que el realismo poético de Büchner se diferencia claramente tanto del concepto estético sinónimo del romántico Friedrich Wilhelm Schelling, como del concepto estético del posterior realismo llamado burgués. La crítica estética de Büchner implica siempre, al mismo tiempo, una crítica ideológica, elemento del que carecen los movimientos mencionados.

Existen muy pocas referencias a *Lenz* en la correspondencia de Büchner, que sólo permiten deducir vagamente la época de génesis de la obra. Gutzkow menciona el proyecto en sus cartas de mayo y septiembre de 1835 y de febrero de 1836 (cartas núms. 11, 14 y 17), en las que se puede observar que no conocía directamente el texto. Büchner mismo sólo menciona en una ocasión, en la carta a la familia, de octubre de 1835, su proyecto de escribir unas «notas» sobre el «desgraciado poeta» (carta núm. 50). Estos pocos datos que se han conservado prácticamente sólo permiten afirmar que Büchner trabajó en su única obra narrativa durante el verano de 1835 y los primeros meses de invierno de 1836. No se conoce documento alguno que permita esclarecer el motivo por el cual Büchner no aceptó la oferta de publicación hecha por Gutzkow. *Lenz* fue publicada póstumamente —su texto se basa en una copia que obraba en manos de Minna Jaeglé— en 1839, en la revista *Telegraph für Deutschland*,

28. Cf. carta a la familia, 8 de julio de 1833 (p. 228), en la que habla de sus propias impresiones durante una excursión por esta región.

editada por Karl Gutzkow, bajo el título *Lenz. Eine Reliquie von Georg Büchner*.

La obra completa de Büchner, fragmentaria en su mayor parte, cabe en un pequeño volumen y, sin embargo, figura entre las obras más destacadas y originales de la literatura universal. Evidencia una madurez intelectual fuera de lo común, difícil de encontrar en otro autor de su edad: la obra de Büchner no es la obra genial de un autor adolescente, sino la obra genial de quien ha intuido y ha captado intelectualmente la esencia de su tiempo y la ha elaborado literariamente de tal forma, que aún hoy día causa admiración, porque conserva plenamente su vigencia.

Las circunstancias fueron inicialmente desfavorables para una difusión condigna de la obra, pero desde su descubrimiento —en la época del Naturalismo, más preparada mentalmente para su recepción— ha producido un efecto profundo y duradero. Como dramaturgo, Büchner superó ampliamente los esquemas usuales de la primera mitad del siglo XIX y en cierto modo anticipó todas las formas del teatro del siglo XX, desde el teatro expresionista al poético, desde el teatro épico al documental, anunciando incluso algunos aspectos del teatro del absurdo.

La riqueza de matices subyacentes es lo que confiere a la obra de Büchner su alto valor literario y que, a la vez, la convierte en fuente inagotable para directores teatrales y cinematográficos, que la han adaptado en numerosas ocasiones. Su acertada crítica social y su militante humanismo la hacen, además, imprecadera.

SOBRE ESTA EDICION

La presente edición reúne la obra literaria completa de Georg Büchner, sus ensayos de la época escolar y todas sus cartas, incluidas las halladas recientemente. Hemos añadido, en calidad de muestra de su prosa científica, la conferencia «Sobre los nervios craneales», que el escritor pronunció el 5 de noviembre de 1836 en la Universidad de Zurich para ser admitido como miembro del cuerpo docente de esa Universidad.

Nuestra traducción se apoya íntegramente en el texto alemán de la llamada «edición de Munich» (G. Büchner, *Werke und Briefe*, Munich, 1988), basada a su vez en facsímiles, primeras impresiones y en la gran edición histórico-crítica de Werner Lehmann («edición de Hamburgo»: W. Lehmann, *Georg Büchner, Sämtliche Werke und Briefe...*, Munich, 1967).

De las dos versiones (julio y noviembre) de *El Mensajero de Hesse*, que en la edición de Munich figuran en textos paralelos, hemos traducido únicamente la de julio, por ser ésta, a juicio de todos los comentaristas, la más próxima al texto original de Büchner. Es obvio que, tratándose de un peligroso panfleto político, no se hayan conservado manuscritos originales de esta obra. Para la traducción de las citas bíblicas nos hemos atenido, en la medida de lo posible, a la edición española de la *Biblia de Jerusalén* (Bilbao, 1971).

Büchner no pudo concluir su último drama, *Woyzeck*, dejando escritos cuatro diferentes bosquejos, ninguno de ellos definitivo. Las diferentes ediciones, desde la primera de 1879, han presentado el texto y ordenado las escenas según muy diversos y en parte controvertidos criterios. La edición de Munich ofrece los cuatro bosquejos y una «versión para la lectura» que ya elaboró Lehmann para su citada edición, basándose fundamentalmente en el más completo de los cuatro borradores, el número cuatro. Es esta «versión para la lectura» la que incluimos en nuestra edición.

El apéndice contiene tres documentos de primera mano que ayudan a comprender la personalidad humana y literaria de G. Büchner: el artículo necrológico escrito una semana después de la desaparición del escritor por su gran amigo Wilhelm Schulz; la relación que, a modo de diario, escribió la esposa de éste, Caroline Schulz, sobre la enfermedad y la muerte de Büchner; y la orden oficial de busca y captura hecha pública en el Gran Ducado de Hesse a raíz de la aparición de *El Mensajero de Hesse*. Hemos incluido asimismo una detallada cronología, basada en la que ofrece la edición de Munich.

El índice onomástico aporta datos sucintos sobre los personajes históricos que aparecen en la totalidad de la obra, incluidas las cartas. Las notas de pie de página se refieren a nombres geográficos, personajes míticos o literarios y, en general, a pasajes que necesitan aclaración.

Carmen Gauger

PRIMEROS ESCRITOS

LA MUERTE HEROICA DE LOS CUATROCIENTOS CIUDADANOS DE PFORZHEIM

Virtud, derechos, libertad: morir en su defensa
es sublime valor, es muerte redentora,
pues de todos los héroes sólo aquellos más divinos
en su honor tiñen la coraza con su sangre.

Bürger

Sublime es el espectáculo del hombre que lucha con la naturaleza, que se opone con toda su fuerza a la furia de los elementos desencadenados y que, confiando en el poder de su espíritu, somete las fuerzas de la naturaleza a su propia voluntad.

Pero más sublime aún es el espectáculo del hombre en lucha con su destino, el hombre que, pleno de osadía, introduce su mano audaz en la rueda del tiempo, y que, para lograr su propósito, no duda en arriesgar el mayor bien que posee. Quien persigue un solo fin y, para alcanzarlo, no se ha fijado límite alguno sino que, al contrario, pone en peligro el bien supremo, la vida, no se rinde jamás: o vence o muere. Tales eran los hombres que, cuando el mundo entero inclinaba cobardemente la cerviz ante la poderosa rueda del tiempo que avanzaba arrolladora, introdujeron audazmente la mano entre sus radios y, o bien con un poderoso esfuerzo la hicieron retroceder, o bien, aplastados por su peso, hallaron muerte gloriosa, es decir, obtuvieron la inmortalidad a cambio del poco de vida que les quedaba. Tales fueron los hombres que arrastraron consigo en su vuelo a naciones enteras, sacándolas de su sueño; a cuyos pies tembló el mundo y ante cuya presencia se estremecieron los tiranos. Esos hombres que, entre millones de individuos salidos cual gusanos de las entrañas de la tierra, pegados eternamente al polvo y, como tal polvo, destinados a desaparecer y a caer en el olvido, tuvieron la osadía de alzarse y de conquistar la inmortalidad, esos hombres brillan como meteoros terrestres en medio de las tinieblas de la miseria y la depravación humanas. Esparta, Roma, fueron madres de tales hombres; pero nosotros no tenemos que envidiar a la Antigüedad por esos héroes, no tenemos que ver en ellos un portento propio de edades heroicas ha tiempo desaparecidas, no; nuestra época puede también competir con la Antigüedad, en ella han visto asimismo la luz hombres que pueden disputarse los laureles con Leónidas, Cocles,

Escévola y Bruto. Para citar a tales hombres no necesito retroceder a los tiempos de Carlomagno, de los Hohenstaufen, o de las luchas del pueblo suizo por la libertad: sólo necesito volver los ojos hacia el combate que, hace aún pocos años, estremeció al mundo; que, con impulso poderoso hizo avanzar más de un siglo a la humanidad; que, en sangriento pero justo combate mortal, vengó los crímenes que a lo largo de siglos cometieran déspotas depravados contra la humanidad sufriente; que clarificó con la luz del sol de la libertad la niebla que gravitaba opresivamente sobre los pueblos de Europa, mostrándoles que la Providencia no los había destinado a servir de juguete al capricho de los déspotas. Me refiero al combate de los francos por la libertad; en él florecieron virtudes que apenas conocieran Roma y Esparta, y se realizaron hazañas que siglos después seguirían entusiasmado y sirviendo de ejemplo a las multitudes. Yo podría citar a millares de tales héroes, pero es suficiente el nombre de un L'Atour d'Auvergne, quien, cual estatua gigante, se eleva en medio de nuestra época; yo podría referir centenares de tales proezas, pero una sola basta para que las Termópilas cesen de ser los únicos testigos de una gran hazaña. Cuando los francos, a las órdenes de Dumouriez, habían incorporado la mayor parte de Holanda a la República, la flota conjunta de holandeses y franceses salió a combatir contra los ingleses, quienes, con potentes fuerzas navales, bloqueaban las costas de Holanda. Las flotas enemigas chocan ante la costa septentrional de Holanda; comienza una lucha desesperada, francos y holandeses combaten como héroes, pero sucumben finalmente ante la superioridad numérica y la destreza de los enemigos. En ese momento, el *Vainqueur*, uno de los navíos holandeses, se ve atacado a un tiempo por tres barcos enemigos y es conminado a rendirse. La valiente tripulación rechaza con orgullo el ultimátum, por más que el navío hubiera sufrido grandes daños, y se prepara a luchar a vida o muerte. Con renovada furia comienza de nuevo la batalla, el fuego de los ingleses reduce pronto al silencio al fuego de los francos. Una vez más es conminado a rendirse el *Vainqueur*, mas los francos prefieren morir de pie a vivir de rodillas; no quieren la vida, quieren la inmortalidad. Con un último esfuerzo hacen fuego contra los enemigos, agitan la bandera de la República y al grito de «¡Viva la libertad!» se hunden en los insondables abismos del mar. No hay monumento que designe el lugar donde perecieron, sus cadáveres se pudren en el fondo del mar, no hay poeta que los haya cantado ni orador que los haya celebrado, mas el genio de la libertad llora sobre su tumba y la posteridad admira su grandeza.

Pero ¿por qué miro más allá de nuestras fronteras para buscar a tales hombres, por qué observo sólo lo que está lejos, por qué no lo que tengo cerca? ¿Será mi propia patria, será Alemania el único país incapaz de engendrar héroes? No, patria mía, no tengo por qué avergonzarme de ti y puedo exclamar con altivez: soy alemán, puedo

competir con francos, con romanos y espartanos, puedo contemplar generaciones de antepasados con gozosa satisfacción y exclamar jubiloso: miradlos, ¿quién es más grande que ellos? Los griegos lucharon heroicamente contra las potencias reunidas de Asia, los romanos triunfaron sobre las ruinas de Cartago, los francos conquistaron la libertad política de Europa, pero los alemanes libraron el más bello combate: lucharon por la libertad de su fe, lucharon por las luces de la Ilustración, lucharon por lo más santo y sublime que posee el hombre. Ese combate fue el primer acto del gran combate que libra la humanidad contra sus opresores y cuyo segundo acto fue la Revolución Francesa. Tan pronto como los pensamientos dejaron de estar encadenados, la humanidad reconoció sus derechos y su valor y todas las mejoras que hoy disfrutamos son consecuencia de la Reforma; sin ella, el mundo tendría una configuración totalmente diferente, sin ella, donde ahora brillan las luces de la Ilustración, reinarían las tinieblas eternas, sin ella, el género humano, que se eleva ahora a esferas cada vez más libres, más sublimes, perdería su dignidad humana, quedando al mismo nivel que las bestias.

Ese es el combate que yo considero orgulloso, gracias a él llegó, desde Alemania, la salvación de la humanidad, en él brillaron héroes, una sola de cuyas hazañas supera todas las hazañas de la Antigüedad, faltándole solo un milenio para que sea celebrada por todos los hombres.

Durante los primeros años de la Guerra de los Treinta Años, cuando tras la batalla de la Montaña Blanca, cerca de Praga, los grandes príncipes alemanes, preocupados por su existencia, traicionaron y abandonaron la causa de los protestantes, únicamente los príncipes alemanes menores, llevados por un sentimiento superior, sacrificaron su vida y su país y vertieron su sangre por la fe y la libertad. Entre ellos destaca de forma ejemplar el margrave Federico de Baden: obedeciendo a la llamada del honor y del deber renunció esforzadamente a una vida reposada, puso en manos de su hijo el gobierno del país y, a la cabeza de 20.000 badenses, se unió a las tropas del conde de Mansfeld. Sin vacilar, el ejército conjunto avanzó al encuentro de los de la Liga, quienes, a las órdenes de Tilly, se hallaban estacionados en el Alto Palatinado. Los ejércitos enemigos se encuentran en Wimpfen, los badenses, aunque días antes habían sufrido importantes pérdidas en repetidos combates, se lanzan valerosamente contra un enemigo claramente superior. Se traba sangrienta batalla, de un lado lucha el fanatismo, de otro el más acendrado entusiasmo por los sacrosantos derechos de la humanidad, el furor se enfrenta a la valentía, la táctica al valor heroico. Mas ¿qué pueden la superioridad numérica, la estrategia militar, unos mercenarios venales y el fanatismo demente contra hombres que protegen con sus cuerpos a su patria, que están decididos a vencer o morir? Contra un tal bastión se estrellan las bandas asesinas de Tilly, sus líneas de

batalla se tambalean y sucumben bajo la espada de sus enconados adversarios. Ya sonríe la victoria a los audaces héroes de la fe y la libertad, ya se ve Federico ciñendo alrededor de su heroica frente los sangrientos laureles arrebatados al vencedor en más de veinte batallas. Mas esos laureles estaban reservados a uno más grande que él; era otro el que había de liberar a Alemania y vengar a la humanidad; la furia del fanatismo aún había de asolar los florecientes prados alemanes, una vez más el tenebroso genio protector de Tilly había de traer a éste la victoria. El terrible estallido de un trueno destruye de golpe las más bellas esperanzas, oscurece de nuevo el rosado brillo de libertad que ya parecía florecer en los campos alemanes y hace añicos en las manos vencedoras la sangrienta espada de la venganza. Como tocados por el rayo, arden los carros de pólvora de Federico, el cielo se puebla de sombras, tiembla la tierra y, destrozadas por la terrible violencia de los elementos desencadenados, se deshacen las líneas de combate de los badenses. El enemigo recobra las fuerzas y se lanza en medio de las brechas: cree que el cielo está de su parte, cree presenciar un castigo divino y en su fanático furor extermina las fugitivas y dispersas fuerzas enemigas. En vano intenta Federico volver a reunir a los suyos, en vano cumple al mismo tiempo los deberes del general y del soldado, en vano se arroja él personalmente contra el enemigo que avanza. La superioridad de éste le obliga finalmente a volver atrás y a ceder el sangriento campo de batalla a su afortunado adversario. Mas ¿a dónde dirigirse? Ya está rodeado por todas partes, ya supera el enemigo la última débil resistencia que le oponen los restos del ejército en fuga, y la derrota parece inevitable. En ese momento, cuatrocientos soldados de Pforzheim, con su alcalde *Deimling* a la cabeza, se lanzan contra el enemigo, protegiendo con sus cuerpos, cual incommovible muralla, a su príncipe y a sus compatriotas. En vano Tilly, sorprendido por tal audacia y grandeza de espíritu, les ofrece una honrosa capitulación. Por millares ataca encarnizadamente el enemigo a aquel puñado de héroes, mas por millares se estrella el enemigo contra aquella muralla de hierro. Los de Pforzheim, sin furor, sin desesperación, resisten impávidos, sus rostros sólo reflejan entusiasmo y desprecio de la muerte. Las tropas enemigas avanzan sin cesar; pero es la patria lo que está en juego, se trata de elegir entre libertad y esclavitud; nadie retrocede, nadie vacila, todos luchan como leones sobre pilas de cadáveres, son murallas sus líneas de combate, cada hombre es una torre rodeada de un baluarte de cadáveres. Finalmente, atacados por todas partes, aplastados por la superioridad numérica, se desploman uno tras otro entre montones de cadáveres enemigos, y al morir ciñen sus heroicas frentes con el perenne laurel de la victoria y empuñan la palma del martirio.

Si queremos juzgar tal hazaña, si queremos apreciarla y calibrarla convenientemente, no debemos tener sólo en cuenta el resultado, el

hecho como tal, sino que habremos de fijar la atención en los motivos y las circunstancias que originaron, que acompañaron y determinaron tal hazaña. Tales son las normas por las que debemos medir y evaluar las acciones humanas. Pero por los resultados y las consecuencias no hay que juzgar nada, ya que aquéllos son muchas veces los mismos, y éstas son muchas veces fortuitas. Si juzgamos, pues, desde este punto de vista el sacrificio de los ciudadanos de Pforzheim, comprobaremos que hay muy pocas hazañas, acaso ninguna, que pueda compararse con la de los héroes. Si bien es cierto que miles de hombres han derramado su sangre por la patria, que miles de hombres han sacrificado alegres sus vidas —por la justicia y la libertad—, entre esos millares no encontraremos a nadie cuyo sacrificio sea en sí mismo tan grande, tan sublime como el de los héroes de Pforzheim. No fue el furor ni la desesperación lo que les impulsó a entablar aquel combate a vida o muerte (ambos motivos, en lugar de elevar al hombre, lo rebajan al nivel de la bestia); ellos sabían lo que hacían, conocían la suerte que les esperaba y, aceptándola virilmente, murieron tranquilos y serenos la muerte de los héroes. Sin embargo, de entre los rasgos que distinguen su hazaña de todas las demás, éste es el menos importante; aquellos cuatrocientos romanos, aquellos trescientos espartanos, sacrificaron su vida con la misma calma y con pareja serenidad. Pero los romanos, los espartanos, habían sido engendrados por héroes, educados por héroes, no conocían más que un fin, una meta: la patria. Su educación no fue sino la preparación de una tal hazaña. Mas ¿quiénes eran aquellos soldados de Pforzheim?

Sencillos y apacibles ciudadanos que, renunciando a una vida tranquila, se arrojaron al sangriento campo de batalla; no estaban habituados a mirar a la muerte a los ojos, ni familiarizados con la sublime idea de morir por la patria. Su valentía no era hábito, su sacrificio no fue fruto de la obediencia sino del ardoroso entusiasmo por lo que se les había revelado como sagrado y verdadero. No les amenazaba el oprobio ni la deshonra si evitaban la muerte, no recaía sobre ellos el castigo de las leyes patrias. Tenían libre opción y optaron por la muerte.

He aquí lo grandioso, he aquí lo sublime de su hazaña; ello pone de manifiesto una nobleza de espíritu que se eleva sobre las bajas esferas del hombre común, para quien su propia persona es lo más excelso y su propio bienestar el único fin; que es incapaz de sentimientos elevados y carece de auténtica dignidad humana; que sólo utiliza la razón para llegar a un grado de animalidad mayor que el de las propias bestias. Ese ignominioso egoísmo es uno de los signos característicos de aquellos tiempos. Por ello son tanto más admirables los héroes de Pforzheim, pues el pensamiento, la idea de una tal proeza no nació sino de ellos mismos, y así se elevaron por encima de su nación y de su época. Pero ¡cuán grandiosos, cuán sublimes son

asimismo los fines por los que murieron! Ellos podrían por sí solos, prescindiendo de las circunstancias referidas, imprimir a tal hazaña el sello de la inmortalidad. A la patria le devolvieron el padre, cuya vida rescataron con su propia sangre, la proeza fue grande, pero no (...) sin precedentes; cual muralla de hierro se arrojaron entre el enemigo y sus compatriotas, cubriendo con sus cuerpos la retirada; tal acción revela una superior nobleza de espíritu, pero ya antes hubo muchos que hicieron lo mismo; ellos se sacrificaron por la libertad de la fe, el más sagrado derecho de la humanidad. Fue el cielo y, a su juicio, la eterna bienaventuranza, aquello por lo que murieron gustosamente. Pero ¿qué poder terrenal habría conseguido penetrar en el íntimo santuario de su espíritu y eliminar la fe que había crecido en él, fe en la que basaban toda su esperanza de salvación? No era, pues, la eterna bienaventuranza la razón de su lucha, ya que estaban seguros de ella. Era la eterna bienaventuranza de sus hijos, de sus nietos y de sus descendientes aún por nacer. También ellos debían ser instruidos en la doctrina que, a su juicio, era la única verdadera y salvadora; también ellos debían participar en la eterna beatitud que ellos mismos ya habían alcanzado. Sólo esa esperanza estaba amenazada por el enemigo; por ella, por un orden que florecería sobre sus tumbas largo tiempo después de su muerte, derramaron alegres su sangre. Aun cuando confesemos sinceramente que su credo religioso no era el medio único y exclusivo para lograr el cielo más allá de la tumba, sin embargo es una verdad irrefutable que, gracias a su sacrificio, las generaciones posteriores disfrutaron de un poco más de cielo a este lado de la tumba, levantan la mirada con más ánimo y alegría, poseen más libertad de espíritu, y los descendientes de sus adversarios, al igual que nosotros, sus propios descendientes, gozan hasta el día de hoy del fruto de sus esfuerzos. No murieron, pues, por su propia fe, ni tan siquiera por ellos mismos, sino que derramaron su sangre por la posteridad. No cabe sacrificar la vida por idea más sublime que ésta: la redención del mundo. Sí, heroicos soldados, los Deimling, los Mayer, los Schober: vosotros os habéis levantado un monumento perenne en todos los corazones nobles, un monumento que triunfa sobre la muerte y la putrefacción, que se mantiene inmóvil en las agitadas aguas de la eternidad. Ni mármol ni bronce cubre vuestro cuerpo, ningún monumento designa el lugar donde caisteis, os ha olvidado vuestra ingrata patria, el presente os ignora, pero la admiración de la posteridad vengará vuestro nombre. Ante vuestra tumba convoco a todos los pueblos de la tierra, convoco a los antiguos y a los modernos y les exhorto a exhibir una hazaña más grande, más sublime: se verán obligados a guardar silencio y sólo Alemania habrá sido madre de tales hombres; solitaria, inalcanzable, vuestra gesta brillará con rasgos indelebles en los libros de la historia universal.

Pero no es sólo el orgullo y la alegría de tener tales antepasados lo que me llena de emoción ante su tumba, su recuerdo me causa

también un hondo dolor. Sin embargo, no son ellos la causa de ese dolor; sería locura lamentar una tal muerte, quienes tuvieron la suerte de sufrirla sólo pueden ser considerados dichosos, puesto que conquistaron el más alto bien, conquistaron la inmortalidad. No puedo llorar ante su tumba, sólo me cabe sentir envidia. No son ellos la causa de mi dolor, la causa de mi dolor es mi patria.

¡Ay de vosotros, alemanes! En vuestros campos tuvo lugar la más hermosa, la más extraordinaria hazaña, una hazaña que ennoblece a toda la nación, una hazaña cuyos frutos estáis degustando, y habéis olvidado a los héroes que la realizaron, que se entregaron a la muerte por vosotros. Con fría admiración contempláis asombrados lo que sucede más allá de vuestras fronteras, mientras que el seno de vuestra patria habría podido nutrirlos de entusiasta admiración por todo lo que hay de noble. Os aferráis a la letra muerta de los extranjeros, pero su espíritu está lejos de vosotros, pues de lo contrario sabríais la deuda que tenéis contraída con vuestra patria. Sois una nación cuyo ejemplo puede alimentar durante siglos la cultura de otros pueblos y vosotros rechazáis vuestra cultura nacional, es decir, vuestra autonomía espiritual, para conducirlos como niños. ¡Alemania, Alemania! Arrojas lejos de ti el cetro que podría sostenerte y guiarte y prefieres el falso brillo del extranjero, te alimentas en los pechos de la cortesana extranjera e infiltras en tu sangre pernicioso veneno, mientras que de tu propio seno podrías beber leche fresca, rebosante de fuerza y de vida. Ya no tienes que luchar con enemigos exteriores, tu libertad está a salvo de toda exigencia. No te amenaza ninguno de esos feroces y rugientes animales de presa que vagan por el mundo para devorar los derechos adquiridos por un pueblo libre. Pero, con todo, Alemania, aún no eres libre; tu espíritu yace encadenado; pierdes tu nacionalidad y, lo mismo que ahora eres esclava de lo extranjero, pronto serás también esclava de los extranjeros.

Pero ya estoy oyendo replicar: «¿Cómo? ¿Es que no lo ves? En todos los enemigos alemanes reina admirable orden, todos los derechos están repartidos equitativamente, la paz y el bienestar florecen en nuestros campos. ¿Acaso no somos felices?» ¡Oh, insensatos, incapaces en vuestra indolencia de oír el llamamiento de cuatro mil quinientos años! Mirad el gran libro de la historia universal abierto ante vosotros, observadlo bien y replicad otra vez: «¿Acaso no somos felices?» ¿Qué es lo que precipita por tierra a los Estados desde la cima de su grandeza? Ni más ni menos que la pérdida de su autonomía espiritual. Pues del mismo modo que un pueblo olvida su identidad a causa de lo extranjero y pierde su carácter nacional, a saber, los vínculos que lo mantienen unido, del mismo modo que se convierte en el esclavo de otro en el terreno cultural y espiritual, así también desaparecerá fácilmente la libertad política que ahora ostentáis con orgullo, así también lleva ese pueblo en sí el germen de la destrucción y, cual vana sombra, será presa de todo accidente fortui-

to y adverso. Desaparece, hundido en el olvido y, ante los severos ojos de la posteridad, sólo será objeto de desprecio. Este, alemanes, será vuestro destino. Si ahora no os alzáis con nueva vida y nuevas fuerzas, si no decidís pronto ser otra vez alemanes, si no recuperáis vuestra nacionalidad, purificada y liberada de todo lo extranjero, vuestros descendientes se avergonzarán del estigma de vuestro nombre y sucumbiréis, despreciados y escarnecidos por el presente y la posteridad.

Pensad que a mi voz se unen las voces de vuestros más remotos antepasados, que con sus cuerpos detuvieron el avance arrollador del Imperio Romano, que pagaron con su sangre la independencia de montes, ríos y llanos. Son ellos quienes os amonestan: defended nuestra memoria y entregadla a la posteridad tan pura y sin mancha como os fue transmitida, esa memoria y ese linaje del que siempre habéis estado orgullosos. Se unen también a sus voces los espíritus de vuestros antepasados más próximos, que cayeron en el sagrado combate por la libertad de su fe y su religión. Salvad también nuestro honor, os advierten esas voces, no permitáis que nuestros combates se conviertan en farsa absurda y fugaz, mostrad que la sangre que derramamos por vosotros aún corre por vuestras venas. A esas voces se suman las de vuestros descendientes aún por nacer. ¿Queréis romper las cadenas —os gritan— que os unen a vuestros mayores, queréis entregarnos mancillada y deshonrada la memoria de vuestros antepasados, que vosotros recibisteis pura y sin tacha? ¿Queréis hacernos esclavos, a nosotros que somos descendientes de hombres libres? ¡Alemanes! En un platillo de la balanza está aquello que nuestros antepasados despreciaron en los romanos y odiaron en sus césares, en el otro, el venerable tesoro de vuestros esforzados antepasados, la nacionalidad e independencia alcanzada, mantenida, afianzada por la sangre de tantos héroes en el transcurso de dieciocho turbulentos siglos. En aquél hay cadenas y oro, en éste la gloria singular de ser a un tiempo la más fuerte y la mejor de las naciones. ¡Elegid!

EL SUEÑO DE UN ARCADIO

A lo largo de la historia encontramos en la vida de los pueblos palpables huellas de una fe en los milagros que aún sigue viva, tanto en el civilizado europeo como en el inculto salvaje. Si quisiéramos ver en ese sentimiento interior una mera superstición, si quisiéramos desecharlo como vano juego de la imaginación, romperíamos desconsideradamente los lazos espirituales que mantienen unidos a todos los habitantes de la tierra, un sentimiento que nos reúne a todos en el seno maternal de la naturaleza.

El hombre inculto ve milagros en los fenómenos eternos de la naturaleza, pero también ve milagros en ciertos sucesos inusitados de la vida cotidiana, para ambos se ha creado él mismo los correspondientes dioses. El hombre culto no ve en los milagros del primer grupo sino el efecto de las fuerzas, aún sin explorar ni desentrañar, de la naturaleza; pero en tanto que los débiles ojos de los mortales sean incapaces de ver más allá de la barrera que separa lo espiritual de lo corporal, esos fenómenos serán milagrosos también para él y le remitirán a un primer principio, a la quintaesencia de todo lo existente, a la naturaleza. Desde esta perspectiva intento ahora, en la medida de mis posibilidades, juzgar un hecho que, desde la remota Antigüedad hasta el día de hoy, nadie ha dilucidado ni explicado *totalmente* y que acaso nadie llegue a explicar jamás.

Según cuentan, dos arcadios a los que unían estrechos lazos de recíproco amor, emprendieron un viaje; llegados a Megara, uno durmió en un albergue, el otro en casa de un amigo. Y he aquí que a este último se le apareció en sueños el amigo implorando su ayuda, pues el dueño del albergue quería asesinarlo. Despertóse horrorizado, pero pensando que todo había sido una alucinación, se tranquilizó en seguida y volvió a dormirse. El amigo se le apareció entonces por segunda vez; cubierto de sangre le reprende y le cuenta que el dueño del albergue lo ha asesinado y metido en un carro de estiércol para sacar así el cadáver de la ciudad.

DISCURSO EN DEFENSA DE CATÓN DE ÚTICA

Grandioso y sublime es el espectáculo del hombre que lucha con la naturaleza, que se opone con fuerza a la furia de los elementos desencadenados y, confiando en el poder del espíritu, somete a su voluntad las elementales fuerzas de la naturaleza. Pero más sublime aún es el espectáculo del hombre que lucha con su destino, que se atreve a intervenir en la marcha de la historia universal, que, para lograr su propósito, no duda en arriesgar su mayor bien. Quien sólo se propone *un* objetivo y, para alcanzarlo, no se ha fijado límite alguno, no se rinde jamás: o vence o muere. Tales eran los hombres que, cuando el mundo entero inclinaba cobardemente la cerviz ante la poderosa rueda del tiempo que avanzaba arrolladora, introdujeron audazmente la mano entre sus radios y, o bien con potente esfuerzo la hicieron retroceder, o bien, aplastados por su peso, hallaron muerte gloriosa, es decir, obtuvieron la *inmortalidad* a cambio de la vida que aún les quedaba. Entre los millones de individuos salidos de las entrañas de la tierra, pegados eternamente al polvo y, como tal polvo, destinados a desaparecer y a caer en el olvido, esos hombres tuvieron la osadía de alzarse y de conquistar la gloria perdurable, esos hombres brillan como meteoros en medio de las tinieblas de la miseria y la depravación humanas y, como cometas, atraviesan el curso de los siglos. En la misma medida en que la astrología es incapaz de calcular la influencia de esos cuerpos celestes, es incapaz la política de calcular el influjo de esos hombres. En su excéntrico vuelo parecen haberse extraviado en el universo hasta que los grandes efectos de esos fenómenos demuestran que su aparición había sido dispuesta largo tiempo atrás por aquella Providencia cuyas leyes son tan inescrutables como incommovibles.

Cada época puede ofrecernos ejemplos de tales varones, pero todos ellos han estado siempre sometidos a los más diferentes enjuiciamientos. Ello es debido a que cada época aplica *sus propios*

criterios a los héroes del presente o del pasado, a que no juzga según el valor intrínseco de esos hombres, sino que aprecia y valora guiándose por el nivel en que *ella* se encuentra. Nadie dejará de ver cuán errónea es una tal valoración; a un gigante no se le pueden aplicar las normas que se aplican a un enano; una época mezquina no puede pretender emitir un juicio sobre un hombre de cuyos pensamientos ella no podría comprender ni aceptar *tan sólo uno*. ¿Quién va a prescribir al águila la carrera que debe seguir cuando despliega sus alas y en rauda vuelo se eleva hacia las estrellas? ¿Quién pretenderá contar las flores destrozadas por el huracán que sopla sobre la tierra y deshace la niebla que gravita densamente sobre la vida? ¿Quién, cuando sucede algo extraordinario y grandioso, va a juzgar y a condenar con los criterios de un niño, siendo así que se trata de algo extraordinario y grandioso? Esta observación nos lleva a la siguiente conclusión: No hay que juzgar los sucesos y sus efectos tal y como se presentan *exteriormente*, sino que hay que tratar de averiguar su sentido *íntimo y profundo* y entonces hallaremos *la verdad*.

Creo necesario hacer estas observaciones preliminares para, al tratar un tema tan difícil, mostrar qué posición hay que adoptar para juzgar a un hombre, a un romano de la Antigüedad, para probar que no es posible aplicar a un *Catón* los criterios de nuestra época, que no es posible juzgar lo que hizo según principios y consideraciones modernas.

En efecto, cuántas veces se oye afirmar: *subjetivamente*, *Catón* tiene justificación, *objetivamente* hay que condenarle; es decir, desde nuestra perspectiva, la *perspectiva cristiana*, *Catón* es un criminal, desde la suya propia, un héroe. Para mí, sin embargo, siempre ha sido un enigma el hecho de que se apliquen en este caso las normas cristianas. Es, en efecto, curiosísimo que se critique con el catecismo en la mano a un personaje de la Roma antigua. Pues, dado que sólo se pueden juzgar los actos de un hombre si se los pone en relación con su carácter, sus principios y su tiempo, no hay sino un punto de vista aceptable, a saber, el punto de vista *subjetivo*; todos los demás, especialmente en este caso el del cristianismo, hay que rechazarlos de plano. Al no ser *Catón* cristiano, no se le pueden aplicar los criterios cristianos; *Catón* debe ser juzgado únicamente como *romano* y como *estoico*. Ateniéndome a este principio no tendré en absoluto en cuenta objeciones tales como «no está permitido quitarse la vida, puesto que tampoco se es autor de ella», o como «suicidarse es arrogarse uno mismo los derechos de Dios». Sólo trataré de refutar las objeciones que cabría hacer a *Catón* desde la perspectiva de un *romano*, para lo cual es absolutamente necesario hacer un breve pero fiel esbozo de su carácter y de sus principios.

Catón fue uno de los hombres más intachables que nos ofrece la historia. Era severo pero no cruel; estaba dispuesto a perdonar a otros faltas mucho mayores que las suyas propias. Su orgullo y su

dureza provenían no tanto de su temperamento cuanto de sus principios. En posesión de la más sólida virtud, prefería *ser* virtuoso a *parecerlo*. Justo con los extranjeros, entusiasta de su patria, atento sólo al *bien* de sus conciudadanos y no deseoso de su *favor*, alcanzó tanta más fama cuanto menos la deseaba. Su insigne espíritu estaba penetrado de insignes ideas: *patria, honor y libertad*. Su desesperado combate contra *César* resultaba de su más íntima convicción, su vida y su muerte estuvieron acordes con los principios estoicos, que afirmaban:

«La virtud es la verdadera armonía del hombre consigo mismo, independientemente de la existencia de premios o castigos, que se alcanza mediante el dominio de las pasiones; tal virtud implica la mayor serenidad y la supremacía sobre los movimientos de placer o de desagrado de los sentidos; sin hacer insensible al sabio, le vuelve invulnerable y le da un poder sobre la propia vida que también permite el suicidio.»

Con tales sentimientos y principios en el corazón, *Catón*, como gigante entre pigmeos, como un campeón de tiempos heroicos, como un edificio gigantesco e inalcanzable, descolló por encima de su época, por encima incluso de la grandeza humana. Un solo hombre estaba a su mismo nivel: *Julio César*. Ambos poseían pareja grandeza de espíritu, el mismo poder y la misma autoridad, mas tuvieron caracteres totalmente distintos. *Catón*, el *último de los romanos*, *César*, sólo un *Catilina* con más fortuna; *Catón*, grande por sí mismo; *César*, grande por su buena estrella, ennoblecido con el mayor crimen por el precio de su crimen. Para dos hombres de ese género, la esfera terrestre era pequeña. Uno de los dos tenía que sucumbir, y fue *Catón* quien sucumbió, no víctima de la superioridad de *César*, sino de aquella época depravada. Un siglo y medio antes, *César* no habría sido el vencedor.

Tras la victoria de *César* en *Thapso*, *Catón* había perdido la esperanza que diera sentido a su vida; acompañado de algunos amigos se dirigió a *Utica*, donde, una última vez, intentó ganar a los ciudadanos para la causa de la libertad. Mas cuando vio que sus almas eran almas de esclavos, cuando comprobó que *Roma* rechazaba bruscamente el amor que anidaba en su corazón, no encontrando asilo en parte alguna para la diosa de su vida, consideró que lo único digno era salvar su alma libre muriendo serenamente. Lleno del más tierno amor por sus amigos, se ocupó de ellos, frío y tranquilo meditó su decisión y, una vez rotos todos los lazos que le mantenían atado a la vida, se infirió con mano segura la herida mortal, coronando con esa muerte el monumento que había sido su vida. ¡Únicamente tal final podía convenir a tan gran virtud en tan depravada época!

Así como su acto ha sido enjuiciado de diferentes maneras, así también son diferentes los motivos que se le atribuyen. Sin embargo, creo que no tengo que rebatir a quienes hablan de vanidad, afán de

gloria, obstinación y otras razones igualmente mezquinas (¡tales sentimientos no tenían cabida en el pecho de un *Catón*!), ni tampoco a quienes vienen incluso con el tópico de la *cobardía*. La refutación está ya contenida en la descripción del carácter de *Catón*, que, según el testimonio unánime de todos los autores antiguos, era tan noble que el mismo *Veleyo Patérculo* dice de él: *homo virtuti simillimus et per omnia ingenio diis, quam hominibus propior*.

Otros que se aproximaron algo más a la verdad y que también hallaron el mayor número de seguidores, afirmaron que la razón del suicidio fue un orgullo indoblegable que sólo quiso dejarse vencer por la muerte. Si ése fuese realmente el verdadero motivo, esa idea de querer sellar con la muerte la justicia de la causa por la que se lucha ya tiene de por sí algo grande y sublime. Se necesita un gran carácter para elevarse a la altura de una tal decisión. Mas tampoco fue ésa la razón, sino otra más noble. El alma generosa de *Catón* rebosaba de un amor sin límites por la *patria* y la *libertad*, y ese sentimiento fue la llama que le abrasó toda su vida. Ambas ideas fueron el sol en torno al cual giraron todos sus pensamientos y todas sus obras. *Catón* habría sobrevivido a la caída de su patria si hubiese hallado asilo para la otra diosa de su vida, para la libertad. No lo halló. El orbe terrestre estaba en manos de *Roma*, los pueblos eran todos esclavos; libre, sólo el pueblo romano. Mas cuando también éste sucumbió a su destino, cuando quedó destruido el santuario de las leyes, el altar de la libertad, *Catón* fue el *único* entre millones, el *único* entre los habitantes de la tierra, que se clavó la espada en el pecho para no tener que vivir entre esclavos, pues los romanos eran esclavos, sus cadenas podían ser de hierro o de oro, pero eran *cadena*s. El romano sólo conocía una libertad: la ley a la que se sometía *libremente* como a algo *necesario*; esa libertad, *César* la había destruido; *Catón* era esclavo si se doblegaba ante la ley de la arbitrariedad. Y *si Roma no merecía la libertad, la libertad merecía que Catón viviera y muriera por ella*. Si se acepta este motivo, *Catón* queda justificado; yo no veo por qué hay tanto empeño en buscar otro motivo más mezquino; no comprendo por qué se quiere degradar el final de un hombre cuya vida y cuyo carácter son intachables. El motivo que yo le atribuyo está en absoluta consonancia con su carácter, encaja perfectamente con su vida y es por tanto el verdadero.

Cabe juzgar ese acto desde otro punto de vista, el de la *prudencia* y el *deber*. Es posible decir, en efecto: ¿Obró *Catón* *prudentemente*? ¿No habría podido intentar ganar de nuevo para su pueblo la libertad cuya pérdida le acarrearba la muerte? Y aun cuando ése no hubiera sido el caso, ¿no habría *tenido* que seguir viviendo para sus conciudadanos, su familia?

La primera objeción queda refutada por la *historia*. A poco conocimiento que de *ella* tuviera *Catón*, él había de saber, y lo sabía, que *Roma* no podía erguirse de nuevo, que tenía necesidad de un

tirano y que a un Estado gobernado por un déspota no le quedaba otra salida que el aniquilamiento. Y aunque hubiese llegado a vencer a César, Roma habría seguido siendo esclava; del tronco de la hidra habrían vuelto a crecer nuevas fauces. La historia confirma éste aserto. El acto de un Bruto no fue sino sombra vana de un tiempo ya pasado. ¿Qué habría aprovechado, pues, a Catón el haber atizado por más tiempo la llama de la guerra civil, el haber diferido por unos años el destino de Roma? *Catón vio que Roma, y con ella la libertad, no tenía salvación.*

Más fácil de rebatir es la otra objeción, según la cual Catón habría tenido que seguir viviendo para su patria por más que ésta estuviese sojuzgada. Hay personas que, en virtud de su grandeza de alma, deben más bien prestar servicios de carácter general a su patria que aportar una ayuda específica a gente necesitada de ella. Catón fue una de esas personas. Había perdido su campo de acción y no podía obrar conforme a sus principios. Catón era demasiado magnánimo como para inclinar su frente de hombre libre bajo el yugo vil del usurpador, como para arrastrarse ante César y mendigar una gracia para sus conciudadanos. Eso lo dejaba para espíritus más mezquinos. Pero el caso de Cicerón demuestra que con la resignación y la mansedumbre se alcanzaba poco. Catón eligió otro camino para prestar un último y gran servicio a su patria: el suicidio; éste fue, en efecto, el sacrificio que le ofreció. Si Catón hubiera quedado con vida; si, desdiciendo de todos sus principios, se hubiera doblegado ante el usurpador, esa vida habría significado la aceptación de César. Si él no hubiese querido, habría tenido que entablar un combate abierto y derramar sangre inútil. Sólo quedaba una salida: el suicidio; éste fue la apología de Catón y la más terrible acusación contra César. Catón no pudo hacer nada más grande por su patria, pues ese acto, ese ejemplo, habría tenido que ser una sacudida que sacara a Roma de su sueño e hiciera renacer en ella todas sus fuerzas vitales. Si no logró tal fin, la culpa fue sólo de Roma, no de Catón.

La misma réplica puede darse a la objeción según la cual Catón habría tenido que seguir viviendo para su familia. Catón era un hombre que no estaba hecho para limitar su actividad al reducido círculo familiar; y tampoco veo por qué habría tenido que ser así; a sus amigos, su muerte les era más útil que su vida; su hija Porcia ya estaba casada con un hombre como Bruto; había finalizado la educación de su hijo; el coronamiento de esa educación fue el suicidio del padre: última gran lección que recibió el hijo. La batalla de Filipos¹ demostró que el hijo la había entendido.

El resultado de nuestro estudio está contenido en las palabras de Luden: «*Quien pregunta si, con su virtud, Catón no causó a Roma*

1. Marco Porcio Catón († 42 a.C.): hijo de Catón de Útica; cayó en la batalla de Filipos luchando contra Antonio y Octavio.

más daño que provecho, no ha comprendido ni el espíritu de Roma ni el alma de Catón ni el sentido de la vida humana.» Si resumimos todos los argumentos, todos los factores que hemos aducido, veremos fácilmente que Catón, con su carácter y sus principios, *podía y tenía que obrar así; que únicamente esa salida estaba en consonancia con la dignidad de su vida y que cualquier otra manera de obrar habría estado en contradicción con su vida toda.*

Aunque tal argumentación no sólo disculpa a Catón sino que también le justifica, se ha hecho esta otra objeción, de ningún modo fácil de refutar: «Una acción no se justifica por el hecho de estar en consonancia con el carácter particular de una persona. Si el carácter es deficiente, la acción también lo es. Y éste es el caso de Catón, pues su naturaleza se había desarrollado de forma muy unilateral. Si el acto del suicidio coincidía con su carácter, la causa de ello no estaba en su perfección sino en su deficiencia. No fueron su fuerza y su valor, sino su incapacidad para vivir con decoro en una situación nueva para él, lo que le hizo empuñar la espada.»

Por muy verdadera que parezca esta afirmación, observada más detenidamente, no empaña en modo alguno la acción de Catón. Según tal objeción, Catón debería haberse adaptado no sólo al papel del republicano sino al del servidor. Y el hecho de que él ni pudiera ni quisiera hacerlo, se atribuye a la imperfección de su carácter. Pero yo no veo por qué ha de ser una perfección el acomodarse a todas las situaciones, ya que, en mi opinión, lo que el destino había reservado a aquel hombre era justamente eso: desempeñar un solo papel, representar un solo personaje, aceptar sólo aquello que él reconocía como justo y verdadero. Por eso yo afirmo, muy al contrario, que precisamente esa incapacidad de acomodarse a una situación que estaba en contradicción con sus más sagrados derechos, con sus más sagrados principios, confirma la grandeza, no la unilateralidad y la imperfección de Catón.

Pero hasta su propia muerte puede enseñarnos cuán grande fue su constancia en aquello que se le había revelado como justo y verdadero. Encontraremos pocas personas que hayan tomado tan serenamente la determinación de morir, que la hayan llevado a cabo con tal firmeza. Y si bien Herder dice despectivamente: «¡Aquel romano que en su furor se desgarraba las heridas!», es sin embargo verdad perenne y cierta que precisamente la circunstancia de que Catón no muriera y sin embargo no desistiera, hace aún más grandioso su suicidio.

Así obró, así vivió, así murió Catón: el representante de la grandeza romana, el último vástago de una desaparecida estirpe de héroes, el hombre más grande de su tiempo. Su muerte fue el coronamiento de la idea que guió su vida; su acto, un monumento en todos los corazones nobles, monumento que triunfa sobre la muerte y la putrefacción, que se mantiene inmóvil en las procelosas aguas de la

eternidad. *Roma*, el gigante, se derrumbó, los siglos han pasado junto a la tumba de *Catón*, la historia universal ha esparcido sobre ella otros destinos, y su nombre aún está vinculado a la virtud y lo *seguirá* estando mientras arda en el corazón del hombre el noble sentimiento de la *patria* y la *libertad*.

SOBRE EL SUICIDIO

(Reseña)

Sin querer emitir ya de entrada un juicio definitivo sobre el valor y el contenido del estudio a que nos referimos, me limitaré por ahora a aclarar, siguiendo el mismo orden del autor, algunas de las ideas y opiniones expuestas por él, para defenderlas o refutarlas. Me obliga a aplicar este método, quizá un tanto peculiar, la estructura también singular del tema: no se trata de un *principio general y sistemático* sino de una recopilación de pensamientos y opiniones sobre la materia en cuestión.

Ateniéndome a este método quiero afirmar que el *principio* enunciado al comienzo (p. 1), a saber, *que no se trata de un juicio aplicable universalmente*, aun siendo en sí correcto, tendría que haber constituido más bien una importante *conclusión* del estudio y debería haber sido formulado al *final*.

Prosiguiendo la lectura he observado que el autor, al afirmar que el suicida obra *con imprudencia* (p. 3), no menciona en absoluto la razón tantas veces aducida: que quien así obra cambia un estado *seguro* por otro *inseguro*; diré, pues, aquí unas palabras al respecto. Siempre me ha resultado extraño que sea ésta la razón que hace pensar que el suicida obra con imprudencia.

Es inherente a la naturaleza del hombre el querer cambiar un estado que le resulta *insoportable* por otro diferente, aunque *inseguro*: es algo que sucede a diario y nadie se escandaliza por ello. ¿Quién va, pues, a tachar de *imprudente* a quien se le ha vuelto *insoportable* su situación en este mundo y renuncia a una *seguridad sin esperanza* a cambio de un estado en el que aún puede haber *esperanza* y que en cualquier caso no *puede* ser peor que el que abandona? *Imprudencia* sería más bien permanecer en una situación *desesperada* cuando se dispone de una última, aunque *insegura*, posibilidad de *salvación*. Afirmando, pues, que *a este respecto* no se puede en absoluto decir que el suicida obra *imprudentemente*.

En cuanto a la *muy justa* aseveración (p. 6) de que el suicidio se opone a nuestro destino, permítaseme hacer una pequeña observación relativa a la objeción (p. 2) según la cual el *suicidio es antinatural* por reprimir un instinto *natural*. Lo que yo quiero afirmar es que en realidad el suicidio es contrario a nuestra naturaleza, puesto que en ésta consiste nuestro destino. A este respecto cabría decir, pues, que el suicidio es un acto contra la *naturaleza* o *antinatural*, pero en un sentido muy diferente al de la débil objeción a que nos hemos referido.

La afirmación de que el suicidio es *en todos los casos un acto antirreligioso* parece bastante curiosa. Para nosotros, «antirreligioso» equivale a «anticristiano», y ese reproche de *anticristiano* que se hace al suicidio es *con frecuencia* abusivo; suele emplearse, en efecto, cuando ya no cabe hacer otros reproches, como en el caso de *Catón* y de *Lucrecia*.

Demostraré mi aserto valiéndome de este ejemplo. *Catón*, desde una perspectiva auténtica, es justificable en todos los aspectos; esto suele admitirse, pero haciendo la insípida observación adicional de que *subjetivamente* obró bien, *objetivamente*, en cambio, mal. Y sin embargo, ese *subjetivamente* es lo único que cuenta. Si el punto de vista *objetivo* está en contradicción con ello, es equivocado. Ahora bien, como ya hemos dicho, *Catón* es justificable según todas las leyes del entendimiento humano; si el *cristianismo* no está de acuerdo con él, su doctrina tiene que ser equivocada *en este punto*, ya que nuestra religión no puede prohibirnos jamás reconocer y venerar cualquier *verdad, grandeza, bondad y belleza* que esté fuera de ella, ni puede permitirnos jamás desaprobamos un acto a *todas luces moral* sólo por el hecho de no coincidir con su doctrina. Lo que es moral tiene que seguir siendo *moral* desde *todos* los puntos de vista, desde la perspectiva de *toda* doctrina. Otra cuestión es si se puede probar *realmente* que un suicidio como el de *Catón* es contrario al cristianismo. Pues sería extraño, sí, sería *imposible*, que una religión *basada totalmente en el principio de la moralidad* estuviera en contradicción con un acto *moral*. Este reproche no atañe, pues, *en modo alguno* al cristianismo en sí, sino sólo a quienes lo entienden equivocadamente.

En cuanto a la idea expuesta en p. 10, no acabo de estar conforme con ella, pues opino que el *auténtico* sensualista nunca caerá en el estado allí descrito.

El juicio que al autor le merece *Roland* es demasiado estricto; no fue el miedo al patíbulo lo que determinó su suicidio, sino el dolor que le invadió al enterarse de la ejecución de su esposa. No sé, además, lo que *aquí* puede significar la última frase, pues quien se da muerte a sí mismo se atreve en verdad a mirar de frente a la muerte.

No le falta razón al autor cuando al dar su opinión sobre el suicidio de *Catón* (p. 15) hace mención de *Osiander*. Pero, a decir verdad, la comparación con el cisne y las cornejas es demasiado

sublime para quien pone en boca de *Catón* un monólogo en el que éste viene a decir más o menos que César no va a tratarle bien y que por eso es lo mejor quitarse de en medio a tiempo y del modo más expeditivo, teniendo además en cuenta que la posteridad contará con necios que convertirán ese suicidio en un hecho prodigioso. Un poco más y en su celo sagrado contra los ofuscados paganos el señor profesor haría la disección de *Catón* para probar que le faltaban unas onzas de cerebro. En verdad, cuando me llega a las manos un libro así, me gustaría exclamar con *Goethe*, a propósito de este siglo emborronador de cuartillas: «*Patriotismo a la romana! Que el cielo nos libre de él como de un mundo de titanes. No halláramos una silla donde sentarnos ni un lecho donde acostarnos.*»

En el pasaje realmente magnífico que trata de la última y más sublime motivación del suicidio (p. 16), he hallado una expresión de la que no parece adecuado ocuparse en este contexto, pero que, observada más detalladamente, tiene bastante relación con nuestro tema. En ese pasaje se habla de la tierra como de un *lugar de continuas pruebas*; siempre me ha parecido rechazable esa idea, por no ver en la vida más que un *medio*; yo, por mi parte, creo que la vida es *en sí misma un fin*, pues el fin de la vida es el *desarrollo, la vida como tal* es desarrollo, y por tanto la vida misma es *un fin*. Desde esta perspectiva cabe hacer una única objeción, de carácter casi *universal*, al suicidio: el ser contrario a nuestro *fin* y, por tanto, a la *naturaleza* misma, por destruir prematuramente la *forma* de vida que nos diera la naturaleza y que es adecuada a nuestro fin.

En el pasaje tomado del *Fausto* de *Goethe* he echado de menos las palabras que pronuncia al desaparecer el espíritu de la tierra: *Eres semejante al espíritu que tú comprendes, no a mí*; son las palabras que precipitan a *Fausto* desde su altura en el abismo de la desesperación.

No puedo menos de añadir unas palabras a la idea, apuntada al final, sobre el suicidio por *patriotismo* o por sufrimiento *físico y psíquico*, aunque me doy cuenta de que tal propósito se sale un poco del marco de una reseña. La afirmación de que quien sacrifica su vida a la patria en realidad no comete suicidio, está expresada clara y terminantemente y demostrada hasta la evidencia; el resto, sin embargo, es algo más confuso y no ofrece resultados precisos; por eso quiero añadir aquí lo que me parece ser el verdadero resultado: *Quien se suicida por un padecimiento físico o psíquico no es un suicida, es solamente una víctima de la enfermedad que padece.*

Entiendo por tal a la persona que debido a un mal incurable, físico o psíquico, viene a caer poco a poco en ese estado de ánimo que se conoce con el nombre de *melancolía* y termina suicidándose, pero no considero tal a la persona que, para *escapar* a un mal, se mata a sí misma en *plena libertad de espíritu* y con claro *entendimiento*. Aquél es un *enfermo*, éste un *débil*. Aquél sucumbe a su enfermedad, pues

poco importa que ese mal le vaya privando gradualmente de la vida o que, ejerciendo una influencia negativa en su alma, le lleve al suicidio. La diferencia es de orden puramente *formal*, el *resultado* es el mismo: la *muerte*; la causa está en una enfermedad que lleva consigo la propensión al suicidio, cosa que yo podría probar con numerosos ejemplos. Del mismo modo que no se puede decir de quien ha muerto por consunción: Ese loco, ese pecador, ¿por qué se ha muerto?, así tampoco cabe hacer reproches a quien se ha suicidado *por ese motivo*: quien así obra, como ya hemos indicado, no es propiamente un suicida.

Esto es aplicable también, y en mucho mayor grado, a quien se quita la vida por padecer una dolencia *psíquica*. Los padecimientos de orden *psíquico* son una enfermedad del espíritu comparable a las enfermedades del *cuerpo*, pero, una vez que han echado raíces, son mucho más difíciles de curar. Quien se suicida a causa de esa enfermedad tampoco es un suicida, sino un enfermo *psíquico* que sucumbe a su *mal*. La enfermedad psíquica no mata el cuerpo de modo *inmediato* sino sólo *mediatamente*. Esa es toda la diferencia entre morir de una calentura o de un acceso de demencia.

Quiero ahora, para concluir, dar un juicio global y preciso sobre el conjunto del trabajo.

Pese a la dificultad de la tarea, la cuestión ha sido resuelta satisfactoriamente.

El autor resume en su estudio, de forma casi exhaustiva, todas las objeciones y todas las motivaciones, presentándolas en un orden apropiado y preciso. Sin limitarse a ser un mero recopilador, nos ofrece numerosas ideas, valiosas y libres de prejuicios, sobre cada tema, ideas que, aun no siendo todas igualmente acertadas, muestran sin embargo que el autor ha evitado la unilateralidad; que observa y enjuicia, no desde una perspectiva ajena sino propia e independiente; y que reflexionando sobre el tema ha llegado a adentrarse en el mundo interior y exterior del hombre. Sus ideas convencen aún más al lector por estar expresadas en un lenguaje claro, bello y vigoroso. El conjunto, penetrado de un noble y hermoso sentimiento que semeja una brisa primaveral, irradia vida y calor y nos eleva por encima de los criterios comunes en virtud de un entusiasmo puro y ardiente por todo lo noble y grande; sin acudir a frases trilladas sobre el amor fraterno y a otros tópicos semejantes, nos da una idea de lo que es el auténtico y verdadero amor a los hombres al presentarnos siempre con la mayor indulgencia, conforme a la hermosa idea de que el suicida es sólo un *extraviado* y no un *criminal*, las debilidades y errores de los pobres mortales.

El último y sublime pensamiento cierra dignamente el estudio: sólo él puede conservar al hombre, en medio del cenagal de la vida, la verdadera dignidad.

EL MENSAJERO DE HESSE

PRIMER MENSAJE

Darmstadt, julio de 1834.

Advertencia preliminar

Este escrito se propone dar a conocer la verdad al país de Hesse, pero quien dice la verdad muere en la horca; e incluso quien lee la verdad, puede que también sea castigado por jueces inicuos. Por eso, quienes reciban este escrito, deberán observar las instrucciones siguientes:

- 1) Esconderán cuidadosamente este escrito fuera de su casa, para que no caiga en manos de la policía.
- 2) Sólo lo darán a conocer a amigos fieles.
- 3) A los amigos en quienes no confien como en sí mismos, se lo harán llegar de modo anónimo.
- 4) Si, no obstante, este escrito fuese hallado en poder de alguien que lo hubiere leído, esa persona deberá declarar que estaba a punto de entregarlo a las autoridades del distrito.
- 5) Quien no haya leído este escrito cuando sea hallado en su poder, está naturalmente exento de toda culpa.

¡Paz a las chozas! ¡Guerra a los palacios!¹.

En el año 1834 todo hace creer que la Biblia miente. Parece que Dios hubiese creado a los campesinos y artesanos el quinto día y a los príncipes y poderosos el sexto día, diciendo a éstos: «Reinad sobre todos los animales que se arrastran sobre la tierra», y que los campesinos y burgueses se contasen entre los reptiles. La vida de los poderosos es un largo domingo; viven en bellas mansiones, llevan hermosos vestidos, tienen rostros relucientes y hablan un lenguaje propio; mas el pueblo yace a sus pies como el estiércol en los

1. *Guerre aux châteaux! Paix aux chaumières!* Eslogan, muy popular durante la Revolución Francesa, del escritor francés Chamfort.

sembrados. El campesino va detrás del arado, pero el poderoso va detrás de él y del arado, y le lleva junto con los bueyes; coge el grano y a él le deja los rastrojos. La vida del campesino es un largo día de labor; gente extraña depreda sus sembrados ante sus propios ojos, su cuerpo está encallecido, su sudor es la sal servida en la mesa del poderoso.

El Gran Ducado de Hesse tiene 718.373 habitantes que anualmente entregan al Estado 6.363.364 florines, en concepto de:

1) Impuestos directos	2.128.131 florines
2) Impuestos indirectos	2.478.264 florines
3) Señoríos	1.547.394 florines
4) Regalías	46.938 florines
5) Multas	98.511 florines
6) Otras fuentes	64.198 florines
	6.363.363 florines

Ese dinero es el diezmo de sangre extraído del cuerpo del pueblo. Unas 700.000 personas sudan, gimen y sufren hambre para pagarlo. Ese dinero es usurpado en nombre del Estado, los exactores alegan que obedecen órdenes del gobierno y el gobierno dice que tal recaudación es necesaria para mantener el orden del Estado. El Estado: ¿qué especie de cosa extraordinaria es ésta? Cuando en un país vive un cierto número de personas y existen disposiciones o leyes por las que han de regirse todos, se dice que esas personas constituyen un Estado. El Estado, por tanto, son *todos*; lo que pone orden en el Estado son las leyes que aseguran el bien de *todos* y que deben resultar del bien de *todos*. Y ved ahora lo que ha pasado a ser el Estado en el Gran Ducado; ved lo que significa «mantener el orden del Estado». Setecientas mil personas pagan a ese efecto seis millones, es decir, se transforman en caballos de labranza y en animales de carga, para vivir dentro de ese orden. Vivir dentro de un orden significa sufrir hambre y ser desollado¹.

¿Quién ha creado ese orden y vela por su mantenimiento? Es el gobierno del Gran Duque. El gobierno se compone del Gran Duque y de sus altos funcionarios. Los otros funcionarios son personas nombradas por el gobierno para que se aplique ese orden. Su número es legión: consejeros de Estado y de gobierno, consejeros regionales y de distrito, consejeros eclesiásticos y escolares, consejeros de Hacienda, forestales, con todo su ejército de secretarios, etc. El pueblo es el rebaño, ellos son sus pastores, sus ordeñadores, sus desolladores; ellos se visten con la piel de los campesinos, los despojos de los pobres engalanan sus moradas; las lágrimas de las viudas y de los huérfanos son la grasa que abrillanta sus rostros; dominan con toda

1. «Desollar», «desuello» son palabras frecuentes en los sermones de Lutero.

libertad y amonestan al pueblo a que soporten la servidumbre. Vosotros les pagáis un tributo de 6.000.000 de florines; por esa suma, ellos se toman el trabajo de gobernaros, es decir, de comer a expensas vuestras y de despojaros de vuestros derechos humanos y civiles. Ved el fruto de vuestro sudor.

Para el Ministerio del Interior y de Justicia, una suma de 1.110.607 florines. Por ese dinero, disponéis de un montón de leyes, que resultan de las arbitrarias ordenanzas dictadas a lo largo de todos los siglos y escritas casi siempre en un lenguaje que no conocéis. El desatino de todas las generaciones pasadas vosotros lo habéis recibido en herencia, la opresión de que ellas fueron víctimas os aplasta también a vosotros. La ley es propiedad de un reducido grupo de gente poderosa e instruida que detenta el poder con ayuda de las inicuas estipulaciones de que ellos mismos son autores. Esa justicia es sólo un instrumento para manteneros dentro de ese orden y poderos arrancar así más fácilmente la piel. En virtud de leyes que no entendéis, de principios que no conocéis, dicta sentencias de las que nada comprendéis. Es incorruptible porque se hace pagar tan cara que no tiene necesidad de corrupción. Pero la mayoría de sus servidores están vendidos en cuerpo y alma al gobierno. Sus cómodos asientos están colocados sobre un cúmulo de 461.373 florines (a esa suma asciende el presupuesto de los tribunales y los gastos de la investigación criminal). Los trajes, los bastones y sables de sus inviolables servidores están guarnecidos con la plata de 197.502 florines (eso cuesta la policía en su conjunto: gendarmería, etc.). En Alemania, la justicia es desde hace siglos la ramera de los príncipes alemanes. Cada paso que dais hacia ella va formando un pavimento de plata, y el precio de sus sentencias es vuestra pobreza y vuestras humillaciones. Pensad en el papel timbrado, pensad en vuestras reverencias en las oficinas, y en las interminables horas de espera ante ellas. Pensad en los emolumentos de escribientes y ujieres. Os está permitido demandar al vecino que os roba una patata. Pero demanda en justicia por el robo que, en nombre del Estado y alegando contribuciones e impuestos, se comete cada día con vuestra propiedad, a fin de que una legión de inútiles funcionarios se alimente de vuestro sudor; pedid reclamaciones por depender del capricho de unos cebones, capricho que recibe el nombre de ley; querellaos por ser los caballos de labor del Estado, reclamad en juicio vuestros perdidos derechos humanos: ¿dónde están los tribunales que acepten vuestra demanda, dónde los jueces que administren justicia? Las cadenas de vuestros conciudadanos de Vogelsberg¹, que fueron arrastrados a la prisión de Rockenburg, os darán la respuesta.

1. En la revolución del campesinado del Alto Hesse participaron muchos habitantes de la región de Vogelsberg, que fueron derrotados a golpe de bayoneta (1830) y encarcelados en la fortaleza de Rockenburg.

Y si por fin algún juez o cualquier otro funcionario, de entre los pocos que anteponen el derecho y el bien común al vientre y a las riquezas, deseara ayudar al pueblo en lugar de desollarle, se verá desollado él a su vez por los altos consejeros del príncipe.

Para el Ministerio de Hacienda, 1.551.502 florines.

Con esa suma se pagan los sueldos de los consejeros de Hacienda, de los jefes de recaudación, de los corredores y cobradores. Por ese dinero, ellos calculan lo que producen vuestros campos y recuentan vuestras cabezas. El suelo que pisan vuestros pies, el bocado que tenéis entre los dientes, están gravados con impuestos. Por ese dinero, esos señores se reúnen vestidos de frac, y delante de ellos está el pueblo, desnudo e inclinada la cerviz. Ellos le palpan bien las caderas y la espalda, calculando cuánto pueden aguantar todavía, y si se muestran compasivos es como quien trata con cuidado a una res a la que aún no se quiere arrancar la vida.

Para el ejército, la cantidad de 914.820 florines.

Con ese dinero, vuestros hijos varones se visten con una chaqueta de colorines, llevan un fusil o un tambor y pueden disparar a placer una vez cada otoño, y contar que los caballeros de la Corte y los hijos descarriados de las familias nobles van marcando el paso a los hijos de la gente honrada cuando desfilan con ellos por las anchas avenidas de las ciudades, al son de tambores y trompetas. A cambio de esos 900.000 florines, vuestros hijos deben prestar juramento a los tiranos y hacer guardia delante de sus palacios. Con sus tambores acallan vuestros gemidos, con las culatas de sus fusiles os destrozan el cráneo si tenéis la osadía de pensar que sois hombres libres. Ellos son los asesinos legales que protegen a los bandidos legales, pensad en Södel¹. Vuestros hermanos, vuestros hijos se convirtieron allí en fraticidas y parricidas.

Para las pensiones, 480.000 florines.

Con esa suma se envía a descansar a los funcionarios que han servido fielmente al Estado durante un cierto tiempo, es decir, que han sido celosos sicarios en la operación de desuello realizada en toda regla y que recibe el nombre de ley y orden.

Para el Ministerio de Estado y el Consejo de Estado, 174.600 florines.

Es un hecho que en Alemania las gentes depravadas son hoy las más allegadas a los príncipes, al menos en el Gran Ducado. Si un hombre honrado accede al Consejo de Estado, se verá expulsado de él. Pero si un hombre honrado pudiera hoy en día ser o seguir siendo ministro, ese hombre, tal y como están las cosas en Alemania, sería sólo una marioneta manejada por la principesca marioneta, y a ese títere principesco lo maneja a su vez el ayuda de cámara, el cochero o su mujer y el amante de ésta, o el hermanastro, o todos juntos. En

1. Aldea del Alto Hesse donde fueron derrotados los habitantes de Vogelsberg.

Alemania la situación actual es igual a la que describe el profeta Miqueas, cap. 7, vv. 3 y 4: «Los grandes deciden a su antojo hacer el mal y obran como les parece. El mayor de ellos es como un cardo y el más recto como un zarzal»: Vosotros tenéis que pagar caro los cardos y los zarzales, pues por la casa ducal y su corte habéis de pagar además 827.772 florines.

Las instituciones, las personas de que he hablado hasta ahora, no son sino instrumentos, no son sino servidores. No hacen nada en su propio nombre; al pie de su nombramiento hay una «L», que significa «Luis por la gracia de Dios», y ellos dicen reverentemente: «En nombre del Gran Duque.» Ese es su grito de guerra cuando subastan vuestros aperos, cuando se llevan vuestro ganado y os meten en prisión. «En nombre del Gran Duque», dicen, y la persona a la que dan ese nombre es inviolable, sacrosanta, soberana, Alteza real. Pero acercaos a ese hombre y echadle una mirada a través de su principesco manto: come cuando tiene hambre y duerme cuando sus ojos se llenan de sombras. Miradlo, vino al mundo tan desnudo y desprotegido como vosotros y le sacarán de él tan duro y rígido como vosotros, y, sin embargo, tiene el pie sobre vuestra cerviz, tiene 700.000 personas que le llevan el arado, tiene ministros que son responsables de lo que él hace, tiene poder sobre vuestras propiedades a través de los tributos que os impone y sobre vuestras vidas a través de las leyes que dicta, tiene a su alrededor damas y caballeros de la nobleza que reciben el nombre de Corte, y traspasa por herencia su divino poder a los hijos habidos de mujeres que son también de linajes sobrenaturales.

¡Ay de vosotros, idólatras! Sois como los paganos que adoran al cocodrilo que los despedaza. Vosotros le ponéis una corona, pero es una corona de espinas la que os ponéis en la cabeza vosotros mismos; en la mano le ponéis un cetro, pero éste es una verga con la que él os azota. Le instaláis en vuestro trono, pero para vosotros y para vuestros hijos ese trono es un potro de tormento. El príncipe es la cabeza de la sanguijuela que se desliza sobre vuestro cuerpo, los ministros son sus dientes y los funcionarios su cola. Los hambrientos estómagos de esos hombres influyentes entre los que reparte sus altos cargos, son ventosas que él aplica al país. La «L» con que firma sus decretos es el signo de la Bestia que adoran los idólatras de nuestro tiempo. El manto del príncipe es la alfombra en la que se revuelcan lascivamente unos con otros los caballeros y las damas de la nobleza y de la corte; con insignias y condecoraciones esconden sus tumores, y envuelven sus cuerpos deformados por la lepra en costosos vestidos. Las hijas del pueblo son sus siervas y ramerías, los hijos del pueblo, sus lacayos y soldados. Id una vez a Darmstadt y ved cómo se divierten esos señores con vuestro dinero y contad después a vuestras mujeres y a vuestros hijos hambrientos que el pan de su propiedad ha sido magníficamente digerido por vientres extraños, habladles de los

hermosos vestidos teñidos en su sudor y de las preciosas bandas recortadas de la piel encallecida de sus manos, habladles de las bellas mansiones construidas con los huesos del pueblo; y, luego, arrastraos hasta el interior de vuestras chozas llenas de humo y, con la cabeza encorvada, trabajad vuestros campos pedregosos a fin de que vuestros hijos puedan ir a su vez allí el día en que un príncipe heredero, con la ayuda de una princesa también de sangre real, decida ocuparse de otro príncipe heredero, y a través de las puertas de cristal bien abiertas vean los manteles donde comen esos señores y huelan las lámparas que arden con la grasa de los campesinos. Todo eso lo toleráis porque hay gente infame que os dice: «Este gobierno es de Dios.» Ese gobierno no es de Dios sino del padre de toda mentira. Los príncipes alemanes no son la legítima autoridad, sino que esa legítima autoridad, el emperador alemán, que en otro tiempo era elegido libremente por el pueblo, fue ultrajado por ellos durante siglos y, finalmente, traicionado. El poder de los príncipes alemanes ha surgido de la traición y el perjurio, y no del voto del pueblo, y, por ello, su naturaleza y su actividad son reprobadas por Dios; su sabiduría es engaño, su justicia, opresión. Pisotean el país y aplastan el rostro de los pobres. Blasfemáis contra Dios cuando llamáis a uno de esos príncipes «Ungido del Señor», lo que equivale a decir que Dios ha ungido a los demonios elevándolos a la dignidad de príncipes de la tierra alemana. Esos príncipes han destrozado nuestra querida patria alemana, esos príncipes han traicionado al emperador que eligieron nuestros libres antepasados, y ahora esos traidores y verdugos de la humanidad reclaman vuestra fidelidad. Mas el reino de las tinieblas toca a su fin. Un poco más y esa Alemania, ahora sojuzgada por los príncipes, resucitará como *Estado libre*, con una autoridad elegida por el pueblo. Dice la Sagrada Escritura: Dad al César lo que es del César. ¿Pero qué es lo de esos príncipes, lo de esos traidores?

¡La parte de Judas!

Para los Estados provinciales, 16.000 florines.

En el año 1789, el pueblo francés estaba cansado de ser por más tiempo la bestia de carga de su rey. Se sublevó, pues, y entregó el poder a hombres que merecían su confianza, y esos hombres se reunieron en asamblea y dijeron que un rey era un hombre como otro cualquiera: era únicamente el primer servidor del Estado y tenía que justificar sus acciones ante el pueblo; y si no cumplía bien sus funciones, podía ser juzgado y condenado. Después, declararon los derechos del hombre: «Nadie hereda al nacer un derecho o un título de preferencia, nadie adquiere con la propiedad un derecho de preferencia. El poder supremo reside en la voluntad de todos o de la mayoría. Esa voluntad es ley y se manifiesta a través de las asambleas o de los representantes del pueblo; éstos son elegidos por todos y todos pueden ser elegidos. Esas personas elegidas expresan la voluntad de sus electores, de forma que su mayoría y la voluntad de su

mayoría corresponde a la mayoría y a la voluntad de la mayoría del pueblo; el rey sólo debe cuidar de que se apliquen las leyes promulgadas por ellos.» El rey juró ser fiel a esa Constitución, pero juró en falso y engañó al pueblo, por lo que el pueblo le condenó como corresponde a un traidor. Entonces los franceses abolieron la monarquía hereditaria y eligieron libremente una nueva autoridad, a lo que todos los pueblos tienen derecho, en virtud de la razón y de la Sagrada Escritura. Los hombres encargados de velar por el cumplimiento de las leyes, eran nombrados por la asamblea de los representantes del pueblo¹, ellos constituían la nueva autoridad. Así, el gobierno y los legisladores eran elegidos por el pueblo y Francia fue un Estado libre.

Pero los otros reyes, asustados por el poder del pueblo francés, pensaron que ellos podrían tropezar con el primer cadáver de un rey y romperse la cerviz, y que sus baqueteados súbditos podrían despertar ante el clamor de libertad de los franceses. Con potente maquinaria bélica y con ejércitos de a caballo penetraron en Francia por todas las fronteras y una gran parte de la nobleza y de los poderosos del país se sublevaron, poniéndose de parte del enemigo. El pueblo montó entonces en cólera y se alzó con toda su fuerza, aplastando a los traidores y aniquilando a los mercenarios de los reyes. La joven libertad nació de la sangre de los tiranos y, ante su voz, temblaron los tronos y exultaron los pueblos. Pero los franceses renunciaron a su joven libertad a cambio de la gloria que les ofrecía Napoleón y elevaron a éste al trono imperial. Entonces el Todopoderoso hizo morir en las nieves de Rusia al ejército del emperador y azotó a Francia con el látigo de los cosacos y otra vez dio a los franceses como reyes a los obesos Borbones, a fin de que Francia se arrepintiera de haber adorado al ídolo de la monarquía hereditaria y sirviera al Dios que creara a los hombres libres e iguales. Pero cuando, transcurrida la condena, hombres valientes expulsaron del país, en julio de 1830, al perjuro rey Carlos X, la Francia liberada optó, sin embargo, de nuevo por la monarquía *semihereditaria* y en la persona del hipócrita Luis Felipe aceptó una nueva fórmula. Pero en Alemania y en toda Europa fue grande la alegría cuando cayó Carlos X, y los oprimidos países alemanes se alzaron para luchar por la libertad. Entonces, los príncipes deliberaron sobre el modo de escapar a la cólera del pueblo y los más astutos dijeron: Cedamos una parte de nuestro poder para conservar el resto. Y aparecieron ante el pueblo y dijeron: Vamos a regalaros esa libertad por la que queréis luchar. Y temblando de miedo le arrojaron algunas migajas como si fuera una gran merced. El pueblo, desgraciadamente, creyó lo que decían y recobró la calma. Y así Alemania se vio engañada como Francia.

1. Se refiere a la Convención Nacional.

¿Qué son, en efecto, las Constituciones alemanas? Nada más que paja aventada, de la que ya han sacado el grano los príncipes. ¿Qué son nuestras asambleas? Nada más que lentos carrmatos que acaso puedan atravesarse una o dos veces en el camino para bloquear la codicia de los príncipes y de sus ministros, pero que nunca podrán erigirse en bastiones de la libertad alemana. ¿Qué son nuestras leyes electorales? Nada más que violaciones de los derechos civiles y humanos de la mayoría de los alemanes. Pensad en la ley electoral del Gran Ducado, según la cual nadie que no tenga abundantes bienes podrá ser elegido, por muy honorable y bienintencionado que sea, pero sí *Grolmann*, que pretendía robaros dos millones. Pensad en la Constitución del Gran Ducado, cuyos artículos determinan que el Gran Duque es inviolable, sacrosanto y exento de responsabilidad. Transmite su dignidad hereditariamente a su familia, tiene derecho a hacer la guerra y posee plenos poderes militares. Convoca los Estados provinciales, los aplaza o los disuelve. Los Estados no pueden hacer propuestas de ley sino que están obligados a solicitar su promulgación, y depende exclusivamente de la voluntad del príncipe el concederla o denegarla. El príncipe sigue disponiendo de un poder casi ilimitado; sólo para promulgar nuevas leyes e imponer nuevas contribuciones necesita que los Estados den su aprobación. Pero él, en parte hace caso omiso de tal aprobación, y en parte le bastan las leyes anteriores, que son obra del poder del príncipe, no necesitando por ello leyes nuevas. Una tal Constitución es mezquina y escandalosa. ¿Qué cabe esperar de unos Estados sujetos a tal Constitución, aun cuando entre los elegidos no hubiese traidores al pueblo ni gente cobarde y apocada, sino sólo amigos entusiastas del pueblo? ¿Qué cabe esperar de unos Estados que ni siquiera son capaces de defender los cuatro pobres artículos de una mísera Constitución? Su única resistencia hasta ahora ha consistido en denegar los dos millones que el Gran Duque pretendía que le regalara su pueblo plagado de deudas, a fin de saldar él mismo sus propias deudas.

Pero si, por otra parte, los Estados provinciales del Gran Ducado tuvieran suficientes derechos y el Gran Ducado, pero solamente el Gran Ducado, tuviera una verdadera Constitución, pronto se acabaría esa maravilla. Los buitres de Berlín y Viena extenderían sus garras asesinas y exterminarían de raíz esa humilde libertad. Es todo el pueblo alemán el que debe conquistar su libertad. Y esos tiempos, amados conciudadanos, no están lejos. El Señor ha puesto nuestra hermosa tierra alemana, que fuera durante tantos siglos el más admirable reino de la tierra, en manos de desolladores propios y extranjeros, porque el corazón del pueblo alemán había renegado de la libertad y la igualdad de sus antepasados y del temor de Dios, porque vosotros os habíais entregado al culto idolátrico de tantos pequeños señores y duques y reyezuelos.

El Señor, que quebró el cetro de Napoleón, caudillo extranjero, romperá también con las manos del pueblo los ídolos de nuestros propios tiranos. Por más que brillen esos ídolos, cuajados de oro y piedras preciosas, de insignias y condecoraciones, en su interior *no muere su gusano y son de barro sus pies*. Dios os dará fuerzas para quebrar esos pies cuando os hayáis arrepentido de vivir en el error y hayáis reconocido esta verdad: «No hay más que un dios, y a su lado no existen otros dioses invocados como soberanos y altísimos, como sacrosantos y exentos de responsabilidad; Dios ha creado a todos los hombres libres y con los mismos derechos, y no hay autoridad impuesta por Dios para el bien de los pueblos sino aquella que goza de la confianza del pueblo y que, expresa o tácitamente, ha sido elegida por el pueblo; y, a la inversa, la autoridad que detenta el poder pero carece de derechos sobre un pueblo, es tan de Dios como el diablo es de Dios, y la obediencia a una tal autoridad diabólica se mantendrá sólo en tanto que su diabólico poder no sea destruido; el Dios que unificó a un pueblo en un solo cuerpo mediante una sola lengua castigará aquí abajo con penas temporales y allá arriba con penas eternas, como a genocidas y tiranos, a los poderosos que despedazan y descuartizan o hasta parten en treinta trozos a ese pueblo¹, pues dice la Escritura: Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre; y el Todopoderoso, que del desierto puede hacer un paraíso, también puede volver a convertir a un país mísero y doliente en el paraíso que fuera nuestra amada Alemania antes de que sus príncipes la desollaran y despedazaran.»

Como el Imperio alemán estaba corrompido y deshecho y los alemanes habían renegado de Dios y de la libertad, Dios redujo ese Imperio a un montón de escombros a fin de que volviera a nacer como Estado libre. Durante algún tiempo «dio poder a los ángeles de Satanás para que golpearan con los puños a Alemania; a los poderosos y a los príncipes que reinan en las tinieblas, a los espíritus malignos de las alturas (Efesios, 6), les dio poder para atormentar a burgueses y campesinos y beberles la sangre y para infligir toda clase de daños a quienes aman la justicia y la libertad más que la injusticia y la servidumbre». ¡Pero su medida está colmada!

Ved al monstruo marcado por Dios, Luis de Baviera, el rey blasfemo que obliga a hombres honorables a arrodillarse ante su imagen, y, mediante inicuos jueces, condena a prisión a quienes dan testimonio de la verdad; ved al cerdo que en Italia se ha revolcado en todos los lodazales del vicio, al lobo que, para su corte de Baal y a través de los inicuos Estados provinciales, se hace conceder anualmente y a perpetuidad cinco millones, y preguntad después: «¿Es ésta la autoridad enviada por Dios para nuestro bien?»

1. Se refiere a los principados de la Confederación Germánica.

¿Tú de Dios quieres ser la autoridad?
 Dios dispensa bendición.
 Tú robas, atormentas, encarcelas:
 tirano, no eres de Dios¹.

Yo os digo: su medida y la de quienes son como él está colmada. Dios, que impusiera esos príncipes a Alemania para castigarla por sus pecados, volverá a salvarla. «El pisoteará los espinos y abrojos y los quemará en una hoguera.» Isaías, 27, 4. Del mismo modo que no crece la corcova con que Dios ha marcado al rey Luis, tampoco podrán aumentar las infamias de esos príncipes. Su medida está colmada. El Señor destruirá sus bastiones y de nuevo florecerán en Alemania la fuerza y la vida, la bendición de la libertad. Los príncipes han hecho de la tierra alemana un gran valle sembrado de cadáveres, como escribe Ezequiel en el capítulo 37: «El Señor me llevó a un vasto valle cubierto de huesos, y he aquí que estaban completamente secos.» Pero como reza la palabra que el Señor dirige a esos huesos secos: «He aquí que yo os daré sangre y haré crecer sobre vosotros la carne, os cubriré de piel y os daré un aliento y viviréis y sabréis que yo soy el Señor.» Y la palabra del Señor se confirmará como verdadera también en Alemania, según dice el profeta: «He aquí que se produjo un ruido, hubo un estremecimiento y los huesos se juntaron unos con otros. Entonces el aliento entró en ellos, revivieron y se incorporaron sobre sus pies, era un enorme, inmenso ejército.»

Tal y como la describe el profeta, así ha sido hasta hoy la situación de Alemania: vuestros huesos están secos, pues el orden en que vivís es infamia y vejación. En el Gran Ducado pagáis seis millones a un puñado de gente de cuyo arbitrio dependen vuestra vida y vuestros bienes y lo mismo les sucede a otros que, en esta desgarrada Alemania, están en pareja situación. ¡Nada sois, nada tenéis! Carecéis de derechos. Tenéis que dar lo que exigen vuestros insaciables opresores y llevar la carga que os imponen. En lo que alcanza la vista de un tirano —y habrá hasta treinta en Alemania—, la tierra y el pueblo están secos. Pero, tal y como escribe el profeta, en Alemania pronto habrá un cambio: el día de la resurrección no se hará esperar. En el valle sembrado de cadáveres se producirá un ruido, habrá un estremecimiento y los que vuelven a la vida formarán un inmenso ejército.

Alzad la vista y ved cuán pequeño es el número de quienes os sojuzgan: su fuerza es tan sólo la sangre que beben de vosotros y los brazos que vosotros, privados de voluntad propia, ponéis a su servicio. Ellos serán acaso diez mil en todo el Gran Ducado y vosotros setecientos mil, y esa relación entre el pueblo y sus opresores

es la misma que existe en el resto de Alemania. Por más que os amenacen con el armamento y la caballería de los reyes, yo os digo: Quien alza la espada contra el pueblo, morirá por la espada del pueblo. Alemania es hoy un campo sembrado de cadáveres: pronto será un paraíso. El pueblo alemán es un cuerpo, vosotros sois un miembro de ese cuerpo. Poco importa dónde puede empezar a agitarse ese aparente cadáver. Cuando el Señor os dé la señal a través de los hombres por cuya mediación él liberará a los pueblos de la servidumbre, levantaos y todo el cuerpo se alzarán con vosotros.

Largos años habéis permanecido encorvados sobre los campos de espinas de la esclavitud: llegará el verano en que sudaréis en la viña de la libertad y seréis libres hasta la milésima generación.

Durante toda una larga vida habéis cavado la tierra: un día cavaréis la tumba de vuestros tiranos. Habéis construido bastiones: un día los derribaréis y edificaréis la morada de la libertad. Y entonces podréis bautizar libremente a vuestros hijos con el agua de la vida. Y hasta que os llame el Señor a través de sus mensajeros y de sus señales, vigilad y armaos espiritualmente y orad y enseñad a orar a vuestros hijos: «Señor, quiebra la vara de nuestros tiranos y haz llegar a nosotros tu reino, el reino de la justicia. Amén.»

1. Versos del poema «El campesino a su ilustrísimo tirano», de Gottfried August Bürger (1747-1784).

LA MUERTE DE DANTON

Drama

PERSONAJES

GEORGES DANTON
LEGENBRE
CAMILLE DESMOULINS
HERAULT-SECELLES
LACROIX
PHILIPPEAU
FABRE D'EGLANTINE
MERCIER
THOMAS PAYNE

} Diputados

ROBESPIERRE
ST. JUST
BARRERE
COLLOT D'HERBOIS
BILLAUD VARENNES

} Miembros del Comité
de Salud Pública

CHAUMETTE, procurador de la Comuna
DILLON, general
FOUQUIER TINVILLE, acusador público
HERRMANN y DUMAS, presidentes del Tribunal Revolucionario
PARIS, amigo de Danton
SIMON, apuntador
LAFLOTTE
JULIE, esposa de Danton
LUCILE, esposa de Camille Desmoulins
ROSALIE, ADELAIDE, MARION, mujeres públicas
Hombres y mujeres del pueblo, mujeres públicas, diputados, verdugos, etc.

ACTO I

[1.1] *Herauld-Séchelles, varias señoras (en la mesa de juego).
Danton, Julie (un poco apartados; Danton en un taburete
a los pies de Julie).*

DANTON: Mira aquella señora tan guapa, qué bien maneja los naipes. Sí, verdaderamente tiene experiencia, se dice que siempre presenta el corazón a su marido y el carreau a los demás. Sois capaces de hacer que nos enamoremos de la mentira.

JULIE: ¿Crees en mí?

DANTON: ¿Qué sé yo? Sabemos poco el uno del otro. Somos animales de piel dura, nos tendemos mutuamente las manos, pero es un esfuerzo inútil, sólo nos frotamos mutuamente el duro cuero: estamos muy solos.

JULIE: Tú me conoces, Danton.

DANTON: Sí, lo que suele entenderse por conocer. Tú tienes los ojos oscuros y el cabello rizado y la tez suave y siempre me dices: querido Georges. Pero (*señalando la frente y los ojos*) ahí, ahí, ¿qué hay detrás de eso? No, no, nuestros sentimientos son toscos. ¿Conocernos? Tendríamos que abrirnos las tapas del cráneo y de las fibras del cerebro ir sacándonos mutuamente los pensamientos.

UNA SEÑORA: ¿Pero qué hace usted con los dedos?

HERAULT: ¡Nada!

SEÑORA: No doble así el pulgar, da angustia verlo.

HERAULT: Pero mírelo, el dedo tiene una fisonomía perfectamente peculiar.

DANTON: No, Julie, te amo como a la tumba.

JULIE (*volviendo la cara*): ¡Oh!

DANTON: ¡No, escucha! La gente dice que en la tumba se descansa, que la tumba y el descanso son una misma cosa. Si es así, en tu regazo yo ya estoy bajo la tierra. Dulce tumba, tus labios son campanas que tocan a muerto, tu voz es el tañido fúnebre, tu pecho mi túmulo y tu corazón mi ataúd.

SEÑORA: ¡Ha perdido!

HERAULT: Ha sido una aventura amorosa, cuesta dinero como todas las aventuras.

SEÑORA: Entonces usted ha hecho sus declaraciones amorosas como un sordomudo, con los dedos.

HERAULT: ¿Y por qué no? Hay hasta quien dice que son los que mejor se hacen entender. Yo he tejido una intriga amorosa con una reina de la baraja, mis dedos eran príncipes transformados en arañas, usted, Madame, era el hada; pero la cosa no salió bien, la reina estaba siempre de parto, a cada instante tenía una *sota*¹. Yo no dejaría a mi hija jugar de ese modo, las damas y caballeros se arrojan unos sobre otros sin el menor recato y las sotas no les van a la zaga.

(*Entran Camille Desmoulins y Philippeau.*)

HERAULT: ¡Philippeau, qué mirada tan sombría! ¿Se te ha agujereado el gorro encarnado², tenía San Jacobo cara de enfado, ha llovido mientras funcionaba la guillotina o te ha tocado mal sitio y no has podido ver nada?

CAMILLE: Estás parodiando a Sócrates. ¿Sabes lo que el Divino le preguntó a Alcibiades al encontrarle un día postrado y abatido? «¿Has perdido el escudo en el campo de batalla? ¿Te han vencido en las carreras o en la sala de armas? ¿Otro ha cantado mejor que tú o tocado mejor la cítara?» ¡Qué clásicos republicanos! ¡Qué contraste con nuestro romanticismo de guillotina!

PHILIPPEAU: Hoy han caído otras veinte víctimas. Estábamos en un error, a los hebertistas³ se les ha enviado al patíbulo sólo por no haber actuado con bastante sistema, acaso también porque los decenviros⁴ se creían perdidos si durante tan sólo una semana hubiera habido alguien más temible que ellos.

HERAULT: Lo que quisieran es hacer de nosotros un pueblo antidiluviano. A St. Just le agradecería que anduviéramos otra vez a gatas para que el abogado de Arras⁵, según la mecánica del relojero

1. Alusión obscena intraducible; en alemán a la sota de la baraja le corresponde la carta llamada *Bube* (muchacho).

2. El gorro encarnado, a imitación del gorro frigio, era el signo exterior de los jacobinos.

3. Seguidores de Hébert (ver Índice de nombres propios).

4. Los diez miembros del Comité de Salud Pública; los más influyentes: Robespierre, St. Just, Couthon, Collot, Barère.

5. Robespierre.

ginebrino¹, nos inventara gorritos acolchados, bancos de escuela y un Padre Dios.

PHILIPPEAU: Y a tal fin no vacilarían en añadir algunos ceros a la cuenta de Marat. ¿Cuánto tiempo vamos a seguir sucios y ensangrentados como niños recién nacidos? ¿Cuánto tiempo aún tomaremos por cunas los ataúdes y haremos juguetes de las cabezas? Hay que seguir adelante. Hay que conseguir el Comité de Clemencia, hay que admitir otra vez a los diputados expulsados².

HERAULT: La Revolución ha llegado al estadio de la reorganización. Tiene que cesar la Revolución y comenzar la República. En nuestros principios de gobierno, el derecho tiene que sustituir al deber, el bienestar a la virtud y la legítima defensa al castigo. Cada cual tiene que hacerse valer y que hacer valer su naturaleza. Se puede ser sensato o insensato, culto o inculto, bueno o malo: eso no le concierne al Estado. Todos estamos locos, nadie tiene derecho a imponer a otro su propia locura.

Cada individuo tiene que poder gozar a su manera, pero siempre de forma que ninguno goce a costa de otro o le moleste en su propia manera de gozar.

CAMILLE: Las formas de gobierno tienen que ser como una túnica transparente que se amolda al cuerpo del pueblo. La dilatación de las venas, la tensión de los músculos, la contracción de los tendones: todo ello tiene que dejar su impronta. El cuerpo puede ser feo o hermoso, pero en todo caso tiene derecho a ser como es, y a nosotros no nos está permitido confeccionarle una levita a nuestro gusto. Y a quienes quieran cubrir con un velo de monja los hombros desnudos de esa Francia adorable y pecadora, les golpearemos en los nudillos.

Queremos dioses desnudos, bacantes, juegos olímpicos y oír de labios melódicos: ¡ah, ese amor maligno que relaja los miembros!³ Nosotros no queremos prohibir a los romanos que se sienten en un rincón a cocer zahanorias, pero que ellos dejen de ofrecernos sus juegos de gladiadores.

El divino Epicuro y la Venus de las bellas nalgas han de montar guardia ante las puertas de la República en lugar de San Marat y San Chalier. Danton, tú serás quien organice el ataque en la Convención.

DANTON: Yo seré, tú serás, él será. Si es que lo vivimos, dicen las viejas. Dentro de una hora habrán pasado sesenta minutos. ¿No es así, muchacho?

CAMILLE: ¿Qué quieres decir? Es evidente.

1. Rousseau, cuyo padre era relojero.

2. Los girondinos de la Convención Nacional, arrestados el 2 de junio de 1793, de los cuales sólo había sido ejecutado un grupo.

3. Versos de la poetisa griega Safo.

DANTON: Oh, todo es evidente. ¿Y quién va a llevar a cabo todas esas cosas tan bonitas?

PHILIPPEAU: Nosotros y las personas honradas.

DANTON: Ese «y» es una larga palabra que nos aleja un poco demasiado unos de otros; el camino es largo, la honradez perderá el resuello antes de que nos encontremos todos. ¡Y aunque así fuera! A las personas honradas se les puede prestar dinero, se les puede entregar en matrimonio a nuestras hijas y también pueden hacer de padrinos de nuestros hijos. Pero eso es todo.

CAMILLE: Si lo sabes, ¿por qué has empezado el combate?

DANTON: Me asqueaba esa gente. Jamás he podido ver a uno de esos estirados Catones sin darle un puntapié. Es mi manera de ser, no tengo otra. *(Se levanta.)*

JULIE: ¿Te vas?

DANTON *(a Julie)*: Tengo que marcharme. Estos van a acabar conmigo con su política. *(Saliendo.)* Pero antes de salir todavía quiero haceros una profecía: aún no ha sido forjada la estatua de la libertad, el horno está ardiendo, todos nosotros podemos quemarnos los dedos en él. *(Sale.)*

CAMILLE: Dejadle, ¿creéis que podrá dejar de meter mano cuando llegue el momento de actuar?

HERAULT: Sí, pero sólo por pasar el tiempo, como quien juega al ajedrez...

UN CALLEJON

[I, 2]

Simon, su mujer.

SIMON *(golpeando a su mujer)*: ¡Alcahueta, vieja píldora de solimán¹, manzana agusanada de Adán!

MUJER: ¡Ay, socorro, socorro!

(Se acerca GENTE corriendo: ¡Separadlos, separadlos!)

SIMON: No, dejadme, romanos, que quiero romperle los huesos a esta vestal.

MUJER: ¿Vestal yo? ¡Ya quisiera!

SIMON: De tus hombros arranco los vestidos,

Tu carroña, desnuda, arrojó al sol.

¡Cama de meretriz, en cada arruga de tu cuerpo anida el impudor! *(Los separan.)*

PRIMER CIUDADANO: ¿Qué pasa aquí?

SIMON: ¿Dónde está la doncella? ¡Habla! No, así no puedo llamarla. ¡La muchacha! No, así tampoco. ¡La mujer, la hembra! Tampoco, así tampoco. ¡Sólo queda un nombre! ¡Oh, y ese nombre me sofoca! ¡Para decirlo me falta el aire!

1. Solimán: el sublimado de mercurio era utilizado en el siglo XVIII para combatir la sífilis.

SEGUNDO CIUDADANO: Eso está bien, si no, el nombre apestaría a aguardiente.

SIMON: Viejo Virginius, cubre tu desnuda cabeza. El cuervo de la vergüenza se ha posado sobre ella y está buscando tus ojos con el pico. ¡Dadme un cuchillo, romanos! *(Se derrumba.)*

MUJER: Ay, en el fondo es un buen hombre, lo que sucede es que no aguanta el alcohol, su mala pata es el aguardiente.

SEGUNDO CIUDADANO: Entonces, anda sobre tres patas.

MUJER: No, se cae.

SEGUNDO CIUDADANO: Exacto, primero anda sobre tres patas y luego se cae sobre la tercera, hasta que la tercera también se cae.

SIMON: Eres la lengua de vampiro que bebe de mi corazón la sangre más caliente.

MUJER: Dejadle en paz, a estas horas siempre se enternece, ya se le pasará.

PRIMER CIUDADANO: ¿Pero qué sucede?

MUJER: Bueno, yo estaba sentada sobre una piedra tomando el sol, para entrar en calor, sabéis, porque no tenemos leña, sabéis...

SEGUNDO CIUDADANO: Pues coge la nariz de tu marido.

MUJER: Y mi hija había ido hacia allá abajo, ahí, a la vuelta de esa esquina, es una buena hija que mantiene a sus padres.

SIMON: ¡Ah, lo confiesa!

MUJER: Y tú, Judas, ¿podrías tan siquiera ponerte un par de calzones si los jóvenes caballeros no se bajaran los suyos cuando están con ella? Tú, barril de aguardiente, ¿quieres morirte de sed cuando deje de correr la fuentecilla, eh? Nosotros trabajamos con todas las partes del cuerpo, ¿por qué no también con ésa? Con esa parte trajinó su madre cuando la trajo a ella al mundo, y qué dolores tuvo; ¿no puede trajinar ella también para su madre con esa parte, eh? ¿Y le duele acaso al hacerlo, eh? ¡Pedazo de imbécil!

SIMON: ¡Ah, Lucrecia! ¡Un cuchillo, dadme un cuchillo, romanos! ¡Ah, Apio Claudio!

PRIMER CIUDADANO: Un cuchillo, sí, pero no para la pobre puta, ¿ella qué ha hecho? ¡Nada! Es su hambre la que se prostituye y mendiga. ¡Un cuchillo para la gente que compra la carne de nuestras mujeres y de nuestras hijas! ¡Ay de aquellos que fornican con las hijas del pueblo! Vosotros tenéis ruidos de tripas y ellos tienen pesadez de estómago, vosotros tenéis agujeros en la ropa y ellos tienen trajes abrigados, vosotros tenéis callos en los puños y ellos tienen manos de terciopelo. Ergo, vosotros trabajáis y ellos no hacen nada; ergo, vosotros lo habéis ganado y ellos lo han robado; ergo, cuando vosotros queréis recuperar unos cuantos ochavos de esa propiedad que os han robado, tenéis que prostituirlos y que mendigar; ergo, ellos son unos miserables y hay que darles muerte.

TERCER CIUDADANO: No tienen más sangre en las venas que la que

nos han chupado. Nos han dicho: ¡Matad a los aristócratas, que son lobos! Y nosotros hemos colgado de los faroles a los aristócratas. Ellos nos han dicho: el Veto¹ se come vuestro pan, y nosotros hemos dado muerte al Veto. Ellos nos han dicho: los girondinos² os matan de hambre, y nosotros hemos guillotinado a los girondinos. Pero ellos son los que han desvalijado a los muertos, y nosotros andamos con las piernas desnudas, como antes, y seguimos pasando frío. Vamos a arrancarles a tiras la piel de los muslos y a hacernos calzones con ella, vamos a exprimirles la manteca y a hacer con ella más grasa nuestra sopa. ¡Adelante! ¡Muerte a quien no lleve agujeros en la levita!

PRIMER CIUDADANO: ¡Muerte a quien sepa leer y escribir!

SEGUNDO CIUDADANO: ¡Muerte a quien tenga andares de señorito!

(*Todos gritan: ¡Muerte, muerte!*)

(*Se acercan algunos trayendo a rastras a un hombre joven.*)

UNAS VOCES: ¡Tiene un pañuelo de bolsillo! ¡Un aristócrata! ¡A la farola! ¡A la farola!

SEGUNDO CIUDADANO: ¿Cómo? ¡No se suena la nariz con los dedos? ¡A la farola! (*Bajan una farola.*)

JOVEN: ¡Ay, señores!

SEGUNDO CIUDADANO: ¡Aquí no hay señores! ¡A la farola!

ALGUNOS *cantan:*

A quien yace bajo tierra
los gusanos lo devoran,
mejor pender en el aire
que irse pudriendo en la fosa.

JOVEN: ¡Piedad!

TERCER CIUDADANO: ¡Si sólo es un juego con un lazo de cáñamo en torno al cuello! Es sólo un instante, nosotros somos más compasivos que vosotros. Nuestra vida es un morir asesinados por el trabajo, pasamos sesenta años colgados de la sogá, pataleando, pero ya la cortaremos. ¡A la farola!

JOVEN: Haced como queráis, pero por eso no vais a ver más claro.

LOS CIRCUNSTANTES: ¡Bravo, bravo!

UNAS VOCES: ¡Dejadle marchar! (*Se escapa.*)

(*Entra Robespierre, acompañado de mujeres y sans-culottes.*)

ROBESPIERRE: ¿Qué pasa aquí, ciudadanos?

TERCER CIUDADANO: ¿Qué va a pasar? Las pocas gotas de sangre de agosto y septiembre no han coloreado las mejillas del pueblo. La guillotina es demasiado lenta. Estamos necesitando un chaparrón.

PRIMER CIUDADANO: Nuestras mujeres y nuestros hijos gritan pidiendo pan y queremos darles de comer la carne de los aristócratas. ¡Eh! ¡Muerte a quien no lleve agujereada la levita!

1. El rey, que poseía el derecho de veto.

2. Fracción moderada de la Convención Nacional.

TODOS: ¡Muerte, muerte!

ROBESPIERRE: En nombre de la ley.

PRIMER CIUDADANO: ¿Qué es la ley?

ROBESPIERRE: La voluntad del pueblo.

PRIMER CIUDADANO: El pueblo somos nosotros y nosotros queremos que no haya ley, ergo, esta voluntad es la ley, ergo, en nombre de la ley ya no hay ley, ergo, ¡muerte!

UNAS VOCES: ¡Escuchad a Aristides, escuchad al Incorruptible!

UNA MUJER: ¡Escuchad al Mesías, que ha sido enviado para elegir y para juzgar! El abatirá a los malos con el filo de la espada. Sus ojos son los ojos de la elección y sus manos son las manos del juicio.

ROBESPIERRE: ¡Pueblo pobre y virtuoso! Tú cumples con tu deber y sacrificas a tus enemigos. Pueblo, eres grande. Te revelas entre relámpagos y truenos. Mas tus golpes, pueblo, no deben lastimar tu propio cuerpo, en tu cólera te asesinas a ti mismo. Lo único que puede hacerte caer es tu propia fuerza, eso lo saben tus enemigos. Tus legisladores están alerta, ellos te llevarán de la mano, sus ojos son infalibles, tu mano ineluctable. Venid con los jacobinos. Vuestros hermanos os recibirán con los brazos abiertos, juzgaremos a nuestros enemigos en un tribunal de sangre.

MUCHAS VOCES: ¡A los jacobinos! ¡Viva Robespierre! (*Salen todos.*)

SIMON: ¡Ay de mí, abandonado! (*Intenta incorporarse.*)

SU MUJER: Aquí. (*Le ayuda.*)

SIMON: Ay, Baucis¹ mía, estás amontonando carbones sobre mi cabeza.

MUJER: Ponte de pie.

SIMON: ¿Te apartas? Ay, ¿podrás perdonarme, Porcia mía? ¿Te he golpeado? No ha sido mi mano, no ha sido mi brazo, mi locura lo hizo.

Del pobre Hamlet su locura es la enemiga.

No lo hizo Hamlet, Hamlet lo niega.

¿Dónde está nuestra hija? ¿Dónde está mi Susanita?

MUJER: Allí, a la vuelta de esa esquina.

SIMON: Vamos a por ella. Ven, mi virtuosa esposa. (*Salen ambos.*)

[I, 3]

EL CLUB DE LOS JACOBINOS

UN LIONÉS: Nos envían los hermanos de Lyon para desahogar en vuestro pecho su enojo y su amargura. No sabemos si la carreta en que Ronsin viajó a la guillotina fue el coche fúnebre de la libertad, pero sabemos que desde aquel día los asesinos de Chalier pisan otra vez tan fuerte como si para ellos no existiera la tumba.

1. Filemón y Baucis eran entre los griegos el prototipo mitológico del matrimonio ejemplar.

¿Habéis olvidado que, sobre el suelo francés, Lyon es una mancha que es preciso cubrir con los cadáveres de los traidores? ¿Habéis olvidado que esa meretriz de los reyes sólo puede lavarse la lepra en las aguas del Ródano? ¿Habéis olvidado que ese río revolucionario ha de hacer encallar en el Mediterráneo, sobre los cadáveres de los aristócratas, las flotas de Pitt?

Vuestra clemencia asesina la Revolución. El hálito de vida de un aristócrata es el estertor de la libertad. Sólo un cobarde muere por la República, un jacobino mata por ella. Que sepáis: si ya no encontramos en vosotros la energía de los hombres del 10 de agosto¹, de septiembre y del 31 de mayo, lo único que nos queda, como al patriota Gaillard, es el puñal de Catón. (*Aplausos y gritos confusos.*)

UN JACOBINO: ¡Beberemos con vosotros la copa de Sócrates!

LEGENBRE (*subiendo a la tribuna*): No nos hace falta dirigir la mirada hacia Lyon. La gente que lleva vestidos de seda, que viaja en coche, que se sienta en los palcos de los teatros y que habla según el Diccionario de la Academia, lleva desde hace días la cabeza firmemente asentada sobre los hombros. Hacen chistes y dicen que hay que conseguir un doble martirio para Marat y Chalier y volverlos a guillotinar *in effigie*. (*Violenta agitación en la asamblea.*)

ALGUNAS VOCES: ¡Dad por muerta a esa gente! Su lengua es su guillotina.

LEGENBRE: Que la sangre de esos santos caiga sobre ellos. Pregunto a los miembros del Comité de Salud Pública, aquí presentes, desde cuándo se han vuelto sus oídos tan sordos.

COLLOT D'HERBOIS (*le interrumpe*): Y yo te pregunto a ti, Legendre, de quién es la voz que anima tales pensamientos para que cobren vida y se atrevan a hablar. Es hora de arrancar las máscaras. ¡Escuchad! La causa inculpa a su efecto, el grito a su eco, el motivo a su consecuencia. El Comité de Salud Pública entiende más de lógica, Legendre. Quédate tranquilo. Los bustos de los santos quedarán intactos. Como cabezas de Medusa, convertirán en piedra a los traidores.

ROBESPIERRE: Sólo esperábamos para hablar el grito de indignación que resuena por doquier. Nuestros ojos han estado, abiertos, hemos visto al enemigo armarse y levantarse, pero aún no hemos tocado a rebato, hemos dejado al pueblo vigilarse a sí mismo; el pueblo no ha estado durmiendo, sino preparando las armas. Hemos dejado que el enemigo salga de su escondrijo, le hemos dejado avanzar, ahora está al descubierto, a plena luz del día,

cualquier golpe le alcanzará, habrá muerto tan pronto como le hayáis dividido.

Ya os lo he dicho en otra ocasión: los enemigos interiores de la República están divididos en dos secciones, como en dos cuerpos del ejército. Bajo banderas de diferentes colores y por los más diversos caminos, todos avanzan presurosos hacia la misma meta. Una de esas facciones ya no existe. En su estudiada demencia intentó eliminar a los más acreditados patriotas tachándolos de débiles, de acabados, con el fin de privar a la República de sus más fuertes brazos. Declaró la guerra a la Divinidad y a la propiedad con el fin de provocar una reacción a favor de los reyes. Parodió el drama grandioso de la Revolución con el fin de comprometerla mediante rebuscados excesos. El triunfo de Hébert habría transformado la República en un caos y el despotismo habría quedado satisfecho. La espada de la ley ha alcanzado al traidor. Pero ¿qué más le da al extranjero si para llegar a la misma meta aún dispone de malhechores de un género diferente? Lo que hemos hecho no habrá sido nada mientras nos quede por destruir otra facción que es el polo opuesto a la anterior: nos empuja a ser débiles, su grito de guerra es: «Indulgencia.» Lo que quiere es arrebatar al pueblo las armas y la fuerza que mueve esas armas, para, desnudo y extenuado, entregarlo a los reyes.

El arma de la República es el terror, la fuerza de la República es la virtud. La virtud, porque sin ella el terror es pernicioso, el terror, porque sin él la virtud es impotente. El terror emana de la virtud y no es otra cosa que la justicia expeditiva, estricta e inflexible. Ellos dicen que el terror es el arma de un gobierno despótico, que nuestro gobierno, por tanto, se asemeja al despotismo. Sí, en efecto, pero del mismo modo que la espada en las manos de un campeón de la libertad se asemeja al sable de que va armado el esbirro de los tiranos. Que el déspota gobierne a sus embrutecidos súbditos mediante el terror: tiene razón como déspota; aniquilad mediante el terror a los enemigos de la libertad y no tendréis menos razón como fundadores de la República. El gobierno revolucionario es el despotismo de la libertad contra la tiranía.

¡Indulgencia para los realistas!, gritan ciertas personas. ¿Indulgencia para los malvados? ¡No! Indulgencia para la humanidad. Sólo el ciudadano pacífico merece protección por parte de la sociedad. En una República sólo los republicanos son ciudadanos; los realistas y los extranjeros son enemigos. Castigar a los enemigos de la humanidad es obrar con indulgencia, perdonarlos es un acto de barbarie. Todos los signos de una falsa sensibilidad me parecen como suspiros que vuelan hacia Inglaterra o hacia Austria.

Pero no contentos con desarmar el brazo del pueblo, se

1. El 10 de agosto de 1792 es hecha prisionera la familia real tras el asalto a las Tullerías y da comienzo el primer Terror, que culmina con las matanzas de septiembre siendo ministro de Justicia Danton. El 31 de mayo de 1793 marca el final de los girondinos y el triunfo de los jacobinos.

pretende también envenenar con el vicio los más sagrados manantiales de su fuerza. Este es el más sutil, el más peligroso y el más abyecto ataque a la libertad. El vicio es la señal de Caín del aristocratismo. En una República, el vicio no es solamente un delito moral, sino un delito político; el vicioso es el enemigo político de la libertad, siendo tanto más peligroso para ésta, cuanto mayores sean los servicios que aparentemente les preste. El ciudadano más peligroso es aquel que prefiere gastar una docena de gorros encarnados a llevar a cabo una buena acción.

Me comprenderéis mejor si pensáis en esas personas que antes vivían en buhardillas y ahora van en carroza y fornican con antiguas marquesas y baronesas. Y hemos de preguntarnos: cuando vemos a los legisladores del pueblo exhibirse ante nosotros con todos los vicios y con todo el lujo de los antiguos cortesanos, cuando vemos a esos marqueses y condes de la Revolución casarse con ricas hembras, dar opulentos banquetes, sentarse a la mesa de juego, rodearse de servidores y llevar costosos vestidos, ¿han desvalijado al pueblo o han estrechado a los reyes sus manos cargadas de oro? Y cuando les oímos conversar finamente, hacer gala de ingenio y de buen tono, nos estará permitido asombrarnos. Hace poco han parodiado a Tácito con la mayor insolencia, yo podría replicar con Salustio y parodiar a Catilina; pero creo que no hacen falta más pincladas, los retratos están terminados.

¡Nada de pactos, nada de treguas con personas que no han tenido otro objetivo que robar al pueblo, con personas que creían poder realizar impunemente ese pillaje y para quienes la República era una especulación y la Revolución un oficio! Aterrorizados por la oleada incontenible de escarmientos, intentan suavemente calmar a la justicia. Se pensaría que cada uno de ellos está diciendo para sí: «No somos lo suficientemente virtuosos para ser tan terribles. Legisladores filosóficos, tened compasión de nuestra debilidad, yo no oso deciros que soy vicioso, por eso prefiero deciros: ¡no seáis crueles!» ¡Cálmate, pueblo virtuoso, calmaos, patriotas, decid a vuestros hermanos de Lyon que la espada de la ley no se oxida en las manos de aquellos a quienes se la confiasteis! Daremos un gran ejemplo a la República... (Aplauso general. MUCHAS VOCES: ¡Viva la República! ¡Viva Robespierre!)

PRESIDENTE: Se levanta la sesión.

[I, 4]

UN CALLEJON
Lacroix, Legendre.

LACROIX: ¿Qué has hecho, Legendre? ¿No sabes a quién le estás cortando la cabeza con tus bustos?

LEGENDTRE: A algunos petimetres y a ciertas mujeres elegantes, eso es todo.

LACROIX: Eres un suicida, una sombra que asesina a su original y por tanto a sí misma.

LEGENDTRE: No comprendo.

LACROIX: Creía que Collot había hablado con bastante claridad.

LEGENDTRE: ¿Y eso qué importa? Estaba otra vez borracho.

LACROIX: Los locos, los niños y —¿no es cierto?— los borrachos dicen la verdad. ¿A quién crees tú que se refería Robespierre al hablar de Catilina?

LEGENDTRE: ¿A quién?

LACROIX: La cosa es sencilla; se ha enviado al patíbulo a los ateos y ultrarrevolucionarios; pero eso no le ha servido de nada al pueblo, que sigue descalzo por las calles y que desea hacerse zapatos con la piel de los aristócratas. El termómetro de la guillotina no debe bajar, unos grados menos y el Comité de Salud Pública puede irse buscando una cama en la Plaza de la Revolución.

LEGENDTRE: ¿Y qué tienen que ver mis bustos con eso?

LACROIX: ¿Aún no lo ves? Tú has dado a conocer oficialmente la contrarrevolución, tú has obligado a los decenviros a mostrarse enérgicos, tú les has llevado de la mano. El pueblo es un Minotauro al que hay que presentar cadáveres cada semana para que no los devore.

LEGENDTRE: ¿Dónde está Danton?

LACROIX: ¡Qué sé yo! Está buscando trozo por trozo, en todas las rameras del Palais Royal, a la Venus de Médicis, a eso le llama él hacer mosaicos; sólo Dios sabe con qué miembro está ahora. Es una lástima que la naturaleza haya despedazado a la belleza, como Medea¹ a su hermano, y haya metido los fragmentos en los cuerpos. Vamos al Palais Royal. (Salen ambos.)

[I, 5]

UNA HABITACION
Danton, Marion.

MARION: No, déjame. Así, a tus pies. Quiero contarte.

DANTON: Podrías hacer mejor uso de tus labios.

MARION: No, déjame así por una vez. Mi madre era una mujer lista. Siempre me decía que la castidad es una hermosa virtud; cuando venía gente a casa y empezaban a hablar de ciertas cosas, me mandaba salir de la habitación; cuando yo preguntaba lo que quería aquella gente, siempre me decía que si no me daba vergüenza; cuando me mandaba leer un libro, casi siempre tenía que saltarme algunas páginas. Pero la Biblia, yo la leía a placer, en

1. Medea: hija del rey de Cólquida, despedazó a su hermano al huir con Jasón, a quien había ayudado a robar el vellotino de oro.

ella todo era sagrado y, sin embargo, allí había algo que no comprendía ni tampoco quería preguntar a nadie; yo cavilaba a solas. Llegó entonces la primavera, a mi alrededor, por doquier, sucedía algo en lo que yo no participaba. Me encontré de pronto en una atmósfera peculiar, que casi me asfixiaba; observaba mis miembros, a veces me parecía como si yo fuera doble y luego me fundiera de nuevo en un ser único. En aquel tiempo llegó a casa un joven, era bien parecido y muchas veces decía extravagancias, yo no sabía a ciencia cierta lo que quería, pero tenía que reírme. Mi madre le mandaba venir con frecuencia y eso nos agradaba a los dos. Finalmente, no veíamos por qué no podíamos estar echados el uno junto al otro entre dos sábanas, si ya estábamos sentados el uno al lado del otro sobre dos sillas. A mí aquello me procuraba más placer que su conversación y no veía por qué querían concederme lo poco y negarme lo mucho. Lo hicimos a escondidas. Y así seguimos algún tiempo. Pero yo me fui convirtiendo en una suerte de mar que todo lo devoraba, en una vorágine más y más profunda. Para mí había un solo contrario, todos los hombres se fundían en un solo cuerpo. Así era mi naturaleza, ¿quién puede superarla? El acabó dándose cuenta. Una mañana llegó, me besó como si quisiera asfixiarme, sus brazos se ciñeron en torno a mi cuello, sentí un miedo indecible. Me dejó al cabo y díjome riendo que había estado a punto de hacer una tontería, que me quedara con mi vestido y lo usara, que ya se gastaría él solo y que no quería estropearme la fiesta antes de tiempo, pues era lo único que yo tenía. Se marchó entonces, sin que yo acabara de saber lo que quería. Al atardecer estaba sentada junto a la ventana; soy muy sensible y me relaciono con todo mi entorno a través de una sola sensación; me sumergí en las olas del crepúsculo. De pronto vino por la calle un tropel de gente, los niños corrían delante, las mujeres miraban por las ventanas. Yo miré hacia abajo, le traían en un cesto, la luna brillaba sobre su frente lívida, sus rizos estaban húmedos, se había ahogado. Me eché a llorar. Fue la única ruptura que ha experimentado mi naturaleza. Las otras gentes tienen domingos y días de diario, trabajan seis días y rezan el séptimo, se emocionan una vez al año, el día de su cumpleaños, y meditan una vez al año, el día de Año Nuevo. Yo no entiendo nada de eso. Yo no conozco ni pausas ni cambios. Soy siempre la misma. Un desear, un tocar sin interrupción, una brasa, una corriente. Mi madre murió de pena, la gente me señala con el dedo. Eso es absurdo; todo depende de qué le procura a una más placer, si los cuerpos, las imágenes de Cristo, las flores o los juguetes infantiles; es la misma sensación, quien goza más, reza más.

DANTON: ¿Por qué no puedo absorber en mí plenamente tu belleza, abarcarla en su totalidad?

MARION: Danton, tus labios tienen ojos.

DANTON: Quisiera ser una parte del éter para bañarte en mi fluido, para romperme en cada ola de tu bello cuerpo.

Entran Lacroix, Adelaide, Rosalie.

LACROIX (*se detiene en la puerta*): Tengo que reírme, tengo que reírme.

DANTON (*malhumorado*): ¿Qué pasa?

LACROIX: Estoy pensando en el callejón.

DANTON: ¿Y qué?

LACROIX: En ese callejón había perros: un dogo y un perrillo faldero de Bolonia que lo intentaban en vano.

DANTON: ¿A qué viene eso?

LACROIX: Lo acabo de recordar sin más y no he podido contener la risa. ¡Era un espectáculo edificante! Las mocitas miraban por las ventanas; habría que ser precavidos y ni siquiera dejarlas sentarse al sol, podría ser que los mosquitos lo hicieran sobre sus propias manos y que ellas se pusieran a cavilar. Legendre y yo hemos recorrido así todas las celdas, las monjitas de la Revelación por la Carne se nos colgaban de los faldones de la levita y querían la bendición. Legendre le da la disciplina a una de ellas, pero por eso tendrá que hacer ayuno durante un mes. Aquí traigo a dos de las sacerdotisas del cuerpo.

MARION: Buenos días, demoiselle Adelaide, buenos días, demoiselle Rosalie.

ROSALIE: Ya hace tiempo que no teníamos el placer.

MARION: Bien que lo he lamentado.

ADELAIDE: Así es la vida, estamos ocupadas día y noche.

DANTON (*a Rosalie*): Eh, pequeña, qué suaves se te han puesto las caderas.

ROSALIE: Así es, una se va perfeccionando día a día.

LACROIX: ¿Qué diferencia hay entre el Adonis antiguo y uno moderno?

DANTON: ¡Y Adelaide se ha puesto interesante, con ese aire pudoroso tan nuevo! Un cambio seductor. Su rostro es como una hoja de parra puesta delante de todo el cuerpo. Una parra así en una calle tan frecuentada da una sombra agradable.

ADELAIDE: Yo sería un camino de cabras si Monsieur...

DANTON: Comprendo, pero no se enfade, señorita.

LACROIX: Escucha entonces: un Adonis moderno no es destrozado por un jabalí sino por cerdas, su herida no está en el muslo sino en las ingles y su sangre no es semilla de rosas sino de flores de mercurio¹.

DANTON: La señorita Rosalie es un torso restaurado en el que sólo son antiguos las caderas y los pies. Es una aguja magnética; lo que

1. Véase nota p. 82.

rechaza el polo-cabeza, lo atrae el polo-pie, el centro es un ecuador en el que todo aquel que pasa la línea por primera vez necesita un bautismo de sublimado¹.

LACROIX: Dos hermanas de la Caridad, cada una presta sus servicios en un hospital, o sea en su propio cuerpo.

ROSALIE: ¿No le da vergüenza? Se nos han puesto coloradas las orejas.

ADELAIDE: Deberían tener ustedes mejores formas. (*Salen Adelaide y Rosalie.*)

DANTON: ¡Buenas noches, preciosas!

LACROIX: ¡Buenas noches, yacimientos de mercurio!

DANTON: Me dan pena, se han quedado sin cenar.

LACROIX: Escucha, Danton, vengo del club de los jacobinos.

DANTON: ¿Eso es todo?

LACROIX: Los de Lyon han leído una proclamación; pensaban que no les quedaba otro remedio que envolverse en la toga. Cada uno de ellos ponía una cara como si quisiera decir a su vecino: *Paete, non dolet!* Legendre vociferaba que se estaba queriendo destruir los bustos de Chalier y de Marat. Yo creo que quiere ponerse roja la cara otra vez, se ha salido completamente del Terror, los niños le tiran de la levita por la calle.

DANTON: ¿Y Robespierre?

LACROIX: Tecleaba sobre la tribuna y decía: la virtud ha de reinar por medio del terror. Esa frase me dio dolor de cuello.

DANTON: Está cepillando maderos para la guillotina.

LACROIX: Y Collot gritaba como un poseso que había que arrancar las máscaras.

DANTON: Y al hacerlo se llevarán las caras con ellas.

Entra Paris.

LACROIX: ¿Qué hay, Fabricius?

PARIS: Al salir de los jacobinos me fui a ver a Robespierre. Le pedí una explicación. El intentó poner el gesto de Bruto sacrificando a sus hijos. Habló en general de los deberes, dijo que frente a la libertad él no tiene miramientos humanos, que lo sacrificaría todo, a sí mismo, a su hermano, a sus amigos.

DANTON: Eso ha sido claro; invirtamos el orden y él estará al pie de la escalerilla sujetándola para que suban sus amigos. Debemos estar agradecidos a Legendre, que los ha hecho hablar.

LACROIX: Los hebertistas todavía no han muerto, el pueblo está en la miseria material, eso es una terrible palanca. El platillo de la sangre no debe subir si no quiere servir de farola al Comité de Salud Pública; lo que hace falta es lastre, una cabeza bien pesada.

DANTON: Lo sé bien: la Revolución es como Saturno: devora a sus

1. Véase nota p. 82.

propios hijos¹. (*Tras un rato de reflexión:*) Pero no, no se atreverán.

LACROIX: Danton, tú eres un santo de altar, pero la Revolución no conoce las reliquias: ha vaciado en las calles los osarios de todos los reyes y ha derribado todas las estatuas de las iglesias. ¿Crees tú que te va a dejar a ti en pie, como un monumento?

DANTON: ¡Mi nombre! ¡El pueblo!

LACROIX: ¡Tu nombre! Tú eres un moderado, yo también lo soy, y Camille, Philippeau, Hérault. Para el pueblo, debilidad y moderación son una misma cosa. A quien llega tarde, le da muerte. Los sastres de la sección del gorro encarnado² sentirán en su aguja toda la historia de Roma si el hombre de septiembre³ fue un moderado en comparación con ellos.

DANTON: Muy cierto, y, además, el pueblo es como un niño que quiere romper todo para ver lo que hay dentro.

LACROIX: Y además, Danton, somos viciosos, como dice Robespierre, o sea, gozamos, y el pueblo es virtuoso, es decir, no goza, porque el trabajo le embota los órganos del gozo, no se emborracha porque no tiene dinero y no va al burdel porque les huele el aliento a queso y a arenques, y a las chicas eso les repugna.

DANTON: Odia a los que gozan como el eunuco odia a los hombres.

LACROIX: Nos tachan de bellacos y (*hablándole al oído a Danton*), entre nosotros, algo de verdad hay en ello. Robespierre y el pueblo serán virtuosos, St. Just escribirá una novela y Barrère confeccionará una Carmañola y cubrirá a la Convención con un pequeño manto de sangre, y... yo lo veo todo.

DANTON: Estás soñando. Jamás han tenido arrojado sin mí, tampoco lo tendrán contra mí; la Revolución aún no ha terminado, todavía pueden necesitar me, me conservarán guardado en el arsenal.

LACROIX: Tenemos que actuar.

DANTON: Ya encontraremos el modo.

LACROIX: Ya encontraremos el modo cuando estemos perdidos.

MARION (*a Danton*): Tus labios se han enfriado, tus palabras han ahogado tus besos.

DANTON (*a Marion*): ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Ha valido la pena! (*A Lacroix*): Mañana iré a ver a Robespierre, le sacaré de sus casillas y no podrá callarse. ¡Mañana, pues! Buenas noches, amigos, buenas noches, os doy las gracias.

LACROIX: ¡Marchaos enhoramala, buenos amigos! ¡Fuera de aquí!

1. Palabras de Arria al clavarse el puñal en el pecho y dárselo después a su esposo Peto, quien, condenado a muerte por supuesta conspiración contra el emperador Claudio, vacilaba en suicidarse.

2. La frase surgió en círculos girondinos. Alusión a la saga de Saturno, quien, para asegurarse la supremacía entre los dioses, devoraba a sus hijos cuando nacían.

3. Una de las 48 secciones revolucionarias de París.

Buenas noches, Danton, los muslos de la demoiselle son tu guillotina, el *mons Veneris* será tu roca Tarpeya. (*Salen.*)

[I, 6]

UNA HABITACION
Robespierre, Danton, Paris.

ROBESPIERRE: Te digo que quien me sujeta el brazo cuando estoy sacando la espada es mi enemigo, sus intenciones no hacen al caso; quien me impide defenderme me mata igual que si me atacara.

DANTON: Donde cesa la legítima defensa empieza el asesinato, yo no veo qué razón nos obliga a seguir matando.

ROBESPIERRE: La revolución social aún no ha terminado, quien hace una revolución a medias se cava su propia tumba. La buena sociedad aún no ha muerto, la sana fuerza del pueblo tiene que hacer el relevo de esa clase decadente en todos aspectos. El vicio ha de ser castigado, la virtud ha de reinar por el terror.

DANTON: Yo no comprendo la palabra «castigar». ¡Tú, con tu virtud! Jamás has tomado dinero, jamás has contraído deudas, nunca has dormido con una mujer, siempre has llevado una levita decente y nunca has estado borracho. Robespierre, eres de una probidad indignante. A mí me daría vergüenza pasearme treinta años entre el cielo y la tierra, siempre con la misma fisonomía moral, sólo por el rastrero placer de hallar a otros peores que a mí. ¿No hay nada en ti que a veces te diga muy quedamente, muy secretamente: Estás mintiendo, estás mintiendo?

ROBESPIERRE: Mi conciencia está limpia.

DANTON: La conciencia es un espejo delante del cual un mono hace piruetas; cada cual se atavía como puede y se divierte del modo que le es propio. ¿Vale la pena andar a la greña por eso? Que cada cual se defienda si otro le estropea la fiesta. ¿Tienes derecho a hacer de la guillotina una pila para lavar la ropa sucia de otros, y de sus cabezas cercenadas bolas para quitar las manchas de sus vestidos, y eso porque tú siempre llevas una levita pulcramente cepillada? Sí, puedes defenderte si te escupen en ella o si te la destrozan, pero mientras te dejen en paz, ¿a ti qué te importa la gente? Si a ellos no les da vergüenza ir así por el mundo, ¿tienes tú por eso derecho a meterlos en la fosa? ¿Eres el gendarme del cielo? Y si no puedes verlo con la misma tranquilidad que tu querido Dios, ponte el pañuelo delante de los ojos.

ROBESPIERRE: ¿Niegas la virtud?

DANTON: Y el vicio. Sólo hay epicúreos, toscos y refinados. Cristo fue el más refinado, ésta es la única diferencia que puedo hallar entre unos hombres y otros. Cada cual actúa según su naturaleza, es decir, cada uno hace lo que es bueno para él. ¿No es

cierto, Incorruptible? Es cruel arrancarte así los tacones de los zapatos.

ROBESPIERRE: Danton, en determinadas ocasiones el vicio es alta traición.

DANTON: No debes proscribirlo, por amor de Dios, no, sería una ingratitud, le debes demasiado, por el contraste. A propósito, y para seguir con tus ideas, nuestros golpes tienen que ser útiles a la República, no deberían alcanzar a los inocentes si van dirigidos a los culpables.

ROBESPIERRE: ¿Quién te dice que haya habido víctimas inocentes?

DANTON: ¿Lo estás oyendo, Fabricius? ¡No ha muerto ningún inocente! (*Sale; a Paris, saliendo*): No hay que perder un instante, tenemos que aparecer en público! (*Salen Danton y Paris.*)

ROBESPIERRE (*solo*): Sí, márchate. Quiere detener los corceles de la Revolución delante del burdel como detiene un cochero sus caballos amaestrados; ya tendrán fuerza suficiente para arrastrarle hasta la Plaza de la Revolución.

¡Arrancarme los tacones de los zapatos! ¡Para seguir con tus ideas! A ver, un momento. ¿Será verdad? Dirán que su figura gigantesca me hacía demasiada sombra, que por eso yo le mandé apartarse del sol.

¿Y si tuvieran razón?

¿Es tan necesario? Sí, sí, la República. El tiene que desaparecer. Es ridículo cómo se vigilan unos a otros mis pensamientos. Tiene que desaparecer. Quien se queda parado en medio de una masa que avanza impetuosamente, opone resistencia igual que si anduviera en dirección opuesta: la masa lo pisotea.

No permitiremos que el navío de la Revolución quede encallado en los cálculos mezquinos y en los bancos de cieno de esas gentes. Tenemos que cercenar la mano que osa detenerlo, aunque luego quiera agarrarlo con los dientes.

Acabemos con la sociedad que ha despojado de sus vestidos a la aristocracia muerta y ha heredado su lepra. ¡Que no hay virtud! ¡La virtud, un tacón de mis zapatos! ¡Mis ideas! ¡Cómo vuelve siempre esto! ¿Por qué no puedo librarme de este pensamiento? Con dedo sangriento señala siempre ahí, en esa dirección. Por muchas vendas que le ponga alrededor, siempre cala la sangre. (*Tras una pausa:*) Yo no sé lo que en mi mente a lo otro. (*Se acerca a la ventana.*)

La noche ronca sobre la tierra y se revuelve en atormentado sueño. Ideas, deseos apenas vislumbrados, confusos e informes, que, temerosos, evitaban la luz del día, toman ahora cuerpo y forma y se refugian en la silenciosa morada del sueño. Abren las puertas, miran por las ventanas, se encarnan a medias, los miembros se estiran en el sueño, los labios murmuran. ¿Y no es nuestra vigilia un sueño más claro, no somos sonámbulos, no obramos

como en sueños, sólo que de manera más clara, más decidida, más efectiva? ¿Quién va a censurarnos por ello? En una hora realiza el espíritu más actos mentales de los que el indolente organismo de nuestro cuerpo es capaz de reproducir en años enteros. El pecado está en el pensamiento. Que el pensamiento se convierta en acción, que el cuerpo vaya en su seguimiento: eso es cosa del azar. (Entra St. Just.)

ROBESPIERRE: ¡Eh! ¿Quién anda ahí, en la oscuridad? ¡Eh, luz, luz!

ST. JUST: ¿Conoces mi voz?

ROBESPIERRE: ¡Ah, St. Just! (Trae luz una sirvienta.)

ST. JUST: ¿Estabas solo?

ROBESPIERRE: Danton acaba de marcharse.

ST. JUST: Yo me he topado con él en el Palais Royal. Llevaba su ceño revolucionario y hablaba en epigramas; se tuteaba con los sansculottes, las mujerzuelas le seguían pegadas a sus pantorrillas y la gente se paraba cuchicheándose al oído lo que había dicho él.

Vamos a perder la ventaja del ataque. ¿Cuánto tiempo quieres seguir vacilando? Vamos a actuar sin ti. Estamos decididos.

ROBESPIERRE: ¿Qué queréis decir?

ST. JUST: Vamos a convocar en sesión solemne el Comité de Legislación, el de Seguridad General y el de Salud Pública.

ROBESPIERRE: ¡Cuánta complicación!

ST. JUST: Tenemos que enterrar decorosamente el gran cadáver, como sacerdotes, no como asesinos. No hay que despedazarlo, hay que meterlo en la fosa con todos sus miembros.

ROBESPIERRE: Habla más claro.

ST. JUST: Tenemos que darle sepultura con todas sus armas y matar encima de su túmulo a sus caballos y esclavos: Lacroix...

ROBESPIERRE: Un bribón declarado, antiguo pasante de abogado, en la actualidad teniente general de Francia. Continúa.

ST. JUST: Héroult-Séchelles.

ROBESPIERRE: Una hermosa cabeza.

ST. JUST: Ha sido la letra inicial, bellamente caligrafiada, del acta de la Constitución; ya no necesitamos tal decoración, se le elimina. Philippeau, Camille.

ROBESPIERRE: ¿Ese también?

ST. JUST (le entrega un papel): Ya lo imaginaba. Lee.

ROBESPIERRE: Ah, *Le Vieux Cordelier*¹, ¿eso es todo? Es un niño, se ha reído de vosotros.

ST. JUST: ¡Lee aquí, aquí! (Le muestra un pasaje.)

ROBESPIERRE (lee): «Ese Mesías sanguinario, entre los dos ladrones Couthon y Collot en su monte Calvario, donde él sacrifica y no es sacrificado. A sus pies, las beatas de la guillotina, como María y

1. Jacobinos radicales, así llamados por reunirse en un antiguo convento de franciscanos (Cordeliers).

Magdalena. St. Just, como San Juan, descansa reclinado en su corazón y da a conocer a la Convención las apocalípticas revelaciones del Maestro llevando su cabeza como una custodia.»

ST. JUST: Yo voy a hacerle llevar la suya como San Dionisio¹.

ROBESPIERRE (continúa leyendo): «¿Quién creería que el impoluto frac del Mesías es la mortaja de Francia y que sus delgados dedos que se mueven nerviosos en la tribuna son hojas de guillotina? Y tú, Barrère, que has dicho que en la Plaza de la Revolución se está acuñando moneda. Pero... no quiero escarbar en el viejo saco². Es una viuda que ya ha tenido media docena de maridos a los que ha ayudado a enterrar. ¿Qué culpa tiene nadie? El posee un don peculiar; medio año antes de que mueran, reconoce en la gente la faz hipocrática. ¿A quién le gusta sentarse junto a los cadáveres y aspirar el olor a podredumbre?» ¿Así que tú también, Camille?

¡Se acabó! ¡Deprisa! Sólo los muertos no retornan jamás.

¿Tienes preparada la acusación?

ST. JUST: Es fácil de hacer. Tú ya has hecho insinuaciones en el club de los jacobinos.

ROBESPIERRE: Quería atemorizarlos.

ST. JUST: Yo sólo tengo que ponerlo en práctica, los falsificadores³ hacen de huevo y los extranjeros de manzana⁴. Morirán de resultados de la comida, te doy mi palabra.

ROBESPIERRE: Entonces, deprisa, mañana. Que la agonía no sea larga. Soy sensible desde hace unos días. ¡Deprisa! (Sale St. Just.)

ROBESPIERRE (solo): Sí, Mesías sanguinario que sacrifica y no es sacrificado. El los redimió con su sangre y yo los redimo con la suya propia. El los ha hecho pecar y yo tomo sobre mí el pecado. El tuvo el placer del dolor y yo tengo los tormentos del verdugo. ¿Quién se ha negado más a sí mismo, él o yo? Y sin embargo hay algo de locura en este pensamiento. ¿Por qué tenemos que mirar siempre sólo hacia ese Único? En verdad, el Hijo del Hombre es crucificado en todos nosotros, todos sudamos sangre en el huerto de Getsemaní, pero nadie redime al otro con sus heridas. ¡Camille mío! Todos se apartan de mi lado. Todo está vacío y desierto. Estoy solo.

1. San Dionisio, patrón de Francia, fue decapitado en Montmartre en el año 273.

2. Alusión al segundo apellido de Barrère, Vieuzac.

3. Chabot, Delaunai, Fabre y Basire falsificaron un decreto relativo a la Compañía de Indias con el fin de enriquecerse.

4. La locución «Depuis les oeufs jusqu'aux pommes» alude a las comidas romanas, que empezaban con huevos y terminaban con fruta.

ACTO II

[II, 1]

UNA HABITACION

Danton, Delacroix, Philippeau, Paris, Camille Desmoulins.

CAMILLE: Deprisa, Danton, no tenemos tiempo que perder.

DANTON (*vistiéndose*): Pero el tiempo nos pierde a nosotros. Qué aburrido es esto; primero siempre la camisa y luego los pantalones y por la noche a la cama y por la mañana arrastrarse otra vez fuera de las sábanas y siempre poner un pie delante del otro, ahí no se ve cómo podría venir un cambio. Es bien triste; y que millones de personas ya lo hayan hecho así y que millones lo sigan haciendo y que, por si fuera poco, constemos de dos mitades que hacen lo mismo, de forma que todo sucede doble. Es bien triste.

CAMILLE: Hablas igual que un niño.

DANTON: Los moribundos a veces se vuelven como niños.

LACROIX: Estás corriendo hacia tu propia ruina con tus vacilaciones y arrastras contigo a todos tus amigos. Manda decir a todos esos cobardes que es hora de reunirse en torno a ti, díselo a los del valle y a los del monte¹. Ataca a gritos la tiranía de los decenviros, habla de puñales, invoca a Bruto, asustarás así a los tribunos y reunirás en torno a ti incluso a aquellos a los que se acusa de haber sido cómplices de Hébert. Tienes que dejarte llevar por la cólera. Que no muramos desarmados y humillados como ese infame de Hébert.

DANTON: Tienes mala memoria, has dicho que soy un santo de altar, que soy una reliquia. Tenías más razón de lo que tú mismo creías. Yo he estado con las secciones, su actitud ha sido respetuosa, pero tenían cara de entierro. Soy una reliquia y a las reliquias se las arroja a la calle, tenías razón.

LACROIX: ¿Por qué has dejado que las cosas lleguen a tal extremo?

DANTON: ¿A tal extremo? Sí, verdaderamente, al final me aburría. ¡Ir siempre con los mismos vestidos, formar siempre los mismos pliegues! Es deplorable. ¡Ser un mísero instrumento en el que una sola cuerda da siempre un solo tono! Es insoportable. Yo quería vivir tranquilo. Lo he conseguido, la Revolución me deja descansar, pero de una forma diferente a como yo creía. Por lo demás, ¿apoyarme en qué? Nuestras ramerías quizá podrían enfrentarse con las beatas de la guillotina, otra posibilidad no veo. Se pueden contar con los dedos: los jacobinos han declarado que la virtud ha de estar a la orden del día, los Cordeliers dicen que soy el verdugo de Hébert, la Comuna hace penitencia, la Convención... ésta

1. En la Convención Nacional, los moderados se sentaban en las filas de abajo y los radicales en las de arriba.

todavía podría ser un recurso. Pero habría un 31 de mayo, de buen grado no cederían. Robespierre es el dogma de la Revolución, a él no se le puede eliminar. Tampoco sería posible. No hemos hecho la Revolución, sino que la Revolución nos ha hecho a nosotros.

Y aunque hubiera una posibilidad: prefiero ser guillotinado a mandar guillotinar. Estoy harto. ¿Por qué vamos a luchar los hombres unos contra otros? Tendríamos que sentarnos unos junto a otros y vivir en paz. Cuando fuimos creados hubo un error, algo nos falta, no tengo nombre para ello, pero ese algo no vamos a sacárnoslo mutuamente de las entrañas, ¿por qué entonces abrir los vientres? Marchaos, somos míseros alquimistas.

CAMILLE: Dicho de modo más patético, eso significaría: ¿Cuánto tiempo habrá de devorar la humanidad, en hambre eterna, a sus propios miembros? O bien: ¿Cuánto tiempo, naufragos asidos a una tabla y con una sed inextinguible, nos chuparemos mutuamente la sangre de las venas? O bien: ¿Cuánto tiempo, algebristas de la carne, a la búsqueda de la incógnita, de la x que siempre se nos escapa, escribiremos nuestras cuentas con los miembros desgarrados?

DANTON: Tú eres un fuerte eco.

CAMILLE: ¿No es verdad? Un pistoletazo resuena igual que un trueno.

Tanto mejor para ti, deberías tenerme siempre a tu lado.

PHILIPPEAU: ¿Y Francia se queda para sus verdugos?

DANTON: ¿Qué importancia tiene? Las gentes se encuentran bastante bien así. Son desgraciadas. ¿Qué más puede pedirse para estar enternecido, para ser noble, virtuoso, chistoso o, simplemente, para no aburrirse?

¿Que mueran en la guillotina o de fiebre o de viejos? Lo mejor es desaparecer entre bastidores con ágiles movimientos y al salir gesticular elegantemente y oír el aplauso de los espectadores. Eso es bonito y va con nosotros, que estamos siempre en el teatro, aunque al final nos apuñalen en serio.

Está muy bien que la longitud de la vida se acorte un poco, la levita era demasiado larga, nuestros miembros no la llenaban del todo. La vida se convierte en un epigrama, eso es adecuado, ¿quién tiene aliento y espíritu suficiente para un poema épico de cincuenta o sesenta cantos? Es hora de que ese poquito de esencia no se beba en cubas sino en copitas de licor, así la boca se llena, de lo contrario apenas conseguiríamos sacar al mismo tiempo unas gotas de ese recipiente tan tosco. ¡Por fin! Tendría que gritar; es demasiado esfuerzo, la vida no merece el trabajo que uno se toma para conservarla.

PARIS: ¡Huye, pues, Danton!

DANTON: ¿Se lleva uno la patria pegada a las suelas de los zapatos? Y finalmente —y esto es lo principal—: no se atreverán. (*A Cami-*

lle:) Ven, muchacho, te digo que no se atreverán. Adiós, adiós.
(*Salen Danton y Camille.*)

PHILIPPEAU: Allá va él.

LACROIX: Y sin creer ni una palabra de lo que ha dicho. ¡Pereza y nada más! Prefiere dejarse guillotinar a pronunciar un discurso.

PARIS: ¿Qué hacer?

LACROIX: Volver a casa y, como Lucrecia, buscar el modo de acabar con dignidad.

[II, 2]

UN PASEO
Paseantes.

UN CIUDADANO: Mi buena esposa Jacqueline, quiero decir, Corn..., mejor dicho, Cor...

SIMON: Cornelia, ciudadano, Cornelia.

CIUDADANO: Mi buena Cornelia me ha regalado un hijito varón.

SIMON: Ha dado un hijo a la República.

CIUDADANO: A la República, yo diría que eso es muy general.

SIMON: De eso se trata precisamente, lo individual tiene que estar subordinado a lo general.

CIUDADANO: Ah, en efecto, eso dice también mi mujer.

CANTANTE CALLEJERO:

¿De los hombres, di, qué es
la alegría y el placer?

CIUDADANO: Pero con eso de los nombres no acabo de aclararme.

SIMON: Pica, Marat.

CANTANTE CALLEJERO:

Entre penas y trabajos
trajinar de la mañana
hasta la noche a destajo.

CIUDADANO: Me gustaría darle tres nombres, el número 3 tiene algo mágico, y luego, que fuera algo provechoso y cabal; ya lo tengo: Arado, Robespierre.

¿Y el tercero?

SIMON: Pica.

CIUDADANO: Gracias, vecino. Pica, Arado, Robespierre; son nombres bonitos, suenan bien.

SIMON: Te digo que el pecho de tu Cornelia será como las ubres de la loba romana, no, eso no es posible, Rómulo fue un tirano; no es posible. (*Pasan.*)

UN MENDIGO (*canta*):

Un puñado de tierra
y un poquito de musgo.

¡Amables señores, bellas señoras!

PRIMER SEÑOR: ¡Trabaja, tunante! Pareces bien alimentado.

SEGUNDO SEÑOR: ¡Toma! (*le da dinero*). Tiene una mano como terciopelo. ¡Qué desvergüenza!

MENDIGO: Caballero, ¿cómo ha conseguido el traje que lleva puesto?

SEGUNDO SEÑOR: ¡Trabajando, trabajando! Tú también podrías tener uno así, voy a darte trabajo, ven conmigo, vivo en...

MENDIGO: Señor, ¿por qué habéis trabajado?

SEGUNDO SEÑOR: Idiota, para tener ese traje.

MENDIGO: Os habéis afanado para tener un placer, pues un traje así es un placer, unos guñapos también sirven.

SEGUNDO SEÑOR: Desde luego, de otra manera no es posible.

MENDIGO: ¡Ay, ojalá estuviera loco! Lo uno supone lo otro. El sol calienta en la esquina y todo resulta bien fácil. (*Canta*):

Un puñado de tierra
y un poquito de musgo...

ROSALIE: Deprisa, vienen soldados por ahí, desde ayer no hemos tenido nada caliente en el cuerpo.

MENDIGO:

...Cuando en este mundo un día
dé mi último suspiro,
Señores, señoras.

SOLDADO: ¡Alto! ¿A dónde vais, niñas? (*A Rosalía*): ¿Cuántos años tienes?

ROSALIA: Tantos como tiene mi dedo meñique.

SOLDADO: Eres muy aguda.

ROSALIA: Y tú muy romo.

SOLDADO (*canta*):

Entonces voy a afilarme contigo.
Cristina, mi Cristinita,
¿todavía te duele eso,
duele eso, duele eso?

ROSALIA (*canta*):

Oh, no, no, señor soldado,
mucho más todavía quiero,
mucho más todavía quiero.

(*Entran Danton y Camille.*)

DANTON: ¿No se divierte aquí la gente? Algo olfateo en el ambiente, es como si el sol estuviera incubando lascivia. Uno tendría ganas de zambullirse, de arrancarse los pantalones del cuerpo y de copular por detrás, como hacen los perros por las calles (*pasan*).

JOVEN: ¡Ah, madame! El sonido de una campana, la luz del atardecer sobre los árboles, el brillo de una estrella.

MADAME: La fragancia de una flor, esas alegrías naturales, el placer puro de la naturaleza! (*A su hija*): Escucha, Eugenie, sólo la virtud tienen ojos para todo esto.

EUGENIE (*besando la mano de su madre*): Oh, mamá, yo sólo la veo a usted.

MADAME: ¡Qué buena hija!

JOVEN (*hablándole al oído a Eugenie*): ¿Ve usted a aquella señora tan guapa, la que va con el señor viejo?

EUGENIE: Los conozco.

JOVEN: Se dice que su peluquero le ha hecho un peinado à l'enfant.

EUGENIE (*riendo*): ¡Qué mala lengua!

JOVEN: El viejo va a su lado, ve hincharse el capullito y lo saca a pasear al sol pensando que él ha sido el chubasco que le ha hecho crecer.

EUGENIE: Qué indecencia, tengo ganas de sonrojarme...

JOVEN: Eso me haría empalidecer.

DANTON (*a Camille*): Sobre todo, no me obligues a comportarme seriamente. Yo no me explico por qué la gente no se queda parada en la calle y se echa a reír en la cara de los demás. Pienso que tendrían que reír desde las ventanas y desde las tumbas y que el cielo tendría que reventar y la tierra revolcarse de risa.

PRIMER SEÑOR: Le aseguro que es un descubrimiento extraordinario. Todas las artes técnicas adquieren así una fisonomía diferente; la humanidad avanza a pasos agigantados hacia su excelso destino.

SEGUNDO SEÑOR: ¿Ha visto usted la nueva pieza? ¡Una torre babilónica! Un laberinto de bóvedas, escaleras, corredores, y todo ello tan ligero y atrevido, como un proyectil lanzado a las alturas. Se siente vértigo a cada paso.

Una extraña cabeza... (*Se detiene, inseguro.*)

PRIMER SEÑOR: ¿Qué le pasa?

SEGUNDO SEÑOR: No, nada. ¡Su mano, señor! El charco, ¡así! Muchas gracias. Era difícil de pasar, podría haber sido peligroso.

PRIMER SEÑOR: ¡Pero no tendría usted miedo!

SEGUNDO SEÑOR: Sí, la tierra es una corteza muy fina; yo, siempre que veo un hoyo, pienso que puedo caerme dentro. Hay que pisar con cuidado, podría romperse. Pero vaya al teatro, se lo recomiendo.

[II, 3]

UNA HABITACION
Danton, Camille, Lucile.

CAMILLE: Os digo que si no se les da todo en insípidas copias, provistas de sus etiquetas: «Teatros», «Conciertos», «Exposiciones artísticas», no tienen ni ojos ni oídos para ello. Si alguien construye una marioneta en la que se ve cómo cuelgan los cordones que la mueven, y cuyos brazos y pies crujen a cada paso en yambos de cinco pies: ¡qué carácter, qué lógica! Si uno coge un poco de sentimiento, una sentencia, un concepto, y lo viste de levita y pantalón, le pone manos y pies, le colorea el rostro y deja que esa criatura se arrastre penosamente a lo largo de tres actos

hasta que al final se casa o se pega un tiro: ¡ideal! Si alguien toca mal una ópera que reproduce las depresiones y exaltaciones del alma humana como un silbato de agua reproduce el canto del ruiseñor: ¡oh, el arte!

Sacad a la gente del teatro y ponedla en la calle: ¡oh, la triste realidad! Olvidan al Dios Creador a causa de sus malos copistas. De la Creación que, ardiente, impetuosa y brillante, se regenera a cada instante en torno a ellos, ni oyen ni ven nada. Van al teatro, leen poesías y novelas, imitan los visajes de las caretas que allí encuentran y dicen a las criaturas de Dios: ¡qué vulgaridad!

Los griegos sabían lo que decían cuando contaban que la estatua de Pigmalión había cobrado vida pero no había tenido hijos.

DANTON: Y los artistas tratan la naturaleza como David, quien, cuando en septiembre arrojaban a la calle los cadáveres de los asesinados en la prisión de La Force, los dibujaba sin inmutarse al tiempo que decía: Estoy intentando retener las últimas convulsiones de esos malvados. (*Llaman desde fuera a Danton.*)

CAMILLE: ¿Tú qué dices, Lucile?

LUCILE: Nada, me gusta tanto verte hablar.

CAMILLE: ¿Me escuchas también?

LUCILE: Sí, claro.

CAMILLE: ¿Y tengo razón? ¿Sabes también lo que he dicho?

LUCILE: No, realmente no.

(*Vuelve Danton.*)

CAMILLE: ¿Qué te pasa?

DANTON: El Comité de Salud Pública ha decidido arrestarme. Me han prevenido y ofrecido un lugar donde esconderme.

Quieren mi cabeza: ¿por qué no? Estoy harto de complicaciones. Que la tengan. ¿Qué importa? Sabré morir con valentía, es más fácil que vivir.

CAMILLE: Danton, aún hay tiempo.

DANTON: Imposible; pero nunca hubiera creído...

CAMILLE: ¡Esa indolencia tuya!

DANTON: No soy indolente, pero estoy cansado. Me arden las plantas de los pies.

CAMILLE: ¿A dónde vas?

DANTON: ¿Quién lo sabe?

CAMILLE: En serio, ¿a dónde?

DANTON: De paseo, muchacho, de paseo. (*Sale.*)

LUCILE: ¡Ay, Camille!

CAMILLE: Tranquilízate, niña mía.

LUCILE: ¡Cuando pienso que esta cabeza...! ¡Camille querido! Pero es absurdo, estoy loca, ¿verdad?

CAMILLE: Tranquilízate, Danton es Danton y yo soy yo.

LUCILE: La tierra es ancha y hay tantas cosas en ella, ¿por qué precisamente ésa? ¿Por qué van a querer quitármela? Sería una crueldad. Y, además, ¿de qué les sirve?

CAMILLE: Te lo repito, puedes estar tranquila. Ayer hablé con Robespierre, fue amable. Estamos un poco tirantes, es verdad, opinamos de manera distinta, pero nada más.

LUCILE: Vete a verle.

CAMILLE: Eramos compañeros de pupitre en la escuela. El era muy huraño y estaba siempre solo. Yo era el único que iba a verle y a veces le hacía reír. Siempre me ha tenido mucho afecto. Me voy.

LUCILE: ¿Tan pronto, amigo? ¡Anda! ¡Ven! Sólo esto (*le besa*) y esto: ¡Vete! ¡Vete! (*Sale Camille.*)

LUCILE: Son malos tiempos. Así es y nadie puede cambiar nada. Hay que conservar la serenidad. (*Canta:*)

Ay, partir, ay, partir, partir,
¿quién ha inventado el partir?

¿Cómo es que me viene a mí esto a la cabeza justamente ahora? No está bien que estas ideas se abran camino por sí solas. Cuando se marchaba, me pareció que jamás volvería y que siempre se alejaría más y más de mí. ¡Qué vacía la habitación! Las ventanas están abiertas como si el cuarto hubiera sido una cámara mortuoria. No aguanto más aquí arriba. (*Se va.*)

[II, 4]

CAMPO ABIERTO

DANTON: No tengo ganas de seguir. No tengo ganas de romper este silencio con la charla de mis pasos y el jadeo de mi respiración. (*Se sienta, tras una pausa.*) Me han hablado de un enfermedad que hace perder la memoria. La muerte debe tener algo de eso. Luego, me viene a veces la esperanza de que quizá tenga un efecto más potente y le haga a uno perderlo todo. ¡Si así fuera! En ese caso yo, como un cristiano, correría a salvar a mi enemigo, es decir, a mi memoria.

El lugar parece seguro, sí, para mi memoria, pero no para mí, a mí la tumba me procura más seguridad, al menos me trae el olvido: matando mi memoria. Pero allí vive mi memoria y me mata a mí. ¿Ella o yo? La respuesta es sencilla. (*Se levanta y da media vuelta.*) Estoy coqueteando con la muerte, es muy agradable lanzarle desde lejos miradas amorosas con el monóculo.

En realidad, todo este asunto debería hacerme reír. Hay en mí una sensación de perdurabilidad que me dice: mañana será como hoy, y pasado mañana; y después, todo será como ahora. Esto es mucho ruido para nada, lo que quieren es asustarme; no se atreverán.

[II, 5]

UNA HABITACION
(*Es de noche.*)

DANTON (*en la ventana*): ¿No cesará esto jamás? ¿No se apagará nunca la luz ni se pudrirá este eco, no vendrán jamás el silencio y las tinieblas para no tener que escuchar ni que ver mutuamente nuestros repugnantes pecados? ¡Septiembre!

JULIE (*llama desde el interior*): ¡Danton! ¡Danton!

DANTON: ¿Eh?

JULIE: ¿Por qué esas voces?

DANTON: ¿He dado yo voces?

JULIE: Hablabas de pecados repugnantes y luego dijiste suspirando: ¡Septiembre!

DANTON: ¿Yo? ¿Yo? No, yo no he dicho nada, ni apenas he pensado; sólo han sido pensamientos muy callados y secretos.

JULIE: Estás temblando, Danton.

DANTON: ¿No voy a temblar si las paredes hablan de tal modo? ¿Si mi cuerpo está tan deshecho que mis pensamientos, inestables y errantes, hablan por los labios de las piedras? Es bien extraño.

JULIE: Georges, mi Georges.

DANTON: Sí, Julie, es muy extraño. No quiero pensar más, si lo que pienso habla así. Para ciertos pensamientos, Julie, no debería haber oídos. No es bueno que griten nada más nacer, como los niños. Eso no es bueno.

JULIE: Dios te conserve el sano juicio, Georges, Georges, ¿me reconoces?

DANTON: Sí, cómo no, tú eres un ser humano y luego una mujer y por fin mi mujer, y la tierra tiene cinco continentes, Europa, Asia, Africa, América, Australia, y dos por dos son cuatro. Estoy en mi sano juicio, ya lo ves. ¿No ha resonado ese grito de «Septiembre»? ¿No has dicho algo así?

JULIE: Sí, Danton, se oía por toda la casa.

DANTON: Cuando me acerqué a la ventana (*mira hacia fuera*)... ¡qué silencio reina en la ciudad, están apagadas todas las luces...

JULIE: Está llorando un niño aquí cerca.

DANTON: Cuando me acerqué a la ventana, por todas las calles se oía como un clamor: ¡Septiembre!

JULIE: Estabas soñando, Danton. Serénate.

DANTON: ¿Soñando? Sí, pero era un sueño diferente, voy a contártelo ahora mismo, mi pobre cabeza está fatigada; un momento: sí, ya lo tengo. Debajo de mí jadeaba el globo terrestre en su carrera, yo lo había atrapado como a un caballo salvaje, con brazos gigantes me aferraba a sus crines y apretaba sus flancos, la cabeza hacia atrás, los cabellos ondeando al viento, sobre el abismo. Sentí así que la sima me arrastraba. Grité entonces en mi angustia y me desperté. Fui a la ventana y allí lo oí, Julie.

¿Qué significa esa palabra? ¿Por qué justamente ésa, qué tengo yo que ver con ella? ¿Por qué tiende hacia mí sus manos ensangrentadas? ¡Yo no le he hecho nada! ¡Oh, ayúdame, Julie, mi espíritu está embotado! ¿No fue en septiembre, Julie?

JULIE: Los reyes se hallaban a cuarenta horas de París...

DANTON: Las plazas fuertes habían caído, los aristócratas estaban en la ciudad...

JULIE: Y la República, perdida.

DANTON: Sí, perdida. No podíamos dejar al enemigo a nuestra espalda, hubiera sido una locura, dos enemigos agarrados a la misma tabla: nosotros o ellos, el más fuerte empuja al agua al más débil, ¿no es lo normal?

JULIE: Sí, sí.

DANTON: Los aniquilamos. No fue asesinato, fue guerra intestina.

JULIE: Salvaste a la Patria.

DANTON: Sí, la salvé. Fue legítima defensa, tuvimos que hacerlo. El hombre de la Cruz, todo lo veía muy fácil: Es necesario que haya escándalo, pero ¡ay de aquel por quien venga el escándalo!

Es necesario, de ese «es necesario» se trata. ¿Quién maldecirá la mano que recibió la maldición del «es necesario»? ¿Quién ha pronunciado ese «es necesario», quién? ¿Qué es lo que en nosotros fornicia, miente, roba y asesina?

Somos marionetas, fuezas desconocidas nos manejan tirando de los hilos; ¡nada, nada hacemos nosotros mismos! Espadas somos con que combaten los espíritus, solamente que no se ven las manos, como en los cuentos.

Ahora estoy tranquilo.

JULIE: ¿Completamente tranquilo, corazón mío?

DANTON: Sí, Julie, ven a la cama.

[II, 6] CALLE DELANTE DE LA CASA DE DANTON
Simon, ciudadanos-soldados.

SIMON: ¿Cómo está de avanzada la noche?

PRIMER CIUDADANO: ¿Qué pasa con la noche?

SIMON: Que cuánto nos queda de noche.

PRIMER CIUDADANO: Lo que falta para que salga el sol.

SIMON: ¡Imbécil! ¿Qué hora es?

PRIMER CIUDADANO: Mira tu cuadrante; es la hora en que los péndulos van y viene debajo de las sábanas.

SIMON: ¡Hay que subir! ¡Adelante, ciudadanos! Respondemos con nuestras cabezas. ¡Vivo o muerto! Sus brazos son robustos. Yo iré por delante, ciudadanos, abriendo camino a la libertad. Cuidaos de mi mujer. Le dejaré como legado una corona de encina.

PRIMER CIUDADANO: ¿Una corona de glandes¹? Pero todo el mundo sabe que no es eso lo que le falta, que a diario le caen en el regazo un montón de glandes.

SIMON: Adelante, ciudadanos, mereceréis la gratitud de la Patria.

SEGUNDO CIUDADANO: Preferiría que la Patria mereciera nuestra gratitud; con todos los agujeros que hacemos en los cuerpos de otras personas, todavía no se ha cerrado uno solo de los que tenemos en los pantalones.

PRIMER CIUDADANO: ¿Quieres que se te cierre la bragueta? Ja, ja, ja.

LOS OTROS: ¡Ja, ja, ja!

SIMON: ¡Adelante, adelante!

(Penetran en la casa de Danton.)

[II, 7]

LA CONVENCION NACIONAL
Un grupo de diputados.

LEGENDRE: ¿No va a cesar nunca la matanza de diputados?
¿Quién puede estar seguro si cae el propio Danton?

UN DIPUTADO: ¿Qué hacer?

OTRO: Hay que permitirle hablar ante la Convención. El éxito de tal medida es seguro. ¿Qué van a oponer a su voz?

OTRO: Imposible, hay un decreto que lo prohíbe.

LEGENDRE: Entonces hay que anularlo o hacer una excepción. Yo presentaré la moción. Cuento con vuestro apoyo.

EL PRESIDENTE: Queda abierta la sesión.

LEGENDRE (*sube a la tribuna*): Han sido detenidos la noche pasada cuatro miembros de la Convención Nacional. Sé que uno de ellos es Danton, los nombres de los otros no los conozco. Pero quienesquiera que sean, exijo que se les permita hablar ante esta Convención. Ciudadanos, afirmo públicamente que considero a Danton tan limpio de culpa como a mí mismo, y no creo que a mí se me pueda hacer reproche alguno. No quiero atacar a ningún miembro de los Comités de Salud Pública y de Seguridad General, pero fundadas razones me hacen temer que odios y pasiones personales puedan privar a la libertad de unos hombres que le han prestado los mayores servicios. El hombre que en el año 1792 salvó a Francia con su energía merece ser escuchado, tiene que poderse explicar si se le acusa de alta traición.

(Violenta agitación.)

ALGUNAS VOCES: Apoyamos la propuesta de Legendre.

UN DIPUTADO: Estamos aquí en nombre del pueblo, sin la voluntad de nuestros electores no se nos puede arrancar de nuestros escaños.

1. Juego de palabras entre *Eiche* (encina) y *Eichel* (bellota y glande).

OTRO: Vuestras palabras huelen a cadáver, se las habéis quitado de la boca a los girondinos. ¿Queréis privilegios? El hacha de la ley pende sobre todas las cabezas.

OTRO: No podemos permitir a nuestros comités que saquen a los legisladores del asilo de la ley y los envíen a la guillotina.

OTRO: Para el crimen no hay asilo, sólo los crímenes coronados lo encuentran en el trono.

OTRO: Sólo los bribones apelan al derecho de asilo.

OTRO: Sólo los asesinos no reconocen ese derecho.

ROBESPIERRE: La inusitada confusión reinante en esta asamblea prueba que se están tratando grandes cosas. Hoy se decidirá si ciertos hombres triunfarán sobre la patria. ¿Cómo podéis negar vuestros principios hasta el punto de conceder hoy a algunos individuos lo que ayer le habéis negado a Chabot, Delaunay y Fabre? ¿Por qué esa diferencia a favor de ciertas personas? ¿Qué me importan a mí las alabanzas que se canta uno a sí mismo y a sus amigos? Demasiadas son las experiencias que nos han enseñado lo que hay que pensar de eso. Nosotros no preguntamos si un hombre ha realizado esta o aquella acción patriótica. Preguntamos por la totalidad de su carrera política.

Legendre parece que no sabe los nombres de los detenidos, la Convención en pleno los conoce. Entre ellos se encuentra su amigo Lacroix. ¿Por qué afecta Legendre no saberlo? Porque sabe bien que sólo quien carece de todo escrúpulo puede defender a Lacroix. El ha nombrado únicamente a Danton porque piensa que ese nombre está vinculado a un privilegio. No, ¿no queremos privilegios, no queremos ídolos!

(Aplausos.)

¿Qué tiene Danton que no hayan tenido Lafayette, Dumouriez, Brissot, Fabre, Chabot, Hébert? ¿Qué se dice de éstos que no pueda decirse también de él?, ¿y habéis respetado sus vidas por eso? ¿Qué le hace merecer un trato mejor que sus conciudadanos? ¿Quizá el hecho de que algunos individuos que se han visto engañados y otros que no se dejaron engañar, se han agrupado en torno a él, para, en su seguimiento, arrojarse en los brazos de la fortuna y del poder? Cuanto más haya engañado a los patriotas que confiaron en él, tanto más rigurosamente deberá experimentar la severidad de los amigos de la libertad.

Se os quiere infundir temor a abusar de un poder que habéis ejercido vosotros mismos. Hay protestas contra el despotismo de los comités, como si la confianza que os ha otorgado el pueblo y que vosotros habéis delegado en esos comités no fuera una segunda garantía de patriotismo. Simulan estar temblando. Pero yo os digo: quien tiembla en este momento es culpable, pues la inocencia nunca tiembla ante la vigilancia pública.

(Aplauso general.)

También han querido infundirme miedo a mí, se me ha dado a entender que si el peligro se aproxima a Danton, también podría llegar hasta mí.

Me han presentado escritos, los amigos de Danton me han acosado, creyendo que el recuerdo de una antigua colaboración, la fe ciega en virtudes fingidas, podrían determinarme a moderar mi celo y mi pasión por la libertad.

Por eso declaro que nada me detendrá, aunque el peligro que corre Danton pudiera convertirse en el mío propio. Todos nosotros necesitamos algo de valor y algo de grandeza de alma. Sólo los criminales y las almas ruines temen ver caer a su lado a sus iguales, pues si no se esconden tras una cuadrilla de cómplices, se ven expuestos a la luz de la verdad. Pero si hay tales espíritus en esta reunión, también hay otros heroicos. El número de malvados no es grande. Sólo tienen que caer todavía algunas cabezas y la patria está salvada (Aplauso.) Exijo que se rechace la propuesta de Legendre. (Los diputados se levantan en pleno, en señal de aprobación general.)

ST. JUST: En esta asamblea parece haber ciertos oídos delicados que no soportan la palabra sangre. Unas consideraciones generales les convencerán de que nosotros no somos más crueles que la naturaleza y que el tiempo. La naturaleza cumple serena e irresistiblemente sus propias leyes, el hombre queda aniquilado cuando entra en conflicto con ella. Un cambio en la composición del aire, una llamarada del fuego telúrico, una oscilación en el equilibrio de una masa acuática, una epidemia, la explosión de un volcán, una inundación sepultan a miles de personas. ¿Qué resulta de ello? Un cambio insignificante, en su conjunto apenas perceptible, de la naturaleza física que habría pasado sin dejar apenas huellas si no fuera por los cadáveres que van quedando en su camino.

Ahora pregunto: ¿Por qué va a guardar la naturaleza moral en sus revoluciones más miramientos que la física? ¿Por qué una idea, al igual que una ley física, no podrá aniquilar lo que se opone a ella? Un acontecimiento que transforma toda la estructura de la naturaleza moral, es decir, de la humanidad, ¿no va a poder realizarse a través de la sangre? El espíritu universal se sirve de nuestros brazos en la esfera espiritual del mismo modo que en la esfera física hace uso de volcanes e inundaciones. ¿Qué importa que esos hombres mueran de resultas de una epidemia o de resultas de la Revolución? Los pasos de la humanidad son lentos, sólo se pueden contar por siglos, detrás de cada uno se elevan las tumbas de generaciones. El acceso a los más sencillos inventos y principios ha costado la vida a millones que dejaron su vida en el camino. ¿No es normal que en los tiempos en que la marcha de la historia es más rápida haya también más hombres que pierdan el aliento?

Nuestra conclusión es rápida y simple: puesto que todos han sido creados en las mismas condiciones, todos son iguales, si se prescinde de las diferencias creadas por la misma naturaleza.

Por eso todos deben tener ventajas y por eso nadie debe tener privilegios, ni el individuo aislado ni una clase, grande o pequeña, de individuos. Cada elemento de esta frase, una vez aplicada a la realidad, ha hecho sus víctimas. El 14 de julio, el 10 de agosto, el 31 de mayo¹ son sus signos de puntuación. Ha tenido cuatro años de tiempo para verse realizada en el mundo corporal y en circunstancias normales habría necesitado un siglo, y las generaciones habrían sido sus signos de puntuación. ¿Hay que extrañarse tanto si la impetuosa corriente de la Revolución expulsa sus cadáveres a cada etapa, a cada revuelta?

Aún queremos añadir a nuestra frase algunas conclusiones, ¿nos lo impedirán varios cientos de cadáveres?

Moisés condujo a su pueblo por el Mar Rojo y por el desierto antes de, ya desaparecida la vieja y depravada generación, poder fundar el nuevo Estado. ¡Legisladores! Nosotros no tenemos ni Mar Rojo ni desierto, pero tenemos la guerra y la guillotina.

La Revolución es como las hijas de Pelias; despedaza a la humanidad para rejuvenecerla. La humanidad saldrá de este baño de sangre como salió la tierra de las aguas del Diluvio, con una fuerza elemental en su cuerpo, como si hubiera sido creada por primera vez.

(Aplauso largo y prolongado.)

Algunos diputados se levantan entusiasmados.

ST. JUST: Exhortamos a todos los enemigos secretos de la tiranía, que en Europa y en el mundo entero llevan bajo sus vestiduras el puñal de Bruto, a que compartan con nosotros este momento sublime.

(El auditorio y los diputados entonan la Marsellesa.)

ACTO III

[III, 1]

EL LUXEMBURGO

UNA SALA DE PRISIONEROS

*Chaumette, Payne, Mercier, Hérault de Séchelles
y otros prisioneros.*

CHAUMETTE (tira de la manga a Payne): Oiga usted, Payne, podría ser así, antes tuve esa angustiosa sensación; hoy me duele la cabeza, ayúdeme un poco con sus argumentos, es terrible mi desazón.

PAYNE: Está bien, filósofo Anaxágoras, voy a catequizarte. Dios no

1. El 14 de julio de 1789 fue el asalto a la Bastilla. Véase también nota p. 86.

existe, pues o Dios ha creado el mundo o no. Si no lo ha creado, el mundo tiene su origen en sí mismo y Dios no existe, puesto que Dios sólo es Dios en tanto que contiene el origen de todo ser. Ahora bien, Dios no puede tampoco haber creado el mundo, pues la creación, o es eterna como Dios o tiene un comienzo. Si lo último es el caso, Dios tiene que haberla creado en un momento determinado, o sea, Dios, después de haber descansado una eternidad, tiene que haber entrado en acción, tiene por tanto que haber sufrido un cambio que permita aplicarle la noción de tiempo, y tanto lo uno como lo otro está en contradicción con la esencia de Dios. Luego Dios no puede haber creado el mundo. Pero como sabemos claramente que el mundo —o al menos nuestro yo— existe y que ese mundo, conforme a lo dicho anteriormente, tiene que tener su origen en sí mismo o en algo que no es Dios, no puede haber un Dios. *Quod erat demonstrandum.*

CHAUMETTE: Sí, verdaderamente eso me ha dado otra vez la luz, gracias, muchas gracias.

MERCIER: ¡Un momento, Payne! ¿Pero y si la creación fuera eterna?

PAYNE: Entonces ya no es creación, entonces es idéntica a Dios o a un atributo suyo, como dice Spinoza, entonces Dios está en todo, en usted, respetable amigo, en el filósofo Anaxágoras y en mí mismo; lo cual no sería tan grave, pero tiene usted que admitir que eso de la majestad divina no es cosa de muy allá si en cada uno de nosotros Dios puede tener dolor de muelas, coger la sífilis, ser enterrado vivo o, por lo menos, representarse todas esas cosas tan desagradables.

MERCIER: Pero una causa tiene que haber.

PAYNE: ¿Quién la niega? ¿Pero quién le dice a usted que esa causa sea lo que nosotros imaginamos que es Dios, o sea, algo perfecto? ¿Piensa usted que el mundo es perfecto?

MERCIER: No.

PAYNE: ¿Cómo quiere usted entonces deducir una causa perfecta de un efecto imperfecto?

Voltaire lo hizo porque no se atrevió a romper ni con Dios ni con los reyes. Quien sólo tiene entendimiento y ni siquiera sabe ni osa utilizarlo consecuentemente, es un farfullero.

MERCIER: Yo pregunto a la inversa: ¿una causa perfecta puede tener un efecto perfecto, es decir, lo perfecto puede crear algo perfecto? ¿No es eso imposible por no poder tener nunca lo creado su origen en sí mismo, lo cual, como usted ha dicho, es propio de la perfección?

CHAUMETTE: ¡Cállese! ¡Cállese!

PAYNE: Tranquilízate, filósofo; usted tiene razón. Pero, si Dios tiene que crear y sólo puede crear algo imperfecto, más sensato es que lo deje estar. ¿No es muy humano el no podernos imaginar a Dios sino como creador? Dado que nosotros siempre tenemos que

movernos y que agitarnos con el único fin de decirnos siempre a nosotros mismos: somos, ¿tenemos por eso que imputarle también a Dios esa ruin necesidad? Si nuestro espíritu se sumerge en la esencia de una eterna beatitud que descansa armónicamente en sí misma, ¿tenemos que suponer al momento que tiene que estirar los dedos y ponerse a amasar sobre la mesa monigotes de miga de pan? «Por una infinita necesidad de amar», nos musitamos con mucho misterio al oído. ¿Es necesario todo eso, sólo para hacernos hijos de Dios? Yo me contento con un padre más modesto, por lo menos no tendré que echarle en cara más tarde que me educó por debajo de sus posibilidades, en una pocilga o en las galeras. Elimínalo imperfecto, sólo entonces podréis demostrar a Dios, Spinoza lo ha intentado. Se puede negar el mal, pero no el dolor; sólo el entendimiento puede probar a Dios, el sentimiento se subleva contra esa noción. Toma nota, Anaxágoras: ¿por qué sufro? Esa es la piedra base del ateísmo¹. La más ligera convulsión dolorosa, aunque sólo sea la de un átomo, le hace un desgarrón de arriba a abajo a la creación.

MERCIER: ¿Y la moral?

PAYNE: Primero demostráis a Dios partiendo de la moral y luego la moral partiendo de Dios. ¿Qué queréis con vuestra moral? Yo no sé si, en sí, hay algo malo o algo bueno, y por eso no necesito cambiar mi modo de actuar. Yo obro conforme a mi naturaleza; lo que está en consonancia con ella, es bueno para mí y lo hago, y lo que le es contrario, es malo para mí y no lo hago y me defiendiendo si se me atraviesa en el camino. Usted puede, como se dice, seguir siendo virtuoso y defenderse contra lo que denominamos vicio, sin tener por eso que despreciar a sus adversarios, lo que es un sentimiento bien triste.

CHAUMETTE: ¡Cierto, muy cierto!

HERAULT: ¡Oh, filósofo Anaxágoras! Pero también se podría decir que para que Dios sea todo, tiene que ser también su propio contrario, es decir, perfecto e imperfecto, malo y bueno, bienaventurado y sufriente, el resultado sería, por supuesto, igual a cero, lo uno neutralizaría a lo otro, y acabaría en la nada. Alégrate, tú logras pasarlo bien, puedes adorar tranquilamente la obra maestra de la naturaleza en Madame Momoro, al menos ella te ha dejado en las ingles los rosarios correspondientes².

CHAUMETTE: Mis más expresivas gracias, señores. (*Sale.*)

PAYNE: Aún no está muy convencido, al final pedirá que le den los óleos, que le pongan los pies en dirección de La Meca y se hará circuncidar, para ir sobre seguro.

Son introducidos Danton, Lacroix, Camille, Philippeau.

1. Adaptación a la inversa de una cita bíblica sobre la fundamentación de la Iglesia, según San Mateo, cap. 16, v. 18.

2. Hérault compara los ganglios linfáticos inflamados por la sífilis con las cuentas del rosario.

HERAULT (*corre hacia Danton y le abraza*): Buenos días, buenas noches es lo que debería decir. No puedo preguntar cómo has dormido. ¿Cómo vas a dormir?

DANTON: Bueno, hay que irse a la cama riendo.

MERCIER (*a Payne*): ¡Ese dogo con alas de paloma! Es el genio malo de la Revolución, se atrevió con su madre, pero ella fue más fuerte que él.

PAYNE: Su vida y su muerte son desdichas igualmente grandes.

LACROIX (*a Danton*): No pensé que vendrían tan pronto.

DANTON: Yo lo sabía. Me habían prevenido.

LACROIX: ¿Y no dijiste nada?

DANTON: ¿Para qué? Un derrame sanguíneo es la mejor muerte, ¿querrías estar enfermo antes? Y... no pensé que se atreverían. (*A Hérault:*) Es mejor meterse en la tierra que criar callos caminando sobre ella; a mí me gusta más como almohada que como escabel.

HERAULT: En todo caso no acariciaremos con manos encallecidas las mejillas de la bella dama Putrefacción.

CAMILLE (*a Danton*): No te esfuerces, te lo ruego. Por mucho que intentes sacar la lengua lo más que puedas, no conseguirás lamerte el sudor mortal que te cubre la frente. ¡Oh, Lucile! ¡Qué desgracia!

(*Los prisioneros se agolpan en torno a los recién llegados.*)

DANTON (*a Payne*): Lo que usted ha hecho por el bien de su país, yo he tratado de hacerlo por el mío. He tenido menos suerte, me envían al patíbulo; que así sea: no seré yo quien dé un traspies.

MERCIER (*a Danton*): La sangre de los veintidós te ahoga.

UN PRISIONERO (*a Hérault*): El poder del pueblo y el poder de la razón son idénticos.

OTRO (*a Camille*): Ya ves, Procurador General del Farol, tus mejoras del alumbrado público no han dado más luz a Francia.

OTRO: ¡Déjale! Son los mismos labios que pronunciaron la palabra indulgencia. (*Abraza a Camille, varios prisioneros siguen su ejemplo.*)

PHILIPPEAU: Somos sacerdotes que han rezado con los moribundos: nos hemos contagiado y morimos en la misma epidemia.

ALGUNAS VOCES: El golpe que recibis nos mata a todos.

CAMILLE: Señores, yo lamento sobremanera que nuestros esfuerzos hayan sido tan infructuosos; marchó al patíbulo porque se me han humedecido los ojos ante la suerte de algunos desgraciados.

[III, 2]

UNA HABITACION
Fouquier-Tinville, Herrmann.

FOQUIER: ¿Está todo listo?

HERMANN: Será difícil llevarlo adelante; si Danton no fuera uno de ellos, sería fácil.

FOUQUIER: El tiene que abrir la danza.
 HERRMANN: Asustará a los jurados. Es el espantapájaros de la Revolución.
 FOUQUIER: Los jurados tienen que querer.
 HERRMANN: Yo sé el método, pero está en contra de las formas legales.
 FOUQUIER: ¡A ver!
 HERRMANN: No echamos a suertes sino que escogemos a los que no pueden fallar.
 FOUQUIER: Tiene que ser posible. Habrá un fuego bien nutrido. Son diecinueve. Hábilmente mezclados. Los cuatro falsarios, algunos banqueros y extranjeros. Un plato bien condimentado. El pueblo necesita estas cosas. ¡Por tanto, gente de confianza! ¿Quién, por ejemplo?
 HERRMANN: Leroi; es sordo y no oye nada de lo que alegan los acusados. Danton puede gritar hasta quedarse ronco.
 FOUQUIER: Muy bien. ¿Quién más?
 HERRMANN: Vilatte y Lumière, el uno está siempre en la taberna y el otro durmiendo, ambos abren la boca sólo para decir la palabra «culpable».
 Girard tiene por norma no dejar escapar a nadie que comparece ante el tribunal. Renaudin...
 FOUQUIER: ¿Ese también? Una vez ayudó a escapar a unos curas.
 HERRMANN: Quédate tranquilo, hace unos días vino a verme exigiendo que se sangre a todos los condenados antes de la ejecución con el fin de debilitarlos un poco, ya que le irrita la altivez con que suelen ir al patíbulo.
 FOUQUIER: Ah, muy bien. Así que puedo fiarme.
 HERRMANN: Tú déjame hacer a mí.

[III, 3]

LA CONCIERGERIE¹
 UN PASILLO

Lacroix, Danton, Mercier y otros prisioneros van y vienen.

LACROIX (*a un prisionero*): ¿Cómo, tantos desgraciados y en una situación tan atroz?
 EL PRISIONERO: ¿Jamás le han dicho las carretas de la guillotina que París es un matadero?
 MERCIER: ¿No es cierto, Lacroix? La igualdad agita la hoz por encima de todas las cabezas, la lava de la revolución avanza. La guillotina hace república. Las galerías aplauden y los romanos se frotan las manos pero no oyen que cada una de esas palabras es el estertor

1. Durante la Revolución recibió el nombre de «Pórtico de la guillotina». Allí se trasladaba a los prisioneros para ser interrogados en el contiguo Palacio de Justicia.

de una víctima. Repasad una a una vuestras frases hasta el punto en que toman cuerpo.

Mirad en derredor, todo esto lo habéis dicho vosotros, es una traducción mímica de vuestras palabras. Estos desgraciados, sus verdugos y la guillotina son vuestros discursos una vez que han tomado vida. Habéis edificado vuestros sistemas como Bayaceto edificó sus pirámides, con cabezas humanas.

DANTON: Tienes razón.

Hoy en día todo se hace con carne humana. Es la maldición de nuestro tiempo. También mi cuerpo va a ser utilizado ahora.

Hace un año que yo creé el Tribunal Revolucionario. Pido perdón a Dios y a los hombres por ello; lo que quise fue impedir que se repitieran los asesinatos de septiembre; yo esperaba salvar a los inocentes, pero este lento asesinar, con sus formalidades, es más espantoso aún e igual de inevitable. Señores, esperaba conseguir que todos ustedes abandonasen este lugar.

MERCIER: Oh, salir, sí que saldremos.

DANTON: Yo estoy ahora con ustedes, sabe Dios cómo acabará esto.

[III, 4]

EL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO

HERRMANN (*a Danton*): Su nombre, ciudadano.

DANTON: La Revolución sabe mi nombre. Mi morada estará pronto en la nada y mi nombre en el Panteón de la Historia.

HERRMANN: Danton, la Convención le acusa de haber conspirado con Mirabeau, con Dumouriez, con Orleans, con los girondinos, los extranjeros y la facción de Luis XVII.

DANTON: Mi voz, que tantas veces ha resonado por la causa del pueblo, rechazará fácilmente esa calumnia. Que se presenten aquí los miserables que me acusan y los cubriré de ignominia. Que vengan aquí los comités. Sólo responderé delante de ellos. Los necesito como acusadores y como testigos.

Que salgan a la luz pública. Por otra parte, ¿qué me importáis vosotros y vuestro juicio? Ya os lo he dicho, la nada será pronto mi asilo: la vida es para mí una carga; que me la quiten, yo sólo deseo liberarme de ella.

HERRMANN: Danton, la osadía es propia del crimen, la calma, de la inocencia.

DANTON: La osadía personal es sin duda censurable, pero la osadía nacional que yo he mostrado tantas veces, con la que he combatido tantas veces por la libertad, es la más meritoria de las virtudes. Es ella, mi osadía, es ella la que yo hago valer aquí para el bien de la República y en contra de mis infames acusadores. ¿Cómo voy a contenerme viéndome calumniado de una manera tan rastrera? De un revolucionario como yo no hay que esperar una defensa

fría. En las revoluciones, los hombres de mi talante son de un valor inestimable, en su frente campea el genio de la libertad.

(*Signos de aprobación entre los espectadores.*)

A mí se me acusa de haber conspirado con Mirabeau, con Dumouriez, con Orleans, de haberme arrastrado a los pies de miserables déspotas, a mí se me conmina a rendir cuentas ante la inflexible e ineluctable justicia.

Tú, miserable St. Just, tú responderás de esta calumnia ante la posteridad.

HERRMANN: Le exhorto a responder con serenidad, recuerde a Marat, él compareció con el debido respeto ante sus jueces.

DANTON: Es mi vida entera la que desean, por eso mi vida se levantará y les hará frente y yo los sepultaré bajo el peso de cada uno de mis actos.

No estoy orgulloso de ello. El destino conduce nuestro brazo, pero sólo las naturalezas fuertes son sus órganos. Yo declaré la guerra a la realeza en el Campo de Marte, yo triunfé sobre ella el 10 de agosto, yo le di muerte el 21 de enero¹, arrojando a los reyes como guante de desafío una cabeza real. (*Repetidas muestras de aprobación.*) Si echo una mirada a este escrito ignominioso, siento temblar todo mi ser. ¿Quiénes son los que tuvieron que apremiar a Danton hasta obligarle a mostrarse en aquel día memorable (10 de agosto)? ¿Quiénes son esos seres privilegiados de los que tomó prestada su energía? ¿Que se presenten aquí mis acusadores! Lo exijo en plena posesión de mis facultades mentales. Arrancaré la máscara a esos primitivos bellacos y volveré a lanzarlos a la nada de la que nunca habrían debido salir.

HERRMANN (*agitando la campanilla*): ¿Es que no oye usted?

DANTON: La voz de una persona que defiende su honor y su vida tiene que ahogar el ruido de tu campanilla.

En septiembre yo alimenté a los cachorros de la Revolución con los destrozados cuerpos de los aristócratas. Fue mi voz la que forjó las armas del pueblo con el oro de los ricos y de los aristócratas. Mi voz fue el huracán que sepultó a los satélites del despotismo en un mar de bayonetas (*fuertes aplausos*).

HERRMANN: Danton, su voz ha perdido fuerza, está usted demasiado excitado. Terminará usted con su defensa la próxima vez. Tiene necesidad de calma.

Queda levantada la sesión.

DANTON: Ahora conocéis a Danton. Unas horas más y se dormirá en los brazos de la gloria.

1. A instancias de Danton, la Asamblea Popular, reunida el 17 de julio de 1791 en el Campo de Marte, exige la destitución del rey y la proclamación de la República. 10 de agosto de 1792: la familia real es hecha prisionera. 21 de enero de 1793: ejecución de Luis XVI.

[III, 5]

EL LUXEMBURGO

UN CALABOZO

Dillon, Laflotte, un carcelero.

DILLON: Necio, no me ilumines así la cara con tu nariz. ¡Eh, eh, eh!
LAFLOTTE: Cierra la boca, tu media luna tiene un halo. ¡Eh, eh, eh!
CARCELERO: ¡Eh, eh, eh! ¿Creéis, señor, que podéis leer a la luz que ella da? (*Muestra un papel que lleva en la mano.*)

DILLON: ¡Venga eso!

CARCELERO: Señor, mi media luna me ha traído la marea baja.

LAFLOTTE: A juzgar por tus pantalones, es más bien marea alta.

CARCELERO: No, absorbe agua (*a Dillon*). Se ha escondido ante vuestro sol, señor, tenéis que darme algo que la haga salir otra vez, si es que queréis leer a su luz.

DILLON: Toma, fantoche. ¡Lárgate! (*Le da dinero.*)

Sale el carcelero.

DILLON (*lee*): Danton ha asustado al tribunal, los jurados vacilan, ha habido protestas en el auditorio. La concurrencia ha sido extraordinaria. El pueblo se agolpaba en torno al Palacio de Justicia y llegaba hasta los puentes. Un puñado de dinero, un brazo por fin. ¡Hum! ¡Hum! (*Va y viene y de vez en cuando se escancia de una botella.*) ¡Con que sólo tuviera yo un pie en la calle! No me dejaré matar tan fácilmente. ¡Oh, que yo tuviera el pie en la calle!

LAFLOTTE: Y en la carreta, que es lo mismo.

DILLON: ¿Tú crees? Hasta la carreta habría unos pasos de distancia, lo bastante amplia como para medirla con los cadáveres de los decenviros. Es hora por fin de que las gentes honradas levanten la cabeza.

LAFLOTTE (*hablando para sí*): Tanto mejor, así será un blanco mucho más fácil. Continúa, amigo, unos vasos más y estoy animado.

DILLON: Los malvados, los locos, al final se guillotinarán a sí mismos.

LAFLOTTE (*aparte*): Se podría volver a tener auténtico apego a la vida, como se quiere a un hijo, si uno se le da a sí mismo. No es un caso en verdad muy frecuente el de cometer incesto con el azar y convertirse en el propio padre. Padre e hijo a un tiempo. ¡Un Edipo bien grato!

DILLON: Al pueblo no se le alimenta con cadáveres, que las mujeres de Danton y de Camille repartan asignados¹ entre el pueblo, eso es mejor que cabezas.

LAFLOTTE: Yo no me sacaría los ojos después, podría necesitarlos para llorar al pobre general.

DILLON: ¡Atreverse con Danton! ¿Quién está seguro aún? El temor los unirá.

1. Papel-moneda que circuló hasta 1796, basado en los bienes (confiscados, pero aún no vendidos) de la Iglesia y la nobleza.

LAFLOTTE: Está perdido. ¿Qué hay de malo en el hecho de poner los pies sobre un cadáver para salir de la tumba?

DILLON: ¡Un pie en la calle! Encontraré gente de sobra, antiguos soldados, girondinos, ex nobles, asaltaremos las prisiones, tenemos que entendernos con los prisioneros.

LAFLOTTE: Eso sí, claro. Huele un poco a infamia. ¿Pero por qué no? Me gustaría hacer una experiencia así; hasta ahora mi vida ha sido muy poco variada. Tener remordimientos de conciencia sería un cambio, no es tan desagradable oler el propio hedor.

La perspectiva de la guillotina ha terminado por aburrirme; ¡esperar lo mismo tanto tiempo! Mentalmente, la he probado veinte veces. Ya no tiene nada de excitante, se ha convertido en una vulgaridad.

DILLON: Hay que hacer llegar un billete a la mujer de Danton.

LAFLOTTE: Por otra parte, yo no tengo miedo a la muerte pero sí al dolor. Podría doler, ¿quién me responde de ello? Se dice, sí, que sólo es un instante, pero el dolor mide el tiempo con más precisión, fracciona un tercero¹. ¡No! El dolor es el único pecado y el sufrimiento el único vicio, yo seré virtuoso.

DILLON: Escucha, Laflotte, ¿a dónde ha ido ese majadero? Yo tengo dinero, tiene que ser posible, hay que batir el cobre, mi plan está listo.

LAFLOTTE: ¡En seguida, en seguida! Conozco al carcelero, hablaré con él. Puedes contar conmigo, general, saldremos de este agujero (*para sí, al salir*) para ir a otro, yo al más ancho, al mundo, él al más angosto, a la tumba.

[III, 6]

EL COMITÉ DE SALUD PÚBLICA

St. Just, Barrère, Collot d'Herbois, Billaud-Vareannes.

BARRERE: ¿Qué escribe Fouquier?

ST. JUST: Ha concluido el segundo interrogatorio. Los prisioneros exigen que comparezcan varios miembros de la Convención y del Comité de Salud Pública; han apelado al pueblo por haberseles negado esos estigios. Parece que la excitación es indescriptible. Danton ha parodiado a Júpiter y ha sacudido los rizos.

COLLOT: Tanto más fácilmente podrá sujetárselos Sansón.

BARRERE: No podemos acudir, las pescaderas y los trapéros podrían juzgarnos menos majestuosos.

BILLAUD: El pueblo se deja pisotear por instinto, aunque sólo sea con la mirada; le agradan esas fisonomías insolentes. Esas frentes son peores que un escudo nobiliario, anida en ellas la fina aristocracia del desprecio al hombre. Todo aquel que no soporte que le miren de arriba a abajo debería ayudar a desfondarla.

1. Tercero: la sexagésima parte de un segundo.

BARRERE: Tiene córnea la piel, como Sigfrido, la sangre de los de septiembre le ha hecho invulnerable. ¿Qué dice Robespierre?

ST. JUST: Hace como si tuviese algo que decir.

Es urgente que los jurados se declaren suficientemente informados y cierren los debates.

BARRERE: Imposible, eso no es factible.

ST. JUST: Hay que eliminarlos sea como sea, aunque tengamos que estrangularlos con nuestras propias manos. ¡Atreveos! Danton no nos habrá enseñado en vano esa palabra. La Revolución no tropezará con sus cadáveres, pero si Danton se salva, él la agarrará por la túnica; tiene todo el aspecto de quien es capaz de violar a la misma libertad.

(Llaman desde fuera a St. Just.)

Entra un carcelero.

CARCELERO: En San Pelagio están agonizando unos prisioneros, requieren la presencia de un médico.

BILLAUD: Es innecesario, así el verdugo tendrá menos trabajo.

CARCELERO: Hay entre ellos mujeres encinta.

BILLAUD: Tanto mejor, así sus hijos no necesitarán ataúd.

BARRERE: La tisis de un aristócrata ahorra una sesión al Tribunal Revolucionario. Todo medicamento sería contrarrevolucionario.

COLLOT (*coge un papel*): Una petición, un nombre de mujer.

BARRERE: Seguramente una de esas que quisieran verse obligadas a elegir entre la tabla de la guillotina y la cama de un jacobino; que, como Lucrecia, mueren tras haber perdido el honor, pero algo más tarde que la heroína romana: de parto, de cáncer o de viejas. No debe ser tan desagradable el empujar hacia una doncella a uno de esos Tarquinius de la República de la Virtud.

COLLOT: Es muy vieja. Madame pide la muerte. Sabe expresarse: la prisión, dice, pesa sobre ella como la tapa de un ataúd. Sólo hace cuatro meses que está en prisión. La respuesta es fácil (*escribe y lee*). Ciudadana, aún no hace bastante tiempo que deseas la muerte.

BARRERE: Bien dicho. Pero, Collot, no es bueno que la guillotina empiece a reír, así ya no atemoriza a la gente. No hay que hacerse tan familiar.

Vuelve St. Just.

ST. JUST: Acabo de recibir una delación. Se está conspirando en las prisiones, un joven llamado Laflotte ha descubierto todo. Estaba con Dillon en la misma habitación, Dillon ha bebido y se ha ido de la lengua.

BARRERE: Se corta el cuello con la propia botella, eso ya ha pasado varias veces.

ST. JUST: Las mujeres de Danton y Camille repartirán dinero entre el pueblo, Dillon se evadirá para liberar a los prisioneros y hacer saltar la Convención.

BARRERE: Eso es un cuento.

ST. JUST: Pero nosotros les contaremos el cuento hasta que se duerman. La denuncia obra en mi poder; se añade a eso la osadía de los acusados, las protestas del pueblo, el desconcierto de los jurados; voy a escribir un informe.

BARRERE: Sí, ve, St. Just, y teje tus períodos en los que cada coma es un golpe de sable y cada punto una cabeza truncada.

ST. JUST: La Convención tiene que ordenar mediante decreto que el Tribunal continúe el proceso sin más interrupciones y que el acusado que viole el respeto debido al tribunal o que provoque desórdenes sea excluido de los debates.

BARRERE: Tienes instinto revolucionario, suena tan moderado y sin embargo hará su efecto. No pueden permanecer callados, Danton tendrá que vociferar.

ST. JUST: Cuento con vuestro apoyo. Hay hombres en la Convención que están tan enfermos como Danton y que se temen la misma cura. Esa gente ha cobrado ánimos, alegrarán que hay vicio de forma...

BARRERE (*interrumpiéndole*): Yo les diré: en Roma, el cónsul que descubrió la conjuración de Catilina y que hizo ejecutar inmediatamente a los criminales, fue acusado de quebrantar la forma. ¿Quiénes fueron sus acusadores?

COLLOT (*patéticamente*): Ve, St. Just, la lava de la Revolución fluye. La libertad ahogará con su abrazo a los pusilánimes que querían fecundar sus poderosas entrañas, la majestad del pueblo se les aparecerá, como Júpiter a Semele, entre rayos y truenos, y los reducirá a cenizas. Ve, St. Just, te ayudaremos a lanzar los rayos contra las cabezas de los cobardes.

Sale St. Just.

BARRERE: ¿Has oído tú eso de la cura? Terminarán convirtiendo a la guillotina en un específico contra el mal venéreo. No combaten a los moderados, combaten el vicio.

BILLAUD: Hasta ahora, nuestro camino y el suyo van juntos.

BARRERE: Robespierre quiere hacer de la Revolución un aula de moral y utilizar la guillotina como cátedra.

BARRERE: O como púlpito.

COLLOT: Sobre el cual muy pronto no estará de pie sino echado.

BARRERE: Eso será fácil. El mundo estaría del revés si los llamados bellacos fueran ahorcados por las llamadas gentes honradas.

COLLOT (*a Barrère*): ¿Cuándo vendrás de nuevo a Clichy?

BARRERE: Cuando el médico ya no venga a verme.

COLLOT: ¿No es cierto? En aquel cielo hay un cometa cuyos rayos ardientes abrasan por completo tu médula espinal¹.

1. Alusión a las secuelas de la sífilis. Demahy es la amante, probablemente no histórica, de Barrère.

BILLAUD: Los gráciles dedos de la bella Demahy pronto la sacarán de su envoltura y se la pondrán a la espalda, como una trenza.

BARRERE (*se encoge de hombros*): ¡Chsss! De eso no debe saber nada el Virtuoso.

BILLAUD: Es un Mahoma impotente
Salen Billaud y Collot.

BARRERE (*solo*): ¡Esos monstruos! ¡Aún no hace bastante tiempo que deseas la muerte! Esas palabras tendrían que haber secado la lengua que las pronunció. ¿Y yo?

Cuando los de septiembre irrumpieron en las prisiones, un prisionero cogió su navaja, se mezcló entre los asesinos, la clavó en el pecho de un cura: ¡así se salvó!

¿Quién puede tener algo en contra? Que yo me mezcle entre los asesinos o que pertenezca al Comité de Salud Pública, que me sirva del filo de la guillotina o del filo de una navaja: viene a ser lo mismo; sólo las circunstancias son un poco más complicadas, pero la situación de base es la misma.

Y si tuvo derecho a matar a uno, también tuvo derecho a matar a dos o tres. ¿O a más? ¿Dónde se para uno? Ahí están los granos de cebada; ¿forman dos un montón, tres, cuatro? ¿Cuántos, entonces? Ven, conciencia mía, ven, gallinita mía, ven, pita, pita, pita, aquí tienes tu comida.

Y sin embargo, ¿estaba yo también prisionero? Se sospechaba de mí, que es casi lo mismo, tenía asegurada la muerte.

Sale.

[III, 7]

LA CONCIERGERIE
Lacroix, Danton, Philippeau, Camille.

LACROIX: Has levantado bien la voz, Danton, si sólo un poco antes te hubieras esforzado así por salvar tu vida, ahora todo sería distinto, ¿verdad? Cuando la muerte está tan insolentemente cerca de uno y le hiede la boca de esa manera y se va poniendo más y más impertinente...

CAMILLE: ¡Si al menos nos hiciera violencia luchando cuerpo a cuerpo y nos arrancara su trofeo de los ardorosos miembros! Pero así, con todas estas formalidades, como quien se casa con una vieja: redactar el contrato, llamar a los testigos, pronunciar el amén, y luego, levantar la colcha y ella, con su cuerpo frío, se va metiendo despacio...

DANTON: ¡Si fuera un combate a golpes y a dentelladas! Pero tengo la sensación de haber caído entre las ruedas de un molino y de que los miembros se me van descoyuntando lenta y sistemáticamente, por la fría fuerza física. ¡Ser matado de manera tan mecánica!

CAMILLE: Yacer solo, frío, rígido, entre los húmedos vapores de la

putrefacción; acaso la muerte nos quite la vida de las fibras despacio, entre tormentos, acaso se tenga conciencia de irse pudriendo.

PHILIPPEAU: Calmaos, amigos. Somos como los cólquicos de otoño que no echan semilla hasta después del invierno. La única diferencia con el trasplante de las flores es que nosotros despedimos un cierto hedor durante ese proceso. ¿Es algo tan malo?

DANTON: ¡Una perspectiva edificante! De un montón de estiércol a otro. ¿Verdad, la divina teoría de las clases? ¿Del primer curso al segundo, del segundo al tercero, etc.? Estoy harto de sentarme en los bancos de la escuela; he criado allí, como un mono, callos en el trasero.

PHILIPPEAU: ¿Qué es lo que quieres?

DANTON: Sosiego.

PHILIPPEAU: Sosiego lo hay en Dios.

DANTON: En la nada. Sumérgete en algo más sosegado que la nada y si el máximo sosiego es Dios, ¿no es la nada Dios? Mas yo soy ateo; ese maldito axioma: algo no puede convertirse en nada. Y yo soy algo, ésa es la desgracia. La creación se ha extendido tanto, no queda ningún hueco, por todas partes ese pulular.

La nada se ha suicidado, la creación es la herida, nosotros somos las gotas de sangre, el mundo es la tumba donde se pudre.

Suena a disparate, pero algo de verdad hay en ello.

CAMILLE: El mundo es el Judío errante, la nada es la muerte, pero la muerte es imposible. Oh, no poder morir, no poder morir, como dice la canción.

DANTON: Estamos todos enterrados vivos y, como los reyes, metidos en tres o cuatro ataúdes: bajo el cielo, en nuestras casas, en nuestros trajes y camisas.

Pasamos cincuenta años arañando la tapa del ataúd. ¡Ay, quién pudiera creer en el anonadamiento! Habría hallado el remedio. En la muerte no hay esperanza, es sólo una forma más simple de la putrefacción, la vida es una forma organizada, más compleja, ésa es toda la diferencia.

Pero yo estoy habituado a esa forma de pudrirme, el diablo sabrá cómo voy a arreglármelas con otra.

¡Oh, Julie! ¡Si yo partiera sólo! ¡Si ella me dejara solo! Y si me descompusiera del todo, me deshiciera del todo: sería un puñado de polvo sufriente, cada uno de mis átomos no podría hallar el descanso sino en ella. No puedo morir, no, no puedo morir. Tenemos que gritar, tendrán que arrancarme del cuerpo cada gota de vida.

[III, 8]

UNA HABITACION
Fouquier, Amar, Vouland.

FOUQUIER: Ya no sé qué responderles, exigen una comisión.

AMAR: Ya tenemos a los malhechores, aquí está lo que deseas (*entrega un papel a Fouquier*).

VOULAND: Esto le dejaré a usted satisfecho.

FOUQUIER: Esto era en efecto lo que necesitábamos.

AMAR: Así pues, procura ahora que tanto ellos como nosotros nos quitemos este asunto de encima.

[III, 9]

EL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO

DANTON: ¡La República está en peligro y él no tiene instrucciones! Apelamos al pueblo, mi voz es aún bastante fuerte para pronunciar la oración fúnebre de los decenviros. Lo repito, reclamamos una comisión, tenemos que hacer importantes descubrimientos. Yo me retiraré a la ciudadela de la razón, saldré impetuosamente con el cañón de la verdad y aplastaré a mis enemigos. (*Muestras de aprobación.*)

Entran Fouquier, Amar, Vouland.

FOUQUIER: Silencio en nombre de la República, respeto ante la ley. La Convención toma la siguiente resolución:

Considerando que en las prisiones hay síntomas de amotinamiento, considerando que las mujeres de Danton y de Camille distribuyen dinero entre el pueblo y que el general Dillon va a evadirse y a ponerse al mando de los sublevados con el fin de liberar a los acusados, considerando finalmente que éstos tratan a su vez de provocar desórdenes y que han intentado injuriar al Tribunal: el Tribunal recibe la autorización de proseguir sin interrupciones la instrucción de la causa y de excluir de los debates a los acusados que no guarden el debido respeto a la ley.

DANTON: Yo pregunto a los presentes: ¿Hemos escarnecido al Tribunal, al pueblo o a la Convención Nacional?

MUCHAS VOCES: ¡No, no!

CAMILLE: ¡Miserables, quieren asesinar a mi Lucile!

DANTON: Un día se sabrá la verdad. Veo abatirse sobre Francia grandes calamidades. Es la dictadura: ha rasgado su velo y levantando la frente marcha sobre nuestros cadáveres (*señalando a Amar y a Vouland*). ¡Ved aquí a estos cobardes asesinos, ved a los cuervos del Comité de Salud Pública!

Yo acuso de alta traición a Robespierre, a St. Just y a sus sicarios.

Quieren ahogar en sangre a la República. Los surcos de las carretas de la guillotina son la ruta militar por la que penetrarán

los extranjeros hasta el corazón de la patria. ¿Cuánto tiempo han de ser tumbas las huellas que va dejando la libertad? Vosotros queréis pan y ellos os echan cabezas. Vosotros tenéis sed y ellos os hacen lamer la sangre de las gradas de la guillotina. (*Violenta agitación en el auditorio, gritos de aprobación.*)

MUCHAS VOCES: ¡Viva Danton, abajo los decenviros!
(*Los prisioneros son conducidos por la fuerza.*)

[III, 10] PLAZA DELANTE DEL PALACIO DE JUSTICIA
Un tropel de gente.

ALGUNAS VOCES: ¡Abajo los decenviros! ¡Viva Danton!

PRIMER CIUDADANO: La guillotina es un mal molino y Sansón un mal panadero, ¡queremos pan, pan!

SEGUNDO CIUDADANO: Vuestro pan se lo ha comido Danton, su cabeza volverá a daros pan a todos, él ha tenido razón.

PRIMER CIUDADANO: Danton estaba con nosotros el 10 de agosto, Danton estaba con nosotros en septiembre. ¿Dónde estaban los que le han acusado?

SEGUNDO CIUDADANO: Y Lafayette estaba con vosotros en Versalles y

sin embargo era un traidor.

PRIMER CIUDADANO: ¿Quién dice que Danton es un traidor?

SEGUNDO CIUDADANO: Robespierre.

PRIMER CIUDADANO: Y Robespierre es un traidor.

SEGUNDO CIUDADANO: ¿Quién lo dice?

PRIMER CIUDADANO: Danton.

SEGUNDO CIUDADANO: Danton va elegantemente vestido, Danton tiene una hermosa casa, Danton tiene una bella esposa, se baña en vino de Borgoña, come venado asado en fuentes de plata y duerme con vuestras mujeres e hijas cuando está borracho.

Danton era pobre como vosotros. ¿De dónde ha sacado todo eso?

Se lo ha comprado el Veto, para que le salve la corona.

Se lo ha regalado el duque de Orleans, para que le robe la corona.

Se lo ha dado el extranjero para que os traicione a vosotros todos. ¿Qué tiene Robespierre? El virtuoso Robespierre. Todos vosotros le conocéis.

TODOS: ¡Viva Robespierre! ¡Abajo Danton! ¡Abajo el traidor!

ACTO IV

[IV, 1]

UNA HABITACION

Julie, un niño.

JULIE: Todo ha terminado. Temblaban delante de él. Le matan porque le temen. ¡Ve! Le he visto por última vez, dile que no puedo verle así.

(*Le da un rizo.*) Ten, llévale esto y dile que no se irá solo. El ya me entenderá, y luego vuelve deprisa, quiero leer su mirada en tus ojos.

[IV, 2]

UNA CALLE

Dumas, un ciudadano.

CIUDADANO: ¿Cómo se puede condenar a muerte a tantos desventurados después de semejante interrogatorio?

DUMAS: Es, en efecto, singular, pero los hombres de la Revolución tienen un instinto que les falta a otras personas, y ese instinto no les engaña jamás.

CIUDADANO: Es el instinto del tigre. Tú tienes mujer.

DUMAS: Pronto podré decir que la he tenido.

CIUDADANO: ¡Así que es cierto!

DUMAS: El Tribunal Revolucionario pronunciará nuestro divorcio, la guillotina llevará a cabo la separación de cama y mesa.

CIUDADANO: ¡Eres un monstruo!

DUMAS: ¡Idiota! ¿Tú admiras a Bruto?

CIUDADANO: Con toda mi alma.

DUMAS: ¿Hay que ser cónsul romano y cubrirse la cabeza con la toga para sacrificar a la patria lo más querido? Yo me secaré los ojos con la manga de mi frac rojo, ésta es toda la diferencia.

CIUDADANO: Es espantoso.

DUMAS: Anda, tú no comprendes nada.

Salen.

[IV, 3]

LA CONCIERGERIE

*Lacroix, Hérault (en una cama).**Danton, Camille (en otra).*

LACROIX: ¡Cómo crecen los pelos y las uñas, a uno le da vergüenza realmente!

HERAULT: Un poco de cuidado, por favor, me está estornudando usted arena en toda la cara.

LACROIX: Y usted, amigo, no me dé patadas en los pies, que tengo ojos de gallo.

HERAULT: Y además, tiene usted bichos.

LACROIX: ¡Ay, con que sólo me viera libre de las lombrices!

HERAULT: En fin, buenas noches, a ver cómo nos las arreglamos para dormir juntos, esto es muy estrecho. ¡No me arañe con las uñas mientras duerme! ¡Y no tire así de la mortaja, hace frío debajo!

DANTON: Sí, Camille, mañana seremos zapatos usados que se echan en el regazo de esa mendiga que es la tierra.

CAMILLE: La piel de vaca de la que, según Platón, hacen los ángeles sus sandalias y caminan con ellas por la tierra. Pero así marchan las cosas. ¡Lucile mía!

DANTON: Tranquilízate, muchacho.

CAMILLE: ¿Tú crees que podré, Danton? ¿Tú crees? A ella no pueden hacerle nada. La luz de la belleza que irradia su cuerpo es inextinguible. ¡Imposible! Mira, la tierra no se atrevería a sepultarla, haría una bóveda a su alrededor, las emanaciones de la tumba brillarían como rocío en sus pestañas, en torno a su cuerpo nacerían cristales como flores y claras fuentes la dormirían con su murmullo.

DANTON: Duerme, muchacho, duerme.

CAMILLE: Escucha, Danton, entre nosotros: es tan triste tener que morir. Y además no sirve de nada. Yo quiero robarle a la vida las últimas miradas de sus bellos ojos, quiero tener los ojos abiertos.

DANTON: Tendrás que tenerlos abiertos de todos modos, Sansón no le cierra a nadie los ojos. El sueño es más compasivo. Duerme, hijo, duerme.

CAMILLE: Lucile, tus besos retozan en mis labios, cada beso se convierte en un sueño, mis ojos se cierran y ya no lo dejarán escapar.

DANTON: ¿Por qué no se para ese reloj? Con cada tic-tac, se van acercando las paredes más y más hasta envolverme como un ataúd.

De niño, leí una vez un cuento parecido, los pelos se me pusieron de punta. ¡Sí, de niño! ¿De qué valió tenerme al abrigo, darme de comer para que creciera? Trabajo para el enterrador, nada más.

Es como si ya hediera. Cuerpo querido, voy a taparme la nariz y a imaginarme que eres una mujer que suda y que huele mal después del baile, y voy a decirte finezas. Tú y yo lo hemos pasado bien juntos muchos años.

Mañana serás un violín roto, la melodía se habrá extinguido.

Mañana serás una botella vacía, se habrán bebido el vino, pero yo no me he emborrachado y me voy a la cama tan sereno. ¡Qué feliz la gente que todavía puede emborracharse! Mañana

serás un pantalón usado, te pondrán en el ropero y te comerá la polilla, por muy mal olor que despidas.

¡Ay, de nada sirve! Sí, es triste tener que morir. La muerte es un remedo del nacimiento, cuando morimos estamos tan desnudos y desamparados como niños recién nacidos.

Cierto, la mortaja de pañal. ¿De qué servirá? En la tumba podremos gemir como en la cuna.

¡Camille! Está dormido (*se inclina sobre él*), un sueño aletea entre sus pestañas. No quiero rozarle y que caiga de sus ojos el dorado rocío del sueño. (*Se levanta y va a la ventana.*) No me iré solo, te doy las gracias, Julie. Pero hubiera querido morir de otro modo, sin ningún esfuerzo, como cae una estrella, como se extingue un sonido, por sí solo, dándose a sí mismo con los propios labios el beso mortal, como se sumerge en las claras ondas un rayo de luz.

Como un centelleo de lágrimas han salpicado la noche las estrellas, gran aflicción tiene que haber en los ojos de donde brotaron.

CAMILLE: ¡Oh! (*Se ha incorporado y busca a tientas el techo.*)

DANTON: ¿Qué pasa, Camille?

CAMILLE: ¡Oh, oh!

DANTON (*le sacude*): ¿Quieres arañar el techo hasta que se venga abajo?

CAMILLE: ¡Ah, tú, tú eres, oh, sujétame, habla!

DANTON: Estás temblando de arriba a abajo, tienes la frente empapada de sudor.

CAMILLE: Este eres tú, éste soy yo. ¡Ah! ¡Esta es mi mano! ¡Sí, ahora me acuerdo! ¡Oh, Danton, ha sido espantoso!

DANTON: ¿Pero qué ha sido?

CAMILLE: Yo estaba en una especie de duermevela. De pronto, el techo había desaparecido y la luna había caído aquí mismo, muy cerca, a mi lado, yo podía abarcarla con el brazo. La bóveda celeste, con sus luces, se había hundido. Yo la tocaba, palpaba las estrellas, me agitaba como quien se está ahogando bajo una capa de hielo. Ha sido horrible, Danton.

DANTON: La lámpara proyecta en el techo un círculo luminoso, eso era todo lo que veías.

CAMILLE: Eso habrá sido, pero no hace falta mucho para perder el escaso juicio de que uno dispone. La locura me ha agarrado por los cabellos (*se levanta*), no quiero seguir durmiendo, no quiero volverme loco. (*Coge un libro.*)

DANTON: ¿Qué has cogido?

CAMILLE: Los *Pensamientos nocturnos*¹.

1. Edward Young, *The Complaint, or Night Thoughts on Life, Death and Immortality*, poema épico-didáctico (1742-45) muy leído en el siglo XVIII.

DANTON: ¿Quieres morir por adelantado? Yo cogeré *La pucelle*¹. No quiero salir de la vida como quien se levanta de un reclinatorio, sino como quien sale de la cama de una hermana de la caridad. La vida es una ramera que fornicia con el mundo entero.

[IV, 4] PLAZA DELANTE DE LA CONCIERGERIE
Un carcelero, dos carreteros con sus carretas, mujeres.

CARCELERO: ¿Quién os ha llamado a este lugar?

PRIMER CARRETERO: Yo no me llamo «a este lugar», ¡qué nombre tan raro!

CARCELERO: Idiota, ¿quién os ha dado cita?

PRIMER CARRETERO: A mí nadie me da nada, aparte de diez centavos por cabeza.

SEGUNDO CARRETERO: Este mastuerzo quiere dejarme sin pan.

PRIMER CARRETERO: ¿A qué llamas tú pan? (*Señalando hacia las ventanas de los prisioneros*): Eso es pasto de gusanos.

SEGUNDO CARRETERO: Mis hijos también son unos pobres gusanos y también quieren tener su parte. Oh, anda mal el oficio, y eso que somos los mejores carreteros.

PRIMER CARRETERO: ¿Cómo?

SEGUNDO CARRETERO: ¿Quién es el mejor carretero?

PRIMER CARRETERO: El que llega más lejos y más deprisa.

SEGUNDO CARRETERO: Pero, cernícalo, ¿quién va más lejos que quien se va de este mundo y quién va más deprisa que quien lo hace en un cuarto de hora? Hay exactamente un cuarto de hora de aquí a la Plaza de la Revolución.

CARCELERO: ¡Deprisa, tunantes! Avanzad hasta la puerta; apartaos, muchachas!

PRIMER CARRETERO: Quedaos donde estáis, no se pasa al lado de una muchacha, uno se mete siempre por en medio.

SEGUNDO CARRETERO: Sí, ya lo creo, puedes entrar con caballos y carretas, encontrarás buenos surcos, pero cuando salgas habrás de estar en cuarentena.

(*Avanzan con las carretas.*)

SEGUNDO CARRETERO (*a las mujeres*): ¿Qué miráis ahí?

UNA MUJER: Estamos esperando a unos antiguos clientes.¹

SEGUNDO CARRETERO: ¿Creéis que mi carreta es un burdel? Es una carreta decente, que ha llevado a la mesa al rey y a toda la nobleza de París.

LUCILE (*aparece y se sienta sobre una piedra bajo las ventanas de los prisioneros*): ¡Camille, Camille! (*Camille aparece en la ventana.*)

Escucha, Camille, me haces reír con esa larga levita de piedra

1. *La pucelle d'Orléans*, epopeya irónico-satírica de Voltaire sobre Juana de Arco.

y con la máscara de hierro delante del rostro, ¿no puedes inclinarte? ¿Dónde están tus brazos? Quiero atraparte, pájaro querido. (*Canta:*)

En el cielo hay dos estrellas
más brillantes que la luna,
una luce en tu ventana,
otra, mi bien, a tu puerta.

¡Ven, ven, amor mío! Sube callandito la escalera, están todos dormidos. La luna ya hace tiempo que me está ayudando a esperar. ¡Pero si no cabes por la puerta, qué disfraz tan molesto! Es demasiado pesada la broma, acaba de una vez. Ni siquiera te mueves. ¿Por qué no hablas? Me das miedo. ¡Escucha! La gente dice que vas a morir y ponen unas caras tan serias. ¡Morir! Tengo que reírme cuando veo esas caras. ¡Morir! ¿Qué palabra es ésa? ¡Dímelo, Camille! ¡Morir! Voy a reflexionar. Sí, ahí está. Voy a correr tras ella, ven, dulce amigo, ayúdame a cogerla, ¡ven! ¡Ven!

Sale corriendo.

CAMILLE (*grita*): ¡Lucile! ¡Lucile!

[IV, 5] LA CONCIERGERIE
*Danton (en una ventana que da a la habitación vecina),
Camille, Philippeau, Lacroix, Hérault.*

DANTON: Ahora estás tranquilo, Fabre.

UNA VOZ (*desde dentro*): A punto de morir.

DANTON: ¿Sabes lo que vamos a hacer ahora?

LA VOZ: ¿Qué?

DANTON: Lo que tú has hecho durante toda tu vida: des vers¹.

CAMILLE (*para sí*): La demencia brillaba en el fondo de sus ojos. Ha habido ya más gente que se ha vuelto loca, así es el curso del mundo. ¿Qué culpa tenemos nosotros? Nos lavamos las manos. Es preferible que así sea.

DANTON: Lo dejo todo en una terrible confusión. Nadie entiende el negocio de gobernar. Quizá sería posible si yo le dejara mis rameras a Robespierre y mis piernas a Couthon².

LACROIX: Dirían entonces que hemos convertido a la libertad en una ramera.

DANTON: ¿Y qué importancia tendría? La libertad y una ramera es lo más cosmopolita que existe bajo el sol. Ahora va a prostituirse con toda decencia en el lecho matrimonial del abogado de Arras.

1. Juego de palabras; *des vers* significa «versos» y «gusanos».

2. Couthon era paralítico y de frágil salud.

Pero creo que con él ella hará el papel de Clitemnestra¹, no le doy ni seis meses de plazo, lo arrastraré conmigo.

CAMILLE (*para sí*): Que el cielo le conceda una idea fija agradable. Las ideas fijas comunes, que se bautizan sano juicio, son insoportablemente aburridas. El hombre más feliz fue el que imaginó ser Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

LACROIX: Esos necios gritarán «Viva la República» cuando pasemos a su lado.

DANTON: ¿Qué importa? Dondequiera que el Diluvio de la Revolución arrastre nuestros cadáveres, siempre será posible romper el cráneo con nuestros fósiles a todos los reyes.

HERAULT: Sí, suponiendo que haya un Sansón² lo bastante fuerte para manejar nuestras mandíbulas.

DANTON: Son hermanos de Caín.

LACROIX: No hay mayor prueba de que Robespierre es un Nerón que el hecho de no haber sido nunca tan amable con Camille como dos días antes de su detención. ¿No es cierto, Camille?

CAMILLE: Sí, en efecto. ¿Pero qué me importa eso a mí? ¿Qué criatura tan deliciosa ha hecho de su locura! ¿Por qué tengo que partir ahora? Nos habríamos reído juntos, la habríamos besado y acunado.

DANTON: Cuando la historia abra sus sepulturas, todavía podrá morir asfixiado el despotismo con el perfume de nuestros cadáveres.

HERAULT: Ya olíamos harto mal en vida. Esas son frases para la posteridad, ¿verdad, Danton? A nosotros ya no nos afectan.

CAMILLE: Pone una cara como si quisiera convertirse en piedra y así la posteridad podrá desenterrarle convertido en estatua clásica.

¿Vale la pena pintarse la boca y ponerse colorete y hablar con buen acento? Deberíamos quitarnos las máscaras, por fin, y entonces veríamos por doquier, como en una cámara de espejos, la sempiterna cabeza de asno, innumerable, indestructible, ni más ni menos. Las diferencias no son tan grandes, todos somos malvados y ángeles, imbéciles y genios, y además todo en uno, esas cuatro cosas caben muy bien en el mismo cuerpo, no son tan grandes como pensamos. Dormir, digerir, reproducirse: eso lo hacen todos, las demás cosas no son sino variaciones, en diferentes tonos, sobre el mismo tema. ¿Para qué ponerse de puntillas y hacer visajes y sentir vergüenza ante los demás? Todos hemos caído enfermos comiendo en la misma mesa y tenemos dolor de tripas. ¿Por qué os ponéis las servilletas delante de la cara? Gritad y berread cuanto os venga en gana.

1. Junto con su amante Egisto, Clitemnestra mató a su esposo Agamenón cuando éste regresó de Troya.

2. El Sansón bíblico, no el verdugo de París.

No hagáis esas muecas tan virtuosas y tan graciosas y tan heroicas y tan geniales, ya nos conocemos unos a otros, ahorraos el esfuerzo.

HERAULT: Sí, Camille, vamos a sentarnos unos junto a otros y a gritar, nada más estúpido que apretar los dientes cuando a uno le duele algo.

Los griegos y los dioses gritaban, los romanos y los estoicos ponían cara de héroes.

DANTON: Los unos eran tan epicúreos como los otros. Se confeccionaban a su medida un agradable sentimiento de la propia dignidad. No es desagradable eso de arreglarse los pliegues de la toga y mirar hacia atrás para ver cuán larga es la sombra. ¿Por qué atormentarse? ¿Qué importa si nos colocamos delante del sexo hojas de laurel, guirnaldas de rosas u hojas de parra, o si dejamos al descubierto esa fea cosa y nos la dejamos lamer por los perros?

PHILIPPEAU: Amigos, no hace falta gravitar muy por encima de la tierra para no ver ya nada de toda esa confusa agitación y para tener los ojos inundados de varias grandes líneas divinas. Hay un oído para el cual esos gritos, esos clamores que nos aturden, son un raudal de armonías.

DANTON: Pero nosotros somos los pobres músicos y nuestros cuerpos los instrumentos. Esos sonidos inarmónicos que apenas sacamos de ellos, ¿existen con el único fin de elevarse más y más y, enmudeciendo al fin, morir como un soplo deleitoso en oídos celestiales?

HERAULT: ¿Somos como lechones a los que se mata a golpes para que su carne sea más sabrosa en la mesa de los príncipes?

DANTON: ¿Somos niños a los que se asa en los brazos ardientes del Moloch que es este mundo y a los que se hace cosquillas con los rayos de luz para que alegren a los dioses con su risa?

CAMILLE: ¿Es el éter, con sus ojos dorados, una bandeja de carpas doradas sobre la mesa de los dioses bienaventurados y los dioses bienaventurados ríen eternamente y los peces mueren eternamente y los dioses se complacen eternamente en el juego de colores de la agonía?

DANTON: El mundo es el caos. La nada es el dios universal que está por nacer.

Entra el carcelero.

CARCELERO: Señores, pueden ponerse en marcha, los coches esperan delante de la puerta.

PHILIPPEAU: Buenas noches, amigos, cubrámonos tranquilamente con la gran colcha bajo la cual todos los corazones se apagan y todos los ojos se cierran.

(Se abrazan todos.)

HERAULT (*coge el brazo de Camille*): Alégrate, Camille, nos aguarda una hermosa noche. Las nubes cubren el cielo silencioso del

atardecer como un Olimpo que se apaga, con figuras de dioses que se hundan, que mueren.

Salen.

[IV, 6]

UNA HABITACION

JULIE: El pueblo corría por las calles, ahora todo está en silencio. No quiero hacerle esperar ni un solo instante.

(Saca una redoma.)

Ven, amado sacerdote, con cuyo amén nos vamos a dormir.

(Va a la ventana.)

Es tan hermosa la despedida, sólo tengo que cerrar la puerta tras de mí. *(Bebe.)* Quisiera permanecer siempre así. Se ha puesto el sol. Las facciones de la tierra eran tan claras a su luz, pero ahora su rostro es tan callado y tan serio como el de una moribunda. Qué bello el juego de la luz vespertina en su frente y en sus mejillas. Se va poniendo más y más pálida, se deja llevar por las ondas del éter como un cadáver. ¿No habrá un brazo que la coja por los rizos dorados y la saque de la corriente y le dé sepultura?

Parto sin hacer ruido. No le doy un beso, que no la despierte de su sueño ningún hálito, ningún suspiro.

Duerme, duerme.

(Muere.)

[IV, 7]

LA PLAZA DE LA REVOLUCION

Llegan las carretas y se detienen delante de la guillotina.

Hombres y mujeres cantan y bailan la Carmañola.

Los prisioneros entonan la Marsellesa.

UNA MUJER CON NIÑOS: ¡Apartaos! ¡Hacedme sitio! Los niños están gritando que tienen hambre. Es preciso que vean, para que se callen. ¡Hacedme sitio!

UNA MUJER: Eh, Danton, ahora puedes fornicar con los gusanos.

OTRA: Héroult, con tu hermosa cabellera voy a hacermé una peluca.

HERAULT: Yo no tengo bastante bosque para un monte de Venus tan pelado.

CAMILLE: ¡Malditas arpías! Aún habéis de gritar: ¡Montes, caed sobre nosotros!

UNA MUJER: El monte ha caído sobre vosotros o, mejor dicho, vosotros os habéis caído monte abajo.

DANTON *(a Camille)*: Tranquilo, muchacho, te has quedado ronco de gritar.

CAMILLE *(da dinero al carretero)*: Aquí tienes, viejo Caronte¹, tu carreta es una buena bandeja.

Señores, yo quiero servirme el primero. Esto es un banquete clásico, estamos recostados en nuestro triclinio y derramamos un poco de sangre como libación. Adiós, Danton. *(Sube al patíbulo.*

Los prisioneros le siguen uno tras otro. Danton sube el último.)

LACROIX *(al pueblo)*: Nos matáis el día en que habéis perdido la razón; los mataréis a ellos el día en que la hayáis recobrado.

LAS VOCES: ¡Eso ya lo hemos oído otra vez! ¡Qué aburrido!

LACROIX: Los tiranos se romperán la cerviz sobre nuestras tumbas.

HERAULT *(a Danton)*: Este piensa que su cadáver será el estiércol que abone la libertad.

FABRE: Adiós, Danton. Muero doblemente².

DANTON: Adiós, amigo. La guillotina es el mejor médico.

HERAULT *(quiere abrazar a Danton)*: Ay, Danton, ya ni siquiera soy capaz de hacer un chiste. Es hora. *(Un verdugo le tira hacia atrás.)*

DANTON *(al verdugo)*: ¿Quieres ser más cruel que la muerte? ¿Podrás impedir que nuestras cabezas se besen en el fondo del cesto?

[IV, 8]

UNA CALLE

LUCILE: Hay algo como serio en ello. Voy a reflexionar un momento.

Comienzo a entender algo. Morir. Morir. Todo tiene derecho a la vida. Todo, este pequeño mosquito, ese pájaro. ¿Y él por qué no? El caudal de la vida tendría que detenerse cuando se derrama una sola gota. El golpe tendría que producir una herida en la tierra. Todo se mueve, los relojes marchan, las campanas tañen, la gente camina, el agua fluye y todo así hasta, hasta... ahí: ¡No! ¡No!, eso no puede ser, ¡no! Voy a sentarme en el suelo y a gritar, que todo se pare, asustado, que todo se quede quieto, que nada se mueva. *(Se sienta en el suelo, se tapa los ojos y lanza un grito. Tras una pausa, se levanta.)*

No sirve de nada, todo está como antes, las casas, la calle, el viento sopla, las nubes pasan. Tendremos que soportarlo.

(Bajan unas mujeres por la calle.)

PRIMERA MUJER: Un hombre guapo, ese Héroult.

SEGUNDA MUJER: Cuando estaba junto al Arco de Triunfo en la fiesta de la Constitución, yo pensé, mira, ése tiene que resultar bien en la guillotina, pensé. Era como un presentimiento.

TERCERA MUJER: Sí, hay que ver a la gente en todas las situaciones, está muy bien eso de que el morir sea tan público. *(Pasan.)*

LUCILE: ¡Camille mío! ¿Dónde te buscaré ahora?

1. En la mitología griega, barquero del río del infierno.

2. Por su grave enfermedad y por la guillotina.

[IV, 9]

LA PLAZA DE LA REVOLUCION
Dos verdugos trajinando en la guillotina.

PRIMER VERDUGO (*de pie en la guillotina, canta*):

Y cuando a casa regreso
brilla la luna en el cielo.

SEGUNDO VERDUGO: ¡Eh, oye!, ¿terminarás pronto?

PRIMER VERDUGO: En seguida, en seguida. (*Canta*):

Brilla en la ventana de mi abuelo,
¿qué haces con las mozas tanto tiempo?
¡Bueno! Trae la chaqueta.

(*Se marchan cantando*):

Y cuando a casa regreso
brilla la luna en el cielo.

LUCILE (*aparece y se sienta en las gradas de la guillotina*): Me siento
en tu regazo, silencioso ángel exterminador. (*Canta*):

La muerte es un segador.
Su poder viene de Dios.

Cuna querida, que dormiste a mi Camille con tu arrullo y le
ahogaste bajo tus rosas.

Campana mortuoria que con tu dulce cantar le acompañaste a
la tumba. (*Canta*):

La hoz los siega, incontables,
por centenas de millares

Entra una patrulla.

UN CIUDADANO: ¡Eh! ¿Quién va?

LUCILE: ¡Viva el rey!

CIUDADANO: En nombre de la República.

La guardia la rodea y se la lleva.

LENZ

El 20, Lenz pasó por la sierra. Cumbres y altas laderas cubiertas de nieve, abajo, en los valles, piedra gris, espacios verdes, rocas y abetos. Hacía un frío húmedo, el agua escurría lentamente por las rocas y saltaba al camino. Las ramas de los abetos se doblaban por el peso en el aire saturado. Nubes grises recorrían el cielo, pero todo tan denso, y, luego, la niebla se evaporaba y al subir, pesada y húmeda, rozaba los arbustos, tan lenta, tan torpe. El continuó con indiferencia, no le interesaba el camino, ya subiera, ya bajara. No sentía cansancio, sólo le desagradaba a veces no poder caminar cabeza abajo. Al principio sentía una opresión en el pecho cuando las piedras saltaban de golpe, el bosque gris se agitaba bajo sus pies y la niebla, ora devoraba las formas, ora dejaba medio al descubierto aquellas inmensas figuras. Sentía una opresión, iba en busca de algo, como de sueños perdidos, pero no encontraba nada. Todo le parecía tan pequeño, tan próximo a él, tan mojado, hubiera querido poner la tierra junto a la estufa, no comprendía que necesitara tanto tiempo para bajar la pendiente, para llegar a un punto lejano. Pensaba que tenía que alcanzar todo con unos cuantos pasos. Sólo a veces, cuando la tormenta lanzaba las nubes a los valles y la bruma se elevaba en el bosque y las voces despertaban en las rocas, a veces como truenos resonando a lo lejos, y luego acercándose con violentos bramidos, con acentos que parecían querer cantar a la tierra con salvaje júbilo, y las nubes se acercaban al galope, como corceles de salvaje relincho, y los rayos del sol se abrían camino y llegaban, y pasaban su refulgente espada por el paisaje nevado de tal modo que una luz clara y cegadora, por encima de las cumbres, penetraba en los valles; o cuando la tormenta empujaba las nubes hacia abajo, abriendo en ellas un lago claro y azul, y luego cesaba poco a poco el viento y de la profundidad de los barrancos, de las copas de los abetos subía el susurro de una canción de cuna, de un repicar de campanas, y por el azul oscuro iba subiendo un rojo suave,

y pequeñas nubecillas cruzaban el cielo con alas de plata, y todas las cumbres de los montes, nítidas e inmóviles, brillaban y relampagueaban en la inmensidad del paisaje: sentía entonces un desgarramiento en el pecho, se detenía jadeante, el cuerpo doblado hacia delante, ojos y boca desmesuradamente abiertos, pensaba tener que aspirar la tormenta, dar cabida en él a todo, se tendía y yacía recubriendo la tierra, se confundía con el universo, era un placer que le causaba dolor; o bien se detenía silencioso y ponía la cabeza en el musgo cerrando a medias los ojos, y luego todo se alejaba de él, la tierra se le escapaba bajo los pies, se volvía tan pequeña como una estrella fugaz, sumergiéndose en una impetuosa corriente cuyas claras aguas fluían por debajo de él. Mas eran sólo instantes, y luego se incorporaba sereno, firme, tranquilo, como si hubiera pasado ante sus ojos un juego de sombras, no recordaba nada. Hacia la tarde llegó a la parte más alta de la montaña, a un nevero desde el cual se volvía a descender a la llanura, por el oeste, y se sentó allí arriba. Con el ocaso había llegado la calma; las nubes estaban en el cielo fijas e inmóviles, en lo que abarcaba la vista, sólo cumbres de donde arrancaban vastas laderas, y todo tan silencioso, gris, crepuscular; se sintió horriblemente aislado, estaba solo, completamente solo, quería hablar consigo mismo pero no podía, apenas osaba respirar, el movimiento del pie resonaba debajo como un trueno, tuvo que sentarse; le invadió una angustia infinita en aquella nada, estaba en el vacío, se levantó de un salto y bajó corriendo la pendiente. Había caído la noche, el cielo y la tierra eran una unidad. Era como si algo le persiguiera y como si algo espantoso tuviera que darle alcance, algo que los hombres no pueden soportar, como si la demencia le diera caza al galope. Oyó por fin voces, vio luces, se sintió aliviado, le dijeron que tardaría media hora en llegar a *Waldbach*. Atravesó la aldea, las luces brillaban a través de las ventanas, miraba al interior al pasar, niños sentados a la mesa, viejas, muchachas jóvenes, todo en calma, rostros callados, le parecía como si la luz tuviera que emanar de ellos, sintió alivio, pronto estuvo en *Waldbach* en la casa del párroco. Estaban sentados a la mesa, él entró; los rizos rubios le caían en torno al pálido rostro, sentía un temblor en los ojos y, alrededor de la boca, su ropa estaba destrozada. *Oberlin* le dio la bienvenida, le tomaba por un artesano. «Bienvenido sea a mi casa, aunque no le conozca! —Soy un amigo de... y le traigo saludos suyos. —¿Cómo se llama usted, por favor? —... *Lenz*. —¡Hola, hola! ¿No he visto ese nombre impreso? ¿No he leído yo algunos dramas atribuidos a un caballero de ese nombre? —Sí, pero le agradecería que no me juzgara por ellos.» Siguieron hablando, él buscaba las palabras y contaba apresuradamente, pero sufriendo torturas; poco a poco se tranquilizó; aquella sala acogedora y los rostros silenciosos que emergían de las sombras, el límpido rostro infantil sobre el que parecía descansar toda la luz y que miraba curioso, confiado, hasta la madre que, como un ángel, estaba allí

detrás silenciosa, en la sombra. El comenzó a hablar de su tierra; dibujaba toda suerte de trajes regionales, todos se apiñaban llenos de interés en torno a él, se sintió en casa en seguida, su pálido rostro infantil que ahora sonreía, la vivacidad al hablar; se tranquilizó, era como si de nuevo emergieran de las sombras viejas figuras, rostros olvidados, viejas canciones se despertaban, él estaba lejos, muy lejos. Por fin fue hora de marcharse, le llevaron al otro lado de la calle, la casa del párroco era muy pequeña, le dieron una habitación en la escuela. Subió la escalera, arriba hacía frío, un aposento amplio, vacío, al fondo un elevado lecho, puso la luz en la mesa y daba vueltas por la habitación, reflexionaba sobre aquel día, cómo había llegado allí, dónde estaba, la sala en casa del párroco, con sus luces y sus rostros amables, era como una sombra, un sueño, y se sintió vacío, otra vez como allá arriba en la montaña, pero el vacío no podía llenarlo con nada, la luz se había extinguido, las tinieblas habían devorado todo; le invadió una angustia indecible, se puso en pie de un salto, corrió por la habitación, bajó la escalera, salió de la casa; pero en vano, le venían ideas dispersas, él las retenía, era como si tuviera que decir siempre: «Padre Nuestro»; no podía volver a encontrarse, un oscuro instinto le impulsaba a salvarse, se daba contra las piedras, se desgarraba con las uñas, el dolor comenzó a devolverle la conciencia, se tiró a la fuente pero el agua no era profunda, chapoteó en ella. Vino entonces gente, le habían oído, le llamaban. *Oberlin* vino corriendo; *Lenz* había vuelto en sí, toda la conciencia de su situación, sintió alivio otra vez, ahora se avergonzaba y estaba contristado por haber asustado a aquellas buenas gentes, les dijo que estaba acostumbrado a bañarse en agua fría, y volvió a subir. El agotamiento, por fin, le trajo el descanso.

Al día siguiente todo marchó bien. Con *Oberlin* a caballo por el valle; vastas superficies montañosas que se iban reduciendo desde la altura hasta formar un angosto y sinuoso valle, que serpenteaba otra vez montes arriba, en múltiples direcciones, grandes masas rocosas que se extendían hacia abajo, poco bosque, pero todo con un austero carácter gris; por el oeste, una panorámica de la comarca y de la cadena montañosa que se extendía en línea recta hacia el sur y el norte, y cuyas cumbres majestuosas, serias o silenciosamente calladas, aparecían como un sueño crepuscular. Masas inmensas de luz que a veces se elevaban desde los valles como un raudal de oro, luego otra vez nubes que se posaban en la cumbre más elevada y que luego descendían lentamente por el bosque hasta el fondo del valle, o bien, flotando como un tejido de plata, bajaban y subían con los destellos del sol; ningún ruido, ningún movimiento, ningún pájaro, nada más que el soplo del viento, ora cercano, ora lejano. También aparecían puntos, esqueletos de cabañas, tablas recubiertas de paja, de severo color negro. Las gentes, graves y silenciosas, como si no se atrevieran a destruir la paz de su valle, saludaban quedamente al pasar en sus

cabalgaduras. Había vida en las cabañas, todos se apiñaban en torno a Oberlin, él reprendía, aconsejaba, consolaba; por doquier, miradas confiadas, oraciones. Las gentes contaban sueños, premoniciones. Después, se pasaba rápidamente a la vida práctica, abrir caminos, cavar canales, visitar escuelas. Oberlin era incansable, Lenz le acompañaba todo el tiempo, ora conversando, ora colaborando en las actividades, ora ensimismado en la naturaleza. Todo le producía un efecto bienhechor y le procuraba sosiego, muchas veces tenía que mirar a los ojos a Oberlin, y la solemne quietud que bajo la impresión de la naturaleza en calma nos invade en la profundidad de los bosques, en las noches de verano bañadas por el resplandor de la luna, le pareció aún más próxima en aquellos ojos tranquilos, en aquel grave y venerable rostro. El era tímido pero hacía observaciones, hablaba, a Oberlin le agradaba sobremanera su conversación y se complacía extraordinariamente en el delicado rostro infantil de Lenz. Pero sólo podía soportarlo mientras permanecía la luz en el valle; al anochecer le sobrevinía una extraña angustia, hubiera querido correr detrás del sol; según iban cubriéndose de sombras las cosas, todo le parecía como un sueño, todo tan adverso, le invadía el miedo como a los niños que duermen en la oscuridad; se sentía como si estuviera ciego, el miedo aumentaba ahora, la pesadilla de la locura se posaba a sus pies, la desesperada idea de que todo era un sueño se abría ante él; se agarraba a todos los objetos, figuras pasaban ante él, y se apretaba contra ellas, eran sombras, la vida se apartaba de él y sus miembros estaban completamente rígidos. Hablaba, cantaba, recitaba pasajes de Shakespeare, acudía a todo lo que normalmente hacía fluir más velozmente su sangre, todo lo intentaba, pero frío, frío. Tenía entonces que salir al aire libre; la poca luz dispersa en la noche, cuando sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, le hacía bien, se sumergía en la fuente, el cortante efecto del agua le hacía bien, tenía también la secreta esperanza de caer enfermo, ahora se bañaba haciendo menos ruido. Sin embargo, a medida que se iba acostumbrando a aquella vida, se volvía más tranquilo, ayudaba a Oberlin, dibujaba, leía la Biblia; viejas y pasadas esperanzas despertaban en él; así vino a encontrar allí el Nuevo Testamento, y una mañana salió. Cuando Oberlin le contó que una mano incontestable le había detenido en el puente, que en las cumbres un resplandor había cegado sus ojos, que había oído una voz que habló de noche con él, y que Dios había entrado tan totalmente en él, que, como un niño, sacó sus guijarros del bolsillo para echar a suerte sobre lo que debía hacer, esa fe, ese cielo eterno en la vida, ese estar en Dios, sólo entonces se le abrió el sentido de la Sagrada Escritura. ¡Cómo se acercaba la naturaleza a las gentes, todo en misterios celestiales!; pero no con violencia y majestad sino hasta con familiaridad. Salió por la mañana, aquella noche había nevado, en el valle lucía el sol, pero el campo estaba cubierto a medias por la niebla. Pronto se apartó del camino y

ascendió por una suave pendiente, ya sin huellas de pasos, junto a un bosque de abetos, el sol cortaba cristales, la nieve era ligera y blanda, aquí y allá, en la nieve, leves huellas de corzos, que se perdían monte arriba. No había movimiento alguno en el aire, salvo el susurro de un pájaro que se sacudía delicadamente los copos de la cola. Todo tan callado, y los árboles por doquier, con plumas blancas que temblaban en el aire azul oscuro. Poco a poco se sintió tranquilo y seguro, las inmensas, monótonas superficies y líneas que a veces tenía la impresión de que le hablaban con formidables acentos, ahora estaban ocultas, le invadió una agradable sensación de Navidad, pensaba a veces que su madre aparecería detrás de un árbol, alta, y le diría que todo aquello era un regalo suyo; al hacer el descenso, vio que en torno a su sombra se posaba un arco iris de rayos, le pareció que algo le tocaba la frente, aquel ser le habló. Llegó abajo. Oberlin estaba en la sala, Lenz se acercó a él alegremente y le dijo que le gustaría predicar un día. «¿Es usted teólogo? —¡Sí! —Bueno, el domingo próximo.»

Lenz se fue contento a su cuarto, pensaba en un texto para el sermón y se abandonó a la meditación y sus noches fueron más tranquilas. Llegó el domingo, se había presentado el deshielo. Nubes que pasaban, entreveradas de azul, la iglesia estaba al lado, sobre una eminencia en la ladera del monte, alrededor el cementerio. Lenz ya estaba arriba cuando sonó la campana y los fieles iban llegando de todas las direcciones, subiendo y bajando por los angostos senderos entre las rocas, las mujeres y las doncellas con sus severos trajes negros, el pañuelo blanco doblado sobre el libro de rezos y en la mano la rama de romero. Un rayo de sol iluminaba a veces el valle, el aire tibio empezaba a agitarse, el campo estaba inundado de fragancias, campanas lejanas, era como si todo se diluyera en una ola de armonía.

En el pequeño cementerio la nieve se había deshecho, musgo oscuro bajo las cruces negras, un rosal tardío se reclinaba en el muro, flores tardías asomando por el musgo, a veces sol, después sombras otra vez. Empezó el servicio, las voces humanas se unían en puro y límpido sonido, una impresión como si se contemplaran las claras y cristalinas aguas de la montaña. Expiraron los cánticos, Lenz hablaba, era tímido, con la música habían cesado los espasmos, ahora despertaba todo su dolor y se posaba en su corazón. Le invadió una dulce sensación de infinito bienestar. Hablaba a las gentes con palabras sencillas, todos sufrían con él, y era un consuelo para él procurar el sueño a algunos ojos cansados de llorar, y paz a los atormentados corazones, poder llegar más allá de esta existencia atormentada por las necesidades materiales y dirigir aquellos sordos sufrimientos hacia el cielo. Al concluir se sentía más dueño de sí mismo, y entonces empezaron de nuevo los cánticos:

Brote en mí el santo dolor,
honda fuente, con rigor.
Sea el sufrir mi beneficio
sea el sufrir divino oficio.

Aquel desgarramiento dentro de él, la música, el dolor, le conmovieron hondamente. El universo estaba ante él en carne viva y le causaba un profundo e indecible dolor. Ahora otro ser se inclinaba sobre él, temblorosos y divinos labios que se bañaban en sus propios labios; subió a su solitario aposento. ¡Estaba solo, solo! Fluyó entonces la fuente, torrentes manaron de sus ojos, sus miembros se contrajeron, era como si fuese a disolverse, el placer era infinito; por fin llegó a él la noche, sintió en él una suave y honda compasión, se lloró a sí mismo, hundió la cabeza en el pecho, se durmió, la luna llena brillaba en el cielo, los rizos le caían por las sienes y el rostro, lágrimas bañaban las pestañas y se secaban en las mejillas, así yacía ahora, solo, y todo estaba silencioso y tranquilo y frío, y la luna brillaba toda la noche arriba, sobre los montes.

A la mañana siguiente bajó y le contó a Oberlin con toda calma que aquella noche se le había aparecido su madre: había salido del oscuro muro del cementerio, vestida de blanco, con una rosa blanca y una rosa roja prendidas del pecho; luego se había hundido en un rincón y las rosas crecieron poco a poco sobre ella, de seguro estaba muerta; y él estaba muy tranquilo sobre ese punto. Oberlin le respondió que cuando su padre murió, él se hallaba solo en el campo y oyó una voz y supo entonces que su padre había muerto, y cuando regresó a casa, así era, en efecto. Esto los llevó más lejos, Oberlin habló de las gentes de la montaña, de doncellas que percibían el agua y el metal bajo la tierra, de hombres que se sentían atacados en ciertas cumbres y que luchaban con un espíritu. Le dijo también que una vez, cuando contemplaba el agua clara y profunda de la montaña, había estado sumido en una especie de sonambulismo. Lenz dijo que el espíritu del agua se había posado sobre él, que había sentido entonces algo de su propio ser. Y continuó: la más simple, la más pura naturaleza está en la más directa relación con la naturaleza elemental, cuanto mayor es la sutileza y la espiritualidad con que el hombre siente y vive las cosas, tanto más embotado está ese sentido elemental; él no lo tenía por un estado muy elevado, pues no era lo bastante independiente, pero pensaba que debía causar una infinita sensación de bienestar sentirse tocado por la vida propia de cada forma; identificarse con piedras, metales, agua y plantas; absorber, como en sueños, cada uno de los seres de la naturaleza, del mismo modo que las flores absorben el aire a medida que crece o mengua la luna.

Y continuó haciendo hablar a su propio ser: en todo había una inefable armonía, una tonalidad, una beatitud que en las formas más elevadas se exteriorizaba con más órganos, resonaba, aprehendía,

siendo en cambio también más hondamente afectada, del mismo modo que en las formas elementales todo era más reducido, limitado, pero la paz, en cambio, mayor. El proseguía con esta materia. Oberlin le interrumpió, aquello le alejaba demasiado de su sencilla manera de ser. En otra ocasión, Oberlin le mostró unas tablillas de colores y le explicó detalladamente las relaciones de cada color con el hombre, y sacó doce apóstoles, cada uno de los cuales estaba representado por un color. Lenz captó aquello y continuó cavilando, recayó en angustiosos sueños y, como Stilling, comenzó a leer el Apocalipsis, y leía mucho la Biblia.

Por aquel tiempo, llegó al *Steintal Kaufmann* con su prometida. Para Lenz el encuentro fue desagradable al principio, él se había refugiado en aquel tranquilo rincón, ese poquito de paz era tan precioso para él y ahora le salía al encuentro alguien que le recordaba tantas cosas, alguien con quien él tenía que hablar, conversar, que conocía su situación. Oberlin no sabía nada de sus cosas, él le había acogido, cuidado, le veía como un caso providencial, Dios le había enviado a aquel hombre infortunado y él le amaba tiernamente. Por otra parte, ya nadie podía prescindir de su presencia; era uno de ellos, como si viviera allí desde hacía largo tiempo, y nadie preguntaba de dónde había venido y a dónde iba. Durante la comida, Lenz estaba otra vez de buen ánimo, se habló de literatura, él se hallaba en su terreno; empezaba entonces el período idealista, Kaufmann era partidario de esa corriente, Lenz se oponía violentamente a ella. Decía: los escritores que pasan por saber reproducir la realidad, tampoco la conocen y sin embargo son más soportables que los que quieren transfigurar esa realidad. Decía: Dios ha hecho el mundo, ciertamente, tal y como debe ser, y nosotros no vamos a intentar mejorarlo poniendo remiendos, nuestra única aspiración será, ciertamente, imitarle un poco. Yo exijo vida en todo, posibilidad de existir, y entonces está bien; no nos compete preguntar si es hermoso o feo, la sensación de que lo que se ha creado tiene vida está por encima de esos otros dos aspectos y es el único criterio en materia de arte. Un criterio, por cierto, que nos sale al encuentro raras veces, lo hallamos en Shakespeare, y en las canciones populares se nos presenta en su totalidad, en Goethe a veces. Todo el resto se puede arrojar al fuego. Esas gentes ni siquiera saben dibujar la caseta de un perro. Ellos quieren crear personajes idealistas pero todo lo que yo he visto son monigotes de madera. Ese idealismo es el más ignominioso desprecio de la naturaleza humana. Que se haga la prueba, que alguien se sumerja en la vida del ser más humilde y que lo reproduzca con las convulsiones, las insinuaciones, con todo el sutil y apenas perceptible juego mimico; él lo había intentado en el *Hofmeister (Preceptor)* y en *Los soldados*. No hay gente más prosaica bajo el sol; pero la vena del sentimiento es igual en casi todos los hombres, únicamente la envoltura que tiene que traspasar es más o menos densa. Sólo hay que

tener ojos para ver y oídos para oír. Ayer, cuando subía por el valle, vi a dos muchachas sentadas en una peña, una de ellas estaba recogiendo el cabello, la otra le ayudaba, y la dorada cabellera caía, y un rostro serio y pálido, y sin embargo tan joven, y el vestido negro y la otra tan solícita y diligente. Las más bellas y entrañables imágenes de la antigua escuela alemana no dan sino una idea muy escasa. Uno quisiera ser a veces cabeza de Medusa para transformar en piedra un grupo así y llamar a las gentes. Las muchachas se levantaron, el bello grupo estaba disuelto; pero cuando bajaban entre las rocas ya formaban un cuadro diferente. Las más bellas imágenes, los sonidos más armoniosos, se agrupan, se deshacen.

Sólo una cosa permanece, una belleza infinita que pasa de una forma a otra, eternamente desplegada, cambiante, pero ciertamente no se la puede retener siempre y exhibirla en museos y ponerla en música, y luego llamar a viejos y jóvenes y hacer que niños y ancianos se deleiten y charlen sobre ella. Hay que amar a la humanidad para penetrar en el ser propio de cada uno, a nadie debemos tener por demasiado humilde, por demasiado feo, sólo entonces podremos comprenderlos; el rostro más insignificante causa una impresión más honda que la mera sensación de lo bello, y es posible hacer salir a las formas de sí mismas sin introducir en ellas nada copiado del exterior, donde no se siente vibrar ni palpar ninguna vida, ningún músculo, ningún pulso. Kaufmann objetó que en la vida real él no encontraría los modelos para un Apolo de Belvedere o una Madonna de Rafael. «¡Qué importa», replicó él, «he de confesar que yo me siento muy muerto ante esas obras; cuando trabajo en mí mismo, quizá pueda sentir también algo, pero lo mejor lo pongo yo. El poeta y el artista que yo prefiero es el que me da la naturaleza del modo más real, de suerte que yo, ante su creación, sienta algo, todo lo demás me hastía. Prefiero la pintura holandesa a los italianos, ellos son también los únicos aprehensibles; yo sólo conozco dos cuadros, ambos de artistas holandeses, que me hayan causado una impresión como el Nuevo Testamento; uno es —no sé su autor— Cristo y los discípulos de Emaús. Cuando se lee cómo salieron los discípulos, está ya toda la naturaleza en esas pocas palabras. Es una tarde gris, crepuscular, una raya uniforme y roja en el horizonte, el camino va cubriéndose de sombras, se acerca a ellos un desconocido, hablan, él parte el pan; ahí le reconocen de manera sencilla y humana; y las facciones divinas y sufrientes les hablan con claridad, y ellos se asustan, pues ha oscurecido y les invade una sensación misteriosa, pero no es el terror que produce un espectro; es como si un muerto querido, con su manera de siempre, se nos acercara en el crepúsculo; así es el cuadro, de tonos uniformes y pardos, con la tarde triste y callada. Luego otro. Una mujer está sentada en su aposento, el libro de oraciones en la mano. Ha tenido lugar la limpieza dominical, se ha esparcido arena por el

suelo, todo tan acogedor, limpio, cálido. La mujer no ha podido ir a la iglesia y hace la meditación en casa, la mujer está sentada, vuelta hacia la ventana abierta; y es como si entraran volando a través de la ventana, cruzando la extensa llanura, los sonidos de la campana de la aldea y como si se oyeran los cánticos de los fieles en la cercana iglesia, y la mujer está leyendo esos cánticos en el libro.» Continuó hablando de esa manera, le escuchaban con atención, en muchas cosas tenía razón, había enrojecido hablando, y ya sonriendo, ya con expresión grave, sacudía los rubios rizos. Estaba completamente ensimismado. Después de la comida, Kaufmann le tomó aparte. Había recibido cartas del padre de Lenz, su hijo tenía que regresar a casa y ayudarle. Kaufmann le dijo que allí estaba malgastando y dejando pasar inútilmente su vida, que debía fijarse una meta, y otras cosas del mismo género. Lenz le increpó: «¿De aquí, marcharme de aquí? ¿A casa? ¿Volverme loco allí? Tú sabes que yo no puedo soportar otro lugar que esta comarca; si no pudiera ir de vez en cuando a un monte y ver el paisaje, y luego bajar otra vez a la casa, atravesar el jardín y mirar por la ventana al interior: ¡me volvería loco, loco! ¡Dejadme en paz! Sólo un poco de paz, ahora que me siento algo mejor. ¿Marcharme? No lo comprendo, con esas dos palabras el mundo está echado a perder. Todos necesitamos algo; si podemos descansar, ¡qué más necesitamos! Siempre subir, luchar, y desechar así, por los siglos de los siglos, todo lo que da el instante, y vivir siempre miserablemente, para disfrutar una sola vez. Tener sed, mientras uno ve claras fuentes manando en el camino. Ahora soporto la vida y aquí quiero quedarme; ¿por qué, por qué? Justamente por eso, porque estoy bien; ¿qué quiere mi padre? ¿Qué puede darme él...? ¡Imposible! ¡Dejadme en paz!» Se había ido excitando, Kaufmann se marchó, Lenz estaba contrariado.

Al día siguiente, Kaufmann quiso salir de viaje y persuadió a Oberlin para que le acompañara a Suiza. El deseo de conocer personalmente a Lavater, a quien ya trataba por carta, le decidió. Aceptó. Hubo que esperar un día más, por los preparativos. Para Lenz eso fue un duro golpe; con el fin de librarse de su inmensa tortura se aferraba angustiosamente a todo; en ciertos momentos sentía en lo hondo que todo lo amoldaba a su propia voluntad; se trataba a sí mismo como se trata a un niño enfermo; de ciertas ideas, de intensos sentimientos sólo se liberaba con la mayor congoja, y luego otra vez le acometía todo con enorme violencia, temblaba, casi se le erizaba el pelo, hasta que se agotaba en la más monstruosa tensión. Se salvaba con una figura que siempre flotaba delante de él, y con Oberlin; sus palabras, su rostro, le hacían un bien inmenso. Por eso esperaba angustiado su partida.

A Lenz le desazonaba quedarse ahora solo en casa. El tiempo era apacible y decidió acompañar a Oberlin a la montaña. En la otra

vertiente, donde los valles desembocan en la llanura, se separaron. Lenz emprendió solo el camino de vuelta. Recorrió la sierra en diferentes direcciones, vastas extensiones descendían hasta los valles, poco bosque, sólo grandiosos contornos y más lejos la vasta llanura, humeante, en el aire un fuerte viento, por ninguna parte huellas humanas, sólo aquí y allá, reclinada en la ladera, una cabaña abandonada, donde los pastores pasaban el verano. Se calmó, acaso medio soñando, ante él todo se fundía en una línea, como una ola que subía y bajaba, entre cielo y tierra, era como si estuviera tendido a la orilla de un mar infinito, que ondeaba silenciosamente. A veces se sentaba, luego andaba otra vez, pero lentamente, soñando. No buscaba ningún camino. Era noche cerrada cuando llegó a una cabaña habitada, en la vertiente que da a Steintal. La puerta estaba cerrada, fue a la ventana, de la que salía un ligero resplandor. Una lámpara iluminaba casi únicamente un punto, su luz caía sobre el pálido rostro de una joven que con los ojos entreabiertos, moviendo los labios imperceptiblemente, reposaba allí detrás. Más al fondo, en la oscuridad, estaba sentada una vieja que cantaba con voz cascada, en la mano el libro de cánticos. Lenz golpeó largo tiempo hasta que ella abrió; era medio sorda, sirvió a Lenz algo de comer y le llevó a un camastro, todo sin interrumpir su cántico. La joven no se había movido. Algún tiempo después entró un hombre, era largo y enjuto, indicios de canas, el rostro inquieto, alterado. Se acercó a la muchacha, ella tuvo un sobresalto y perdió la quietud. El cogió unas hierbas secas de la pared y le puso las hojas en la mano, ella se tranquilizó y canturreó palabras inteligibles que modulaba lenta y distintamente. El contó que había oído una voz en la montaña y que después había visto brillar los relámpagos por encima de los valles y que algo también le había agarrado y él había luchado con aquello como Jacob. Se postró en tierra y oró fervorosamente con voz queda, mientras la enferma cantaba en modulaciones que se prolongaban lentamente y se iban extinguiendo poco a poco. Luego él se entregó al reposo.

Soñando, Lenz se quedó traspuesto y, dormido, oía el ruido del reloj. A la vez que el suave cantar de la muchacha y de la voz de la anciana, resonaba el silbido del viento, ora más cerca, ora más lejos, y la luna, a veces con toda su luz, a veces cubierta de nubes, arrojaba, como en un sueño, sus cambiantes reflejos en la habitación. En una ocasión la muchacha levantó la voz, hablaba con claridad y precisión, diciendo que en el promontorio de enfrente había una iglesia. Lenz levantó la vista y ella estaba sentada detrás de la mesa, erguida, los ojos abiertos de par en par, y la luna proyectaba su callada luz sobre el rostro que parecía despedir un extraño resplandor, la vieja canturreaba al mismo tiempo, y con aquella luz que cambiaba y se iba, con la melodía y las voces, Lenz, por fin, se durmió profundamente.

Se despertó temprano, en el cuarto estaba amaneciendo, todos

dormían; la muchacha también se había sosegado, yacía reclinada, las manos plegadas bajo la mejilla izquierda; lo espectral de sus facciones había desaparecido, ahora tenía una expresión de indescriptible sufrimiento. El se acercó a la ventana y la abrió, el aire frío de la mañana le azotó el rostro. La casa estaba al final de un angosto y profundo valle que se abría hacia el este, rayos rojos atravesaban el gris cielo matinal y se posaban en el valle, que amanecía envuelto en blanca bruma, relampagueaban en la piedra gris y chocaban contra las ventanas de las cabañas. El hombre se despertó, sus ojos tropezaron con un cuadro iluminado que había en la pared, posándose en él, inmóviles y fijos; ahora empezó a mover los labios y rezaba con voz queda, que fue aumentando más y más. En esto, entró gente en la cabaña, y todos se postraron silenciosamente en tierra. La muchacha se movía convulsivamente, la vieja canturreaba su canción y conversaba con los vecinos. Las gentes contaron a Lenz que aquel hombre había llegado a la comarca hacía mucho tiempo, ellos no sabían su procedencia; tenía fama de santo, veía el agua debajo de la tierra y sabía conjurar los espíritus y había peregrinaciones para ir a verle. Lenz supo al mismo tiempo que se había alejado mucho de Steintal; se puso en camino con algunos leñadores que iban hacia aquella comarca. Le hizo bien hallar compañía; le desazonaba estar a solas con ese hombre terrible que a veces le parecía como si hablara con acentos pavorosos. También tenía miedo de sí mismo en aquella soledad.

Llegó a casa. Pero la noche anterior le había causado una enorme impresión. El mundo había sido para él claridad y también movimiento, una marcha apresurada hacia un abismo al que le arrastraba una fuerza inexorable. Ahora escarbaba dentro de sí mismo. Comía poco; la mitad de la noche en oración y con febriles sueños. Un inmenso desgarramiento y luego reclinarse agotado; yacía vertiendo las más ardientes lágrimas y luego, de repente, recobraba las fuerzas y se levantaba frío e indiferente, sus lágrimas eran como hielo para él, tenía que reírse. Cuanto más alto conseguía subir, tanto más bajo volvía a caer. Todo se fundía otra vez. Le sobrevenían de pronto como vislumbres de su antiguo estado que iluminaban levemente el caos desolador de su espíritu. Durante el día solía estar abajo en la sala. Madame Oberlin iba y venía, él dibujaba, pintaba, leía, se aferraba a todo lo que podía distraerle, pasaba apresuradamente de una cosa a otra. Pero ahora buscaba la compañía de Madame Oberlin, sobre todo cuando ella se sentaba allí, con el negro libro de rezos y al lado una planta que crecía en la habitación, el niño pequeño entre las rodillas; él también se dedicaba mucho al niño. Estaba sentado así una vez cuando de pronto le asaltó la congoja, se levantó de un salto, marchó de acá para allá. Por la puerta entreabierta oyó cantar a la sirvienta, primero no la entendía, después se oyeron distintamente estas palabras:

Yo en el mundo no tengo alegrías,
Tengo a mi amado y está tan lejos.

Esas palabras le afectaron profundamente, aquella canción casi le consumía. Madame Oberlin le miró. El se armó de valor, no podía seguir callado, tenía que hablar. «Querida Madame Oberlin, ¿no puede usted decirme lo que está haciendo la mujer cuyo destino oprime tan violentamente mi pecho? —Pero, señor Lenz, yo no sé nada.»

El volvió a guardar silencio, recorriendo febrilmente de un lado a otro la habitación. Luego empezó de nuevo: «Mire usted, yo quiero irme; Dios mío, ustedes son las únicas personas junto a las cuales podría soportar la vida, y sin embargo, sin embargo tengo que marcharme, tengo que irme con ella... Pero no puedo, no tengo derecho.» Estaba hondamente emocionado y se marchó.

A la caída de la tarde volvió, la habitación estaba a media luz; se sentó junto a Madame Oberlin. «Mire usted, empezó de nuevo, cuando ella iba por la habitación cantando a media voz como para ella misma, y cada paso era una música, había en ella una felicidad que fluía hasta mí, yo siempre estaba en paz cuando la veía o cuando ella reclinaba la cabeza en mí y... ¡Dios mío, Dios mío! Hace tanto tiempo que no tengo paz... Como una niña. Era como si el mundo fuera demasiado grande para ella, se retiraba, buscaba el rincón más estrecho de toda la casa y allí se sentaba, como si toda su ventura estuviera reunida en aquel pequeño punto, y a mí entonces me sucedía lo mismo. Yo habría podido jugar como un niño. Ahora todo me parece tan pequeño, tan pequeño, mire, a veces es como si, al levantar las manos, chocaran con el cielo, ¡ay, me ahogo! Muchas veces es como si sintiera un dolor físico, aquí en el costado izquierdo, en el brazo con el que solía estrecharla; y sin embargo ya no puedo representármela, la imagen se me escapa, y eso me tortura, sólo a veces, cuando ha vuelto plenamente a mí la claridad, me siento de nuevo bastante bien.» A partir de entonces hablaba muchas veces de aquello con Madame Oberlin, pero casi siempre eran frases entrecortadas; ella no sabía responderle gran cosa, pero sus palabras le hacían bien.

Entre tanto continuaban sus torturas religiosas. Cuanto más vacío, más frío, más agonizante se sentía en su interior, tanto más le urgía el deseo de que renacieran en él las brasas, le venían recuerdos de los tiempos en que todo se aglomeraba en él, y jadeaba bajo el peso de todas sus sensaciones; y ahora tan muerto. Desesperaba de sí mismo, se postraba luego en tierra, se retorció las manos, agitaba todo en su interior; ¡pero muerto, muerto! Suplicaba entonces a Dios que obrara en él un milagro, luego escarbaba dentro de sí, ayunaba, yacía en tierra, absorto. El 3 de febrero supo que en Fouday había

muerto una niña, y aquello pasó a ser una idea fija. Se retiró a su aposento y ayunó todo el día. El 4 entró de pronto en la sala, se había cubierto el rostro de ceniza, y pidió a Madame Oberlin un saco viejo; ella se asustó, le dieron lo que exigía. Se envolvió en el saco como un penitente y partió en dirección de Fouday. Las gentes del valle ya se habían acostumbrado a él; se contaban las cosas más extrañas de él. Entró en la casa donde yacía la niña. Las gentes se entregaban con indiferencia a sus quehaceres, le indicaron la habitación, la niña yacía en camisa, entre pajas, sobre una mesa de madera.

Lenz se estremeció cuando tocó los fríos miembros y vio los vidriosos ojos entreabiertos. La niña le pareció tan desamparada y él, a su vez, tan solo y desvalido; se arrojó sobre el cadáver; la muerte le aterró, le tomó un violento dolor, esas facciones, ese callado rostro iba a corromperse, se postró en tierra, rogó a Dios con todo el dolor de la desesperación que obrara un milagro a través de él, que reanimara a la niña, que él era tan débil y tan desventurado; luego se hundió completamente y toda su voluntad la concentró en un punto, así siguió sentado e inmóvil largo tiempo. Se levantó al cabo y tomando las manos de la niña habló con voz alta y distinta: «¡Levántate y anda!» Pero las paredes le devolvieron el eco con indiferencia, como si se burlaran de él, y el cuerpo permaneció frío. Entonces cayó a tierra medio trastornado, se levantó después como si algo le persiguiera y partió hacia los montes. Avanzaban las nubes velozmente por delante de la luna, ora dejando todo en tinieblas, ora permitiendo ver el paisaje que, impreciso, se esfumaba a la luz de la luna. Recorría la montaña sin meta. En su pecho el infierno entonaba un himno triunfal. Resonaba el viento como un canto de titanes, le parecía poder alzar un apretado y gigantesco puño hasta el cielo y sacar de allí a Dios y llevarlo a rastras por en medio de sus nubes; era como si pudiera triturar el mundo con los dientes y escupírselo al Creador a la cara; juraba, blasfemaba. Llegó así a la cumbre de la montaña, y aquella luz incierta se prolongaba hacia abajo, hasta las blancas masas pétreas, y el cielo era un estúpido ojo azul, y la luna dentro de él, completamente ridícula, tonta. Lenz lanzó una carcajada y, con aquella risa, el ateísmo le echó la zarpa y lo atenazó con seguridad, con calma, con decisión. Ya no sabía qué era lo que tanto le había conmovido antes, tenía frío, pensó que ahora deseaba ir a la cama, caminó frío e inmovible por la inquietante oscuridad: todo le parecía huero y vacío; tuvo forzosamente que caminar y se fue a la cama.

Al día siguiente fue presa de un gran pavor por su estado de la víspera, ahora se hallaba al borde del abismo, un placer demente le impulsaba a mirar una y otra vez en él y a repetirse aquella tortura. Luego aumentó su miedo, el pecado y el Espíritu Santo estaban ante él.

Unos días después, Oberlin regresó de Suiza, mucho antes de lo que le esperaban. Lenz estaba conturbado por ello. Sin embargo se serenó cuando Oberlin le habló de sus amigos de Alsacia. Oberlin iba y venía por la habitación deshaciendo el equipaje y colocando las cosas. Hablaba al mismo tiempo de Pfeffel, alabando y considerando feliz la vida de un cura rural. Al mismo tiempo le amonestaba para que se sometiera a los deseos de su padre, para que viviera conforme a su vocación, volviera a casa. Le decía: «Honra a tu padre y a tu madre», y otras cosas de la misma índole. Aquella conversación causó a Lenz un violento desasosiego; daba hondos suspiros, se le agolpaban las lágrimas en los ojos, hablaba entrecortadamente. «Sí, pero yo no puedo soportarlo; ¿quiere usted arrojarme de su lado? Sólo en usted está el camino hacia Dios. ¡Pero para mí ya no hay salvación! Yo he pecado, estoy condenado por toda la eternidad, yo soy el Judío errante.» Oberlin le dijo que Jesús había muerto por él, que se dirigiera a él con fervor y tendría parte en su gracia.

Lenz alzó la cabeza, se retorció las manos y dijo: «¡Ay! Divino consuelo.» Luego preguntó de súbito apaciblemente lo que estaba haciendo la mujer. Oberlin dijo que él no sabía nada, mas quería ayudarle y darle consejo en todo, pero antes tenía que indicarle lugar, persona y circunstancias. El no respondió nada, sólo palabras incoherentes: «¡Ay, está muerta! ¿Vive aún? Ángel mío, me amaba y yo la amaba, ella lo merecía, oh, ángel mío. Condenados celos, yo la sacrificué, ella amaba aún a otro... yo la amaba... ella lo merecía..., oh madre buena, ella también me quería. Soy un asesino.» Oberlin respondió que quizá vivieran aún todas esas personas, y acaso tan felices; pero como quiera que fuese, cuando él se hubiese reconciliado con Dios, éste, por sus oraciones y lágrimas, podría hacer —y en efecto lo haría— tanto bien a esas personas que el provecho que tendrían en él superaría quizá con mucho el daño que les hubiese infligido. A estas palabras, Lenz fue calmándose poco a poco y se fue otra vez a su pintura.

Por la tarde llegó de nuevo, en el hombro izquierdo llevaba un trozo de piel y en la mano un manojo de varas de mimbre que le habían dado a Oberlin junto con una carta para Lenz. Tendió a Oberlin las varas para que le azotara con ellas. Oberlin le quitó las varas de la mano, le dio unos besos en la boca y dijo que ésos eran los golpes que él le daba, que se calmara y arreglara sus asuntos a solas con Dios, que todos los golpes del mundo no borrarían uno solo de sus pecados; de eso ya se había encargado Jesús, a él tenía que dirigirse. Lenz se marchó.

Durante la cena estaba, como de costumbre, algo ensimismado. Sin embargo hablaba de todo, pero con angustioso apresuramiento. Hacia media noche, a Oberlin le despertó un ruido. Lenz corría por el patio, con voz cavernosa y dura repetía el nombre de Friederike, pronunciado con extraordinaria rapidez, confusión y desesperación,

después se tiró a la fuente, chapoteó en ella, volvió a salir y subió a su cuarto, bajó otra vez al pilón y así varias veces, finalmente se calmó. Las sirvientas que dormían debajo de su habitación en el cuarto de los niños dijeron que habían oído muchas veces, pero sobre todo, aquella noche, un zumbido que ellas no sabrían comparar con otra cosa que con una flauta de pastor. Acaso fueran sus gemidos, con una voz cavernosa, terrible, desesperada.

A la mañana siguiente, Lenz tardaba en bajar. Finalmente, Oberlin subió a su cuarto: estaba en la cama, silencioso e inmóvil. Oberlin tuvo que preguntarle muchas veces antes de recibir respuesta; por fin dijo: «Sí, señor pastor, mire, este aburrimiento, este aburrimiento... ¡Oh, qué aburrido es todo! Ya no sé ni qué decir, he dibujado en la pared todas las figuras.» Oberlin le dijo que acudiera a Dios; él entonces se echó a reír y dijo: «Sí, si yo tuviera la suerte de usted y encontrara un pasatiempo tan placentero; sí, entonces podría entretener el tiempo de esa manera. Todo por ociosidad. Pues la mayoría de la gente reza por aburrimiento; otros se enamoran por aburrimiento, otros son virtuosos, y aquellos otros viciosos, y yo no soy nada, absolutamente nada, ni siquiera tengo ganas de matarme: es demasiado aburrido:

En la onda, oh Dios mío, de tu luz,
En la celda de tu ardiente mediodía
Llagados de velar están mis ojos,
¿Nunca más llegará por fin la noche?

Oberlin le miró con enojo y quiso marcharse. Lenz corrió tras él y mirándole con ojos inquietantes: «Mire usted, ahora se me está ocurriendo una cosa; si yo pudiera saber si estoy despierto o soñando: mire, es una buena idea, vamos a averiguarlo.» Y se metió a toda prisa de nuevo en el lecho. Por la tarde Oberlin quiso hacer una visita allí cerca; su mujer ya había salido; él estaba a punto de marcharse cuando llamaron a su puerta y entró Lenz con el cuerpo doblado hacia delante, la cabeza baja, el rostro totalmente cubierto de ceniza, la ropa también aquí y allá con manchas de ceniza; se sostenía con la mano derecha el brazo izquierdo. Pidió a Oberlin que le tirara del brazo, pues se lo había dislocado; había saltado por la ventana pero como nadie lo había visto, tampoco quería decírselo a nadie. Oberlin se asustó sobremedida pero no dijo nada, hizo lo que deseaba Lenz, al mismo tiempo escribió al maestro de Bellefosse para que fuera allí y le dio instrucciones. Luego se marchó. El hombre llegó. Lenz le había visto ya muchas veces y le había tomado afecto. El hombre hizo como si hubiera querido hablar con Oberlin y se dispuso a marcharse otra vez. Lenz le pidió que se quedara y así ambos permanecieron juntos. Lenz propuso dar un paseo hasta Fouday. Allí visitó la tumba

de la niña que él había querido resucitar, se arrodilló varias veces, besó la tierra de la tumba, parecía rezar pero con gran confusión, arrancó un trozo de la flor que había sobre la tumba, a manera de recuerdo, regresó a Waldbach, se dio otra vez media vuelta y Sebastián con él. A veces caminaba despacio quejándose de cuán débiles eran sus miembros, otras veces andaba con desesperante rapidez, le infundía miedo el paisaje, era tan angosto que temía chocar con todo. Le acometió una indescriptible sensación de malestar, su acompañante terminó por agobiarle, posiblemente había adivinado también sus intenciones y buscaba el medio de deshacerse de él. Sebastián cedió en apariencia, pero disimuladamente encontró la manera de informar a sus hermanos del peligro, y ahora Lenz tenía dos guardianes en lugar de uno. Siguió deambulando con ellos, finalmente volvió a Waldbach y cuando estaban cerca de la aldea, se dio otra vez media vuelta con la rapidez del rayo y, saltando como un ciervo, regresó a Fouday. Los hombres salieron corriendo tras él y cuando le buscaban por Fouday, dos quincalleros vinieron y les contaron que en una casa habían maniatado a un forastero que decía ser un asesino pero que ciertamente no podía ser un asesino. Ellos se dirigieron corriendo a la casa y vieron que era cierto lo que les habían contado. Era un muchacho joven quien le había atado, lleno de temor ante su violenta insistencia. Ellos le desataron y, sin más incidentes, le llevaron a Waldbach, donde ya estaban de vuelta Oberlin y su mujer. Lenz tenía el aire extraviado, pero cuando advirtió que le recibían afable y cariñosamente, recobró ánimos, su rostro tomó una expresión más risueña, dio las gracias cálida y afectuosamente a sus acompañantes y la velada transcurrió pacíficamente. Oberlin le pidió con insistencia que no se bañara, que se quedara toda la noche en la cama y que si no podía dormir, conversara con Dios. El lo prometió y así lo hizo, aquella noche las sirvientas le oyeron rezar casi todo el tiempo.

Al día siguiente entró sonriente en la habitación de Oberlin. Después de hablar de diversos temas, dijo con la mayor afabilidad: «Muy querido señor pastor, la mujer de quien le hablé está muerta, sí, muerta, ese ángel. —¿Cómo lo sabe usted? —Jeroglíficos, jeroglíficos.» No fue posible sacarle nada más. Se sentó entonces y escribió algunas cartas y después se las entregó a Oberlin pidiéndole que escribiera él también algunas líneas. Véanse las cartas.

Entre tanto, su estado se había vuelto cada vez más desolador, toda la serenidad que le había procurado el contacto con Oberlin y el silencio del valle había desaparecido; el mundo en que él había querido apoyarse tenía una enorme fisura, no sentía odio ni amor, ni esperanza, un vacío horrible y, con todo, un perturbador y torturante deseo de llenarlo. No tenía *nada*. Lo que hacía, lo hacía conscientemente y sin embargo le obligaba a ello un instinto interior. Cuando no había nadie con él, se sentía tan espantosamente solo que constantemente hablaba en voz alta consigo mismo, daba gritos, y luego se

asustaba y le parecía que una voz extraña hubiera hablado con él. Cuando conversaba, muchas veces se quedaba atascado, le invadía una indescriptible angustia, había perdido el hilo de la última frase que estaba pronunciando; pensaba entonces que tenía que retener y repetir siempre la palabra que había pronunciado en último lugar, y le costaba un enorme esfuerzo reprimir esos deseos. Aquellas buenas gentes sentían una honda compasión cuando en ciertos momentos en que estaba hablando con ellos tranquilamente y con la mayor naturalidad, se quedaba de pronto parado y su rostro dejaba traslucir una indescriptible angustia; y tomaba entonces convulsivamente del brazo a las personas que se hallaban más cerca de él y no recobraba la calma sino muy poco a poco. Si estaba solo o leyendo, aún era peor, toda su actividad mental pendía a veces de un solo pensamiento; si pensaba en una persona extraña o si se la representaba vivamente, le parecía ser él esa misma persona, su espíritu se extraviaba completamente y al mismo tiempo sentía el irrefrenable deseo de tratar mentalmente de forma arbitraria todo lo que le rodeaba; la naturaleza, las personas, con la sola excepción de Oberlin, todo frío, como en sueños; se divertía poniendo las casas boca abajo, vistiéndolo y desvistiendo a las personas, ideando las más absurdas farsas. A veces sentía un incontenible impulso de realizar sus ideas y entonces hacía unas muecas espantosas. Una vez estaba sentado junto a Oberlin, el gato acurrucado frente a él, sobre una silla; de pronto Lenz clavó los ojos, fijos e inmóviles, en el animal, y luego se fue escurriendo poco a poco del asiento, el gato hizo lo mismo, estaba como hechizado por su mirada, y, presa de un miedo indecible, encrespó la piel con un bufido; Lenz hacía los mismos ruidos con el rostro horriblemente deformado; finalmente se lanzaron como desesperados el uno contra el otro, hasta que Madame Oberlin se levantó y los separó. Después de aquello, Lenz estaba de nuevo hondamente avergonzado. Los incidentes nocturnos adquirieron proporciones gravísimas. Le costaba un trabajo inmenso dormirse, después de haber intentado llenar aquel horrible vacío. Quedaba después sumido en un estado espantoso, entre sueño y vigilia; chocaba con algo pavoroso, horrendo, la demencia se adueñaba de él; se despertaba sobresaltado, lanzando gritos terribles y bañado en sudor, y muy poco a poco se iba tranquilizando. Tenía que comenzar entonces con las cosas más sencillas para recobrar la calma. En rigor, no era él quien eso hacía, sino un poderoso instinto de conservación, como si fuera doble y una parte tratara de salvar a la otra llamándose a sí mismo; contaba historias, recitaba poesías en su profunda angustia, hasta que recobraba la calma.

Durante el día también sufría esos ataques, que eran entonces aún más horribles, pues, normalmente, la claridad le había preservado de ellos. Era entonces como si no hubiera nadie más que él en el mundo,

como si éste sólo tuviera consistencia en su imaginación, como si sólo él existiera: él, Satán, condenado por toda la eternidad; a solas con sus torturantes fantasías. Con impetuosa rapidez pasaba revista a su vida diciendo luego: «Consecuente, consecuente.» Si alguien decía algo: «Inconsecuente, inconsecuente.» Era el abismo de la demencia irremediable, de una demencia por toda la eternidad. El instinto de conservación mental le despertaba bruscamente; se precipitaba en los brazos de Oberlin, se agarraba a él convulsivamente, como si quisiera penetrar en él, Oberlin era el único ser que vivía para él y a través del cual volvía a sentir la vida. Las palabras de Oberlin le devolvían poco a poco la calma, caía de rodillas a los pies de Oberlin, sus manos en las manos de Oberlin, el rostro cubierto de sudor frío en su regazo, temblando y sacudiendo todo el cuerpo. Oberlin sentía una inmensa compasión, la familia caía de rodillas y rezaba por aquel desventurado, las sirvientas huían tomándole por un poseso. Y cuando se tranquilizaba, era como el desconsuelo de un niño, sollozaba, sentía una honda, honda piedad de sí mismo; éstos eran también sus más felices instantes. Oberlin le hablaba de Dios. Lenz se desprendía de él serenamente y mirándole con una expresión de intenso sufrimiento le decía finalmente: «Pero yo, si yo fuese omnipotente, mire usted, si yo fuese así y no pudiese soportar el sufrimiento, yo salvaría, salvaría, yo no quiero sino paz, paz, sólo un poco de descanso, y poder dormir.» Oberlin le dijo que eso era una blasfemia. Lenz negaba desolado con la cabeza. Los semiintentos de suicidio que hacía entonces continuamente no eran muy serios, no era tanto el deseo de morir, pues para él no había ni descanso ni esperanza en la muerte, cuanto más bien, en esos momentos de la más terrible angustia o de una sorda apatía rayana en el no ser, un intento de volver a ser él a través del dolor físico. Los instantes en que su espíritu parecía cabalgar sobre cualquier idea demencial eran todavía los más felices. Pues, con todo, le procuraban un cierto descanso y su mirada extraviada no era tan espantosa como esa angustia sedienta de salvación, como la eterna tortura de la inquietud. Muchas veces daba golpes en la pared con la cabeza o se infligía cualquier otro violento dolor físico.

El 8 por la mañana permaneció en la cama; Oberlin subió a su cuarto; estaba tendido en el lecho, casi desnudo y muy agitado. Oberlin quiso tapanlo, pero él se quejaba de cuán pesado era todo, tan pesado, creía que no podía andar, y ahora por fin percibía el enorme peso del aire. Oberlin intentaba darle ánimos. Pero él permaneció en su anterior actitud y así continuó la mayor parte del día, sin tomar tampoco alimento alguno. Hacia el anochecer llamaron a Oberlin para que fuera a Bellefosse a visitar a un enfermo. Hacia un tiempo agradable y brillaba la luna. En el camino de regreso, Lenz le salió al encuentro. Parecía muy sensato y habló tranquila y cordialmente con Oberlin. Este le pidió que no se alejara demasiado, él se lo

prometió; al marcharse dio de pronto media vuelta y acercándose otra vez a Oberlin le dijo apresuradamente: «Mire usted, señor pastor, para mí ya sería un gran alivio el no tener que oír eso. —¿Oír qué, querido amigo? —¿No oye usted nada, no oye esa espantosa voz que grita por todo el horizonte, una voz a la que suele darse el nombre de silencio? Desde que estoy en este silencioso valle, siempre la oigo, no me deja dormir, sí, señor pastor, si yo pudiera volver a dormir una vez.» Y sacudiendo la cabeza se marchó. Oberlin regresó a Waldbach y ya quería enviar a alguien en su busca cuando le oyó subir la escalera camino de su habitación. Un instante después resonó algo en el patio; el ruido era tan fuerte que a Oberlin le pareció imposible que lo hubiese causado la caída de una persona. Lívida y temblorosa llegó la niñera.

* * *

Sentado en el coche con fría resignación, viajaba por el valle hacia el oeste. Le daba igual a dónde le llevaban; cuando en varias ocasiones peligró el coche por el mal estado de los caminos, se quedó dentro sin inmutarse; su indiferencia era absoluta. En ese estado recorrió el trayecto de la montaña. Al caer la tarde se hallaba en el valle del Rin. Poco a poco se alejaron de los montes que ahora, en el arrebol del atardecer, se destacaban como una onda de oscuro cristal azul en cuyas cálidas aguas jugaban los rojos rayos del crepúsculo; sobre la llanura, al pie de los montes, flotaba un brillante tejido azulado. Caían las sombras a medida que se acercaban a Estrasburgo; arriba, luna llena, oscuros todos los objetos en la lejanía, sólo al lado, el monte formaba una línea clara, la tierra era como una copa de oro de la que rebosaban espumosas las doradas ondas de la luna. Lenz clavaba la mirada en el paisaje, sereno, sin pensamientos, sin anhelos, solamente iba emergiendo en él una sorda angustia a medida que los objetos desaparecían en las tinieblas. Tuvieron que hacer noche en una posada; entonces volvió a hacer varios intentos de suicidio, pero estaba sometido a estrecha vigilancia. A la mañana siguiente llegó a Estrasburgo con un tiempo triste y lluvioso. Parecía bastante sensato, hablaba con las gentes, hacía todo lo que hacían los demás, pero había un terrible vacío en él, ya no sentía ni angustia ni deseos; su existencia le era una inevitable carga. Así transcurrió su vida.

LEONCE Y LENA
Comedia

Prefacio

Alfieri: «e la fama?»

Gozzi: «e la fame?»

PERSONAJES

EL REY PETER, del reino de Popo
EL PRINCIPE LEONCE, su hijo, pro-
metido con

LA PRINCESA LENA, del reino de
Pipi

VALERIO

EL AYA

EL PRECEPTOR

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE
ESTADO

EL PREDICADOR DE LA CORTE

EL CONSEJERO PROVINCIAL

EL MAESTRO DE ESCUELA

ROSETTA

Servidores, miembros del Con-
sejo de Estado, campesinos,
etc.

ACTO I

«¡Oh, si yo fuera un bufón!
Mi ambición es un sayo abigarrado»

(Como gustéis)

[I, 1]

UN JARDIN

Leonce (medio tumbado en un banco). El preceptor.

LEONCE: ¿Pero qué quiere usted de mí, caballero? ¿Prepararme para mi oficio? Yo trabajo de la mañana a la noche. No levanto cabeza. Mire, por lo pronto tengo que escupir sobre esta piedra trescientas sesenta y cinco veces seguidas. ¿Ya ha hecho usted la prueba? Inténtelo, es un pasatiempo muy peculiar. Y luego, ¿ve usted este puñado de arena? (*coge arena, la tira por los aires y la recoge sobre el dorso de la mano*): ahora la tiro por los aires. ¿Hacemos una apuesta? ¿Cuántos son los granos que tengo en el dorso de la mano? ¿Pares o impares? ¿Cómo? ¿No quiere usted apostar? ¿Es usted pagano? ¿Cree usted en Dios? Yo suelo apostar conmigo mismo y puedo pasarme así días y días. Si sabe usted de alguien que quizá tenga el gusto de hacer apuestas conmigo, le estaré muy agradecido. Y luego, tengo que cavilar sobre cómo hacer para verme la cabeza desde arriba. ¡Oh, quién pudiera verse la cabeza desde arriba! Este es uno de mis ideales. Y luego y luego, un sinfín de cosas del mismo género. ¿Ocioso yo? ¿Sin nada que hacer? Sí, es triste...

PRECEPTOR: Muy triste, Alteza.

LEONCE: Que las nubes estén avanzando de oeste a este desde hace ya tres semanas. Eso me pone muy melancólico.

PRECEPTOR: Una melancolía plenamente justificada.

LEONCE: ¿Pero por qué diantres no me contradice usted? Seguro que tiene asuntos urgentes. Lamento haberle hecho perder tanto tiempo. *(El preceptor se aleja haciendo una profunda reverencia.)* Señor mío, le felicito por ese bello paréntesis que hace con las piernas al saludar.

LEONCE *(solo, tendiéndose en el banco a todo lo largo)*: Las abejas están tan ricamente posadas sobre las flores y el rayo de sol descansa tan indolentemente en el suelo. Desmedida ociosidad reina por doquier. La ociosidad es la madre de todos los vicios. ¡Qué no harán las gentes por aburrimiento! Estudian por aburrimiento, rezan por aburrimiento, se enamoran, se casan y se reproducen por aburrimiento, y al final, acaban muriéndose por aburrimiento, y —y ahí está lo gracioso del asunto— todo con ese aire de importancia, sin saber siquiera el por qué y pensando al respecto Dios sabe qué. Todos esos héroes, esos genios, esos imbéciles, esos santos, esos pecadores, esos padres de familia, no son en el fondo sino vagos redomados. ¿Por qué soy yo precisamente el que tiene que saber eso? ¿Por qué no voy a tomarme en serio a mí mismo y vestir de frac a este pobre monigote y ponerle un paraguas en la mano, haciéndolo sumamente honorable y útil y moral? Ese hombre que acaba de marcharse por ahí, yo le envidiaba, me hubiera gustado apalearle de pura envidia. ¡Oh, quién fuera otra persona! Tan sólo por un minuto. ¡Cómo corre ese!, si supiera yo de algo bajo el sol capaz de hacerme correr...

Entra Valerio algo bebido.

VALERIO *(va directamente a donde está el príncipe, se pone el dedo sobre la nariz y le mira fijamente)*: ¡Sí!

LEONCE *(lo mismo)*: ¡Así es!

VALERIO: ¿Me ha comprendido usted?

LEONCE: Perfectamente.

VALERIO: Entonces hablemos de otra cosa. *(Se tumba en la hierba.)* Y entre tanto yo voy a echarme en la hierba y dejaré que mi nariz florezca allá arriba, entre los tallos, y que experimente románticas sensaciones, al mecerse sobre ella, como en una rosa, las mariposas y las abejas.

LEONCE: Pero, amigo, no resuelle usted de esa forma, o las mariposas y las abejas se morirán de hambre por la inmensa cantidad de polen que está usted sacándole a las flores.

VALERIO: ¡Ay, señor, qué sensibilidad la mía para con la naturaleza! La hierba es tan bella que uno querría ser buey para comérsela y luego otra vez hombre para comerse ese buey que se ha comido esa hierba.

LEONCE: ¡Desventurado! Parece que a usted también los ideales le están haciendo sufrir.

VALERIO: ¡Qué tristeza! No es posible saltar de la torre de una iglesia

sin romperse la nuca. No es posible comerse dos kilos de cerezas con el hueso dentro sin que le dé a uno dolor de tripas. Mirad, señor, yo podría sentarme en un rincón y cantar de la noche a la mañana: «¡Oh, mira ahí, una mosca en la pared, una mosca en la pared, una mosca en la pared!», y continuar así hasta el fin de mis días.

LEONCE: ¡Calla la boca, tú, con tu canción! ¿Quieres hacer un loco de mí?

VALERIO: Así, al menos uno sería algo: ¡Un loco! ¡Un loco! ¿Quién quiere cambiar su locura por mi raciocinio? ¡Sí, yo soy Alejandro Magno! ¡Qué corona de oro hace brillar el sol en mis cabellos! ¡Cómo reluce mi uniforme! ¡General Saltamontes, haga usted avanzar las tropas! ¡Señor ministro de Hacienda Garrapata, necesito dinero! ¡Cara dama de la corte doña Libélula! ¿Qué está haciendo mi bienamada esposa Palo de Escoba? ¡Ay, señor Cantárida, mi buen médico de cabecera, aún estoy sin príncipe heredero! Y además de estas deliciosas fantasías, tienes una buena sopa, buena carne, buen pan, un buen lecho y, encima, le rapan a uno la cabeza gratis —a saber, en el manicomio—, mientras que yo, con mi sano juicio, podría a lo sumo prestar mis servicios para hacer madurar un cerezo, con el fin de —¿con qué fin?—, con el fin de...

LEONCE: Con el fin de que los agujeros de tus pantalones hagan enrojecer de vergüenza a las cerezas. Pero, ilustre amigo, ¿tu oficio, tu profesión, tu industria, tu condición, tu arte?

VALERIO *(con dignidad)*: Señor, yo tengo la gran ocupación de andar ocioso, tengo una extraordinaria habilidad para no hacer nada, poseo una inmensa capacidad de vagancia. No hay callos que deshonren mis manos, la tierra aún no ha bebido una sola gota de mi frente, todavía soy virgen en el trabajo, y si no fuera demasiado esfuerzo, haría el esfuerzo de explicarle a usted más detalladamente esos méritos.

LEONCE *(con cómico entusiasmo)*: ¡Ven a mis brazos! ¿Eres tú una de esas divinas criaturas que, sin esfuerzo y limpia la frente, caminan entre el polvo y el sudor por el camino real de la vida, y con pies resplandecientes y cuerpos plenos de juventud y belleza entran en el Olimpo, cual dioses bienaventurados? ¡A mis brazos! ¡A mis brazos!

VALERIO *(cantando al salir)*: ¡Oh, mira ahí, una mosca en la pared, una mosca en la pared, una mosca en la pared!

Salen cogidos del brazo.

[I, 2]

UNA HABITACION

El rey Peter con dos ayudas de cámara que le visten.

PETER (*mientras le visten*): El hombre tiene que pensar y yo tengo que pensar por mis súbditos, pues ellos no piensan, no piensan. La substancia es el en sí, eso soy yo. (*Pasea por la habitación, medio desnudo.*) ¿Habéis entendido? En sí es en sí, ¿comprendéis? Ahora vienen mis atributos, modificaciones, afecciones y accidentes, ¿dónde está mi camisa, mi pantalón? ¡Diablos!, ¿esto qué es? Aquí delante, el libre albedrío está completamente abierto. ¿Dónde está la moral, dónde los puños de la camisa? Las categorías están en la más calamitosa confusión, están abrochados dos botones de más, la tabaquera se halla en el bolsillo derecho. Todo mi sistema está trastocado. ¡Oh! ¿Qué quiere decir este nudo en el pañuelo? ¡Eh!, tú, ¿a santo de qué este nudo, de qué quería yo acordarme?

PRIMER AYUDA DE CAMARA: Cuando Vuestra Majestad se dignó hacer ese nudo en el pañuelo, quería...

PETER: ¿Sí?

PRIMER AYUDA DE CAMARA: ... acordarse de algo.

PETER: ¡Una respuesta complicada! Pero, en tu opinión, ¿de qué quería acordarme?

SEGUNDO AYUDA DE CAMARA: Vuestra Majestad quería acordarse de algo cuando tuvo a bien hacer ese nudo en el pañuelo.

PETER (*paseando por la habitación*): ¿Qué era? ¿Qué era? La gente me trae confusión, estoy completamente desorientado. No sé cómo salir de esto. (*Entra un servidor*).

SERVIDOR: Majestad, está reunido el Consejo de Estado.

PETER (*alegre*): ¡Sí, ya lo tengo, ya lo tengo! ¡Quería acordarme de mi pueblo! ¡Vengan ustedes, señores! Avancen con simetría. ¿No hace mucho calor? Cojan ustedes también sus pañuelos y enjúguense el rostro. Yo siempre estoy tan apurado cuando tengo que hablar en público. (*Salen todos.*)

Rey Peter. El Consejo de Estado.

PRECEPTOR: Caros y leales consejeros: mi intención era notificaros y haceros saber, notificaros y haceros saber... que mi hijo o se casa, o no se casa (*se pone el dedo sobre la nariz*)... o una cosa u otra... Me vais siguiendo, espero: Una tercera posibilidad no existe. El hombre tiene que pensar. (*Se detiene un rato, cavilando.*) Cuando hablo tan alto no sé en realidad si soy yo o es otro, y eso me da miedo. (*Tras largo rato de reflexión:*) Yo soy yo. ¿Usted qué opina, Presidente?

PRESIDENTE (*lento y solemne*): Majestad, tal vez sea así, pero tal vez no sea así.

TODOS EL CONSEJO DE ESTADO A CORO: Sí, tal vez sea así, pero tal vez no sea así.

REY PETER (*emocionado*): ¡Oh, mis sabios consejeros! Bueno, ¿de qué

estábamos tratando propiamente? ¿De qué quería yo hablar? Presidente, ¿cómo tiene usted una memoria tan corta en una tan solemne ocasión? Queda levantada la sesión. (*Se aleja solememente, seguido de todo el Consejo de Estado.*)

[I, 3]

UN SALON RICAMENTE ADEREZADO;

BUJIAS ENCENDIDAS

Leonce con algunos servidores.

LEONCE: ¿Están cerradas todas las contraventanas? ¡Encended las bujías! ¡Fuera la luz del día! Yo quiero la noche, la profunda noche de ambrosía. Colocad las lámparas bajo las campanas de cristal, entre los oleandros, para que sueñen, cual ojos de doncella, entre las pestañas de las hojas. Traed más cerca las rosas, para que el vino salte a los cálices como gotas de rocío. ¡Música! ¿Dónde están los violines? ¿Dónde está Rosetta? ¡Fuera! ¡Que salga todo el mundo!

Salen los servidores. Leonce se tiende sobre un diván.

Entra Rosetta, gentilmente vestida. Se oye música a lo lejos.

ROSETTA (*acercándose con zalamería*): ¡Leonce!

LEONCE: ¡Rosetta!

ROSETTA: ¡Leonce!

LEONCE: ¡Rosetta!

ROSETTA: ¡Qué lánguidos tus labios! ¿De besar?

LEONCE: ¡De bostezar!

ROSETTA: ¡Oh!

LEONCE: ¡Ay, Rosetta!, tengo el abominable trabajo...

ROSETTA: ¿Sí?

LEONCE: ... de no hacer nada...

ROSETTA: ¿... sino amar?

LEONCE: Trabajo, por supuesto.

ROSETTA (*ofendida*): ¡Leonce!

LEONCE: O más bien ocupación.

ROSETTA: O más bien ociosidad.

LEONCE: Tienes razón, como siempre. Eres una muchacha inteligente y yo tengo en gran aprecio tu perspicacia.

ROSETTA: ¿Así, pues, me amas por aburrimiento?

LEONCE: No, tengo aburrimiento porque te amo. Pero amo mi aburrimiento como te amo a ti. Ambos sois una unidad. Oh, *dolce far niente*, cuando miro tus ojos me pongo a soñar como al borde de una fuente profunda y secreta, la caricia de tus labios me adormece como el murmullo de las olas. (*La abraza.*) Ven, querido aburrimiento, tus besos son un voluptuoso bostezo y tus pasos un delicado hiato.

ROSETTA: ¿Me amas, Leonce?

LEONCE: ¿Cómo no?

ROSETTA: ¿Y siempre?

LEONCE: Esa es una larga palabra: ¡siempre! Si continúo amándote cinco mil años y siete meses, ¿te bastará? Es desde luego mucho menos que siempre, pero no deja de ser un considerable período de tiempo y podemos tomarnos el tiempo para amarnos.

ROSETTA: O también, puede que el tiempo nos quite el amor.

LEONCE: O que el amor nos quite el tiempo. ¡Baila, Rosetta, baila, que el tiempo corra al compás de tus lindos pies!

ROSETTA: Mis pies preferirían no ir con el tiempo.

(Canta y baila.)

Pobres pies, en vistosas zapatillas
cansados debéis bailar,
cuanto más os placiera allá en lo hondo
bajo tierra descansar.

Entre encendidas caricias brilláis
¡oh, mejillas ardorosas!
y otra cosa vosotras deseáis:

florecer cual blancas rosas.

Pobres ojos, tenéis que relumbrar
a la luz de las bujías,

mas dormir entre sombras deseáis
y olvidar vuestras fatigas.

LEONCE (*soñando despierto*): ¡Oh, sí! Un amor que agoniza es más bello que un amor que nace. Yo soy romano. Al final del espléndido festín, a los postres, juegan los dorados peces, revestidos de sus mortales colores. ¡Cómo se le va muriendo el color de las mejillas, cuán calladamente vase apagando el fuego de sus ojos, qué suave el ondear de sus miembros cuando suben y vuelven a caer! Adiós, adiós, amor mío, amaré tu cadáver. (*Rosetta se acerca de nuevo a él.*) ¿Lágrimas, Rosetta? Un delicado epicureísmo, el poder llorar. Ponte al sol, para que cristalicen esas deliciosas gotas; se convertirán en magníficos diamantes. Con ellos puedes mandar que te hagan un collar.

ROSETTA: Son de seguro diamantes, me están cortando los ojos. ¡Ay, Leonce! (*Quiere abrazarle.*)

LEONCE: ¡Ten cuidado! ¡Mi cabeza! He sepultado en ella a nuestro amor. Mira por las ventanas de mis ojos. ¿No ves cuán muerto está el pobrecito? ¿Ves las dos rosas blancas de sus mejillas y las dos rosas rojas en su pecho? No me aprietes, no sea que se le rompa un bracito, sería una lástima. Tengo que llevar bien derecha la cabeza sobre los hombros, como lleva la plañidera el ataúd infantil.

ROSETTA (*en tono festivo*): ¡Bufón!

LEONCE: ¡Rosetta! (*Rosetta le hace una mueca.*) Gracias a Dios. (*Se tapa los ojos.*)

ROSETTA (*asustada*): Leonce, mírame.

LEONCE: ¡En absoluto!

ROSETTA: ¡Sólo una mirada!

LEONCE: ¡Ni una sola! ¿Estás llorando? Un poquito más y mi amado amor vendría otra vez al mundo. Yo estoy contento de haberlo enterrado. Conservo la impresión.

ROSETTA (*se aleja triste y pausadamente, cantando al salir*):

Soy huerfanita, ay de mí,
tengo miedo, estoy tan sola,
triste congoja, piedad,
¿no quieres venir conmigo?

LEONCE (*solo*): Extraña cosa es el amor. Se está un año entero en la cama en duermevela, y una hermosa mañana uno se despierta, bebe un vaso de agua, se viste, se pasa la mano por la frente y vuelve en sí..., y vuelve en sí. Dios mío, ¿cuántas mujeres hacen falta para cantar toda la escala del amor? Una sola apenas ocupa un tono. ¿Por qué la bruma que cubre nuestra tierra es un prisma que quiebra en un arco iris el blanco y ardiente rayo del amor? (*Bebe.*) ¿Pero en qué botella está ese vino con el que voy a embriagarme hoy? ¿Ni siquiera soy ya capaz de eso? Estoy como bajo una campana de aire. Un aire tan cortante y tan fino que siento frío como si, vestido con pantalones de *nanquín*, tuviera que patinar sobre hielo. Caballeros, caballeros, ¿saben ustedes quiénes eran Calígula y Nerón? Yo lo sé. Venga, Leonce, pronuncia un monólogo, que quiero escucharte. Mi vida me hastia como un gran pliego de papel haya de que rellenar con mi escritura, pero no me sale ni una sola letra. Mi cabeza es un salón de baile vacío, por el suelo algunas rosas ajadas y unas cintas arrugadas, en un rincón, violines con las cuerdas saltadas, se han quitado las máscaras los últimos bailarines que se miran unos a otros con ojos muertos de cansancio. Yo me doy la vuelta veinticuatro veces al día, como un guante. Oh, me conozco a mí mismo; sé lo que pensaré y soñaré dentro de un cuarto de hora, de ocho días, de un año. Dios mío, ¿qué pecado he cometido para que me haga recitar tantas veces la lección, como un colegial?

¡Bravo, Leonce! ¡Bravo! (*Aplaude.*) Qué bien me sienta el darme gritos de aprobación. ¡Muy bien, Leonce! ¡Leonce!

VALERIO (*saliendo de debajo de una mesa*): Vuestra Alteza me parece estar en un tris de convertirse en un loco auténtico.

LEONCE: Sí, bien mirado, yo también tengo propiamente esa impresión.

VALERIO: Espere Vuestra Alteza, vamos a conversar en seguida detalladamente sobre el tema. Sólo tengo que terminar de comer un trozo de asado que he robado de la cocina y un poco de vino que me traje de vuestra mesa. En un momento habré terminado.

LEONCE: ¡Cómo mastica este individuo! Me está produciendo sensa-

ciones perfectamente idílicas; yo podría volver a empezar con lo más simple, podría comer queso, beber cerveza, fumar tabaco. Largo de aquí, no gruñas así por ese hocico ni choques los colmillos de ese modo.

VALERIO: Ilustre Adonis, ¿teme usted por sus muslos? No se preocupe, no soy ni escobero ni maestro de escuela. No necesito material para hacer vergas.

LEONCE: Cesa con esas impertinencias, que donde las dan las toman.

VALERIO: Pues mi amo siempre toma, pero nunca da.

LEONCE: ¿Qué quieres que te den, una ración de palos? ¿Tanto te preocupa tu educación?

VALERIO: ¡Oh, cielos! La procreación es más fácil que la educación. Es bien triste la embarazosa situación que resulta de un embarazo. Desde que a mi madre le vinieron los dolores, ¡qué dolores los míos! ¿Qué bienes me ha traído este mundo desde que mi madre me trajo al mundo?

LEONCE: En cuanto a tu receptividad, estás en el mejor de los caminos para recibir algo. Exprésate mejor o tendrás la más desagradable impresión de mi capacidad de represión.

VALERIO: Cuando mi madre dobló el Cabo de Buena Esperanza...

LEONCE: Y tu padre naufragó junto al Cabo del Cuerno¹.

VALERIO: Cierto, pues mi padre era guarda nocturno. Pero no se llevó el cuerno tantas veces a los labios como los padres de nobles hijos se lo llevan a la frente.

LEONCE: Por Dios que posees una divina desvergüenza. Siento una cierta necesidad de ponerme en inmediato contacto con ella. Tengo enormes deseos de vapulearte.

VALERIO: He aquí una respuesta contundente y una prueba convincente.

LEONCE (*lanzándose sobre él*): O más bien tú eres una respuesta que merece una tunda, pues por esa respuesta te voy a dar de palos.

VALERIO (*escapa corriendo, Leonce tropieza y cae al suelo*): Y usted es una prueba que no se tiene de pie, una prueba que se cae por culpa de sus propias piernas, las cuales en el fondo también están por probar: esas pantorrillas son sumamente improbables y esos muslos asaz problemáticos.

Entra el Consejo de Estado.

Leonce permanece sentado en el suelo. Valerio.

PRESIDENTE: Perdone Vuestra Alteza...

LEONCE: ¡A mí mismo! ¡A mí mismo! Me perdono mi bondad al escucharos. Caballeros, ¿no quieren acomodarse un momento? ¡Qué cara pone la gente cuando oye la palabra acomodar! Aco-

1. Hemos traducido el nombre alemán (o más exactamente holandés) del Cabo de Hornos para conservar el juego de palabras: los cuernos del marido engañado y el cuerno de alarma del guarda nocturno.

módense aquí, en el suelo, sin más cumplidos. Es donde recibirán el último acomodo, pero eso no aporta nada a nadie, salvo al enterrador.

PRESIDENTE (*indeciso, chasqueando los dedos*): Tendría a bien Vuestra Alteza...

LEONCE: Pero deje de hacer ese ruido con los dedos, si no quiere convertirme en asesino.

PRESIDENTE (*chasqueando los dedos cada vez con más fuerza*): Si Vuestra Alteza se dignara graciosamente tener en cuenta que...

LEONCE: Por Dios, métase las manos en los bolsillos o siéntese encima de ellas. Está completamente descompuesto. Tenga más contención.

VALERIO: No hay que interrumpir a los niños cuando están haciendo pis, podrían sufrir una retención de orina.

LEONCE: Pero oiga, serénese. Piense en su familia y en el Estado. Le va a dar una apoplejía si el discurso no acaba de salir.

PRESIDENTE (*sacando un papel del bolsillo*): Si permite Vuestra Alteza.

LEONCE: ¿Cómo, ya sabe usted leer? Bueno, en ese caso...

PRESIDENTE: Su Majestad el rey manda decir a Su Alteza Real que la esperada llegada de la prometida esposa de Su Alteza Real, la ilustrísima princesa Lena de Pipi, está prevista para mañana.

LEONCE: Si mi prometida me está esperando, me atengo a sus deseos y la haré esperar. Esta noche la he visto en sueños, tenía un par de ojos tan grandes que las zapatillas de baile de mi Rosetta podrían servirles de cejas, y en las mejillas no se veía hoyito alguno, sólo un par de fosas de evacuación para la risa. Yo tengo fe en los sueños. ¿Sueña usted también a veces, señor Presidente? ¿Tiene también presentimientos?

VALERIO: Por supuesto. Siempre la noche anterior al día en que se quema el asado de la mesa real, fenecce un capón o a Su Majestad le da dolor de tripas.

LEONCE: A propósito, ¿no tenía usted algo más en la punta de la lengua? Suéltelo todo.

PRESIDENTE: El día de la ceremonia nupcial, la Suprema Voluntad tiene intención de poner su Voluntad Suprema en manos de Vuestra Alteza Real.

LEONCE: Diga a la Suprema Voluntad que yo haré todo excepto aquello que voy a dejar estar, lo cual sin embargo no será tanto como si fuera otro tanto. Señores, disculpen que no les acompañe, tengo ahora fuertes deseos de estar sentado, pero mi benevolencia es tan grande que mis piernas no bastan para medirla. (*Separa las piernas.*) Señor Presidente, tome las medidas para que pueda usted recordármelo en el futuro. Valerio, estos señores se van con la música a otra parte. ¡Acompáñelos!

VALERIO: ¿Al son de qué instrumento? ¿Le cuelgo al señor Presidente

una esquila al cuello? ¿Los acompaño haciéndoles marchar a cuatro patas?

LEONCE: ¡Pardiez! No eres más que un deleznable juego de palabras. No tienes padre ni madre: las cinco vocales de tu nombre son tus progenitoras¹.

VALERIO: Y usted, príncipe, usted es un libro sin letras, un libro que sólo tiene signos de interrogación. Tengan la bondad de venir, señores. Cuán triste es la palabra «venir»: si piensas en el porvenir, más vale que te ahorques, quien quiere prevenir, no tiene quien le eche una mano, contravenir la ley tiene malas consecuencias, preferible es no pensar en todo lo que te puede sobrevenir: más vale resignarse a avenirse a las circunstancias con un poco de humor, como yo: y en cuanto a ustedes, señores, preciso es convenir en que tienen que salir inmediatamente por esa puerta.

El Consejo de Estado y Valerio salen.

LEONCE (solo): Qué villanía la mía, comportándome como un gran señor a costa de esos pobres diablos. Pero hay ciertas villanías que comportan un cierto placer. ¡Hum! Contraer matrimonio. Eso es lo mismo que beberse un pozo hasta la última gota. ¡Oh Shandy, viejo Shandy², quién me regalara tu reloj! (*Vuelve Valerio.*) ¡Ah! Valerio. ¿Lo has oído?

VALERIO: Así que va a ser usted rey. Eso es bien divertido. Se puede ir de paseo todo el día y hacer que la gente desgaste sus sombreros a fuerza de quitárselos, se puede mudar a las personas honradas en honrados soldados, y todo sucede de manera tan natural, se pueden metamorfosear fracs negros y corbatas blancas en servidores del Estado y, cuando muere el rey, todos los botones de refulgente metal se ponen azules, y en los campanarios, las sogas se rompen como hilos de zurcir de tanto tocar las campanas. ¿No es un pasatiempo agradable el ser rey?

LEONCE: ¡Valerio, Valerio! Tenemos que hacer otra cosa. ¡Dame un consejo!

VALERIO: ¡Ah, la ciencia, la ciencia! ¡Vamos a convertirnos en sabios! ¿A priori? ¿A posteriori?

LEONCE: A priori, eso hay que aprenderlo de mi señor padre, y a posteriori comienza todo, como los viejos cuentos: érase una vez.

VALERIO: Entonces vamos a ser héroes. (*Desfila por la escena tocando la trompeta y el tambor:*) Tararí - tarará - rataplán - plan - plan.

LEONCE: Pero el heroísmo apesta a vino agrio y coge la fiebre de hospital y no puede subsistir sin alféreces ni reclutas. ¡Vete a paseo con tu romanticismo de Alejandros y de Napoleones!

1. Son cinco vocales si se toma la v por una u.

2. Referencia a la novela *Tristram Shandy* de Lawrence Stern (1713-68), en la que el padre del protagonista regula sus obligaciones matrimoniales según su reloj, al que daba cuerda una vez al mes.

VALERIO: Entonces seamos genios.

LEONCE: El rruiseñor de la poesía canta todo el día por encima de nuestras cabezas, pero lo mejor se ha ido al diablo antes de arrancarle las plumas y sumergirle en la tinta o en el color.

VALERIO: Seamos entonces útiles miembros de la sociedad humana.

LEONCE: Antes prefiero presentar mi dimisión como hombre.

VALERIO: Vayámonos entonces al diablo.

LEONCE: ¡Ay! El diablo sólo existe como contraste, para que nos demos cuenta de que en eso del cielo hay algo de cierto. (*Se pone de pie de un salto.*) Valerio, Valerio, ya lo tengo. ¿No sientes el viento del sur? ¿No sientes cómo vibra el profundo y resplandeciente azul del éter, cómo refulge la luz en el suelo dorado de sol, en las sagradas ondas marinas y en las columnas y estatuas de mármol? El gran Pan está dormido y las estatuas de bronce, ante el profundo fragor de las olas, sueñan en la sombra con Virgilio, el viejo mago, con tarantelas y panderetas, con largas y agitadas noches, llenas de máscaras, de antorchas y guitarras. ¡Un Lazzaroni! ¡Valerio! ¡Un Lazzaroni! Nos vamos a Italia.

[I, 4]

UN JARDIN

La princesa Lena en galas nupciales. El aya.

LENA: Sí, helo aquí. El tiempo se ha ido pasando, yo no pensaba en nada. Y de pronto, el día está delante de mí. Tengo una guirnalda en el pelo; ¡y las campanas, las campanas! (*Se recuesta y cierra los ojos.*) Ves tú, yo quisiera que la hierba creciera sobre mí y que las abejas pasaran zumbando por encima; ves tú, ahora estoy ataviada y tengo romero en el cabello. ¿No hay una vieja canción?

Yacer quisiera en la tumba
como un niño en su cuna.

AYA: Pobrecita, qué pálida estáis bajo el fulgor de esas piedras.

LENA: Dios mío, yo podría amar, ¿por qué no? Una va caminando tan sola en busca de una mano donde apoyarse hasta que la amortajadora separe las manos y nos las cruce a cada uno sobre el pecho. ¿Pero por qué traspasan con un clavo dos manos que no se han buscado? ¿Qué ha hecho mi pobre mano? (*Se saca un anillo del dedo.*) Este anillo me está mordiendo como una víbora.

AYA: Pero él tiene que ser un auténtico Don Carlos¹.

LENA: Pero... un hombre...

AYA: ¿Sí?

LENA: ... al que una no ama. (*Se levanta.*) ¡Válgame Dios! Lo ves, estoy avergonzada. Mañana habré perdido el brillo y la fragancia. ¿Soy como la pobre y desvalida fuente que tiene que reflejar en su

1. En la tragedia de Schiller, Don Carlos, el hijo de Felipe II, es el prototipo del joven idealista.

callado fondo toda imagen que se incline sobre ella? Las flores, a voluntad, abren y cierran sus cálices al sol de la mañana y al viento del atardecer. ¿Es la hija de un rey menos que una flor?

AYA (*llorando*): Ángel mío, tú eres en verdad un cordero pascual.

LENA: Así es. Y el sacerdote ya está alzando el cuchillo. Dios mío, Dios mío, ¿es cierto, pues, que debemos redimirnos nosotros mismos con nuestro dolor? ¿Es cierto, pues, que el mundo es un Cristo crucificado, el sol su corona de espinas y las estrellas los clavos y lanzas de sus pies y de sus costados?

AYA: ¡Hijita mía, hijita mía! No te puedo ver así. No es posible continuar de esta manera, esto te va a matar. Mas tal vez... ¡quién sabe! Creo que me está viniendo una idea. Vamos a ver. ¡Ven! (*Se lleva a la princesa.*)

ACTO II

Allá dentro de mí, en lo más profundo,
ha comenzado a sonar
una voz y de un golpe me ha robado
por siempre mi recordar.
(Adalbert von Chamisso)

[II, 1] CAMPO ABIERTO. UNA POSADA AL FONDO
Leonce y Valerio, éste con un fardo, entran en escena.

VALERIO (*jadeando*): A fe mía, príncipe, el mundo es un edificio extraordinariamente espacioso.

LEONCE: No, no es cierto. Apenas me atrevo a extender las manos, como si estuviera en uno de esos angostos gabinetes de espejos, y temiera chocar por todas partes, hasta que esas bellas imágenes caigan al suelo hechas pedazos y yo me halle ante una pared desnuda y vacía.

VALERIO: Estoy perdido.

LEONCE: Pues nadie va a experimentar una pérdida sino quien te encuentre.

VALERIO: Me pondré por lo menos a la sombra de mi sombra.

LEONCE: Tú te estás evaporando al sol. ¿Ves esa bonita nube allá en lo alto? Pues es, por lo menos, una cuarta parte de ti. Desde arriba está contemplando tan contenta la materia, bastante más tosca, de que tú estás hecho.

VALERIO: Esa nube no podría hacer daño alguno a vuestra cabeza si os la raparan y cayera gota a gota sobre ella. (Qué deliciosa ocurrencia.) Llevamos ya recorridos una docena de principados, media docena de grandes ducados y unos cuantos reinos, y eso a toda prisa, en medio día, ¿y todo por qué? Porque usted va a ser

rey y va a casarse con una bella princesa. ¿Y sigue usted vivo en semejante situación? Yo no comprendo esa resignación. No entiendo por qué no ha tomado ya arsénico, no se ha colocado al borde de un campanario y no se ha disparado un tiro en la cabeza, para que la cosa no pueda fallar.

LEONCE: Pero, Valerio, ¡los ideales! Yo tengo en mí un ideal femenino y tengo que buscarlo. Esa mujer es infinitamente bella e infinitamente tonta. Una belleza tan desamparada, tan conmovedora como un niño recién nacido. Es un contraste delicioso. Esos ojos celestialmente estúpidos, esa boca divinamente bobalicona, ese perfil griego y ovejuno, esa muerte del espíritu en ese cuerpo espiritual.

VALERIO: ¡Diablos! De nuevo estamos en la frontera; este país es como una cebolla, sólo hay capas y capas de piel, o como cajas metidas unas dentro de otras, en la más grande sólo hay cajas y en la más pequeña no hay nada. (*Echa al suelo el fardo.*) ¿Va a convertirse este fardo en mi lápida mortuoria? Lo ve usted, príncipe, me está dando por filosofar, una imagen de la vida humana: voy cargado con este fardo, con los pies lastimados y quemados por el hielo y el sol, todo porque quiero una camisa limpia por la noche y cuando por fin llega la noche, mi frente está llena de surcos, mis mejillas hundidas, los ojos sin luz y yo tengo el tiempo justo de ponerme la camisa como una mortaja. ¿No habría sido más sensato quitarme el fardo de encima y venderlo en la primera posada y a cambio de eso embriagarme y dormir a la sombra hasta el anochecer, y así no hubiera ni sudado ni criado callos? Y ahora viene, príncipe, la aplicación y la práctica. De puro recato vamos a vestir también al hombre interior y a ponernos levita y pantalón por dentro. (*Se dirigen ambos a la posada.*) ¡Oh, querido fardo, qué deliciosa fragancia, qué aromáticos olores a vino y a carne asada! ¡Oh, queridos pantalones! Cómo echáis raíces en el suelo y verdecéis y florecéis, y ya me caen en la boca los largos y pesados racimos y está el mosto fermentando bajo el lagar. (*Salen.*)

Princesa Lena. El aya.

AYA: Debe de ser un día embrujado, no se pone el sol y ha pasado tanto tiempo desde nuestra huida.

LENA: No, no, amiga mía. Las flores que yo arranqué como despedida cuando salíamos por el jardín no están apenas ajadas.

AYA: ¿Y dónde vamos a reposar? Aún no hemos encontrado nada: no veo ni monasterio, ni ermita, ni pastor.

LENA: Lo hemos imaginado todo muy diferente dentro de los muros de nuestro jardín, entre mirtos y oleandros.

AYA: ¡Oh, qué abominable es el mundo! En un príncipe errante no cabe ni pensar.

LENA: Oh, no, el mundo es bello y vasto, inmensamente vasto. Yo

quisiera continuar siempre así, día y noche. Nada se mueve. Sobre los prados juguetea el rojo resplandor de las flores del cuclillo, y en la tierra reposan las lejanas montañas como nubes adormecidas.

AYA: Oh, Jesús mío, ¿una qué va a decir? ¡Y sin embargo es tan dulce y tan femenina! ¡Qué sacrificio! Es como la huida de Santa Otilia. Pero tenemos que buscar un cobijo. Está cayendo la noche.

LENA: Sí, las plantas se disponen a dormir cerrando sus hojuelas pinadas y los rayos de sol se mecen en los tallos de hierba como cansadas libélulas.

[II, 2] LA POSADA EN ALTO A ORILLAS DE UN RIO,
VASTO PANORAMA, UN JARDIN DELANTE DE LA POSADA
Valerio. Leonce.

VALERIO: Y bien, príncipe, ¿no le suministran los pantalones una deliciosa bebida? ¿No le resbalan sus botas con la mayor facilidad por la garganta?

LEONCE: ¿Ves tú estos viejos árboles, los setos, las flores? Todo ello tiene su historia, sus amables y secretas historias. ¿Ves aquellos viejos y afables rostros bajo el emparrado de la puerta? Están sentados y cogidos de la mano y tienen miedo de ser ellos tan viejos y el mundo todavía tan joven. Oh, Valerio, y yo soy todavía tan joven y el mundo tan viejo. A veces tengo miedo por mí y podría sentarme en un rincón y llorar ardientes lágrimas, de lástima que me doy.

VALERIO (*dándole una copa*): Toma esta campana, esta campana de buzo, y sumérgete en el mar del vino, hasta que las perlas salten por encima de ti. Mira los elfos, cómo flotan sobre el cáliz aromático del vino, con zapatitos de oro y tocando el címbalo.

LEONCE (*poniéndose en pie de un salto*): Ven, Valerio, hay que hacer algo, hay que hacer algo. Tenemos que entregarnos a pensamientos profundos; vamos a averiguar cómo es que la silla esté sobre tres patas y no sobre dos, cómo es que nos limpiemos la nariz ayudándonos con las manos y no, como las moscas, con los pies. Ven, vamos a desmembrar hormigas, a contar estambres; verás cómo acabaré teniendo alguna de esas aficiones principescas. Ya encontraré un sonajero que sólo se me caiga de la mano cuando yo forme vedejas sacando hilos de la colcha¹. Aún tengo en reserva cierta dosis de entusiasmo; pero cuando termino de cocinar y todo está bien caliente, necesito un tiempo infinito para encontrar una cuchara con que comer, y entre tanto se enfría el guiso.

1. Actividades propias del moribundo, según el *Prognosticon* del *Corpus Hippocraticum*.

VALERIO: Ergo *bibamus*. Esta botella no es una amante, no es una idea, no tiene dolores de parto, no aburre, no es infiel, sigue siendo la misma desde la primera hasta la última gota. Rompes el sello y todos los sueños que en ella reposan te saltan de golpe.

LEONCE: ¡Oh, Dios! La mitad de mi vida será una oración si me es dado cabalgar sobre una brizna de paja como en magnífico corcel, hasta que yo mismo repose entre pajas. ¡Qué crepúsculo tan singular! Aquí abajo todo está en silencio y allá arriba las nubes pasan, se mueven, y la luz del sol se viene y se va. Mira qué extrañas figuras corren y se persiguen allá en lo alto, mira aquellas sombras alargadas y blancas, de piernas monstruosamente flacas y alas de murciélago, y todo tan veloz, tan confuso, y aquí abajo no se mueve ni una hoja, ni una brizna. La tierra se ha acurrucado, temerosa como un niño, y los fantasmas flotan sobre su cuna.

VALERIO: No entiendo lo que os sucede, yo por mi parte me encuentro tan a gusto. El sol parece un rótulo de posada y las llameantes nubes son como el letrero que hay encima: Posada «El Sol de Oro». La tierra y el agua de aquí abajo son como una mesa en la que se ha derramado el vino y nosotros somos en ella los naipes con los que Dios y el diablo, por aburrimiento, están echando una partida, y usted es el rey y yo una sota y sólo falta una dama, una bella dama, con un gran corazón de chocolate sobre el pecho y un enorme tulipán en el que se hunda sentimentalmente una larga nariz (*entran el aya y la princesa*) y... ¡Dios santo, ahí está! Pero propiamente no es un tulipán sino un poquito de rapé y propiamente no es una nariz sino una trompa de elefante. (*Al aya*): ¿Por qué camina usted, señora mía, tan aprisa que enseña lo que fueron sus pantorrillas hasta vérselas las respetables jarreteras?

AYA (*deteniéndose encolerizada*): ¿Por qué, señor mío, abre usted esa boca tan de par en par que una tiene un hueco en medio del panorama?

CAMILLE: Para que no le sangre la nariz, respetable señora, al chocar contra el horizonte. Su nariz es como la torre del Líbano que mira hacia Damasco.

LENA (*al aya*): Aya querida, ¿es tan largo el camino?

LEONCE (*como soñando despierto*): ¡Oh, todos los caminos son largos! El latir del reloj de la muerte en nuestro pecho es lento y cada gota de sangre mide su tiempo, y nuestra vida es una fiebre oculta y silenciosa. Para los pies cansados, todo camino es largo...

LENA (*que le escucha pensativa y temerosa*): Y para los ojos cansados, cualquier luz es fuerte, y para los labios cansados, cada hálito es penoso (*sonriendo*), y para los oídos cansados, cualquier palabra está de más. (*Entra en la casa con el aya.*)

LEONCE: ¡Oh, caro Valerio! ¿No podría decir yo también: «con esto, con un bosque de plumas y un par de rosas de Provenza en mis

zapatos...»¹. Lo he dicho, creo, muy melancólicamente. Gracias a Dios, está empezando a nacer en mí la melancolía. El aire ya no es tan claro y frío, el cielo llameante se hunde en torno a mí, y están cayendo gruesas gotas. ¡Oh, esa voz!: «¿Es tan largo el camino?». Hay muchas voces que hablan de la tierra y se creería que hablan de otras cosas, pero ésta, yo la he entendido: descansa sobre mí como el espíritu que flotaba sobre las aguas antes de que se hiciera la luz. ¡Qué ebullición en lo profundo, cómo surge en mí la vida, cómo se diluye esa voz en el espacio! ¿Es tan largo el camino? (*Sale.*)

VALERIO: No, el camino a la casa de locos no es tan largo, es fácil de encontrar, yo conozco todos los senderos, todos los caminos vecinales y todas las calzadas que conducen a él. Yo ya le estoy viendo marchar por una amplia avenida, en un glacial día de invierno, el sombrero bajo el brazo, a la sombra alargada de los pelados árboles y abanicándose con el pañuelo. ¡Es un loco! (*Le sigue.*)

[II, 3]

UNA HABITACION

Lena. El aya.

AYA: No penséis en ese hombre.

LENA: Era tan viejo bajo sus largos rizos. La primavera en las mejillas, el invierno en el corazón. Eso es triste. El cuerpo fatigado encuentra por doquier un almohadón, pero si el espíritu está fatigado, ¿dónde descansará? Se me está ocurriendo una idea terrible; yo creo que hay personas que son desgraciadas, incurables, por el simple hecho de existir. (*Se levanta.*)

AYA: ¡A dónde, hija mía?

LENA: Quiero bajar al jardín.

AYA: Pero...

LENA: Pero, aya querida, tú sabes que, en realidad, a mí habrían tenido que plantarme en un tiesto. Yo necesito el rocío y el aire de la noche como las flores. ¿Oyes la armonía del atardecer? Los grillos acunan al día con su canto, y los dondiegos de noche lo duermen con su fragancia. No puedo quedarme en este aposento. Se me caen las paredes encima.

[II, 4]

EL JARDIN. NOCHE Y CLARO DE LUNA
Se ve a Lena sentada sobre la hierba.

VALERIO (*a cierta distancia*): Qué hermosa es la naturaleza, pero más bella sería si no hubiera mosquitos y si las camas de las posadas

1. W. Shakespeare, *Hamlet*, III, 2.

estuvieran un poco más limpias y los relojes de la muerte¹ no hicieran ruido en las paredes. Dentro roncan las personas y fuera croan las ranas, dentro cantan los grillos domésticos y fuera los grillos del campo. Tierra querida, voy a tomar una decisión a ras de tierra. (*Se tumba en el césped.*)

LEONCE (*entra*): Oh noche, balsámica como la primera noche que descendió sobre el Paraíso. (*Echa de ver a la princesa y se acerca a ella sigilosamente.*)

LENA (*hablando para sí*): La curruca ha gorjeado en sueños, duerme más profundamente la noche, empalidecen sus mejillas y su respiración se torna más silenciosa. La luna es como una niña dormida, los rizos de oro se le han desparramado por el rostro durante el sueño. ¡Oh, es muerte su sueño! ¡Cómo reposa el ángel muerto sobre su oscura almohada, con las estrellas ardiendo como cirios a su alrededor! Pobre niña, ¿vendrá pronto el coco a buscarte? ¿Dónde está tu madre? ¿No quiere venir a besarte por última vez? ¡Ay, qué tristeza, muerta y tan sola!

LEONCE: Levántate en tu blanca túnica y camina detrás del cadáver a través de la noche y cántale un canto fúnebre.

LENA: ¿Quién habla ahí?

LEONCE: Un sueño.

LENA: Los sueños son dichosos.

LEONCE: Sueñate entonces dichosa y déjame ser tu sueño dichoso.

LENA: La muerte es el más dichoso de los sueños.

LEONCE: Déjame entonces ser tu ángel de la muerte. Deja que mis labios se posen como alas en tus ojos. (*La besa.*) Bello cadáver, tan amablemente reposas sobre la negra mortaja de la noche que la naturaleza odia la vida y se enamora de la muerte.

LENA: No, déjame. (*Se levanta de un salto y se aleja velozmente.*)

LEONCE: Es demasiado. ¡Demasiado! Todo mi ser se halla en este único instante. Ahora, ¡muere! Mas es imposible. ¡Cuán fresca y pura, qué bella y resplandeciente avanza la creación hacia mí, ya liberada del caos! La tierra es un cáliz de oro oscuro. En él hierve la luz y, al desbordarse, surgen como perlas las estrellas. Mis labios se hunden en él: una sola gota de esa dicha me convierte en precioso recipiente. ¡Abajo contigo, sagrado cáliz! (*Quiere precipitarse en el río.*)

VALERIO (*salta y le sujeta con los brazos*): ¡Quieto, serenísimo!

LEONCE: ¡Déjame!

VALERIO: Yo le dejaré a usted en cuanto usted se deje de bromas y deje en paz al agua.

LEONCE: ¡Idiota!

VALERIO: ¿No ha superado todavía Vuestra Alteza el romanticismo

1. «Reloj de la muerte»: coleóptero que golpea la madera produciendo un sonido rítmico semejante al tic-tac del reloj.

de cadete de tirar por la ventana la copa con la que ha bebido a la salud de la amada?

LEONCE: Estoy casi por creer que tienes razón.

VALERIO: Consuélese. Ya que no duerme esta noche bajo la hierba, dormirá al menos sobre ella. Sería un empeño igualmente suicida querer meterse en alguna de esas camas. Se yace sobre la paja como un muerto y las chinches le pican a uno como a un vivo.

LEONCE: Como quieras. (*Se echa en la hierba.*) Es lástima que me hayas estropeado el más bello de los suicidios. En toda mi vida no volveré a encontrar una ocasión tan perfecta, y hace un tiempo tan magnífico. Ahora ya ha pasado el momento. Este hombre, con su levita amarilla y sus pantalones azul-cielo, me lo ha echado todo a perder¹. Que el cielo me conceda un sueño sano y profundo.

VALERIO: Amén. Y yo he salvado una vida humana y esta noche me calentará el estómago con mi buena conciencia (...) ¡A tu salud, Valerio!

ACTO III

[III, 1]

Leonce. Valerio.

VALERIO: ¿Casarse? ¿Desde cuándo posee Vuestra Alteza un calendario para la eternidad?

LEONCE: ¿Sabes, Valerio, que hasta el más insignificante de los hombres es tan grande que la vida es demasiado breve para amarle? Y además, así no les privo del gusto a esa clase de gente que cree que nada hay tan bello y tan sagrado como para que ellos no tengan que hacerlo más bello y más sagrado aún. Esa arrogancia comporta un cierto placer. ¿Por qué no voy a permitirselo?

VALERIO: Muy humano y filobestial. ¿Pero sabe ella quién es usted?

LEONCE: Ella sólo sabe que me ama.

VALERIO: ¿Y sabe usted quién es ella?

LEONCE: ¡Idiota! Pregúntales también por su nombre al clavel y a la gota de rocío.

VALERIO: Lo que quiere decir que ella, en todo caso, es algo. A no ser que esto ya peque de falta de delicadeza y huela a señas de identidad. ¿Pero cómo va a acabar todo esto? ¡Hum! Príncipe, ¿soy ministro si hoy mismo, delante de vuestro padre, os unís indeleblemente en nupcial ceremonia a esa Inefable, a esa Innombrable. ¿Palabra?

1. Referencia jocosa al vestuario del protagonista de la novela *Las desventuras del joven Werther* (1774), de Goethe.

LEONCE: ¡Palabra!

VALERIO: El pobre diablo Valerio presenta sus respetos a Su Excelencia el señor ministro Valerio von Valerienthal. «¿Que quiere este individuo? Yo no le conozco. ¡Fuera de aquí, tunante!» (*Se marcha corriendo, seguido de Leonce.*)

[III, 2]

PLAZA DELANTE DEL PALACIO DEL REY PETER
*El Consejero provincial. El maestro de escuela.
Campesinos en atuendo dominguero,
con ramas de abeto en las manos.*

CONSEJERO PROVINCIAL: Querido señor maestro de escuela, ¿cómo se porta su gente?

MAESTRO DE ESCUELA: Se portan o, mejor dicho, soportan sus males de manera que desde hace ya bastante tiempo sólo les reporta cierto alivio el apoyarse unos en otros mójándose bien el gznate; de otro modo les sería imposible soportar tanto tiempo este calor. ¡Animo, buenas gentes...! Estirad bien por delante de vosotros las ramas de abeto, para que deis la impresión de ser un bosque de abetos y vuestras narices parezcan fresas, vuestros sombreros de tres picos cornamentas de ciervos y vuestros calzones de cuero un claro de luna, y no lo olvidéis, el último tiene que ponerse otra vez delante del primero, y así se tendrá la impresión de que estáis elevados al cuadrado.

CONSEJERO PROVINCIAL: Señor maestro de escuela, usted es realmente la sobriedad personificada.

MAESTRO DE ESCUELA: Por supuesto, pues apenas me tengo de pie de pura sobriedad.

CONSEJERO PROVINCIAL: Atención, buenas gentes, el programa dice: «La totalidad de los súbditos, voluntariamente, vestidos con pulcritud, bien alimentados y con rostros satisfechos, se colocarán a lo largo de la ruta real.» ¡No nos hagáis quedar mal!

MAESTRO DE ESCUELA: ¡Sed perseverantes! No os rasquéis detrás de las orejas ni os sonéis la nariz con los dedos cuando pase la augusta pareja, y que vuestra acogida sea calurosa si no queréis que os calienten las orejas. Agradeced lo que se hace por vosotros, se os ha apostado de forma que los vapores de la cocina pasen por encima de vosotros y así, por una vez en la vida, sepáis también vosotros cómo huele un asado. ¿Os sabéis bien la lección? Vamos a ver. ¡Vi!

CAMPESINOS: ¡Vi!

MAESTRO DE ESCUELA: ¡Vat!

CAMPESINOS: ¡Vat!

MAESTRO DE ESCUELA: ¡Vivat!

CAMPESINOS: ¡Vivat!

MAESTRO DE ESCUELA: Ya ve usted, señor Consejero provincial, cómo va en aumento esa inteligencia. Tenga en cuenta que es latín. Esta noche vamos a dar también un baile transparente, valiéndonos de los agujeros de nuestras levitas y pantalones, y a base de puñetazos nos pondremos una escarapela en la cabeza.

[III, 3] GRAN SALA: DAMAS Y CABALLEROS EN TRAJE DE CEREMONIA, CUIDADOSAMENTE AGRUPADOS
El maestro de ceremonias en primer plano, con algunos servidores.

MAESTRO DE CEREMONIAS: ¡Qué catástrofe! Todo se echa a perder. Los asados se acartonan. Los parabienes se amustian. Los cuellos duros se doblan como melancólicas orejas de cerdo. A los campesinos les están creciendo otra vez las uñas y la barba. A los soldados se les deshacen los bucles. De las doce inocentes no hay ninguna que no prefiera la posición horizontal a la vertical. En sus vestiditos blancos, parecen fatigados conejitos de seda y el poeta de la corte gruñe en derredor de ellas como cobaya afligido. Los señores oficiales están perdiendo su apostura. (*A un criado.*) Di al señor ayudante que ordene a sus chicos hacer las aguas. ¡El pobre predicador de la corte! Los faldones del frac le cuelgan melancólicamente. Yo creo que tiene ideales y que transforma a todos los gentilhombres de cámara en sillas de cámara. Se fatiga de estar inmóvil.

SEGUNDO CRIADO: Toda la carne se pone mustia de esperar. También el predicador de la corte se ha puesto mustio desde que se levantó esta mañana.

MAESTRO DE CEREMONIAS: Las damas de la corte parecen salinas de evaporación, la sal cristaliza en sus collares.

SEGUNDO CRIADO: Por lo menos van cómodas. No se puede decir que lleven algo a las espaldas. Si no tienen un gran corazón, sí están escotadas hasta el corazón.

MAESTRO DE CEREMONIAS: Sí, son unos buenos mapas del Imperio turco, se ven los Dardanelos y el Mar de Mármara. ¡Marchando, bergantes! ¡A las ventanas! Está llegando Su Majestad.

Entran el Rey Peter y el Consejo de Estado.

PETER: ¿Así que también ha desaparecido la princesa? ¿Todavía no se ha hallado ningún rastro de nuestro amado príncipe heredero? ¿Se han obedecido mis órdenes? ¿Están vigiladas las fronteras?

MAESTRO DE CEREMONIAS: Sí, Majestad. El panorama de esta sala nos permite la más estricta vigilancia. (*Al primer servidor.*) ¿Qué has visto tú?

PRIMER SERVIDOR: Un perro que busca a su amo ha cruzado el reino.

MAESTRO DE CEREMONIAS (*a otro*): ¿Y tú?

SEGUNDO CRIADO: Hay alguien que se pasea por la frontera norte, pero no es el príncipe, yo le reconocería.

MAESTRO DE CEREMONIAS: ¿Y tú?

TERCER SERVIDOR: Usted perdona, nada.

MAESTRO DE CEREMONIAS: Eso es menos aún.

PETER: Pero, Consejo de Estado, ¿no he tomado la resolución de que mi real Majestad tenía que alegrarse en el día de hoy y que en este mismo día se celebrarían las bodas? ¿No ha sido ésa nuestra inquebrantable resolución?

PRESIDENTE: Sí, Majestad, y de ello ha quedado constancia en las actas.

REY PETER: ¿Y no perdería yo credibilidad si no llevara a cabo mi resolución?

PRESIDENTE: Si en verdad fuera posible que Vuestra Majestad perdiese credibilidad, ésa sería en efecto una ocasión en la que podría perder credibilidad.

REY PETER: ¿No he dado mi real palabra? Sí, voy a llevar inmediatamente a la práctica mi resolución, voy a alegrarme. (*Se frota las manos.*) ¡Oh, cuán alegre estoy!

PRESIDENTE: Compartimos plenamente los sentimientos de Vuestra Majestad, en la medida en que ello es posible y decoroso para un súbdito.

REY PETER: ¡Oh, no quepo en mí de alegría! Daré orden de confeccionar levitas rojas a todos mis camareros, nombraré alféreces a varios cadetes, permitiré a mis súbditos..., pero, pero, ¿y la boda? ¿No dice la segunda mitad de la resolución que había de celebrarse la boda?

PRESIDENTE: Sí, Majestad.

PETER: Pero, ¿si el príncipe no viene y la princesa tampoco?

PRESIDENTE: Si el príncipe no viene y la princesa tampoco, entonces, entonces...

PETER: Entonces, ¿qué? Entonces, ¿qué?

PRESIDENTE: Entonces, desde luego, no se pueden casar.

PETER: ¡Veamos! ¿Es lógica la conclusión? Si... entonces... Sí, lógico. ¿Pero mi palabra, mi real palabra!

PRESIDENTE: Consuélese Vuestra Majestad con otras Majestades. Una palabra real es una cosa... una cosa... una cosa que no es nada.

PETER (*a los servidores*): ¿Aún seguís sin ver nada?

SERVIDOR: Majestad, nada, absolutamente nada.

PETER: Y yo, que había decidido alegrarme; justo al dar las doce quería empezar, y continuar alegrándome doce horas seguidas... Me pongo tan melancólico...

PRESIDENTE: Se ordena a todos los súbditos que compartan los sentimientos de Su Majestad.

MAESTRO DE CEREMONIAS: Pero a quienes no tengan pañuelo, se les prohíbe llorar por razones de urbanidad.

PRIMER CRIADO: ¡Un momento! ¡Ve algo! Es una especie de saliente, algo así como una nariz, el resto aún no ha cruzado la frontera; y luego veo también a un hombre y a otras dos personas de sexo opuesto.

MAESTRO DE DIRECCION: ¿En qué dirección?

PRIMER SERVIDOR: Vienen hacia acá. Se van acercando a palacio. Ya están aquí. (*Entran Valerio, Leonce, el aya y la princesa. Van enmascarados.*)

PETER: ¿Quiénes sois?

VALERIO: ¿Por ventura lo sé? (*Se va quitando despacio, una tras otra, varias máscaras.*) ¿Soy éste? ¿O éste? ¿O éste? Realmente, tengo miedo de deshojarme y de pelarme todo entero.

PETER (*desconcertado*): Pero, pero algo tendrá que ser.

VALERIO: Si Vuestra Majestad así lo ordena. Pero señores, den la vuelta a los espejos y cubran ustedes un poco sus relucientes botones y no me miren de forma que me refleje en sus ojos, o realmente no sé quién soy.

PETER: Este individuo me desconcierta, me exaspera. Estoy en la mayor de las confusiones.

VALERIO: Pero en el fondo, lo que yo quería era comunicar a un excelso y honorable público que acaban de llegar estos dos mundialmente célebres autómatas y que yo quizá sea el tercero y más singular de los dos, si yo mismo supiera quién soy en realidad, de lo cual, por cierto, no habría que extrañarse, puesto que ni yo mismo sé nada de lo que hablo, más aún, ni siquiera sé que no lo sé, de forma que es sumamente probable que sólo se me esté haciendo hablar y que en realidad no sean sino cilindros y fuelles los que están diciendo todo esto (*con voz ronca*). Vean ustedes aquí, señoras y señores, a dos personas de ambos sexos, un varón y una hembra, un caballero y una dama. No son sino artificio y mecanismo, cartón piedra y resortes de relojería. Cada uno de los dos tiene un fino, un finísimo resorte de rubí bajo la uña del dedo pequeño del pie derecho; apretando un poquito, el mecanismo marcha cincuenta años seguidos. Los dos están perfectamente trabajados hasta tal punto que no sería posible distinguirlos de otras personas si no se supiera que son mero cartón piedra; propiamente se les podría convertir en miembros de la humana sociedad. Ambos son sumamente finos, pues hablan un alemán elegantísimo. Son sumamente morales, pues se levantan a toque de campana, almuerzan a toque de campana y se acuestan a toque de campana, y también hacen bien la digestión, lo que prueba que tienen la conciencia tranquila. Tienen un fino sentido de la decencia, pues la dama no dispone de ninguna palabra para designar los calzones y al caballero le es totalmente imposible subir una escalera detrás de una mujer o bajarla delante de ella. Son muy cultos, pues la dama canta todas las óperas

recientes y el caballero lleva camisa de puños. Pongan atención, señores y señoras, ahora se hallan en un interesante estadio, el mecanismo del amor empieza a tener efectos visibles, el caballero ya le ha llevado varias veces el chal a la dama, la dama ya ha puesto, embelesada, varias veces los ojos en el cielo. Ambos ya han susurrado repetidas veces: ¡Fe, esperanza y caridad! Ambos parecen ya perfectamente acordes, sólo falta una palabrita. Amén.

PETER (*poniéndose el dedo sobre la nariz*): ¿In effigie? ¿In effigie? Presidente, cuando se ahorca a una persona in effigie ¿no es igual de correcto que cuando se la ahorca con todas las de la ley?

PRESIDENTE: Perdone, Majestad, es mucho mejor aún, pues sin que se le haya hecho mal alguno, esa persona ha sido ahorcada.

PETER: Ya lo tengo. Vamos a celebrar la boda in effigie. (*Señalando a Leonce y a Lena:*) Este es el príncipe, ésta la princesa. Voy a llevar a cabo mi resolución, voy a alegrarme. Que toquen las campanas, preparad vuestros parabienes, deprisa, señor predicador de la corte. (*El predicador de la corte avanza, carraspea, levanta varias veces los ojos al cielo.*)

VALERIO: ¡Empieza! ¡Deja esas malditas muecas y empieza! ¡Adelante! PREDICADOR DE LA CORTE (*completamente confuso*): Si nosotros, o bien, pero...

VALERIO: Siendo así que y en consideración a...

PREDICADOR DE LA CORTE: Puesto que...

VALERIO: Antes de la creación del mundo sucedió...

PREDICADOR DE LA CORTE: Que...

VALERIO: Dios disponía de largo tiempo.

PETER: Sobre todo sea usted breve, señor mío.

PREDICADOR DE LA CORTE (*reportándose*): Si se digna Vuestra Alteza, príncipe Leonce del reino de Popo, y si se digna Vuestra Alteza, princesa Lena del reino de Pipi, y si se dignan Vuestras Altezas quererse mutua y recíprocamente el uno al otro, digan ambos en voz alta y perceptible: Sí.

LEONCE Y LENA: Sí.

PREDICADOR DE LA CORTE: Entonces, yo digo: Amén.

VALERIO: Bien hecho, breve y conciso; ya están creados el hombre y la mujer, y todos los animales del Paraíso se hallan a su alrededor.

(*Leonce se quita la máscara.*)

TODOS: ¡El príncipe!

PETER: ¡El príncipe! ¡Hijo mío! Estoy perdido, me han engañado. (*Se dirige a la princesa:*) Y este personaje, ¿quién es? Doy orden de declarar todo inválido.

AYA (*le quita la máscara a la princesa; con voz de triunfo*): ¡La princesa!

LEONCE: ¿Lena?

LENA: ¿Leonce?

LEONCE: Lena, creo que ha sido la huida al Paraíso. Me han engañado.

LENA: Me han engañado.

LEONCE: ¡Oh, Fortuna!

LENA: ¡Oh, Providencia!

VALERIO: Esto es para reírse, esto es para reírse. Sus Altezas, en efecto, se han encontrado fortuitamente, y espero que, obedeciendo a la Fortuna, sean por siempre afortunados.

AYA: Que mis viejos ojos hayan llegado a ver esto. Un príncipe errante. Ahora muero tranquila.

PETER: Hijos míos, estoy emocionado, apenas puedo contener mi emoción. Soy el más feliz de los hombres. Pero con esto pongo solemnemente el gobierno en tus manos, hijo mío, e inmediatamente voy a empezar a pensar sin que nadie me moleste. Hijo mío, tú podrías dejarme a estos sabios aquí presentes (*señala con un gesto al Consejo de Estado*) para que secunden mis esfuerzos. Vengan ustedes, señores, tenemos que pensar, pensar sin que nos molesten. (*Se aleja con el Consejo de Estado.*) Ese hombre me ha sumido antes en la confusión, es preciso que vuelva a recuperarme.

LEONCE (*a los circunstantes*): Señores, mi esposa y yo lamentamos profundamente que hoy hayan tenido que dedicar tanto tiempo a nuestro servicio. Su situación de ustedes es tan triste que en modo alguno quisiéramos poner por más tiempo a prueba su constancia. Váyanse ahora a casa, pero no olviden sus discursos, sus sermones y sus versos, pues mañana, en paz y contento, volveremos a empezar el juego. ¡Adiós!

Todos se alejan, excepto Leonce, Lena, Valerio y el aya.

LEONCE: Y ahora, Lena, ¿ves tú qué llenos tenemos los bolsillos, llenos de muñecos y de juguetes? ¿Qué vamos a hacer con todo esto? ¿Les pintamos bigotes y les ponemos sables? ¿o les vestimos de frac y les mandamos hacer política y diplomacia protozoica, y nosotros nos sentamos a su lado con un microscopio? ¿O te agradaría tener un organillo sobre el cual correteen estíricas musarañas, blancas como la nieve? ¿Por qué no construimos un teatro? (*Lena se reclina sobre él y sacude la cabeza.*) Pero yo sé mejor lo que tú quieres; vamos a mandar destruir todos los relojes, prohibir todos los calendarios, y contaremos las horas y las lunas sólo con el reloj de las flores, sólo según floraciones y frutos. Y luego rodearemos nuestro pequeño país de grandes espejos ardientes para que desaparezca el invierno y nosotros nos destilemos en el verano y lleguemos hasta Ischia y Capri, y vivamos todo el año entre rosas y violetas, entre naranjos y laureles.

VALERIO: Y yo seré ministro y promulgaré un decreto según el cual quien críe callos en las manos será puesto bajo tutela, quien caiga

enfermo por trabajar habrá cometido un delito digno de castigo, quien se ufane de comer el pan con el sudor de su frente será declarado perturbado mental y un peligro para la sociedad humana, y luego nos tumbaremos a la sombra y pediremos a Dios macarrones, melones e higos, gargantas armoniosas, cuerpos clásicos y una religión cómoda.

WOYZECK

PERSONAJES

FRANZ WOYZECK
MARIE
CHRISTIAN, el hijo de ambos
CAPITAN
DOCTOR
PROFESOR
EL TAMBOR MAYOR
UN SUBOFICIAL
ANDRES
MARGRETH, una vecina de Marie
EL PREGONERO de una barraca de feria
UN VIEJO
EL JUDIO
EL MESONERO
PRIMER ARTESANO
SEGUNDO ARTESANO
KARL, un idiota
KÄTHE
LA ABUELA
PRIMERA NIÑA
SEGUNDA NIÑA
OTRA NIÑA
PRIMERA PERSONA
SEGUNDA PERSONA
UJIER del tribunal
MEDICO FORENSE
JUEZ
Soldados, estudiantes, gentes, muchachas jóvenes y niños

[1] CAMPO ABIERTO. LA CIUDAD A LO LEJOS
Woyzeck y Andrés cortan varas en los matorrales.

WOYZECK: Sí, Andrés; allí, sobre aquella franja de hierba, allí rueda la cabeza por la noche; uno la levantó una vez, pensaba que era un erizo. Tres días y tres noches, y yacía en la caja. (*En voz baja:*) Andrés, eran los masones, ahora ya lo sé, los masones, chsss...

ANDRES (*canta*): Dos conejos en el prado
se han comido todo el verde, verde...

WOYZECK: ¡Calla! ¡Algo se mueve! ¡Escucha!

ANDRES: Se han comido todo el verde, verde,
y ni una hierba han dejado.

WOYZECK: Se mueve detrás de mí, debajo de mí (*da patadas en el suelo*), está hueco, ¿lo oyes? Todo hueco aquí debajo. ¡Los masones!

ANDRES: Tengo miedo.

WOYZECK: Hay un silencio tan raro. Uno querría contener la respiración. ¡Andrés!

ANDRES: ¿Qué?

WOYZECK: ¡Di algo! (*Mira fijamente al horizonte.*) ¡Andrés! ¡Qué claridad! Un fuego recorre el cielo y se oye un estruendo como de trombones. ¡Que se nos echa encima! Vámonos. No mires atrás. (*Le arrastra hasta la maleza.*)

ANDRES (*tras una pausa*): Woyzeck, ¿lo oyes todavía?

WOYZECK: Silencio, todo está en silencio, como si el mundo hubiera muerto.

ANDRES: ¿Lo oyes? Son los tambores del cuartel. Tenemos que irnos.

[2] MARIE CON SU HIJO EN LA VENTANA. MARGRETH
Pasa la retreta, a la cabeza el tambor mayor.

MARIE (*meciendo al niño en los brazos*): Ea, mi niño, ea. A la nana nanita. ¿Oyes? Por ahí vienen.

MARGRETH: ¡Qué buen mozo! Como un roble mismamente.

MARIE: Como un león, con esa planta.

(*El tambor mayor saluda.*)

MARGRETH: Vaya, vaya, qué ojitos tiernos, vecina, de usted no lo habría pensado.

MARIE (*canta*): Los soldados, los soldados son mozos galanes...

MARGRETH: Aún le siguen brillando a usted los ojos.

MARIE: ¿Y qué? Lleve usted los suyos al judío y que se los limpie, a lo mejor le brillan también y puede venderlos por dos reales.

MARGRETH: ¿Cómo se atreve? Señora doncella, yo soy una persona decente, ¿pero usted? Usted traspasaría con la mirada siete pares de calzones de cuero.

MARIE: ¡Tunanta! (*Cierra de golpe la ventana.*) Ven, mi niño. ¿Qué quiere la gente? Aunque no seas más que el pobrecito hijo de una puta, eres la alegría de tu madre, con esa carita de pícaro. ¡Ea, ea! (*Canta:*)

Muchacha, qué vas a hacer
 con un niño y sin marido.

Esta noche cantaré

y no pregunto al destino.

Nana, nanita, mi niño, ¡ohé!

Nadie hace nada por mí.

Engancha las jacas blancas,

Hansel, dales de comer,

no quieren comer cebada,

agua no quieren beber.

Vino fresco es lo que quieren, ¡ohé!

vino fresco es lo que quieren.

(*Llaman a la ventana.*)

MARIE: ¿Quién va? ¿Eres tú, Franz? ¡Entra!

WOYZECK: No puedo. Han tocado a retreta.

MARIE: ¿Qué te pasa, Franz?

WOYZECK (*con misterio*): Otra vez ha pasado una cosa, muchas cosas; ¿no está escrito: «Y he aquí que subía una humareda de la tierra, semejante a la humareda de una hoguera?»

MARIE: ¿Qué estás diciendo?

WOYZECK: Me ha venido siguiendo hasta las mismas puertas de la ciudad. ¿Qué va a pasar?

MARIE: ¡Franz!

WOYZECK: Tengo que irme. (*Se va.*)

MARIE: ¡El pobre! Tan desquiciado. Ni siquiera ha mirado a su hijo.

Va a perder el seso de tanto pensar. ¿Por qué estás tan callado, bonito? ¿Tienes miedo? Cómo se está poniendo esto de oscuro, pensaría una que está ciega. Otras veces entra la claridad del farol. No lo soporto. Me da miedo. (*Sale.*)

[3] PLAZA PUBLICA. BARRACAS. LUCES

VIEJO: Niño (*que baila*)

Nada dura en esta vida.

Al fin todos moriremos,

Eso es cosa bien sabida.

WOYZECK: Sí. ¡Así se baila! ¡Pobre hombre, qué viejo! ¡Pobre niño, qué joven! Venga, Marie, ¿quieres que te lleve? Un hombre tiene que... para poder comer. ¡Mundo! ¡Hermoso mundo!

PREGONERO (*delante de una barraca*): ¡Señoras! ¡Caballeros! Vean ustedes la criatura tal y como Dios la formó: nada, nada de nada. Vean ahora el arte: anda derecho, lleva levita y pantalón, lleva un sable. ¡Así! ¡Haz una reverencia! Así se hace. ¡Echa un beso! (*Toca la trompeta.*) Michel entiende de música. Señoras y caballeros, vean aquí presentes al caballo astronómico y estos bonitos canarios cantores: son los favoritos de todos los potentados de Europa y miembros de todas las sociedades científicas. Le leen el porvenir a todo el mundo, cuántos años tiene uno, cuántos hijos, qué enfermedades; sabe disparar con pistola y andar a la pata coja. Educación, sólo educación; tienen un raciocinio animal o más bien una animalidad dotada de raciocinio. No es una bestia irracional, como tantas personas, a excepción del distinguido público. ¡Pasen, señores! ¡Empieza la función, el comienzo del comienzo va a dar comienzo inmediatamente!

Vean los adelantos de la civilización. Todo progresa, el caballo, el mono, el canario. El mono ya es un soldado, todavía no es mucho, el escalón más bajo del género humano. Principia la representación. ¡El inicio, el inicio! ¡El comienzo va a dar comienzo inmediatamente!

WOYZECK: ¿Tú quieres?

MARIE: ¿Por qué no? Bien lindo que será. Qué borlas le cuelgan al hombre y la mujer lleva pantalones.

Suboficial. Tambor mayor.

SUBOFICIAL: ¡Ahora! ¡Mira! ¿La ves? ¡Qué mujer!

TAMBOR MAYOR: ¡Demonios! ¡Qué buena para la reproducción de regimientos de coraceros y para la cría de tambores mayores!

SUBOFICIAL: Tal y como lleva la cabeza, se creería que la melena negra tira de ella hacia abajo, como una pesa, y esos ojos negros...

TAMBOR MAYOR: Como quien mira en lo hondo de un pozo o al fondo de una chimenea. ¡Venga, a seguirla!

MARIE: ¡Cuántas luces!

WOYZECK: Sí... un gato grande y negro con ojos de fuego. ¡Ay, qué noche!

En el interior de la barraca.

PREGONERO (con un caballo amaestrado): ¡Muestra tu talento! ¡Muestra tu raciocinio animal! ¡Avergüenza a la sociedad humana! Caballeros, este animal que ven ustedes aquí, con su cola y sus cuatro pezuñas, es miembro de todas las sociedades científicas, es profesor de nuestra universidad, donde los estudiantes aprenden con él a montar a caballo y a manejar la fusta. Eso era el raciocinio simple. Piensa ahora en el raciocinio doble. ¿Qué haces tú cuando piensas con el raciocinio doble? ¿Hay algún burro entre los miembros del docto público aquí presente? (El caballo sacude la cabeza.) ¡Vean ustedes ahora el raciocinio doble! ¡Esto se llama equinosofía! Sí, no es una bestia sin inteligencia, es una persona. Un ser humano, un ser humano animal y sin embargo un bruto, una bestia. (El caballo se comporta indecorosamente.) Y ahora estás avergonzando al docto público. Vean ustedes, este bruto sigue siendo naturaleza, naturaleza en estado puro. Aprendan de él. Pregunten al médico, es altamente perjudicial. Se ha dicho: hombre, sé natural, estás hecho de polvo, arena, cieno. ¿Y tú quieres ser más que polvo, arena, cieno? Vean ustedes qué raciocinio, sabe hacer cuentas y sin embargo no sabe contar con los dedos, ¿por qué? Simplemente, no sabe expresarse, ni explicarse, es un ser humano metamorfoseado. Di a estos señores qué hora es. ¿Quién tiene un reloj, entre todos estos caballeros y señoras, un reloj?

SUBOFICIAL: ¡Un reloj! (Con gesto grandioso y pausado saca un reloj del bolsillo.) Helo aquí, caballero.

MARIE: Eso tengo que verlo. (Se encarama en la primera fila. El tambor mayor la ayuda.)

[4]

BUHARDILLA

*Marie sentada con su niño en el regazo,
un trocito de espejo en la mano.*

MARIE (se mira en el espejo): ¡Cómo brillan las piedras! ¿Qué piedras serán? ¿Cómo ha dicho él?... Duerme, niño. Cierra los ojos, bien fuerte (el niño se tapa los ojos con las manos), más aún; quédate así, a callar o viene a buscarte.

(Canta:)

Niña, cierra los postigos;
si no, viene un gitanillo
que te lleva de la mano
al país de los gitanos.

(Se mira otra vez en el espejo.)

Seguro que es oro. Los pobres sólo tenemos un rinconcito en el mundo y un trocito de espejo, y sin embargo, yo tengo una boca tan grana como las señoronas, con esos espejos donde se ven de arriba abajo y con esos caballeros tan guapos que les besan la mano; yo soy sólo una pobre mujer. (El niño se incorpora.) Niño, a ser bueno, cierra los ojos, el angelito del sueño. Mira cómo corre por la pared (juega con los reflejos del espejo), a dormir, o te mira dentro de los ojos hasta dejarte ciego.

Entra Woyzeck, se detiene detrás de Marie.

Esta, sobresaltada, se lleva las manos a las orejas.

WOYZECK: ¿Qué te pasa?

MARIE: Nada.

WOYZECK: Algo te brilla debajo de las manos.

MARIE: Un pendiente pequeñito; me lo he encontrado.

WOYZECK: Yo nunca me he encontrado nada así. Y dos a la vez.

MARIE: ¿Soy acaso una cualquiera?

WOYZECK: Está bien, Marie. ¡Cómo duerme el niño! Cógele por debajo del brazo, la silla le hace daño. Tiene la frente llena de goterones; todo es trabajo bajo el sol, sudar hasta durmiendo. ¡Pobres que somos! Esto es dinero otra vez, Marie, la soldada y un poco más de mi capitán.

MARIE: Dios te lo pague, Franz.

WOYZECK: Tengo que irme. Esta noche, Marie. Adiós.

MARIE (sola, tras una pausa): Soy una mala persona. Sería capaz de apuñalarme. ¡Bah! ¿Qué importa el mundo? Todo acaba marchándose al diablo, el hombre y la mujer.

[5]

EL CAPITAN. WOYZECK

El capitán en una silla. Woyzeck le afeita.

CAPITAN: Despacio, Woyzeck, despacio, una cosa después de otra. Me das vértigo. ¿Qué voy a hacer con los diez minutos que me sobran hoy porque tú terminas antes? Calcula, Woyzeck, aún te quedan por vivir tus treinta hermosos años; ¡treinta años! O sea, trescientos sesenta meses y días, horas, minutos. ¿Qué quieres hacer con esa enorme cantidad de tiempo? Adminístralo bien, Woyzeck.

WOYZECK: Sí, mi capitán.

CAPITAN: Tengo mucho miedo por el mundo cuando pienso en la eternidad. ¡Hay que ocuparse, Woyzeck, ocuparse! La eternidad es eterna, es eterna, eso lo entiendes; pero luego, no es eterna, y es un instante, sí, un instante. Woyzeck, me entran escalofríos cuando pienso que la tierra da un giro completo en un día. ¡Qué

pérdida de tiempo! ¿A dónde vamos a parar? Woyzeck, yo ya no puedo ver una rueda de molino sin ponerme melancólico.

WOYZECK: Sí, mi capitán.

CAPITAN: Woyzeck, estás siempre como tan acuciado. Una persona buena no hace eso, una persona buena que tiene la conciencia tranquila. Pero ¡dí algo, Woyzeck! ¿Qué tiempo hace hoy?

WOYZECK: Malo, mi capitán, malo. Viento.

CAPITAN: Ya lo noto, hay algo muy ligero ahí fuera; un viento así me hace el efecto de un ratón. (*Con picardía.*) Creo que es algo así como viento norte-sur.

WOYZECK: Sí, mi capitán.

CAPITAN: ¡Ja, ja, ja!, ¡norte-sur! ¡Ja, ja, ja! Oh, qué necio eres, horriblemente necio. (*Conmovido.*) Woyzeck, eres una buena persona, una buena persona..., pero (*con gravedad*), Woyzeck, no tienes moralidad. Moralidad es cuando uno es moral, ¿comprendes? Es una palabra buena. Tienes un hijo sin la bendición de la Iglesia, como dice nuestro muy reverendo capellán, sin la bendición de la Iglesia; la expresión no es mía.

WOYZECK: Mi capitán, Dios no va a tenerle en cuenta a la pobre criatura que no le hayan echado el amén antes de fabricarla. El Señor ha dicho: dejad que los niños vengan a mí.

CAPITAN: ¿Qué estás diciendo? ¿Qué curiosa respuesta es ésta? Me llena de confusión tu respuesta. Cuando yo digo tú, quiero decir, tú, tú.

WOYZECK: Pobres que somos. Mire usted, mi capitán: dinero, dinero. Quien no tiene dinero... Que uno haya de traer al mundo a otro de su misma condición pensando en la moralidad. Uno es también de carne y hueso. Los pobres siempre somos desgraciados, en este mundo y en el otro. Yo creo que si fuésemos al cielo, tendríamos que ayudar a tronar.

CAPITAN: Woyzeck, no tienes virtud, no eres una persona virtuosa. ¿Carne y hueso? Cuando estoy tumbado junto a la ventana y ha llovido y se me van los ojos detrás de esas medias blancas que dan saltitos por la calle... ¡Maldita sea, Woyzeck!, entonces es amor lo que siento. Yo también soy de carne y hueso. Pero, Woyzeck, la virtud, la virtud. ¿Cómo iba a pasar el tiempo yo, si no? Lo que yo me digo siempre: eres una persona virtuosa (*emocionado*), una buena persona, una buena persona.

WOYZECK: ¡Sí, mi capitán, la virtud! Yo aún no sé lo que es eso. Mire usted, la gente común como yo no tiene virtud, a uno le viene la naturaleza así, sin más; pero si yo fuese un caballero y tuviera sombrero y reloj y una levita inglesa y hablara como los señoritos, sí que me gustaría entonces ser virtuoso. Tiene que ser bien lindo eso de la virtud, mi capitán. Pero yo soy un hombre pobre.

CAPITAN: Está bien, Woyzeck. Eres una buena persona, una buena persona. Pero piensas demasiado, eso desgasta, siempre estás

como tan acuciado. El platicar contigo me ha fatigado mucho. Máchate ahora y no corras tanto; despacio, despacito por la calle abajo.

[6]

BUHARDILLA

Marie. Tambor mayor.

TAMBOR MAYOR: ¡Marie!

MARIE (*con una mirada expresiva*): Camina un poco, que te vea... El pecho, como un toro; las barbas, como un león. No hay ninguno que te iguale. Estoy orgullosa entre todas las mujeres.

TAMBOR MAYOR: Cuando los domingos voy con el penacho de plumas y los guantes blancos, maldita sea, Marie, el príncipe dice siempre: Muchacho, qué buena planta tienes.

MARIE (*burlándose*): ¡Cuéntaselo a otra! (*Se pone delante de él*): ¡Qué hombre!

TAMBOR MAYOR: ¡Y tú también eres una chica de buen ver, pardiez! ¿Y si pusiéramos un criadero de tambores mayores? ¿Eh? (*La abraza*).

MARIE (*malhumorada*): ¡Déjame!

TAMBOR MAYOR: ¡Animalito salvaje!

MARIE (*con violencia*): ¡Tócame, a ver!

TAMBOR MAYOR: ¿Te sale el diablo por los ojos?

MARIE: ¡Qué más da! ¡Al fin y al cabo!

[7]

EN LA CALLE

Marie, Woyzeck.

WOYZECK (*la mira fijamente, sacudiendo la cabeza*): ¡Hum! No veo nada, no veo nada. ¡Oh, tendría que verlo uno mismo, tendría uno que poder agarrarlo bien fuerte con las manos.

MARIE (*intimidada*): ¿Qué te pasa, Franz? Estás disparatando, Franz.

WOYZECK: Un pecado tan gordo y tan ancho. Apesta tanto que se podría ahumar a los ángeles y ahuyentarlos del cielo. Tienes roja la boca, Marie. ¿No te han salido ampollas? Adiós, Marie, eres hermosa como el pecado. ¿Puede ser tan hermoso el pecado mortal?

MARIE: Franz, estás delirando, tienes fiebre.

WOYZECK: ¡Maldita sea! ¿Ha estado plantado ahí? ¿Así? ¿Así?

MARIE: Como el día es largo y el mundo viejo, puede haber muchas personas en el mismo sitio, una después de otra.

WOYZECK: Lo he visto. Yo le he visto.

MARIE: Se pueden ver muchas cosas cuando se tienen ojos y no se es ciego y luce el sol.

WOYZECK: Tú vas a ver.
MARIE (*con insolencia*): Bueno, ¿y qué?

[8] EN CASA DEL DOCTOR
Woyzeck. El doctor.

DOCTOR: ¿Cómo es posible, Woyzeck? Un hombre tan formal.
WOYZECK: ¿Qué pasa, doctor?
DOCTOR: Lo he visto, Woyzeck; has orinado en plena calle, has meado contra la pared como un perro. Y sin embargo, dos centavos diarios. Woyzeck, muy mal. El mundo es malo, muy malo.
WOYZECK: Pero, doctor, si a uno le viene la naturaleza.
DOCTOR: ¡Viene la naturaleza, viene la naturaleza! ¡La naturaleza! ¿No he demostrado yo que el musculus constrictor vesicae está sometido a la voluntad? ¡La naturaleza! Woyzeck, el hombre es libre, en el hombre la individualidad se transfigura en libertad. ¡No poder contener la orina! (*Sacude la cabeza, cruza las manos detrás de la espalda y pasea de un lado a otro.*) ¿Ya has comido los guisantes, Woyzeck? Va a haber una revolución en la ciencia, yo voy a hacerla saltar por los aires. Urea, 0,10, clorhidrato de amonio, hiperoxidul.
Woyzeck, ¿no tienes que orinar otra vez? Entra ahí e inténtalo.
WOYZECK: No puedo, doctor.
DOCTOR (*irritado*): ¡Pero contra la pared sí orinas! Lo tengo por escrito, tengo el trato en la mano. Lo he visto, con estos ojos lo he visto, yo sacaba justamente la nariz por la ventana para que le entraran bien los rayos del sol y poder así observar el estornudo. (*Se acerca a él con decisión.*) No, Woyzeck, no me irrita, irritarse no es sano, irritarse no es científico. Estoy tranquilo, muy tranquilo, mi pulso tiene sus habituales sesenta pulsaciones y te lo digo con la mayor sangre fría. Dios me libre de excitarme a causa de un ser humano. ¡Si al menos fuese una salamandra lo que se le muere a uno! Pero no tendrías que haber orinado en la pared.
WOYZECK: Mire, doctor, a veces uno tiene como un carácter, como una estructura. Pero la naturaleza es otra cosa, sabe usted, la naturaleza (*da un chasquido con los dedos*) es algo así cómo, no sé expresarme, como, digamos...
DOCTOR: Woyzeck, ¿filosofando otra vez?
WOYZECK (*confidencial*): Doctor, ¿ha visto usted alguna vez la naturaleza doble? Cuando el sol está en lo alto del mediodía y es como si al mundo lo devorasen las llamas, me ha hablado una voz terrible.
DOCTOR: Woyzeck, tienes una aberratio.
WOYZECK (*se pone el dedo sobre la nariz*): Los hongos, doctor. Ahí,

ahí está el intríngulis. ¿Ya ha visto usted qué figuras forman los hongos al crecer en el suelo? ¡Quién pudiera leerlas!
DOCTOR: Woyzeck, tienes la más hermosa aberratio mentalis partialis, segunda especie, con las características más patentes. Woyzeck, voy a darte un aumento. Segunda especie, idea fija, con estado general razonable; ¿haces todo como siempre, sigues afeitando a tu capitán?
WOYZECK: Sí, señor.
DOCTOR: ¿Tomas los guisantes?
WOYZECK: Siempre conforme a sus indicaciones, doctor. El dinero de la comida va para mi mujer.
DOCTOR: ¿Sigues prestando servicio en el cuartel?
WOYZECK: Sí, señor.
DOCTOR: Eres un caso interesante, sujeto Woyzeck, vas a recibir un aumento. Sigue tan dispuesto. A ver el pulso. Sí.

[9] CALLE
Capitán. Doctor.

CAPITAN: Doctor, los caballos me dan mucho miedo. Cuando pienso que las pobres bestias tienen que ir a pie. No corra de esa manera. ¡No menea el bastón en el aire de esa forma! Va usted a la carrera detrás de la muerte. Una buena persona que tenga la conciencia tranquila no va tan deprisa. Una buena persona. (*Agarra al doctor por la levita.*) Doctor, permítame que salve una vida humana. Va usted como una bala... Doctor, estoy tan melancólico, me entra como una exaltación, tengo siempre que ponerme a llorar cuando veo mi casaca colgada de la pared; ahí cuelga.
DOCTOR: ¡Hum! Abotargado, adiposo, cuello grueso, constitución apoplética. Sí, capitán, a usted le puede dar una apoplejía cerebral, pero también le puede dar sólo de un lado y quedarse entonces paralítico de un lado; o también, en el mejor de los casos, puede usted quedarse paralizado psíquicamente y seguir vegetando; éstas son más o menos sus perspectivas para las cuatro semanas próximas. Por lo demás, le puedo asegurar que usted constituye uno de los casos más interesantes, y si Dios quiere que su lengua se quede parcialmente paralizada, haremos los más inmortales experimentos.
CAPITAN: Doctor, no me asuste, ya ha habido gente que ha muerto del susto, pura y simplemente del susto. Ya veo a la gente con los limones en las manos¹, pero dirán: era una buena persona, una buena persona... ¡Voto al diablo! ¡Es usted un clavó de ataúd!

1. Según la novela *Titán*, de Jean Paul (1763-1825), cuando alguien muere, el cura, el sacristán y el propio muerto llevan un limón en las manos (IV, 101).

DOCTOR (*tendiéndole el sombrero*): ¿Qué es esto, señor capitán? Esto es una cabeza huera.

CAPITAN (*haciendo un pliegue en el sombrero*): ¿Qué es esto, señor doctor? ¡Esto es pura simpleza!

DOCTOR: Servidor de usted, señor penacho militar.

CAPITAN: Igualmente a sus órdenes, señor Clavo de Ataúd.

Woyzeck pasa corriendo.

CAPITAN: ¡Eh, Woyzeck! ¿A dónde vas, siempre con esas prisas? Descansa un poco. Andas por el mundo como una navaja de afeitar abierta, uno se corta si te roza; corres como si tuvieras que afeitar a un regimiento de cosacos y fueran a ahorcarte un cuarto de hora después de acabar con el último pelo..., pero, por cierto, a propósito de las barbas largas... ¿qué quería decir yo? Woyzeck, las barbas largas...

DOCTOR: Una larga barba debajo del mentón, Plinio ya habla de ello; hay que quitar esa costumbre a los soldados, eh, tú...

CAPITAN (*continúa*): A ver... Las barbas largas... Dime, Woyzeck, ¿no has encontrado ningún pelo de barba en tu sopera? ¡Eh! Entiendes lo que digo, ¿no? ¿El pelo de un hombre, de la barba de un zapador, de un suboficial, de un..., de un tambor mayor? ¡Eh, Woyzeck! Pero tú tienes una mujer decente. No te pasa como a otros.

WOYZECK: Sí, señor. ¿Qué me está queriendo decir, mi capitán?

CAPITAN: ¡Qué cara pone este hombre! Bueno, no tiene que ser precisamente en la sopa, pero si te apresuras y tuerces la esquina, acaso encuentres uno en un par de labios; un par de labios, Woyzeck, otra vez he sentido el amor, Woyzeck. ¿Qué te pasa?, estás blanco como el papel.

WOYZECK: Mi capitán, yo soy un pobre diablo... Y no tengo otra cosa en el mundo, mi capitán, si está usted bromeando...

CAPITAN: ¿Bromeando yo? ¡A ti te voy a dar yo bromas, mentecato!

DOCTOR: El pulso, Woyzeck: breve, duro, arrítmico, desigual.

WOYZECK: Mi capitán, la tierra quema como el infierno, pero yo estoy helado, estoy helado; el infierno es frío, ¿qué se apuesta? Imposible. Dios, Dios... ¡Imposible!

CAPITAN: Eh, tú, ¿quieres que te fusilen, quieres que te metan un par de balas en la cabeza? Me estás apuñalando con los ojos, yo te quiero bien, porque eres buena persona, Woyzeck, buena persona.

DOCTOR: Músculos faciales rígidos, tensos, contracciones intermitentes, posición erguida, tensa.

WOYZECK: Me voy. Son posibles muchas cosas. ¡El hombre! Son posibles muchas cosas. Hace buen tiempo, mi capitán. Mire usted qué hermoso y firme es ese cielo gris, le entran a uno ganas de clavar un garfio en él y ahorcarse, tan sólo por la coma que separa el sí del no, el sí del no. Mi capitán, ¿sí, no? ¿Tiene culpa el

no del sí o el sí del no? Voy a meditar sobre esto. (*Se marcha a grandes zancadas, primero despacio luego cada vez más deprisa.*)

DOCTOR (*sale corriendo tras él*): Fenómeno, Woyzeck, aumento.

CAPITAN: A mí me produce vértigo esa gente, qué apresuramiento; el tipo largo va dando zancadas, corre como la sombra de una pata de araña, y el corto va al trote. El largo es el rayo y el corto el trueno... ¡Ja, ja, el uno a la zaga del otro! No me gusta eso. Las personas buenas son agradecidas y aman la vida, las personas buenas no son valientes. Los hijos de perra son valientes. Yo he ido a la guerra sólo para confirmarme en mi convicción de que amo la vida... De eso a ser valiente... ¡Qué ideas le vienen a uno! Grotesco, grotesco.

[10]

LA SALA DE GUARDIA

Woyzeck. Andrés.

ANDRES (*canta*): Una moza tiene el ama
que noche y día se pasa
sentadita en el jardín...

WOYZECK: ¡Andrés!

ANDRES: ¿Qué hay?

WOYZECK: Hace bueno.

ANDRES: Sol de domingo y música a las puertas de la ciudad. Antes han pasado las mujeres, qué bullicio, todos van para allá.

WOYZECK (*inquieto*): Baile, Andrés, están bailando.

ANDRES: En el «Rössel» y en el «Stern».

WOYZECK: Baile, baile.

ANDRES: Y a mí qué.

...sentadita en el jardín,

hasta que al dar las doce

espera a los solda-ados.

WOYZECK: Andrés, no me puedo sosegar.

ANDRES: ¡Loco!

WOYZECK: Tengo que marcharme. Todo me da vueltas. ¡Qué manos tan calientes tienes! ¡Maldita sea, Andrés!

ANDRES: ¿Qué quieres?

WOYZECK: Tengo que irme.

ANDRES: Con esa golfa.

WOYZECK: Tengo que salir al aire libre, qué calor hace aquí.

[11]

MESON

*Ventanas abiertas. Baile. Bancos delante de la casa.
Artesanos.*

PRIMER ARTESANO: Llevo puesta una camisa
que no es mía, es de otra gente.
Mi alma apesta a aguardiente.

SEGUNDO ARTESANO: Hermano, ¿te hago por amistad un agujero en
la naturaleza? ¡Pardiez! ¡Quiero hacer un agujero en la naturaleza!
Yo también soy un hombre, ¿sabes?, voy a matarle todas las
pulgas que tiene en el cuerpo.

PRIMER ARTESANO: Mi alma, mi alma apesta a aguardiente. Hasta el
dinero acaba pudriéndose. ¡Nomeolvides! Qué bonito es este
mundo. Hermano, tengo que llorar hasta llenar una cuba de las
de lluvia. Me gustaría que nuestras narices fuesen botellas y que
pudiésemos vaciárnoslas el uno al otro en el gznate.

(Woyzeck se coloca junto a la ventana.)

Marie y el tambor mayor pasan bailando sin verle.)

LOS OTROS *(en coro)*:

Un cazador del Palatinado
iba una vez por un verde prado,
halí, haló, la caza es divertida,
allá en el verde llano
la caza es mi alegría.

MARIE *(al pasar por delante bailando)*: Más y más. Y más y más.

WOYZECK *(se aboga)*: Más y más, más y más. *(Se incorpora brusca-
mente y se deja caer otra vez en el banco.)* Más y más, más y más
(batiendo palmas). ¡Sí, bailad, revolcaos! ¿Por qué no apaga Dios
el sol de un soplo y que todos se revuelquen en la lujuria, macho y
hembra, hombre y bestia? ¡Hacedlo en pleno día, hacérselo a uno
encima de las manos, como los mosquitos! La hembra... La
hembra está caliente. Más y más, más y más. *(Se incorpora de un
salto.)* ¡Ese hijo de perra! Cómo la sobaba, cómo sobaba su
cuerpo, él la posee... como yo la poseía al principio.

PRIMER ARTESANO *(predica de pie sobre una mesa)*: Mas si un
caminante que se apoya en el transcurso del tiempo o que se hace
consciente de la divina sabiduría y se dice: ¿Por qué existe el
hombre? ¿Por qué existe el hombre? Pero en verdad, en verdad os
digo, ¿de qué viviría el campesino, el tonelero, el zapatero, el
médico si Dios no hubiese creado al hombre? ¿De qué viviría el
sastre si Dios no hubiese inculcado al hombre el sentimiento del
pudor, de qué el soldado si no le hubiera imbuido la necesidad de
matar a otros? Por eso, no lo dudéis, sí, sí, es bello y agradable,
pero todo lo terreno es vanidad, hasta el dinero acaba pudriéndose... Para concluir, amados oyentes, vamos a mear en forma de
cruz a fin de que muera un judío.

[12]

CAMPO ABIERTO

WOYZECK: ¡Más y más! Silencio. Música. *(Se inclina a tierra aguzan-
do el oído.)* ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué decís? Más alto, más alto. ¿Clávale
el puñal, mata a esa zorra? Apuñala, apuñala a esa zorra. ¿Lo
hago? ¿Tengo que hacerlo? ¿Lo oigo también ahí? ¿También dice
eso el viento? Siempre lo oigo, siempre, siempre: mata, apuñala.

[13]

DE NOCHE

Andrés y Woyzeck en una cama.

WOYZECK *(sacude a Andrés)*: ¡Andrés! ¡Andrés! No puedo dormir;
cuando cierro los ojos, todo me da vueltas y oigo esos violines:
más y más, siempre, siempre, y luego sale una voz de la pared, ¿tú
no oyes nada?

ANDRES: Sí, déjalos que bailen. Dios nos proteja. Amén *(vuelve a
dormirse)*.

WOYZECK: Algo me tira aquí, entre los ojos, como un cuchillo.

ANDRES: Tienes que tomar aguardiente con polvos dentro, eso corta
la fiebre.

[14]

MESON

Tambor mayor. Woyzeck. Gente.

TAMBOR MAYOR: ¡Yo soy un hombre! *(Se golpea el pecho.)* Un
hombre, digo. ¿Quién quiere algo? Quien no sea Dios borracho,
que no se meta conmigo. Le voy a vapulear hasta que se meta la
nariz en el culo. Le voy a... *(a Woyzeck)*, ¡eh, tú!, bebe, los
hombres tienen que beber. Ojalá el mundo entero no fuese más
que aguardiente, aguardiente.

WOYZECK *(silba)*.

TAMBOR MAYOR: Oye, ¿quieres que te saque la lengua del gznate y te
la enrolle en el cuerpo? *(Pelean, pierde Woyzeck.)* ¿Cuánto aire te
dejo para respirar? ¿El del pedo de una vieja?

WOYZECK *(exhausto y tembloroso, se sienta en el banco.)*

TAMBOR MAYOR: Que silbe el mentecato hasta ponerse azul. ¡Sí! El
aguardiente es mi vida. El aguardiente es mi fuerza.

UNA: Ese ya tiene bastante.

OTRA: Está sangrando.

WOYZECK: Cada cosa a su tiempo.

[15] WOYZECK. EL JUDIO

WOYZECK: La pistola es muy cara.

JUDIO: Bueno, ¿la compras o no la compras? ¿Eh?

WOYZECK: ¿Cuánto cuesta el cuchillo?

JUDIO: Está completamente derecho. ¿Quieres cortarte el pescuezo con él? Bueno, ¿qué? Te lo doy tan barato como a cualquier otro, morir te costará bien poco, pero no será de balde. ¿Te decides? Vas a tener una muerte económica.

WOYZECK: Con esto se puede cortar algo más que pan.

JUDIO: Dos centavos.

WOYZECK: ¡Aquí! (*Sale.*)

JUDIO: ¡Aquí! Como si no fuese nada. ¡Y es dinero, nada menos! El muy necio.

[16] MARIE. EL NIÑO. KARL, EL IDIOTA

MARIE (*hojea la Biblia*): «Y en su boca no se halló engaño...» ¡Señor, Señor! No me lo tengas en cuenta. (*Sigue hojeando.*) «...Y los fariseos le llevaron una mujer sorprendida en adulterio y la pusieron en medio... Mas Jesús dijo: Tampoco yo te condeno. Vete y en adelante no peques más.» (*Junta las manos.*) ¡Señor, Señor! No puedo. Señor, ¡dame sólo que pueda rezar! (*El niño se arrima más a ella.*) El niño, me da una punzada en el corazón. ¡Fuera! ¡Qué calor tan sofocante!

KARL (*tumbado, contándose cuentos con los dedos*): Este es el rey y tiene una corona de oro. Mañana me llevaré al hijo de la reina. Esta morcilla dice: Ven acá, salchichón. (*Coge al niño y se calla.*)

MARIE: No ha venido Franz, ni ayer, ni hoy; qué calor hace aquí. (*Abre la ventana.*) «...Y poniéndose a sus pies comenzó a llorar y le mojaba los pies con sus lágrimas y con los cabellos de su cabeza se los secaba; y besaba sus pies y los ungía con perfumes». (*Se da golpes de pecho.*) ¡Todo está muerto! Señor, Redentor mío, yo quisiera ungirte los pies.

[17] CUARTEL
Andrés. Woyzeck rebuscando entre sus cosas.

WOYZECK: Esta camisa, Andrés, no forma parte del uniforme, te puede servir a ti, Andrés. La cruz es para mi hermana, y el anillo; tengo también una estampa, dos corazones de oro, estaba en la Biblia de mi madre, y pone:

Sea el sufrir mi beneficio,
sea el sufrir mi solo oficio.
Como tu cuerpo, llagada y sangrante,
esté, Señor, mi alma en todo instante.

Mi madre sólo siente el calor del sol en la mano. No importa.

ANDRES (*atónito, dice a todo*): Sí.

WOYZECK (*saca un papel*): Friedrich Johann Franz Woyzeck, fusilero jurado del segundo regimiento, segundo batallón, cuarta compañía, nacido el día de la Anunciación, tengo hoy treinta años de edad, siete meses y doce días.

ANDRES: Franz, tienes que ir al hospital. Pobre, bébete el aguardiente con los polvos dentro, eso mata la fiebre.

WOYZECK: Sí, Andrés, cuando el carpintero clava los maderos de la caja, nadie sabe quién va a poner la cabeza en ella.

[18] EL PATIO DEL PROFESOR
Abajo estudiantes.

El profesor, asomado a la ventana de la mansarda.

PROFESOR: Señores, estoy en el tejado como David cuando vio a Betsabé, pero yo sólo veo los polisonos del pensionado de señoritas puestos a secar... Señores, estamos tratando el importante problema de la relación del sujeto con el objeto. Si sólo tomamos una de las cosas en las que se manifiesta la autoafirmación orgánica de lo divino en uno de los elevados niveles y si investigamos sus relaciones con el espacio, con la tierra, con el sistema planetario, señores, si yo tiro ese gato por la ventana, ¿cómo se comportará ese ser en relación con el centrum gravitationis y con el propio instinto? ¡Eh, Woyzeck! (*vocifera*), ¡Woyzeck!

WOYZECK: Señor profesor, el gato muere.

PROFESOR: Mentecato, agarras el animal con la misma delicadeza que si se tratara de tu abuela.

WOYZECK: Doctor, tengo los temblores.

DOCTOR¹: (*muy contento*): ¡Ah, ah! Muy bien, Woyzeck. (*Se frota las manos. Coge el gato.*) Qué veo aquí, señores, la nueva especie del piojo de liebre, una hermosa especie, muy diferente de la del doctor Rizinus, oscura. (*Saca una lupa. El gato se escapa.*) Señores, este animal no tiene instinto científico. A cambio, señores, vean ustedes a este hombre; desde hace tres meses no come otra cosa que guisantes, ¡observen los efectos, tómenle el pulso, vean qué desigual, aquí, y los ojos!

1. La mayor parte de los comentaristas de *Woyzeck* han hecho del profesor y del doctor un solo personaje, como si Büchner, redactando la escena a vuelapluma, hubiera decidido de pronto convertir al profesor en doctor. Nosotros nos atenemos a la edición de Munich y a los comentaristas más modernos, que conservan ambos personajes.

WOYZECK: Doctor, todo se me vuelve negro (*se sienta*).
 DOCTOR: Animo, Woyzeck, unos días y hemos concluido; palpen ustedes, señores, palpen. (*Le tocan las sienes, el pulso y el pecho.*)
 A propósito, Woyzeck, mueve las orejas para estos señores, yo ya quería mostrárselo a ustedes. Actúan en él dos músculos.
 ¡Venga! ¡Deprisa!
 WOYZECK: ¡Oh, doctor!
 DOCTOR: ¡Animal! ¿Habré de menearte yo las orejas? ¿Quieres hacer como el gato? ¿Lo ven, señores? Es la transición al asno, muchas veces como consecuencia de la educación femenina y de la lengua materna. ¿Cuántos pelos te arrancó ya tu madre cariñosamente, como recuerdo? Se te han vuelto muy escasos desde hace unos días; sí, los guisantes, señores.

[19] MARIE CON NIÑAS DELANTE DE LA PUERTA DE SU CASA

NIÑAS (*cantan*): El sol luce en la Candelaria
 y están los campos en flor.
 Marchaban por esos caminos,
 marchaban de dos en dos.
 Los pífanos iban delante,
 y los violines detrás,
 tenían rojos...

PRIMERA NIÑA: No me gusta.	OTRAS (<i>alternando</i>
SEGUNDA NIÑA: Pues qué es lo que quieres.	<i>con las otras dos</i>):
PRIMERA NIÑA: Lo que has empezado primero.	¿Por qué?
SEGUNDA NIÑA: No puedo.	Porque sí.
OTRA: Que cante.	Pero, ¿por qué
TODAS: Marieta, cántanos tú.	porque sí?

MARIE: ¡Venid acá, cangrejitos!
 Anillo, anillito,
 corona de rosas
 está el rey Herodes

...

Abuela, ¡un cuento!

ABUELA: Erase una vez un pobre niño que no tenía padre ni madre, todos se habían muerto y ya no quedaba nadie en el mundo. Se habían muerto todos. Y él fue y se puso a llorar día y noche. Y como ya no había nadie en la tierra, quiso ir al cielo, y la luna le miraba tan risueña, y cuando llegó por fin a la luna, era un trozo de madera podrida, y entonces se fue al sol y cuando llegó al sol, era un girasol seco, y cuando llegó a las estrellas, eran mosquitos de oro pequeñitos, que estaban prendidos como los prende el alfaneque en el endrino, y cuando quiso volver a la tierra, la tierra era una olla del revés, y estaba completamente solo, y entonces se

sentó y empezó a llorar y todavía sigue sentado y está completamente solo.
 WOYZECK: ¡Marie!
 MARIE (*asustada*): ¿Qué pasa?
 WOYZECK: Marie, vamos, es hora.
 MARIE: ¿A dónde?
 WOYZECK: ¿Lo sé yo acaso?

[20] MARIE Y WOYZECK

MARIE: Bueno, por allí se va a la ciudad. Esto está tan oscuro.
 WOYZECK: Vas a quedarte aquí. Ven, siéntate.
 MARIE: ¡Si tengo que irme!
 WOYZECK: No ibas a llegar muy lejos.
 MARIE: ¿Pero qué es lo que tienes?
 WOYZECK: ¿Sabes cuánto dura ya lo nuestro, Marie?
 MARIE: Para Pentecostés hará dos años.
 WOYZECK: ¿Sabes cuánto va a durar aún?
 MARIE: Tengo que irme. Está cayendo relente.
 WOYZECK: Tienes frío, Marie, y sin embargo estás caliente. Cómo te arden los labios. Aliento ardoroso de puta, y, sin embargo, yo daría el cielo por besarlos otra vez. Y cuando se está frío, ya no se tiene frío. Con el rocío de la mañana ya no sentirás frío.
 MARIE: ¿Qué estás diciendo?
 WOYZECK: Nada.

(*Silencio.*)

MARIE: ¡Qué roja brilla la luna!
 WOYZECK: Como un cuchillo ensangrentado.
 MARIE: ¿Qué te traes entre manos, Franz? ¡Estás tan pálido! ¡Franz, no! ¡Por el amor de Dios! ¡So-ocorro!
 WOYZECK: ¡Toma esto! ¡Y esto! ¿Es que no sabes morirte? ¡Así! ¡Así!
 ¡Aún sigue moviéndose! ¿Todavía no? ¿Todavía no? (*Le asesta otra puñalada.*) ¿Estás muerta? ¡Muerta, muerta!
 (*Llega gente. Sale corriendo.*)

[21] LLEGA GENTE

PRIMERA PERSONA: ¡Alto!
 SEGUNDA PERSONA: ¿Oyes? ¡Calla! ¡Por allí!
 PRIMERA PERSONA: ¡Uh! ¡Ahí! ¡Qué ruido!
 SEGUNDA PERSONA: Es el agua que llama, hace ya tiempo que no se ha ahogado nadie. Vámonos, no es bueno escucharla.
 PRIMERA PERSONA: ¡Uhh! Otra vez. Como alguien que estuviera muriéndose.

SEGUNDA PERSONA: Da miedo esta bruma. Todo gris, casi niebla... y el zumbido de los abejorros como campanas rajadas. Vámonos.
PRIMERA PERSONA: No, la voz es demasiado clara, demasiado fuerte. Por allí. Ven.

[22] EL MESON

WOYZECK: A bailar todos, más y más; ¡sudar!, ¡apestar!; al final, él vendrá a buscaros a todos (*Canta:*)

Una moza tiene el ama
que noche y día se pasa
sentadita en el jardín,
hasta que al dar las doce
espera a los soldados.

(*Baila.*) Así, Käthe. Siéntate. Tengo calor. ¡Calor! (*Se quita la casaca.*) Así es, el diablo se lleva a una y deja suelta a la otra. Käthe, estás caliente. ¿Por qué, Käthe? Tú también te pondrás fría. Sé razonable. ¿Es que no sabes cantar?

KÄTHE: Yo no quiero marcharme a Suabia
ni tampoco llevar trajes largos;
trajes largos, zapatos de tacón
no casan con la moza de un mesón.

WOYZECK: No, sin zapatos, también se puede ir al infierno sin zapatos.

KÄTHE: ¿Pero qué tienes en la mano?

WOYZECK: ¿Yo? ¿Yo?

KÄTHE: ¡Rojo! ¡Sangre! (*Se forma un corro de gente en torno a ellos.*)

WOYZECK: ¿Sangre? ¿Sangre?

MESONERO: ¡Uh! Sangre.

WOYZECK: Creo que me he cortado, aquí, en la mano derecha.

MESONERO: ¿Y cómo ha llegado la sangre hasta el codo?

WOYZECK: Me habré limpiado.

MESONERO: ¿Y cómo? ¿El codo derecho con la mano derecha? Sí que es usted mañoso.

IDIOTA: Y entonces dijo el gigante: me huele, me huele, me huele a carne humana. ¡Puah! Ese ya hiede.

WOYZECK: ¡Demonios! ¿Qué queréis? ¿Qué os importa? ¡Dejadme salir! O al primero que... ¡Demonios! ¿Creéis que he matado a alguien? ¿Soy yo un asesino? ¿Qué estáis mirando? Miraos vosotros mismos. Dejadme salir. (*Se escapa.*)

[23] WOYZECK SOLO

WOYZECK: ¿El cuchillo? ¿Dónde está el cuchillo? Lo dejé ahí. ¡Va a delatarme! ¡Más cerca, más cerca aún! ¿Qué sitio es éste? ¿Qué

estoy oyendo? Algo se mueve. Silencio. Ahí cerca. ¿Marie? ¡Ah, Marie! Silencio. Todo en silencio. ¡Ahí hay algo en el suelo! Frio, húmedo, silencioso. Hay que marcharse de este lugar. El cuchillo, el cuchillo, ¿lo tengo? ¡Ah, bueno! Gente. Allí. (*Se marcha corriendo.*)

[24] WOYZECK JUNTO A UN ESTANQUE

WOYZECK: Así, al fondo. (*Arroja el cuchillo al agua.*) Se hunde en el agua oscura, como una piedra. La luna es como un cuchillo ensangrentado. ¿Pero es que el mundo entero quiere delatarme? No, está demasiado cerca y cuando se bañen... (*se mete en el estanque y echa el cuchillo más adentro*); así, ahora, pero en verano, cuando se metan buscando conchas... Bah, para entonces ya estará oxidado. ¿Quién va a reconocerlo? ¿Por qué no lo habré roto? ¿Tengo sangre aún? Voy a lavarme. Aquí hay una mancha y aquí otra.

[25] NIÑAS

PRIMERA NIÑA: ¡Vamos, Marieta!

SEGUNDA NIÑA: ¿Qué pasa?

PRIMERA NIÑA: ¿No lo sabes? Se han ido ya todos. Hay una muerta allá fuera.

SEGUNDA NIÑA: ¿Dónde?

PRIMERA NIÑA: A la izquierda de las trincheras, en el bosquecillo, junto a la cruz roja.

SEGUNDA NIÑA: Vamos, que todavía podamos ver algo. Si no, se la llevan.

[26] UJIER. MEDICO. JUEZ

UJIER: Un buen asesinato, un asesinato auténtico, un hermoso asesinato, tan hermoso que no se puede pedir más, hace tiempo que no hemos tenido nada semejante.

[27] KARL, EL IDIOTA. EL NIÑO. WOYZECK

KARL (*con el niño en el regazo*): Se ha caído al agua, se ha caído al agua. ¡No!, se ha caído al agua.

WOYZECK: Niño, Christian.

KARL (*le mira fijamente*): Se ha caído al agua.

WOYZECK (*quiere acariciar al niño, éste no se deja y rompe a llorar*):
¡Dios mío!

KARL: Se ha caído al agua.

WOYZECK: Christian, pequeñín, te voy a regalar un caballito, arre,
arre. (*El niño le rechaza. A Karl:*) Cómprale tú un caballito al
niño.

KARL (*le mira de hito en hito*).

WOYZECK: Arre, arre, caballito.

KARL (*con ruidosa alegría*): Arre, caballito, arre, caballito (*sale
corriendo con el niño*).

SOBRE LOS NERVIOS CRANEALES

Zurich, 1836

Distinguidos oyentes:

[...] En el campo de las ciencias fisiológicas y anatómicas nos hallamos con dos concepciones fundamentales opuestas entre sí y dotadas incluso de caracteres nacionales en la medida en que una de ellas predomina en Inglaterra y Francia y la otra en Alemania. La primera contempla todos los fenómenos de la vida orgánica desde una perspectiva *teleológica* y encuentra la solución del enigma en la finalidad del efecto, en el provecho que aporta la función de un órgano. El individuo no es para ella sino algo que ha de alcanzar un fin exterior a él y que se esfuerza por afirmarse, en parte como individuo, en parte como especie, frente al mundo exterior. A sus ojos, todo organismo es una complicada máquina, dotada de medios artificiales para conservarse hasta un cierto punto. En la exhibición de las más puras y bellas formas del hombre, en la perfección de los más nobles órganos en los que la psique casi parece traspasar la materia y moverse detrás de sutilísimos velos, ella sólo ve el máximo rendimiento de que son capaces tales máquinas. Según esa concepción, el cráneo es una bóveda artificial provista de pilares y destinada a proteger a su huésped, el cerebro; mejillas y labios son un aparato para masticar y respirar, el ojo, un complicado cristal, los párpados y pestañas, sus cortinas; sí, hasta la lágrima es sólo la gota de agua que lo mantiene húmedo. Como se ve, de aquí al entusiasmo con que *Lavater* se felicita por poder hablar de algo tan divino como los labios, hay un gran trecho.

El método teleológico se mueve en perpetuo círculo, puesto que para él los efectos de los órganos comportan una finalidad. Dice, por ejemplo: si el ojo ha de cumplir su función, es necesario que la córnea permanezca húmeda y por tanto hace falta una glándula lacrimal. Esta existe, pues, para que el ojo se mantenga húmedo, y así queda explicada la existencia de tal órgano; no hay más preguntas. La

posición contraria dice en cambio: la glándula lacrimal no existe para que el ojo permanezca húmedo, sino que el ojo está húmedo porque hay en él una glándula lacrimal; o bien, para citar otro ejemplo, no tenemos manos para poder asir, sino que asimos porque tenemos manos. La *mayor finalidad práctica posible* es la única ley del método teleológico; pero como, naturalmente, también habrá que preguntar por la finalidad de esa finalidad, con cada pregunta habrá también, naturalmente, un *progressus in infinitum*.

La naturaleza no obra con vistas a determinados fines, la naturaleza no se agota en una serie infinita de fines, cada uno de los cuales condiciona el siguiente; sino que ella *se basta a sí misma* en todas sus manifestaciones. Todo lo que existe, existe por sí mismo. Buscar la ley de ese ser es la meta de la posición opuesta a la teleológica, que yo llamaré *filosófica*. Todo lo que *allí* es finalidad, es *aquí* efecto. Donde la escuela teleológica ha terminado de responder, empieza a preguntar la filosófica. Esa pregunta, que abarca todos los puntos, sólo puede hallar respuesta en una ley fundamental válida para toda la organización, y así, para el método filosófico, la existencia corporal del hombre no está a servicio de su propia conservación, sino que es la manifestación de una ley primigenia, de una ley de la belleza, ley que con los esbozos y líneas más simples crea las formas más elevadas y puras. Según el método filosófico, todo, forma y materia, está en conexión con esta ley. Las funciones son, en su totalidad, los resultados de ella. Esas funciones no están determinadas por fines exteriores, y la pretendida finalidad práctica de su coordinación e interacción no es otra cosa que la armonía necesaria en la expresión de una misma y única ley, cuyos efectos, evidentemente, no se destruyen recíprocamente.

Si se pregunta por esa ley, la misma pregunta lleva a las dos fuentes del conocimiento de las que el entusiasmo del saber absoluto siempre ha bebido hasta la embriaguez: la contemplación del místico y el dogmatismo de los filósofos de la razón. La crítica se ve obligada a negar que hasta ahora haya sido posible tender un puente entre este último y la vida natural que percibimos de manera inmediata. La filosofía del apriori se halla todavía en un desierto; hay un largo camino entre ella y el fresco verdor de la vida, y es de suma importancia la cuestión de si alguna vez le será posible recorrerlo. Pese a sus ingeniosos intentos de avanzar en este terreno, tiene que contentarse con la resignada constatación de que en todos esos esfuerzos no se trata de alcanzar una meta sino del esfuerzo como tal.

Sin embargo, aun cuando no se haya consignado ningún resultado plenamente satisfactorio, el sentido en que iban orientados todos esos esfuerzos ha bastado para que el estudio de la naturaleza haya cambiado de fisonomía. Si bien no se ha llegado a encontrar la fuente, en muchos parajes se oía el hondo fluir del agua, y en algunos puntos ésta brotaba fresca y clara. Un fuerte avance experimentaron

sobre todo la botánica y la zoología, la fisiología y la anatomía comparada. En el inmenso material, acumulado en un laborioso esfuerzo de siglos y casi imposible de ordenar y catalogar, se han formado grupos sencillos, naturales; una complicada madeja de extrañas formas, con los nombres más extravagantes, ha ido deshaciéndose en la mayor armonía; una masa de cosas que recargaba la memoria con hechos disociados y muy alejados unos de otros, se fue aproximando, o separando, e incluso llegó a estar en oposición. Aunque no se ha logrado la totalidad, han ido apareciendo espacios coherentes, y el ojo fatigado por un número infinito de hechos descansa complacido en tan hermosos parajes como son la metamorfosis de la planta a partir de la hoja; la formación del esqueleto a partir de la forma vertebrada; la metamorfosis, sí, la metempsicosis del feto durante la vida embrionaria; la idea de representación introducida por Oken en la clasificación del reino animal y tantas otras cosas semejantes. En la anatomía comparada todo tendía a una cierta unidad, a la reducción de todas las formas al tipo más simple y primitivo. Así, pronto se vio la importancia de las formaciones del sistema neurovegetativo para el desarrollo del esqueleto; únicamente con el cerebro no se ha logrado hasta hoy un tan feliz resultado. Pero puesto que ya se había afirmado que el cráneo es una columna vertebral, era preciso decir igualmente que el cerebro es una médula espinal metamorfoseada y que los nervios del cerebro son nervios espinales. Mas la demostración detallada de todo esto es hasta el día de hoy un enigma de difícil solución. ¿Cómo se pueden reducir las masas del cerebro a la sencilla forma de la médula espinal? ¿Cómo se pueden comparar los nervios del cerebro, tan complicados en su origen y desarrollo, con los nervios espinales que nacen tan uniformemente en su doble hilera de raíces a lo largo de la médula dorsal y cuyo completo recorrido es tan simple y regular, y cómo, finalmente, se puede demostrar su relación con las vértebras craneanas? Se han intentado diversas respuestas a estas preguntas. Carus se ha ocupado muy en especial de este tema.

He aquí cómo ordena él los nervios del cerebro en su obra *Von den Urteilen des Knochen- und Schalengerüsts*. En su opinión, el cerebro tiene tres protuberancias principales: los hemisferios, los cuadrigéminos y el cerebelo. A éstos corresponden tres pares de nervios craneales. Cada nervio craneal nace, de manera semejante a los nervios espinales, con dos raíces, una anterior y otra posterior, las cuales, sin embargo, no se unen en un tronco común, antes bien, cada una forma por sí sola un nervio propio. Las tres raíces posteriores son el nervio olfatorio, óptico y acústico, las anteriores, en cambio, el quinto par correspondiente al nervio óptico, y el décimo par correspondiente al nervio auditivo, mientras que la raíz anterior del nervio olfativo sólo está insinuada rudimentariamente mediante el *infundibulum*. Los restantes nervios cerebrales resultan ser subdivisiones de

estas raíces. Así, la raíz posterior del segundo nervio craneal se divide en el óptico y patético, y la anterior, en el facial, oculomotor, abductor y en el trigémino propiamente dicho; y la raíz anterior del tercer nervio craneal se divide, por su parte, en el glosofaríngeo, hipogloso, accesorio de Willis y vago propiamente dicho. Para probar lo insuficiente de esta clasificación sólo hay que poner de relieve cuán inadecuado es hacer de nervios tan claramente sensitivos como el vago y el trigésimo raíces motoras aisladas. La tentativa de mayor relevancia es seguramente la de Arnold. Según él, existen dos vértebras craneanas. De ello resulta que también existen dos orificios intervertebrales y, por tanto, dos pares de nervios craneales. La raíz anterior o motora del primer nervio craneal forma los tres nervios musculares del ojo y la pequeña porción del trigémino.

Por lo que toca al segundo nervio craneal, su raíz anterior se transforma en el hipogloso y en el nervio anejo, y su raíz posterior en el vago. Los ganglios del vago y del trigémino corresponden a los ganglios espinales. El facial se considera perteneciente al nervio craneal anterior, el glosofaríngeo, al nervio craneal posterior, sin que por otra parte estén integrados en ninguna de las dos raíces, sino que son considerados como nervios mixtos, compuestos de fibras móviles y sensitivas. La hendidura orbital superior y el orificio abierto constituyen los dos orificios intervertebrales, el orificio oval y el redondo se consideran como pertenecientes a aquélla, el orificio condiloidiano, como perteneciente a éste. Los nervios del rostro, del olfato y del oído constituyen un grupo especial, no son considerados como nervios cerebrales propiamente dichos sino como divertículos del cerebro, una concepción que se basa en su desarrollo en el feto, en la ausencia de ganglios que correspondan a los ganglios espinales y a su incapacidad para llevar al conocimiento otra sensación que la del sentido que le es propio. Contra esta división, que, como se ve a primera vista, es extraordinariamente práctica por su sencillez, se pueden hacer sin embargo varias objeciones importantes, constituyendo sobre todo una dificultad la separación de los tres nervios sensitivos superiores. El lado pasivo de la vida nerviosa aparece bajo la forma general de la sensibilidad; lo que nosotros tomamos por sentidos aislados no son sino modificaciones de ese sentido general; ver, oír, oler, gustar son sólo sus más sutiles floraciones. Así resulta de la observación gradual de los organismos. Se puede seguir paso a paso cómo poco a poco y partiendo del organismo más simple, en el que toda la actividad nerviosa consiste en una indistinta sensación general, se van segregando y desarrollando los diferentes órganos de los sentidos. Sus sentidos no son nada nuevo ni añadido, son sólo modificaciones en una potencia superior. Lo mismo vale, naturalmente, para los nervios que transmiten sus funciones; éstos se presentan en una forma más perfecta que los restantes nervios sensitivos, sin perder por ello su tipo primigenio. *Todo nervio sensitivo viene a ser*

en los animales vertebrados un haz de raíces que nace en los haces posteriores de la médula y, por tanto, los tres nervios sensitivos superiores no son sino raíces sensibles que han quedado aisladas. En los peces este comportamiento es bastante evidente y en los ciprínidos creo haber probado su origen, al igual que los otros nervios sensitivos, a partir de los haces medulares posteriores o de las pirámides superiores. Por otra parte, una discusión más amplia de esta cuestión, sobre la que aún habría mucho que decir, me llevaría demasiado lejos.

Acaso sea siempre vano intento el de querer empezar precisamente con la forma más complicada, el hombre. Las formas más simples son las que mejor orientan, ya que ellas muestran únicamente lo primario, lo absolutamente necesario. Ahora bien, esa forma simple la naturaleza nos la ofrece, en lo que concierne a este problema, o bien en estado transitorio en el feto, o bien en estado de anquilosamiento y con propia autonomía en los vertebrados inferiores. Mas en el feto, las formas cambian tan velozmente y muchas veces están insinuadas de modo tan superficial, que se tiene la mayor dificultad para llegar a resultados relativamente satisfactorios, mientras que en los vertebrados inferiores se desarrollan totalmente y nos dan así tiempo para estudiarlas en su tipo más simple y definido. En nuestro caso se trata, pues, de saber lo siguiente: ¿Qué nervios craneales aparecen primero en los vertebrados inferiores? ¿Cuál es su relación con las masas cerebrales y las vértebras cervicales? ¿Con arreglo a qué leyes, en toda la serie de vertebrados hasta el hombre, aumenta o disminuye su número, se simplifica o complica su curso? Si resumimos los hechos que nos ha proporcionado la ciencia hasta el día de hoy, encontramos nueve pares de nervios craneales, a saber: olfatorio, óptico, los tres nervios musculares del ojo, el trigémino, acústico, vago e hipogloso, en todas las clases de vertebrados, mientras que los tres restantes nervios craneales —el facial, glosofaríngeo y accesorio de Willis— ora se han desarrollado como nervios autónomos, ora aparecen sólo como ramificación del vago (o del trigémino), ora desaparecen del todo. Así, el facial se presenta en los peces como rama opercular del quinto par, desaparece luego en la mayoría de los reptiles y aves, y vuelve a surgir en los mamíferos en la medida en que la fisonomía adquiere más expresión y la respiración nasal gana en importancia. Así, el glosofaríngeo aparece en los peces como un tronco independiente, pero al repartirse en la primera branquia se comporta como una rama del vago, después, en los batracios y ofidios, se mezcla con el vago, constituyendo su *ramus lingualis*, se aísla de nuevo en los quelonios y permanece finalmente como nervio autónomo en aves y mamíferos. Así, en los peces y batracios no aparecen huellas de un nervio anejo, ya que el vago contiene él mismo las fibras motoras; sólo comienza a aislarse en los saurios, quelonios y aves, e incluso en los mamíferos, para hablar con propiedad, no

está por lo general separado del vago. A esos tres pares de nervios yo les doy el nombre de nervios derivados y cuando se presentan de modo autónomo, los considero ramas aisladas del vago y del trigémino, cuyo aislamiento depende de la función más o menos acrecentada del tronco nervioso primitivo. De este modo el problema se simplifica considerablemente, siendo ahora ésta la cuestión: ¿Cómo se pueden reducir los pares constantes al tipo de los nervios espinales? Cada uno de los nervios espinales, al abandonar el canal de la médula espinal, nace de dos haces de raíces, uno anterior que trasmite el movimiento, y uno posterior que transmite la sensación. Ambas raíces confluyen, a una cierta distancia de la médula, en un tronco nervioso común. Cada dos nervios espinales forman mediante su inserción un segmento medular que se corresponde con una vértebra. Esta es la relación más simple. Ahora bien: ¿de qué modo puede modificarse ésta?

1) Las dos raíces ya no se reúnen en un tronco común, sino que permanecen aisladas formando cada una un nervio propio, meramente motor o meramente sensible.

2) Ambas raíces se reúnen, pero en sus fibras se produce una separación parcial, de manera que en las ramas que produce el nervio constituido por esas fibras, ya no están distribuidas regularmente las fibras motoras y sensitivas. Este comportamiento constituye la transición con el precedente.

3) Una de las raíces aborta, desarrollándose únicamente la otra.

4) Del mismo modo que cada una de las dos raíces puede formar un nervio especial, ese nervio, a su vez, puede dividirse en varios troncos aislados.

Ahora bien, como demostraré en seguida, las diferencias entre el cráneo y los nervios espinales pueden reducirse a estas cuatro modificaciones. Con su ayuda no es posible distinguir seis pares de nervios cerebrales, a los que, según mi tesis, corresponden seis vértebras craneanas, lo que me parece que puedo demostrar especialmente en los peces. Los seis pares de nervios craneales son: el nervio lingual, el vago, el nervio acústico, el quinto par, el nervio óptico con el nervio oculomotor y el nervio olfatorio.

Nada es más fácil de probar que el hecho de que el hipogloso estaba provisto originariamente de una raíz posterior y de un ganglio espinal, pudiendo ser considerado entonces, al igual que cualquier otro nervio espinal, como un tronco nervioso autónomo. En los peces, el último nervio craneal nace con una amplia raíz anterior y una fina raíz posterior provista de un ganglio. Ese nervio sale de la caja craneal a través de un orificio propio y se divide a continuación en dos ramas, una anterior y una posterior. La rama anterior parte, formando un arco, hacia adelante hasta los músculos del hueso hioide; la rama posterior se reúne con el nervio espinal y continúa hasta la extremidad anterior. La importancia de este nervio en su calidad de hipogloso se hace posible casi a primera vista, por corres-

ponder la rama anterior al arco y la posterior al *ansa*. Por lo demás, la rana nos aporta la prueba directa. Entre el vago y el primer nervio espinal nace un nervio con dos raíces, exactamente igual que en los peces. Ese nervio se divide asimismo en dos ramas, una anterior, que se reparte en la musculatura de la lengua, y una posterior, que en los peces y vertebrados superiores pasa a la extremidad anterior. Es evidente, sin más pruebas, que ese nervio corresponde al nervio hipogloso de los animales superiores, y es igualmente patente su identidad con el nervio en cuestión de los peces. En los peces y ranas se presenta por tanto el hipogloso como un nervio dependiente, mostrando con la mayor claridad las características de un nervio espinal. Más aún: en la rana es él, en rigor, el primer nervio espinal, por haberse transformado otra vez la correspondiente vértebra craneana en una vértebra dorsal y siendo así el vago el último nervio cerebral. Maier, por su parte, ha encontrado además en diferentes mamíferos, y en una ocasión incluso en el hombre, una raíz más fina del hipogloso, provista en la parte posterior de un pequeño ganglio. Así pues, en el hipogloso del hombre aparece la primera de las tres modificaciones mencionadas, ha abortado la raíz de la sensación y sólo se ha desarrollado la raíz motora, una relación que, por lo demás, ya está insinuada en el pez y la rana, en los cuales la raíz anterior predomina sobre la posterior.

En cuanto al trigémino, debido a la especial relación entre su *portio major* y *minor*, hace tiempo que es innegable su analogía con el nervio espinal.

Lo mismo sucede con los peces, en los que además existe una estrecha relación entre el trigémino y el facial, apareciendo las características formas del *ramus opercularis*, que, como rama sobre todo motora, corresponde a la raíz anterior de los nervios espinales.

Con el vago, la situación se presenta más dificultosa en los animales superiores, pero también en este caso sirven de ayuda las formas inferiores. Así, en el lucio, por ejemplo, el vago nace clarísimamente con dos raíces, una anterior y otra posterior, no reuniéndose éstas sino después de un recorrido bastante largo, a la salida de la cavidad craneal, donde forman un ganglio. Ese ganglio espinal del vago es de enorme tamaño en muchos peces y, como es sabido, se halla todavía en el hombre. Vago y trigémino presentan la segunda modificación, a saber, la separación parcial de las fibras motoras y sensibles en los troncos en donde esos nervios se dividen, que son: el facial, el glosofaríngeo y el accesorio de Willis, según he mostrado. En el vago, esa separación es más completa que en el trigémino, al menos eso parece indicar la relación del nervio anejo con el vago, en la medida en que este último parece carecer realmente de todas las fibras motoras. El décimo y quinto par muestran en toda la serie de vertebrados una notable simetría. El vago tiene con el pecho y con la cavidad intestinal la misma relación que tiene el trigémino con la re-

petición de esas cavidades en la cabeza, es decir, con la boca y la cavidad nasal. En una palabra, el trigémino es un vago en una potencia superior. Esta relación es sobre todo patente en los mamíferos. El décimo par se divide en tres troncos de nervios: el accesorio de Willis, el vago propiamente dicho y el glosofaríngeo; el quinto par, también en tres: el facial, el trigémino propiamente dicho y la rama lingual del trigémino, que, en rigor, puede ser considerada como un nervio totalmente autónomo. Del mismo modo que el accesorio de Willis es nervio respiratorio de la garganta y de una parte de la cavidad pectoral, así también el facial es nervio respiratorio de la cabeza. Como el tronco del vago es el nervio sensitivo del canal intestinal, la rama lingual del trigémino es el nervio sensible de la lengua, la parte más perfecta del canal intestinal, el órgano del sentido de las entrañas, para emplear la inspirada denominación que Oken da al gusto. Finalmente, lo mismo que el vago envía la lengua, como nervio gustativo, al glosofaríngeo, así también el trigémino envía el oftálmico, que hace un recorrido diferente, como nervio auxiliar a la nariz y al ojo.

Todavía me queda por demostrar la analogía de los tres nervios sensitivos más elevados con los nervios espinales. El acústico y el olfatorio deben ser considerados como raíces posteriores en las que ha abortado la anterior. La analogía que me lleva a esta conclusión viene dada por el hipogloso, cuya raíz posterior, existente en los peces, ranas y algunos mamíferos, ha abortado en el hombre, mientras que sólo la anterior ha llegado a desarrollarse. Lo contrario es el caso en el acústico y el olfatorio; sólo se desarrolla la raíz posterior abortando la anterior. En estos dos nervios la raíz motora se encuentra substituida por el nervio facial. En el acústico ello se explica fácilmente si se piensa en la relación que tiene en los peces la rama opercular —correspondiente a la facial— con la cavidad branquial. Oken ha probado, en efecto, que el oído, a excepción del laberinto, no es sino una cavidad branquial metamorfoseada, y así se ve fácilmente que las fibras que, en las aves y mamíferos, envía el facial al oído externo e interno, repiten la relación de la rama opercular con la cavidad branquial.

Finalmente, en el nervio óptico y en los nervios musculares del ojo aparecen ambas raíces como nervios aislados, la posterior como segundo par, la anterior como tercero, cuarto y sexto par, correspondiendo estas últimas a la cuarta modificación, en la que una raíz se divide de nuevo en diferentes troncos comunes aislados. El tercero y sexto par nacen muy cerca uno del otro y aproximadamente a la misma altura, el uno delante del otro, formando así dos haces de raíz común; de estos haces uno sale de la médula un poco antes que el otro. El cuarto par ofrece en cambio mayores dificultades, mas su comportamiento en ciertos peces las elimina en su mayor parte. Ese par nace, en los ciprínidos y en el lucio, en el borde exterior de los

cordones piramidales anteriores y, por consiguiente, en el mismo cordón medular que el tercero y el sexto.

En el nervio oculomotor, el nervio como tal alcanza su mayor desarrollo; para citar un ejemplo diremos que su relación con los otros nervios es la misma que hay entre la pezuña del caballo y la mano del hombre. Lo que en aquélla aún se presenta unido, se separa en ésta en las más hermosas proporciones. Ese desarrollo está en consonancia con la importancia del ojo, del cual Oken dice, muy acertadamente en verdad, que es el órgano supremo, la flor, o más bien el fruto de todos los reinos orgánicos.

Habremos hallado así seis pares de nervios craneales: 1) el nervio olfatorio; 2) el nervio óptico con el tercero, cuarto y quinto par; 3) el trigémino; 4) el acústico; 5) el vago; 6) el hipogloso.

Por otra parte, esta distribución de los nervios del cráneo sólo podría probarse con exactitud comparándola con los huesos craneales. Mas el tiempo no nos permite llevar a cabo tal comparación ni probar que a esos seis pares, según creo haber descubierto, corresponden seis vértebras craneanas.

Si finalmente comparamos los nervios craneales entre sí, hallaremos que se dividen en dos grupos. Uno de ellos, formado por el acústico y el óptico —los nervios del sonido y de la luz— es la más pura expresión de la vida animal; el otro, que consta del hipogloso, vago, trigémino y olfativo, eleva la vida vegetativa al nivel de la vida animal. Así, mediante el vago tomamos conciencia del acto de la digestión y de la respiración; así, bajo la influencia del hipogloso, la lengua, componente esencial del canal respiratorio, se somete a la voluntad, convirtiéndose de ese modo en auténtico miembro de la cabeza; así, el gusto y el olfato, bajo la influencia del trigémino y del nervio olfatorio, evolucionan como sentidos del sistema intestinal y respiratorio. Sin embargo, los nervios de este último grupo no se distinguen por ello de los restantes nervios espinales en mayor medida que los nervios lumbares, que van a los órganos de la procreación. Aquéllos son a la digestión y a la respiración como éstos a las funciones sexuales. Además, todos los nervios espinales, debido a la influencia que ejercen en los órganos respiratorios, están vinculados también a la vida vegetativa.

CARTAS

ESTRASBURGO, 1831-1833

1. *A la familia*

Estrasburgo [después del 4 de diciembre], 1831

[...] Cuando corrió la voz de que Ramorino pasaría por Estrasburgo, los estudiantes abrieron inmediatamente una subscripción y decidieron salir a su encuentro con una bandera negra. Recibimos por fin la noticia de que Ramorino llegaría a primera hora de la tarde con los generales Schneider y Langermann. Inmediatamente nos reunimos en la Academia; pero cuando quisimos atravesar las puertas de la ciudad, el oficial, que tenía instrucciones del gobierno de no dejarnos pasar con la bandera, ordenó a la guardia tomar las armas para impedirnos el paso. Nosotros, no obstante, nos abrimos camino por la fuerza y nos apostamos, en número de 300 o 400, junto al gran puente del Rin. La Guardia Nacional se unió a nosotros. Por fin apareció Ramorino, acompañado de un tropel de gente a caballo; un estudiante pronuncia una alocución, a la que él contesta, y asimismo un miembro de la Guardia Nacional. La Guardia Nacional rodea el coche y tira de él; nosotros, con la bandera, nos ponemos a la cabeza del desfile, al que precedía una gran banda de música. Así entramos en la ciudad, acompañados de una inmensa multitud y cantando la Marsellesa y la Carmañola; por todas partes resuenan los gritos de «Vive la liberté! Vive Ramorino! A bas les ministres! A bas le juste milieu!». La ciudad está iluminada, en las ventanas las mujeres agitan los pañuelos, y Ramorino es llevado en triunfo hasta el lugar donde se hospeda; allí, nuestro abanderado le hace entrega de la bandera deseando que esa bandera fúnebre se convierta pronto en la bandera de la libertad de Polonia. Aparece después Ramorino en el balcón, da las gracias, hay gritos de «Vivat!» y terminó la función. [...]

2. *A la familia*

Estrasburgo, diciembre de 1831

[...] Esto va tomando un cariz desesperadamente bélico¹. Si estalla la guerra, en Alemania habrá ante todo una confusión babilónica y sólo Dios sabe en qué parará la cosa. *Todo* se puede ganar y *todo* se puede perder; pero si los rusos atraviesan el Oder, yo agarro el fusil; aunque tenga que hacerlo en Francia. Acaso se apiade Dios de las serenísimas, ungidas y ovejunas cabezas huera; en la tierra es de esperar que no hallen misericordia. [...]

3. *A la familia*

Estrasburgo [antes del 16 de mayo], 1832

[...] Lo único interesante en política es que aquí los petimetres republicanos se pasean tocados de sombrero rojo, y que el señor Périer ha agarrado el cólera, pero por desgracia el cólera no le ha agarrado a él. [...]

4. *A Edouard Reuss*

Darmstadt, 20 de agosto de 1832

Querido Edouard:

A decir verdad, debería empezar pidiéndote varias docenas de disculpas. Pero, santo cielo, acabo ya de hacerlo en la carta adjunta y no me agrada repetir cosas de esa índole, así que caigo humildemente de rodillas y pido perdón para este olvidadizo delincuente. Espero aceptes sin más preliminares de paz esta rama de olivo y bandera blanca de papel y no te enfades más conmigo por haberte hecho esperar tres semanas completas, y tampoco me hagas esperar a mí tanto tiempo. Me alegra sobremanera saber que este trozo de papel va a llegar a un lugar que se ha convertido en mi segundo terruño y al cual si me aconteciere morir convertido en príncipesco bípedo, longimano y omnívoro, he de dejar en testamento una de las dos cavidades cardíacas junto con el resto de mi serenísimo cadáver, mientras que la otra cavidad la dejaría seguramente a mi casa paterna, pero desde luego tan sólo a mi *casa paterna*, pues, ¡ay!, pobre cruciferario, me hallo *primero* en el amado Sacro Imperio Germánico, *segundo* en el Gran Ducado de *Hesse*, *tercero* en la Corte de *Darmstadt*, y por último, en efecto, me hallo en medio de mi familia, pero lamentable-

1. La Revolución de Julio (1830) había inspirado las insurrecciones de Bélgica, Italia y Polonia, contra las que intervienen Prusia, Austria y Rusia respectivamente. Se temía además que el Zar no se limitara a atacar a Polonia sino que interviniera también en el oeste de Europa.

mente aún no me he vuelto tan patriarcal como para que este seno de Abrahán me haga olvidar las otras tres clasificaciones.

La primera abarca la secta de los contempladores del ombligo, secta que, como bien es sabido, se distingue de la antigua sólo por el hecho de que a la vista del ombligo no piensa en Dios sino que a la vista de Dios piensa en el ombligo. La segunda, subdivisión de la primera, comprende un trozo de la parte en que el culto rendido al ombligo y al Dios vientre sucede en forma de ilustrado y constitucional liberalismo. La tercera, por último, comprende a los clérigos con órdenes sagradas, cuyo hábito religioso es la librea de palacio y cuyo escudo de armas es la orden del mérito civil de la Casa de Hesse, etc.

Te imaginas, pues, qué a gusto me encuentro en medio de todo esto, pero como sé acomodarme a las circunstancias, me he convertido en un joven tan decente, tan respetuoso de la ley, tan civilizado, que podría tomar el té con un ministro, sentarme en un canapé con su esposa y bailar a la francesa con su hija; estamos en el siglo diecinueve, ¡piensa en lo que esto significa!

¡Ay, querido Edouard! Escíbeme pronto, te lo ruego, que pueda ver algo de Estrasburgo, tengo aquí a mis padres y hermanos, es cierto, pero todos mis amigos están fuera y mi aislamiento es casi total; los primeros días estaba contento, es verdad, pero no soporto estos aires, me repugnan ahora lo mismo que cuando me marché de aquí. Yo lamentándome y tú lo que quisieras es que te contara algo sensato y discreto, pero es imposible escribir tales cosas ni sobre Darmstadt ni en Darmstadt, y hasta ahora nadie lo ha hecho. Te digo sólo lo siguiente: tus encargos están cumplidos, el hijo de Zimmermann sigue llevando la redacción del periódico eclesiástico, pero, según dicen, la compartirá con Bretschneider, y un clérigo de Maguncia, cuyo nombre se me escapa, ocupará aquí el puesto de Zimmermann. Esto quizá te interese a ti, a mí se me da un bledo. Adiós, escribe pronto, cariñosos saludos a la tía, a Pauline y a Madame Bauer.

Tuyo,

Georg Büchner

5. *A August Stoeber*

Darmstadt, 24 de agosto de 1832

Querida pareja de hermanos:

Aunque la dirección vaya a nombre de uno de vosotros, sois ambos los destinatarios; pero por lo pronto, mirad la otra dirección, pues mi carta es sólo la cubierta y figura como papel de envolver. Cuando hayáis leído el otro papel, sabréis que se trata de nada menos que de la musa del arte poética alemana; el éxito dirá si vuestro papel será el de comadrones o el de enterradores. Lo que se os pide es que con vuestro botiquín poético casero y de campaña ayudéis activamen-

te a reanimar el cadáver; lo mejor sería tratar de calentarlo en un horno, pues ésta es la única obra de arte que todavía sabe construir y disfrutar el pueblo alemán. Pero dejémonos de bromas. Os encarezco seriamente este asunto; si los hombres que han prometido colaborar mantienen su palabra, tendremos excelentes resultados, y sin querer hacer lisonjas sé también que vosotros podréis contribuir en *mucho*. A los editores los conozco personalmente, *Künzel* es estudiante avanzado de teología, *Metz* dirige una librería, jóvenes muy cultos ambos; los *Zimmermann* son mellizos y estudian en Heidelberg; ambos figuran entre mis mejores y más viejos amigos, y uno de ellos, en especial, tiene excelente dotes poéticas. Os ruego que me enviéis a mí personalmente la respuesta, espero encontrar en ella algunas palabras cariñosas; hoy hace tan sólo tres semanas que os dejé y sin embargo ya podría escribiros más de una Epístula ex Ponto¹. ¡Ojalá me hallara de nuevo con vosotros en el Drescher!² Cariñosos recuerdos a los *Eugenidas*³, sobre todo a Boeckel y a Baum.

Con mis mejores deseos, vuestro

G. Büchner

6. A Adolph Stoerber

[Estrasburgo, 3 de noviembre de 1832]

Querido Adolph:

Son pocas esta vez las líneas que te transmiten mis saludos. Vengo de estar entre vapores de cadáveres y en el lugar de las calaveras, donde yo me crucifico a mí mismo varias horas al día, y después de los pechos fríos y los corazones muertos que allí he tocado, me ha confortado el vivo y cálido pecho en el que me has estrechado por encima de esas pocas millas que separan nuestros cuerpos. A decir verdad, el dragón de que hablas no es tan peligroso, habría que ser un pobre diablo para que nuestros brazos no lograran superar ni siquiera esas treinta horas. Espero verte con la llegada de la primavera. Desde hace ocho días estoy aquí otra vez, el ambiente holandés de Alemania, húmedo y frío, me desagrada, prefiero la atmósfera borrascosa francesa.

Mis mejores deseos, tuyo

G. Büchner

1. *Epistulae ex Ponto*: cartas de Ovidio desde su destierro en el Mar Negro (Pontus Euxinus). Büchner se ve como un desterrado.

2. *Haus zum Drescher*, la casa de los hermanos Stöber, donde se reunía la asociación estudiantil «Eugenia».

3. Miembros de la asociación estudiantil «Eugenia».

7. A la familia

Estrasburgo, diciembre de 1832

[...] Casi habría olvidado contar que esta plaza se está preparando para el estado de sitio, a causa de los disturbios de Holanda¹. Los cañones pasan continuamente bajo mi ventana con gran estrépito, en las plazas públicas hacen maniobras las tropas, y en las murallas las piezas de artillería van siendo alineadas en posición de combate. Para un tratado político no me queda tiempo, y ni siquiera valdría la pena, todo esto no es más que una comedia. Gobiernan el rey y las cámaras, y el pueblo aplaude y paga. [...]

8. A la familia

Estrasburgo, enero de 1833

[...] El día de Navidad fui a las 4 a la misa de alba de la Catedral. La sombría bóveda con sus columnas, el rosetón y las vidrieras multicolores, la muchedumbre arrodillada, todo estaba semiiluminado por el resplandor de las lámparas. Los cánticos del invisible coro parecían flotar sobre el coro y el altar y responder a la plenitud de sonidos del majestuoso órgano. Yo no soy católico y se me da poco de los toques de campanilla y de las genuflexiones de los curas, pero los cánticos, ya de por sí, me han hecho más impresión que las frases huera e insípidas que con periódica monotonía repiten la mayoría de nuestros pastores, quienes cada Navidad, año tras año, no tienen mejor ocurrencia que la de alabar la sabiduría de nuestro Padre Dios por haber enviado al mundo a Cristo justamente en estos días.

9. A la familia

Estrasburgo, [hacia el 6 de] abril de 1833

He recibido hoy vuestra carta con lo que me contáis sobre *Francfort*². Yo opino lo siguiente: si en nuestra época hay algo que puede ayudarnos, ese algo es la *violencia*. Sabemos lo que podemos esperar de nuestros príncipes. Todo lo que ellos han concedido, ha sido obligado por la necesidad. E incluso esas concesiones nos las han arrojado despectivamente a los pies como una limosna o como un pobre juguete, para que ese eterno mentecato que es el *pueblo* olvide los pañales que le aprietan demasiado. Es una carabina de hojalata y

1. La rebelión de Bélgica contra Holanda (1830) terminó definitivamente en 1839 con el reconocimiento por parte de Holanda de la independencia de Bélgica.

2. El asalto al Cuartel General de Francfort el 3 de abril de 1833, cuya finalidad era la proclamación de la república, fracasó por haber recibido el gobierno informaciones sobre el complot. El ejército desbarató a los asaltantes en el espacio de una hora.

un sable de madera y sólo un alemán ha podido tener el mal gusto de jugar con eso a los soldaditos. Nuestros Estados provinciales son una sátira del sano sentido común, podemos seguir con ellos un siglo entero y cuando al cabo sumemos los resultados, el pueblo aún habrá pagado más caros los bellos discursos de sus representantes que aquel emperador romano que ordenó entregar 20.000 florines a su poeta oficial por dos versos sin acabar. Se reprocha a los jóvenes el empleo de la violencia. ¿Pero no estamos en una perpetua situación de violencia? Como hemos nacido y crecido en prisión, ya no nos damos cuenta de que estamos en un calabozo, encadenados de manos y pies y con una mordaza en la boca. ¿A qué llamáis vosotros *orden legal*? ¿A una *ley* que convierte a la gran masa de ciudadanos en sumiso ganado destinado a satisfacer las perversas necesidades de una insignificante y depravada minoría? Y esa ley, respaldada por la fuerza bruta de los militares y por la estúpida astucia de sus propios agentes, esa ley es una *brutal y perpetua violencia*, infligida al derecho y al sentido común, y yo la combatiré con la *mano* y con la *boca* siempre que pueda. Si yo no he tomado parte en lo sucedido ni tampoco he de tomar parte en lo que acaso suceda, ello no es por disconformidad ni por miedo, sino porque en el momento actual considero cualquier movimiento revolucionario como una empresa vana y no participo de la ofuscación de quienes ven en los alemanes un pueblo dispuesto a luchar por sus derechos. Esa insensata opinión ha dado lugar a los incidentes de Francfort, y el error se ha pagado caro. Por lo demás, errar no es pecado y la indiferencia alemana es realmente de tal suerte que deshace todos los cálculos. Compadezco en el alma a esos desventurados. ¿No estará implicado en el asunto alguno de mis amigos? [...]

10. A la familia

[Estrasburgo, primavera de 1833]

[...] Por mi parte podéis estar tranquilos; no iré a Friburgo ni tampoco asistiré —como tampoco asistí el año pasado— a ninguna asamblea. [...]

11. A la familia

Estrasburgo [después del 27] de mayo de 1833

[...] Acabamos de recibir la noticia de que en Neustadt la soldadesca ha cargado contra una reunión pacífica y desarmada y ha dado muerte indiscriminadamente a varias personas. Al parecer han sucedido cosas semejantes en el resto de la Baviera renana. Precisamente el Partido Liberal no tiene por qué quejarse; se paga con la misma

moneda, violencia engendra violencia. Al final se sabrá quién es el más fuerte. Si el otro día, que hacía buen tiempo, hubierais divisado la catedral, me habríais hallado sentado junto a un joven barbudo y de larga melena¹. El susodicho llevaba un birrete rojo en la cabeza, en torno al cuello una bufanda de cachemir, el cuerpo envuelto en una corta levita alemana, en el chaleco llevaba bordado su nombre (Rousseau), en las piernas pantalones estrechos de trabilla, en la mano un bastoncito de última moda. Como veis, la caricatura es una mezcla de varios siglos y varios continentes: Asia en torno al cuello, Alemania en torno al tronco, Francia en las piernas, 1400 en la cabeza y 1833 en la mano. Es un cosmopolita: no, es más, ¡es *sansimonista*! Pensaréis ahora que yo conversaba con un loco, pero estáis en un error. Es un joven afable y gentil que ha viajado mucho. Sin su fatal disfraz yo jamás habría advertido que era un sansimonista, si él no hubiera hablado de la femme en Alemania. Para los simonistas el hombre y la mujer son iguales y tienen los mismos derechos *políticos*. Ahora bien, ellos tienen un *père* que es Saint-Simon, su fundador; pero justo sería que también tuvieran una *mère*. Sin embargo, la tal madre está aún por descubrir y he aquí que ya se han puesto en camino, como Saúl cuando marchó en busca del asno de su padre, con la diferencia —pues en el siglo diecinueve el mundo ha adelantado mucho— de que ahora los asnos van en busca de Saúl. Rousseau y otro compañero (ninguno de los dos entiende una palabra de alemán) querían buscar a esa femme en Alemania; pero se cometió la intolerante estupidez de rechazarlos. Yo le dije que él no había perdido gran cosa en materia de mujeres, pero que las mujeres sí habían perdido mucho al perderle a él. Con las unas se habría aburrido, y de las otras se habría reído. Ahora permanece en Estrasburgo, se mete las manos en los bolsillos y predica al pueblo el trabajo, le pagan bien por su eficiencia y *marche vers les femmes*, para emplear su propia expresión. Por lo demás es digno de envidia, lleva la vida más cómoda bajo el sol y yo, por pura vagancia, quisiera hacerme sansimonista, pues habría que remunerarme como es debido por mi eficiencia. [...]

12. A la familia

Estrasburgo, junio de 1833

[...] Aunque yo siempre obraré de acuerdo con mis principios, en los *últimos* tiempos he aprendido que sólo la necesidad imperiosa de la gran masa puede producir cambios, que la agitación y los gritos del *individuo* aislado son vano e insensato empeño. Escriben, nadie los

1. Büchner informa aquí sobre su encuentro con el predicador sansimonista A. René Rousseau (véase Índice de nombres propios).

lee; gritan, nadie los oye; obran, nadie les ayuda. Ya presumiréis que en Giessen no voy a meterme en aventuras políticas de provincia ni en travesuras revolucionarias.

13. *A la familia [Viaje a los Vosgos]*

Estrasburgo, 8 de julio de 1833

Por valles, por montañas, hemos recorrido la apacible comarca. El segundo día llegamos a una altiplanicie de más de 3.000 pies, a los llamados Lago Blanco y Lago Negro. Son dos umbrías lagunas situadas en una profunda garganta, bajo paredes rocosas de 500 pies de altura. El Lago Blanco está en la cumbre del monte. A nuestros pies descansaban, silenciosas, las oscuras aguas. Por encima de la siguiente cadena montañosa veíamos al este la llanura del Rin y la Selva Negra, al oeste y al noroeste la meseta de Lorena; al sur, negras nubes borrascosas encapotaban el cielo, el aire estaba en calma. De pronto, la tormenta arrastró la masa de nubes hasta la llanura del Rin, a nuestra izquierda brillaban los relámpagos y bajo las nubes entreabiertas refulgían en el sol crepuscular, sobre el Jura en sombras, los glaciares alpinos. El tercer día, nos fue dado disfrutar del mismo magnífico panorama; subimos al punto más alto de los Vosgos, al *Grand Ballon*, de 5.000 pies de altura. Desde allí se divisa el Rin desde Basilea hasta Estrasburgo, la llanura de más allá de Lorena hasta los montes de la Champaña, el comienzo del antiguo Franco Condado, el Jura y las montañas suizas desde Rigi hasta los últimos Alpes de Saboya. Era a la caída de la tarde: los Alpes como pálido arrebol sobre la tierra en sombras. Pasamos la noche a escasa distancia de la cumbre, en una cabaña de pastores. Tienen éstos, allí en la montaña, cien vacas y unos noventa toros y novillos. Al amanecer, flotaba en el cielo una ligera neblina, el sol lanzaba sobre los campos un rojo resplandor. Sobre la Selva Negra y el Jura parecían precipitarse las nubes como cascada de espuma, sólo los Alpes brillaban en la altura como una fulgurante Vía Láctea. Imaginaos sobre la oscura cadena del Jura y sobre las nubes por la parte meridional, en todo lo que alcanza la vista, una inmensa y resplandeciente pared de hielo, sólo interrumpida en la cumbre por los picos y aristas de cada montaña. Del *Grand Ballon* bajamos por la derecha al llamado Valle de Saint-Amarin, el último valle importante de los Vosgos. Caminamos valle arriba. Termina el valle en una hermosa pradera en plena sierra. Por un camino de montaña bien conservado llegamos a Lorena, al nacimiento del Mosela. Caminamos algún tiempo siguiendo el curso del agua, continuamos después hacia el norte y, pasando por varios puntos interesantes, regresamos a Estrasburgo.

Aquí hay cierta agitación desde hace unos días. Un diputado

ministerial, el señor *Saglio*, ha vuelto de París hace unos días. Nadie le hacía caso. Una honradez que ha hecho bancarrota es hoy en día algo demasiado común como para que un representante del pueblo, que lleva su frac a la espalda como una picota, pueda interesar todavía a nadie. Pero la policía era de la opinión contraria y por eso apostó un importante número de soldados en la plaza de armas y delante de la casa del señor *Saglio*. Esto finalmente, al segundo o tercer día, atrajo la atención de la muchedumbre; ayer y anteayer por la noche hubo cierto alboroto delante de la casa. El prefecto y el alcalde consideraron que aquello era una excelente oportunidad para ganarse una condecoración, así que han hecho desfilar a las tropas, despejar las calles, repartir golpes de fusil y de bayoneta, practicar detenciones, publicar proclamas, etc.

14. *A Edouard Reuss*

Darmstadt, 31 de agosto de 1933

Querido Edouard:

¿Debo pedirte disculpas para mi perezosa mano? A mi memoria eso no le hace falta; yo me preocupaba poco, pero ahora ella me trata como a un rumiante y me alimenta con el recuerdo de días alegres. Podría continuar con el mismo estilo quejumbroso para darte una idea de la vida que llevo aquí; pero tú mismo has saboreado ya en una ocasión esta ciudad de Darmstadt. Mi familia en sentido estricto la he encontrado con la buena salud que les deseo, mi madre se recupera visiblemente de su grave enfermedad. El volver a ver a padres y hermanos ha sido una gran alegría; pero eso no me resarce del resto: el terrible y colosal aburrimiento que me rodea. Hay algo grandioso en este páramo, un desierto de Sahara en todas las cabezas y corazones. De los demás parientes no estoy muy al tanto. Después del obligado festejo de llegada haré hacia finales de octubre el festejito oficial de despedida, cuando parta para Giessen. Con ello habré apaciguado mis sentimientos familiares. Sobre Giessen no me hago grandes ilusiones, mis amigos o han huido o están en la cárcel. En cuanto a mí no hay nada que temer, yo he abierto aquí mi espíritu a las ilustradas ideas liberales y constitucionales, desde que sé que con la era constitucional ha empezado el Imperio Milenario. Nuestro parlamento regional lo demuestra, su cuestión palpitante sigue sin resolver desde hace ocho meses. Un hombre necesita como máximo una hora para venir al mundo (donde la civilización y la ilustración no están tan avanzadas como por ejemplo entre los indios, diez minutos), un parlamento regional alemán, 5.760; un hombre vive sesenta años, un parlamento regional, 41.272; ¡oh, Mesías! Sobre su fisonomía no te puedo decir nada por ahora, no estando decidido aún si el niño se presentará por la cabeza o por las nalgas.

Sin embargo, probablemente tendrá aire de familia y se parecerá bastante a su mamá francesa.

Dados nuestros hábitos epistolares, apenas espero recibir pronta respuesta; y sin embargo, ya podrías tú hacer una excepción conmigo, pues me duele una tan completa separación de Estrasburgo. He escrito a Boeckel, pero no ha habido respuesta. Salúdale y dile que me conteste pronto y me envíe la tesis de Goupil, dile también que he recibido la otra y que le doy las gracias. ¿Está Stoeber en Estrasburgo? Muchos saludos para él y para los otros amigos. ¿Wolfes? Si continúa en tu casa, dile que espero verle en la mía caso de que su viaje le traiga por esta comarca. No os habréis olvidado de mí por un solo mes sin cartas. Pido y espero pronta respuesta.

Transmite mis más cariñosos saludos a tu madre, hermana y tía, y diles que los momentos pasados en su proximidad figuran entre los más felices de mi vida.

Adiós, te deseo lo mejor, tuyo,

Georg

GIESSEN Y DARMSTADT, 1833-1835

15. *A la familia*

Giessen, 1 de noviembre de 1833

[...] Ayer otra vez detuvieron a dos estudiantes, al pequeño *Stamm* y a *Gross*. [...]

16. *A la familia*

Giessen, 19 de noviembre de 1833

[...] Ayer estuve en el banquete en honor de los diputados que han regresado. Unas doscientas personas, entre ellas *Balser* y *Vogt*. Algunos brindis de lealtad hasta que nos armamos de valor y cantamos el himno nacional polaco, la Marsellesa y dimos un «vivat» a los que estaban prisioneros en Friedberg. ¡La gente se arroja al fuego si éste viene de un aromático y flameante ponche! [...]

17. *A August Stoeber*

Darmstadt, 9 de diciembre de 1833

Querido August:

Escribo inseguro de dónde te alcanzará esta carta. Tendría que estar muy equivocado si Lambossy no me hubiera escrito que habitualmente resides en Oberbrunn. Lo mismo me dijo Künzel, quien

había recibido respuesta de tu padre a una carta dirigida a ti. Tú eres al que más he tardado en escribir porque yo quería que fueses el último a quien atormentase con mi rostro sombrío, ya que vuestro afecto al menos quiero tenerlo seguro. He escrito varias veces, quizá hayas visto mis cartas; en ellas me lamentaba de mi suerte y me burlaba de los demás; ambas cosas te indican qué mal me encontraba. Yo no quería llevarte también conmigo al hospital y por eso he guardado silencio.

Puedes decidir tú si lo que me pone tan melancólico es el recuerdo de dos años felices y la nostalgia de todo lo que los hizo felices o las circunstancias adversas en que vivo aquí. Yo creo que ambas cosas. A veces siento verdadera añoranza de vuestras montañas. Aquí todo es tan estrecho y tan reducido. La naturaleza y la gente; lo que me rodea es tan mezquino que en ningún instante consigue despertar mi interés. A finales de octubre viajé de aquí a Giessen. Pasé allí cinco semanas, medio en la suciedad, medio en la cama. Tuve un ataque de meningitis; la enfermedad fue abortada en sus inicios, no obstante me obligaron a regresar a Darmstadt para acabar de reponerme aquí. Pienso quedarme hasta Año Nuevo y partir otra vez para Giessen el 5 o el 6 de enero.

Me alegraría mucho tener carta tuya, y —¿no es verdad, cristiano?— a un convaleciente no se le niega nada. Desde que un miércoles por la noche, hace cinco meses, saqué las manos una última vez por la ventanilla del coche, es como si me las hubieran cortado y creo que nos estrecharemos las manos con tanta más fuerza cuanto más raras veces podamos darnoslas. He dejado en Giessen tres amigos excelentes y ahora me encuentro completamente solo.

El doctor H. K... sigue aquí, por supuesto, pero estoy hasta la coronilla de sus divagaciones estéticas, ya ha probado todas las posibles sillas de parto poéticas, creo que a lo sumo podrá recurrir a un bautismo crítico de necesidad en el *Abendzeitung*¹.

Estoy metido de lleno en la filosofía, ese lenguaje artificial es abominable, en mi opinión, para las cosas humanas habría que encontrar también expresiones humanas; pero yo no me altero, me río de mi propia extravagancia y pienso que, en el fondo, sólo se pueden cascar nueces vacías. Sin embargo, en esta vida hay que cabalgar en algún asno y por eso yo —¿qué remedio queda!— estoy ensillando el mío; no me preocupa el forraje, cardos no faltarán, en la medida en que siga existiendo el arte de imprimir. Adiós, amigo. Saluda a los demás, será entonces por partida doble, pues lo mismo le he pedido a Boeckel.

La situación política es para sacarle a uno de quicio. El pobre pueblo tira pacientemente del carro en el que príncipes y liberales

1. El *Abendzeitung* (*Gaceta Vespertina*) publicado en Dresde, de 1817 a 1848, era el gran diario conservador de la época.

representan su grotesco guiñol. Rezo cada noche al cáñamo y a las farolas.

¿Qué escriben Viktor y Scherb? ¿Y Adolph? ¿Está otra vez en Metz? Próximamente te enviaré unas letras para él.

18. *A la familia*

Giessen, febrero de 1834

[...] Yo no desprecio a nadie y mucho menos si a esa persona le falta entendimiento o cultura, ya que no está en la mano de nadie el no ser un necio o un malhechor: porque, en las mismas circunstancias, todos seríamos iguales, y porque esas circunstancias están fuera de nosotros. Y en cuanto al entendimiento, es sólo una faceta mínima de nuestra naturaleza espiritual, y la cultura, una forma totalmente casual de ella. Quien me echa en cara ese menosprecio, afirma que yo pisoteo a alguien por ir mal vestido. Y eso equivale a trasponer un acto de barbarie, del que nadie le creería a uno capaz en lo corporal, al ámbito espiritual, donde ese acto es aún más brutal. Yo puedo tachar a alguien de estúpido sin despreciarle por ello; la estupidez es uno de los atributos generales de las cosas humanas; su existencia no depende de mí, pero nadie puede prohibirme que llame por su nombre a todo lo que existe ni que eluda todo lo que me desagrada. Ofender a alguien es una crueldad, pero el buscarle o evitarle depende de mi voluntad. Eso explica mi comportamiento frente a antiguos conocidos; yo no he ofendido a nadie y me he ahorrado mucho fastidio; si me tachan de orgulloso porque no me gustan sus diversiones ni sus ocupaciones, es una injusticia; a mí jamás se me ocurriría hacerle a nadie reproches por ese motivo. Dicen que me burlo de la gente. Es cierto, muchas veces me río, pero no me río de *cómo* es nadie sino *del hecho de que* ese alguien sea un hombre, cosa que no depende de él, y por tanto me río también de mí mismo, por compartir el mismo destino. La gente llama a eso burlarse, no soportan que uno haga de bufón y los trate de tú; ellos son los burlones, los detractores y los orgullosos, por buscar al bufón *fuera de sí mismos*. En mí, ciertamente, hay otro género de burla; pero no es la del desprecio, sino la del odio. El odio es algo tan permisible como el amor, y yo siento un odio intenso contra los que desprecian. Hay mucha gente que, porque posee una cosa nimia y ridícula llamada cultura o un peso muerto llamado erudición, sacrifica la gran masa de sus amigos a su despectivo egoísmo. El aristocratismo es el más vil desprecio del Espíritu Santo en el hombre; yo lo ataco con sus propias armas; orgullo contra orgullo, burla contra burla. Más os valdría preguntar por mí a mi limpiabotas; mi orgullo y mi desprecio por los ignorantes y pobres de espíritu encontrarían en él la mejor meta. Preguntadle a él, por favor. No me creeréis capaz de la ridiculez

de mirar a nadie por encima del hombro. Yo, por mi parte, sigo confiando en haber echado más miradas compasivas a los que padecen y sufren opresión que palabras amargas a los corazones fríos y distinguidos. [...]

19. *A la novia*

[Giessen, febrero de 1834]

[...] Tengo sed de cartas. Estoy solo, como en la tumba; ¿cuándo me resucitará tu mano? Mis amigos me abandonan, mutuamente nos damos gritos al oído, como los sordos; me gustaría que fuésemos mudos y así sólo podríamos mirarnos, y en los últimos tiempos apenas puedo mirar fijamente a nadie sin que se me llenen los ojos de lágrimas. Es una hidropesía ocular que sucede también muchas veces cuando se fija la vista. Dicen que estoy loco por haber dicho que resucitaré dentro de seis semanas, pero que antes tendrá lugar mi ascensión a los cielos, a saber, en la diligencia. Adiós, alma mía, no me abandones. La melancolía es ahora tu rival, paso todo el día en su regazo; pobre corazón, creo que me pagas con la misma moneda.

20. *A la novia*

[Giessen, hacia el 7 de marzo de 1834]

[...] Despejado por primera vez desde hace ocho días. Dolor de cabeza y fiebre de continuo, por la noche pocas horas de descanso deficiente. Antes de las dos no caigo en la cama, y entonces, un sobresalto continuo en medio del sueño y un mar de pensamientos en los que pierdo el sentido. Mi silencio te atormenta como a mí mismo, pero me sentía impotente contra mí mismo. Vida mía, ¿me perdonarás? Acabo de venir de fuera. Un único y prolongado sonido procedente de mil gargantas de alondras atraviesa el cargado aire del estío, pesados nubarrones avanzan sobre la tierra, el hondo bramido del viento resuena como sus pasos melódicos. El aire primaveral me ha sacado de mi letargo. He sentido miedo de mí mismo. Siempre he tenido la sensación de estar muerto. Veía en todas las personas la faz hipocrática¹, los ojos vidriosos, las mejillas como de cera, y si además empezaba a funcionar todo el mecanismo, las articulaciones se contraían, la voz sonaba cascada, y yo oía el sempiterno organillo y veía saltar y girar barriletes y clavijas en la caja de resonancia, ...yo maldecía el concierto, la caja, la melodía y... ¡ay! Pobres de nosotros, músicos callejeros; los gemidos que proferimos en el potro de tormen-

1. *Facies hippocratica*: la expresión del rostro de los moribundos, que describió Hipócrates por primera vez.

to ¿tendrán como único fin atravesar las fisuras de las nubes y seguir, seguir resonando hasta ir a morir como hálito melodioso en oídos celestiales? ¿No seremos la víctima que perece en el vientre abrasador del toro de Perilo¹, cuyo alarido de muerte resuena como el grito jubiloso del dios toro que se consume en las llamas?

Yo no soy el que blasfema. Los hombres blasfeman. Y sin embargo sufro el castigo, tengo miedo de mi voz y... de mi espejo. Habría podido posar para el señor Callot-Hoffmann, ¿no es cierto, querida? Por las sesiones me habrían pagado los gastos de viaje. Noto que estoy empezando a ser interesante...

Las vacaciones empiezan de mañana en quince días; si no me dan permiso, me marcharé a escondidas, me debo a mí mismo el acabar con una situación insoportable. Mis fuerzas intelectuales se han desmoronado completamente. Me resulta imposible trabajar, estoy hundido en una sorda apatía que no me permite alumbrar un solo pensamiento. Todo se consume en mí mismo; si tuviera una vía para penetrar dentro de mí; pero no tengo ni gritos para el dolor ni júbilo para la alegría, ni armonía para la fidelidad. Este mutismo es mi condenación. Te lo he dicho ya mil veces: No leas mis cartas. ¡Palabras frías e inertes! Ojalá pudiera derramar sobre ti una nota plena de sonido. Pero así sólo te arrastro por mi horrible laberinto. Tú estás ahora en una habitación oscura, sola con tus lágrimas, pero pronto iré a tu lado. Desde hace quince días, tengo tu imagen continuamente ante mí, te veo en todos los sueños. Tu sombra siempre está flotando delante de mí, como esas chispas luminosas que se ven cuando se ha mirado el sol de frente. Estoy ansioso de una sensación de felicidad: pronto, pronto la hallaré a tu lado.

21. A la novia

[Giessen, entre el 19 y el 12 de marzo de 1834]

Aquí no hay montes con una panorámica despejada. Colina tras colina y amplios valles, todo mediocre e insignificante; no puedo habituarme a esta naturaleza y la ciudad es horrorosa. Ha llegado la primavera, puedo renovar siempre tu ramo de violetas, es inmortal, como el Lama. Niña querida, ¿qué hay de nuevo en mi querida ciudad de Estrasburgo? Pasan ahí tantas cosas y tú no me cuentas nada. Je baise les petites mains, en goûtant les souvenirs doux de Strasbourg...

«Prouve-moi que tu m'aimes encore beaucoup en me donnant bientôt des nouvelles.» ¡Y yo haciéndote esperar! Hace ya varios días

1. El toro de bronce construido por el escultor Perilos para el tirano Falaris de Agrigento (siglo VI a.C.), quien quemaba en su interior a sus enemigos; los alaridos de éstos al morir semejan los mugidos del toro.

que echo mano de la pluma a cada instante, pero me ha sido imposible escribir ni una sola palabra. He estado estudiando la historia de la Revolución. Me he sentido como aplastado por el atroz fatalismo de la historia. Veo una horrible igualdad en la naturaleza humana, en las condiciones de vida de los hombres una violencia ineluctable, conferida a todos y a nadie. El individuo no es sino espuma de las olas, la grandeza, mero azar, la preponderancia del genio, un teatro de marionetas, una lucha irrisoria contra una ley de hierro, conocerla es lo más que se puede alcanzar, dominarla es imposible. No tengo la menor intención de inclinarme ante las figuras y los fanfarrones de la historia. Tengo los ojos habituados a la sangre. Pero no soy una hoja de guillotina. *Es preciso* es una de las maldiciones con que ha sido bautizado el hombre. La frase «es preciso que haya escándalo pero ¡ay de aquel por quien el escándalo venga!» es tremenda. ¿Qué es lo que miente, asesina, roba en nosotros? No quiero ahondar en esta idea. ¡Pero si pudiera apoyar en tu pecho mi frío y atormentado corazón! B. te habrá tranquilizado en cuanto a mi estado de salud, yo le he escrito. Maldigo mi salud. Mi cuerpo ardía, la fiebre me cubría de besos y me envolvía como los brazos de una amante. Las tinieblas se cernían sobre mí, una nostalgia infinita inundaba mi corazón, las estrellas penetraban la oscuridad y manos y labios se inclinaban sobre mí. ¿Y ahora? ¿Y en otros momentos? Ni siquiera me queda la voluptuosidad del dolor y del deseo. Desde que atravesé el puente del Rin, estoy como aniquilado por dentro, no nace en mí un solo sentimiento. Soy un autómatas; me han quitado el alma. La Pascua Florida es mi único consuelo; tengo familia cerca de Landau, su invitación y el permiso de ir a hacerles una visita. Ya he hecho ese viaje mil veces y no me canso. Me preguntas si te añoro. ¿Llamas tú a eso añorar, cuando sólo se puede vivir en un punto preciso y le han separado a uno violentamente de él y no queda sino la sensación de la propia miseria? Respóndeme, te lo ruego. ¿Son tan fríos mis labios? [...] Esta carta no tiene orden ni concierto. Te resarciré con otra.

22. A la familia

Giessen, 19 de marzo de 1834

La instrucción del expediente es más importante a causa de las asociaciones estudiantiles; por lo menos a treinta estudiantes les aguarda la relegación. Yo hubiera querido afirmar bajo juramento que esos conjurados no pueden hacer daño a nadie. Pero el gobierno necesita tener algo que hacer y da gracias al cielo cuando hay algún niño que patina o que se columpia.

Los que fueron detenidos en Friedberg están en libertad a excepción de cuatro. [...]

23. *A la novia*

[Giessen, entre el 19 y el 21 de marzo de 1834]

[...] Estaría inconsolable, pobrecita mía, si no supiera lo que puede hacerte recobrar la salud. Ahora escribo a diario, ayer mismo he empezado una carta. Casi tendría ganas de ir, no a Darmstadt sino a Estrasburgo. Si tu indisposición toma un cariz más serio, estaré contigo al momento. Pero ¿por qué me vienen tales ideas? Son para mí un enigma... Mi rostro es como un huevo de Pascua al que la alegría hace salir manchas rojas. Pero estoy escribiendo de manera abominable, te atacaré a los ojos y hará que te suba la fiebre. Sin embargo no lo creo, es sólo lo que queda del viejo y punzante dolor; la suave brisa primaveral besa, y con su beso mata, a los viejos y a los tísicos; tu dolor es viejo y ya está consumido, se muere, eso es todo, y tú piensas que tu vida se va con él. ¿No ves el nuevo y claro día? ¿No oyes mis pasos que otra vez retroceden hacia ti? Mira: te envío besos, campanillas de invierno, velloritas, violetas, esas primeras y tímidas miradas de la tierra a los flameantes ojos del efebo solar. Llevo medio día encerrado con tu imagen y hablando contigo. Ayer por la mañana te prometí flores; aquí las tienes. ¿Qué me das a cambio? ¿Qué opinas de mi Bedlam¹? Cuando quiero hacer algo serio, tengo la impresión de ser el Larifari² de la comedia; quiere desenvainar la espada y es una cola de liebre [...]

Querría haberme callado. Siento de pronto un miedo indecible. Escribe en seguida, pero no lo hagas, por amor de Dios, si te cuesta mucho esfuerzo. Tú has mencionado un remedio; corazón mío, ya hace tiempo que lo tengo en la punta de la lengua. Pero me gustaba tanto nuestro callado secreto... Bueno, sí, dile todo a tu padre; mas con dos condiciones: *Silencio* hasta con los familiares más próximos. No me gusta oír el ruido de los pucheros detrás de cada beso y poner cara de padre de familia delante de tus diversas tías. Y luego: no escribas a mis padres antes de que lo haya hecho yo. Todo lo dejo a tu discreción: haz lo que más te tranquilice. ¿Qué otra cosa puedo decir sino que te quiero y qué otra cosa voy a prometer sino lo que ya va implícito en la palabra amor: fidelidad? ¿Pero y el llamado sustento diario? Dos años de estudiante aún, ciertas perspectivas de vida ajetreada, quizá pronto en suelo extranjero.

Para terminar me acerco a ti y te canto una vieja canción de cuna³:

1. Bedlam: este manicomio londinense, citado por Heine en sus *Cuadros de viaje*, fue desde el siglo XVIII sinónimo de «casa de locos».

2. Nombre del payaso de la comedia popular vienesa.

3. Los versos son de *Amor en el campo* de Lenz, en la versión publicada por Schiller en el *Almanaque de las Musas* de 1798. Los versos iniciales, no citados aquí, eran una de las contraseñas más utilizadas por Büchner y sus correligionarios.

Triste y callada lloraba
por quien su amor traicionara
en el pequeño aposento
a solas con sus recuerdos;
en la pared, en la alacena,
estaba él siempre ante ella,
y cuando el sueño venía
él siempre, siempre volvía.

Y luego:

Y es que siempre, siempre, siempre
la imagen está presente
de un hombre que un día llegó
y a la niña enamoró.
Su cara está casi borrada,
mas quedan, ¡ay! sus palabras
y esos felices momentos
y lo real de unos sueños
que en la cuna hemos forjado
mas nunca hemos realizado.

24. *A la novia*

Giessen, marzo de 1834

[...] Me iré de aquí directamente a Estrasburgo sin poner el pie en Darmstadt; allí podría tropezar con dificultades y entonces quizá quedara aplazado mi viaje hasta el final de las vacaciones. Pero antes te escribo una vez más, ya que no quepo en mí de impaciencia; de todos modos esta carta es tan insulsa como cuando le anuncian a uno en una casa elegante: «Señor estudiante Büchner». ¡Eso es todo! A lo que se queda uno reducido. Casi sucumbo ante la *conciencia* de ello; si no, me sería bastante indiferente; ¿cómo se puede compadecer a una persona hipnotizada o estupidizada? ¿Pero tú, tú qué dices a este inválido? Yo, por mi parte, no puedo soportar a la gente a medio sueldo. Nous ferons un peu de romantique, pour nous tenir à la hauteur du siècle; et puis me faudra-t-il du fer à cheval pour faire de l'impression à un coeur de femme? Aujourd'hui on a le système nerveux un peu robuste. Adieu.

25. *A la familia*

[Estrasburgo, finales de marzo/principios de abril de 1834]

[En Giessen] he estado tranquilo en lo exterior, mas sumido en una honda melancolía; al mismo tiempo coartado por las circunstancias políticas y avergonzado de ser un siervo entre siervos, por complacer

a una apolillada dinastía ducal y a un vil aristocratismo de servidores del Estado. Vuelvo a Giessen a una situación de lo más humillante, la tristeza y el asco me ponen enfermo. [...]

26. *A la familia*

Giessen, 25 de mayo de 1834

[...] Las actividades de las asociaciones estudiantiles me tienen sin cuidado; anoche los burgueses les dieron de palos. Hubo gritos de «¡Aquí, estudiantes!»¹, pero no llegó nadie, sólo los miembros de dos asociaciones, que tuvieron que llamar al juez de la universidad para ponerse a salvo de los aprendices de sastre y de zapatero. El juez de la universidad estaba bebido y llenó de improperios a los jóvenes burgueses; me asombra que no le hayan dado a él una paliza. Lo más divertido es que esos mozalbetes son liberales y por eso atacaron a las corporaciones, que son leales al gobierno. La cosa parece que va a repetirse esta noche, se comenta incluso que va a haber una salida; espero que los estudiantes se lleven otra vez una buena tunda; nosotros estamos con los burgueses y nos quedaremos en la ciudad. [...]

27. *A la familia*

Giessen, 2 de julio de 1834

[...] ¿Qué se dice de la condena de *Schulz*? A mí no me asombra, eso huele a pan de rancho. A propósito, ¿sabéis la bonita historia del comisario [...]? El buen Columbus tenía que descubrir en X, en casa de un carpintero, una prensa clandestina. Rodea la casa, penetra en ella. «Amigo, se acabaron las bromas, llévame a la prensa.» El hombre le lleva al lagar. «¡Que no es eso! ¡La prensa! ¡La prensa!» El buen hombre no le entiende y el comisario se aventura en el sótano. Está oscuro. «¡Una luz, deprisa!» «Si quiere una, tendrá que comprarla.» Pero el comisario le ahorra al país gastos innecesarios: como el barón de Münchhausen, tropieza con una viga, el hueso de la nariz le hace ver las estrellas, fluye la sangre, él no ve nada, no encuentra nada. Nuestro gran duque bienamado le hará una funda para la nariz con la tela de una banda del mérito civil... [...]

28. *A la familia*

Francfort, 3 de agosto de 1834

[...] Utilizo todos los pretextos para soltar mi cadena. *El viernes por la noche* me marché de Giessen, debido al calor viajé de noche, y así

1. «Bursch heraus!»: así empieza el himno de la «Burschenschaft» (asociación estudiantil).

caminé con el frescor más agradable bajo un claro cielo estrellado, en cuyo horizonte, muy a lo lejos, brillaban constantemente los relámpagos. En parte a pie, en parte con postillones y gentes de la misma ralea, recorrí durante la noche la mayor parte del trayecto. Hice varios altos en el camino, y hacia mediodía estaba en Offenbach. Di ese pequeño rodeo porque es más fácil entrar en la ciudad por esa parte sin que le detengan a uno. La prisa no me permitió proveerme de los papeles necesarios. [...]¹.

29. *A la familia*

Giessen, 5 de agosto de 1834

[...] Creo haberos contado que a *Minnigerode* lo detuvieron media hora antes de mi partida, le han llevado a Friedberg. No comprendo el motivo de su detención². Por lo visto, a nuestro perspicaz juez de la universidad le vino la idea de que mi viaje podía estar relacionado con la detención de *Minnigerode*. Cuando llegué aquí encontré *precintado* mi secretaire y me dijeron que habían registrado mis papeles. A petición mía quitaron en seguida el precinto y también me fueron devueltos los papeles (nada más que cartas vuestras y de mis amigos), sólo se quedaron con algunas cartas en francés de W[ilhelmine], Muston, L[ambossy] y B[oeckel], probablemente porque necesitaban encontrar un profesor de idiomas para leerlas. Estoy indignado de semejante proceder, me pongo enfermo cuando imagino mis más sagrados secretos en las manos de esa gentuza. Y todo ello ¿sabéis por qué? Porque me fui de aquí el mismo día en que detuvieron a *Minnigerode*. Por una vaga sospecha han violado los más sagrados derechos: ¡y lo que piden después es que les aporte pruebas de mi viaje! Eso, naturalmente, he podido hacerlo con toda facilidad, tengo cartas de B que confirman cada una de mis palabras; y entre mis papeles no hay una sola línea que pueda comprometerme. Podéis estar tranquilos a este respecto. Estoy en libertad y es imposible que encuentren nada que les sirva de pretexto para detenerme. Pero estoy profundamente indignado por la actuación de los tribunales, quebrantar así, ante la sola sospecha de una posible

1. Büchner disimula el motivo de su improvisado viaje: la súbita detención (por delación), el 1 de agosto, de *Minnigerode*, que llevaba ejemplares del *Mensajero de Hesse*. El motivo del viaje era prevenir en Offenbach y Butzbach a los demás conjurados, cosa que hizo, en efecto el 1 y 2 de agosto. Büchner se había provisto previamente, como coartada, de una carta de su amigo E. Boeckel, que le pedía que fuese a verle a Francfort el 3 de agosto.

2. Büchner miente, evidentemente. El juez Georgi había sido informado el 3 de agosto por el Ministerio del Interior de que se sospechaba que Büchner había redactado el *Mensajero*. Pero el alibi de Francfort, la falta de pruebas materiales y la audacia de B. al presentarse espontáneamente en el domicilio del juez, impidieron su detención.

sospecha, los más sagrados secretos de familia. En el tribunal de la universidad *sólo me preguntaron* dónde había estado durante los últimos tres días; y para recoger informaciones a ese respecto, fuerzan mi secretaire durante mi ausencia ya el segundo día y requisan mis papeles. Voy a hablar con varios abogados para ver si las leyes prevén un desagravio por semejante violación de derechos. [...]

30. *A la familia*

Giessen, 8 de agosto de 1834

[...] Me dedico a mis ocupaciones habituales, no ha habido más interrogatorios. No han encontrado nada sospechoso; sólo las cartas francesas parece que siguen sin descifrar; el juez de la universidad tendrá que tomar clases de francés. Todavía no me las han devuelto [...]. Por lo demás he acudido al tribunal disciplinario pidiéndole protección contra la arbitrariedad del juez. Espero con impaciencia la respuesta. No me decido a renunciar a la satisfacción que se me debe. Violar mis más sagrados derechos y quebrantar todos mis secretos, tocar papeles que son para mí como un santuario: estoy demasiado indignado como para no hacer uso de todos los medios a mi alcance para vengarme del autor de ese acto de barbarie. Al juez de la universidad le he tomado el pelo con tanta finura que a poco se muere. Cuando a mi vuelta vi que me habían prohibido entrar en mi habitación y que estaba precintado mi secretaire, fui a él corriendo y, en presencia de varias personas, le dije con toda sangre fría y con la mayor cortesía que, según me habían dicho, durante mi ausencia había *honrado* a mi habitación con su presencia, que yo venía para saber la razón de su bondadosa visita, etc. La lástima es que no fuera a verle después del almuerzo, pero aun así a poco revienta y tuvo que reaccionar con la mayor urbanidad a mi mordiente ironía. La ley dice que sólo se puede hacer un registro domiciliario en caso de que haya sospechas *muy fundadas*, más aún, sospechas que ya casi *equivalgan a una prueba*. Ya veis cómo se interpreta la ley. Contra mí no hay sospechas y mucho menos sospechas fundadas, pues en ese caso estaría ya detenido; mientras que yo esté aquí, podría imposibilitar las diligencias haciendo que coincidan las declaraciones y cosas parecidas. De ello resulta que no hay nada que pueda comprometerme y que ese registro domiciliario se hizo únicamente porque no me comporto de una manera tan licenciosa ni tan servil como para no ser tenido por un demagogo. Soportar en silencio tal acto de violencia equivaldría a aceptar la complicidad del gobierno; equivaldría a admitir que no existen garantías legales; equivaldría a proclamar que el derecho violado no obtiene reparación alguna. Yo no quiero infligirle a nuestro gobierno tan grave ofensa.

No sabemos nada de Minnigerode; el rumor sobre Offenbach¹ es, en todo caso, pura invención; el hecho de haber estado allí no puede comprometerme más que a cualquier otro que viaja a esa ciudad [...]. Si de la misma manera que registraron mis papeles sin tener los motivos exigidos por la ley, también llegaran a detenerme, que así sea. Yo no puedo evitarlo y sería tan culpable de ello como si una cuadrilla de bandoleros me capturara, me desvalijara o asesinara. Hay que someterse a la violencia si no se es lo bastante fuerte para resistir; la debilidad no es motivo de reproche.

31. *A la familia*

Giessen, finales de agosto de 1834

Ya han pasado casi tres semanas desde el registro domiciliario y todavía no me han hecho la *menor* notificación al respecto. La declaración ante el juez de la universidad el primer día no puede ser tenida en cuenta, ya que no está en relación *legal* alguna con ese registro. El señor *Georgi*, en su calidad de *juez de la universidad*, exige de mí, en mi calidad de *estudiante*, que aporte pruebas de mi viaje, mientras que él hizo el registro domiciliario en calidad de *comisario del gobierno*. Ya veis, pues, a qué extremos ha llegado la *anarquía legal*. Si no me equivoco, olvidé daros un dato importante: el hecho de que el registro incluso tuvo lugar sin los tres *testigos* prescritos por la ley, teniendo así aun en mayor medida el carácter de un *allanamiento de morada*. El violar nuestros secretos de familia es, en cualquier caso, un robo más importante que el llevarse algunas monedas. El allanamiento de morada en mi *ausencia* es asimismo ilegal; sólo tenían derecho a precintar mi puerta y, ese paso de registrar el domicilio en mi ausencia sólo podían darlo si previamente me hubiesen enviado una citación y yo no hubiera comparecido. Ha habido, pues, *tres infracciones*: registro domiciliario *sin sospecha grave* (como ya dije, todavía no he prestado declaración y ya han pasado tres semanas), registro domiciliario *sin testigos* y, por último, registro domiciliario al tercer día de haberme ausentado, *sin que se me haya citado previamente*.

La gestión ante el tribunal disciplinario fue superflua, en el fondo, puesto que el juez de la universidad, en calidad de comisario del gobierno, no depende de él. Aquello fue una medida provisional para no precipitar las cosas; yo me puse bajo la protección del tribunal y le presenté mi demanda. En virtud de sus funciones, el tribunal *tenía* que identificarse con mi causa, pero esa gente tiene un carácter

1. Büchner y otros tres conjurados habían recogido el 31 de julio en una imprenta de Offenbach los ejemplares del *Mensajero de Hesse*. Büchner intenta desmentir aquí que él había participado en la acción.

bastante timorato; estoy convencido de que me remitirán a otra oficina. Entre tanto espero su resolución... El incidente es tan simple y tan evidente que o bien me dan plena satisfacción o bien tienen que declarar públicamente que la ley ha sido abolida y que en su lugar impera una violencia contra la que no cabe más apelación que tocar a rebato y arrancar el empedrado. [...]

32. *A Sauerländer*

Darmstadt, 21 de febrero de 1835

Muy señor mío:

Tengo el honor de enviarle el manuscrito adjunto. Es un ensayo dramático y versa sobre un tema de historia contemporánea. Si usted estuviese dispuesto a encargarse de la edición, le ruego que me lo notifique lo antes posible; y en caso contrario, que devuelva el manuscrito a la librería Heyer de esta ciudad.

Mucho le agradecería que enviara la carta adjunta al señor Karl Gutzkow y que le entregara el drama para que él pueda examinarlo.

Tenga la bondad de hacerme llegar su posible respuesta enviándola en sobre cerrado a la siguiente dirección: Señora viuda de Reuss, Darmstadt. Diversas circunstancias me hacen desear encarecidamente que tal sea el caso en el plazo más breve posible.

Suyo afectísimo y seguro servidor,

G. Büchner

33. *A Gutzkow*

Darmstadt, finales de febrero de 1835

Distinguido señor:

Quizá haya observado usted, quizá —en el menos feliz de los casos— sepa por propia experiencia que hay un grado de infortunio que hace olvidar todas las consideraciones y enmudecer todos los sentimientos. Aunque ciertas personas aseguran que entonces es preferible morir de hambre y salir de este mundo, yo podría refutar eso con el caso, oído en la calle, de un capitán que se ha quedado ciego hace poco y que declara que se pegaría un tiro si no se viera forzado a seguir vivo para conservar el sueldo a su familia. Eso es terrible. Quizá comprenderá usted que puede haber situaciones parecidas que le impiden a uno convertir el propio cuerpo en ancla de salvación que se echa al agua desde el barco naufragado que es este mundo, y por eso no se asombrará de ver que abro de golpe su puerta, entro en su habitación, le pongo un manuscrito en el pecho y le exijo una limosna. Le ruego, en efecto, que lea el manuscrito lo antes posible, que se lo recomiende al señor Sauerländer, caso de

que su conciencia de crítico se lo permita, y que me conteste en seguida.

Sobre la obra como tal no puedo decirle sino que unas circunstancias poco afortunadas me han obligado a escribirla en un máximo de cinco semanas. Le digo esto para motivar su juicio sobre el autor, no sobre el drama en sí. Ni yo mismo sé qué pensar de él, sólo sé una cosa, que tengo motivos de sobra para ruborizarme ante la historia; pero me consuelo con la idea de que, aparte de Shakespeare, todos los escritores, frente a ella y frente a la naturaleza, son meros colegiales.

Insisto en pedirle que me conteste en breve; si la decisión fuese favorable, unas líneas salidas de su pluma y llegadas aquí antes del miércoles próximo podrían impedir que un desgraciado se hallara en una tristísima situación.

Si quizá le causara extrañeza el tono de esta carta, piense que me resulta más fácil mendigar envuelto en harapos que presentar una súplica vestido de frac, y casi más fácil decir con la pistola en la mano: ¡La bolsa o la vida! que susurrar con labios temblorosos: ¡Dios se lo pague!

G. Büchner

ESTRASBURGO, 1835-1836

34. *A la familia*

Weissenburg, 9 de marzo de 1835

Acabo de llegar a ésta sin novedad. El viaje fue rápido y cómodo. Podéis estar completamente tranquilos en lo concerniente a mi seguridad personal. Según informaciones de toda confianza, es seguro que me permitirán quedarme en Estrasburgo. [...] Sólo razones de máxima urgencia me han forzado a abandonar de esta manera la patria y la casa paterna. [...] Habría podido entregarme a nuestra inquisición política, del resultado de una investigación judicial no tenía nada que temer, pero sí mucho de la investigación como tal. [...] Estoy convencido de que dentro de dos o tres años no habrá obstáculos que me impidan volver. Y si me hubiese quedado, ese período de tiempo lo habría pasado en un calabozo de Friedberg; y cuando me hubieran soltado, habría sido una ruina física y psíquica. Eso lo he visto con tal claridad, estaba tan seguro de ello, que he optado por este gran mal del exilio voluntario. Ahora tengo las manos y la cabeza libres. [...] Todo está en mi mano. Me dedicaré a estudiar con la máxima energía las ciencias médico-filosóficas, y en el campo *en cuestión* todavía quedan bastantes posibilidades de hacer algo serio, y nuestra época sabe apreciar tales cosas. Desde que crucé la frontera he cobrado nuevos ánimos, ahora estoy completamente solo, pero precisamente eso acrecienta mis fuerzas. El verme libre del miedo secreto y constante que me atormentaba en Darmstadt, miedo a la detención o a persecuciones de cualquier otra índole, es un gran alivio. [...]

35. A Gutzkow

Estrasburgo, marzo de 1835

Muy distinguido señor:

Quizá haya sabido usted por una orden de busca y captura aparecida en el *Frankfurter Journal*¹ que me he marchado de Darmstadt. Estoy en Estrasburgo desde hace unos días; no sé si permaneceré aquí, eso depende de diversas circunstancias. Mi manuscrito habrá hecho su recorrido bajo mano.

Mi futuro es tan problemático que empieza a interesarme a mí mismo, que ya es decir. No puedo decidirme sin más a la sutil forma de suicidio que es el *trabajo*; espero poder ir arrastrando mi vagancia por lo menos un trimestre y luego aceptaré una prima, o bien de los jesuitas por servir a María, o bien de los sansimonistas por la femine libre, o bien moriré con mi amante. Ya veremos. Quizá me halle también presente cuando la catedral vuelva a ponerse otra vez el gorro frigio. ¿Usted qué opina? Estoy bromeando sin duda. Pero ya verá usted un día de lo que es capaz un alemán cuando tiene hambre. Me gustaría que la nación entera se hallara en mi misma situación. ¡Ojalá viniera un mal año en el que sólo se cosechara cáñamo! Nos íbamos a divertir; íbamos a tejer juntos una boa constrictor. Mi *Danton* es por lo pronto un cordoncito de seda y mi musa un verdugo disfrazado.

36. A la familia

Estrasburgo, 27 de marzo de 1835

[...] Mucho me temo que el resultado de la investigación justifique plenamente el paso que he dado; ha habido otra vez detenciones y se espera que próximamente haya más. Minnigerode ha sido pillado *in flagranti crimine*; le consideran la vía para descubrir todas las actividades revolucionarias que ha habido hasta ahora, están tratando de arrancarle a toda costa su secreto; ¿cómo va a poder resistir su débil constitución la lenta tortura a que le someten? [...] ¿Han dado los periódicos alemanes la noticia de la ejecución del alférez Kossertitz en la fortaleza de Hohenasperg, en Wurtemberg? Estaba *ál tanto* del complot de Francfort y fue fusilado hace algún tiempo. *Frankh*, el librero de Stuttgart, ha sido condenado a muerte, junto con varios otros, por la misma razón, y se piensa que va a ser cumplida la sentencia. [...]

1. Cf. *infra*, p. 271.

37. A la familia

Estrasburgo, 20 de abril de 1835

[...] Esta mañana he recibido una triste noticia; ha llegado aquí un hombre, huido de la región de Giessen, y me ha contado que en la región de Marburgo han sido arrestadas varias personas y que en casa de una de ellas han encontrado una prensa; dice además que han encarcelado a mis amigos *A. Becker* y *Klemm* y que el pastor *Weidig* es objeto de persecuciones. En estas circunstancias no comprendo que hayan puesto en libertad a P[...]. Sólo ahora estoy verdaderamente contento de haberme marchado, no habrían tenido la menor indulgencia conmigo. [...] Veo el futuro con toda tranquilidad. En cualquier caso, podría vivir de mis trabajos literarios [...]. La *Literaturblatt* también me ha pedido que le envíe críticas sobre las obras francesas de nueva aparición; eso se paga bien. Ganaría mucho más si quisiera dedicar más tiempo a esos trabajos, pero estoy decidido a *no abandonar mi plan de estudios*. [...]

38. A la familia

Estrasburgo, 5 de mayo de 1835

Schulz y su mujer me agradan mucho, hace ya algún tiempo que trabé amistad con ellos y voy a verlos con frecuencia. *Schulz*, en especial, es todo lo contrario de ese funcionario ajetreado y nervioso que yo me imaginaba; es un hombre bastante tranquilo y muy sencillo. Tiene la intención de ir muy pronto a Nancy con su mujer y dentro de un año aproximadamente a Zurich, para dar allí clases en la universidad. [...] La situación de los refugiados políticos en Suiza no es tan mala como piensa la gente, medidas rigurosas sólo se imponen a quienes, con sus continuas locuras, han puesto a Suiza en la más desagradable de las situaciones frente al extranjero y al borde de una guerra. [...] *Böckel* y *Baum* siguen siendo mis más íntimos amigos; este último quiere dar a la imprenta su tratado sobre los metodistas, que le ha hecho ganar tres mil francos y los laureles oficiales. Yo me he dirigido en su nombre a *Gutzkow*, con quien mantengo asidua *correspondencia*. De momento está en Berlín, pero regresará pronto. Parece que tiene muy buena opinión de mí, cosa que me alegra mucho; su revista literaria goza de gran prestigio. [...] En junio vendrá aquí, según me ha escrito. Por él me he enterado de que varios pasajes de mi obra teatral han aparecido en *Phönix*, me ha asegurado también que eso ha dado mucho lustre a la revista. La obra completa aparecerá pronto. Caso de que lleguéis a leerla, os pido que antes de formaros un juicio penséis que yo he tenido que ser fiel a la historia y presentar a los hombres de la Revolución tal y como fueron: crueles, viciosos, enérgicos y cínicos. Yo tengo a mi drama por un cuadro histórico que

ha de parecerse a su original. [...] Gutzkow me ha pedido críticas, como si con ello le hiciera una merced especial; yo no he podido negarme, pues en mis horas libres me dedico a leer, y si de vez en cuando cojo la pluma y escribo algo sobre lo que he leído, no me significa un esfuerzo tan grande y me quita poco tiempo. [...] El cumpleaños del rey transcurrió sin más novedad, nadie se interesa por esas cosas, hasta los republicanos se han calmado; no quieren más alborotos, pero sus ideas tienen cada vez más eco, sobre todo en la generación joven, y por eso lo más probable es que el gobierno se vaya derrumbando poco a poco por sí solo, sin trastornos revolucionarios. [...] *Sartorius* está detenido, al igual que *Becker*. Hoy me he enterado también de la detención del señor *Weidig* y del pastor *Flick*, en *Petterweil*. [...]

39. *A la familia*

Estrasburgo, miércoles después de Pentecostés de 1835

[...] Lo que me contáis del rumor que corre por Darmstadt sobre la existencia de una asociación en Estrasburgo, me inquieta mucho. Aquí hay a lo sumo ocho o nueve refugiados alemanes, yo casi no tengo contacto con ellos, y una asociación política es algo en lo que no cabe ni pensar. Ellos saben tan bien como yo que en las circunstancias actuales eso sería inútil y extraordinariamente pernicioso para quien lo intentara¹. Ellos tienen un solo objetivo: a fuerza de trabajo, laboriosidad y buenas costumbres mejorar la maltrecha reputación de los refugiados alemanes, y a mí ese propósito me parece muy loable. Parece que Estrasburgo, a juicio de nuestro gobierno, es un lugar sumamente sospechoso y peligroso, por eso no me extrañan lo más mínimo los rumores que circulan por ahí, sólo me inquieta la posibilidad de que nuestro gobierno pida la expulsión de los culpables. Nosotros no gozamos aquí de protección legal, nuestra estancia, en realidad, está en desacuerdo con la ley, sólo se nos *tolera*, es decir, dependemos totalmente de la voluntad del prefecto. Si nuestro gobierno llegase a presentar esa demanda, no preguntarían si existe o no una tal asociación, sino que expulsarían sin más a los que estamos aquí. Si bien es cierto que yo cuento con protección suficiente para seguir residiendo aquí, eso sólo es posible mientras el gobierno de Hesse no exija *especialmente* mi expulsión, pues en ese caso la ley habla con *tal* claridad que las autoridades se verían forzadas a cumplir lo que dice. Espero, no obstante, que haya mucho de exageración en todo esto. A nosotros nos ha impresionado también lo

1. En esta carta y en las siguientes, Büchner intenta tranquilizar a su familia sobre el tema de sus actividades políticas y sobre su situación como exiliado. La situación de los emigrados era más precaria de lo que puede deducirse por las cartas.

siguiente: *el doctor Schulz ha recibido hace unos días la orden de abandonar Estrasburgo; había vivido aquí completamente retraído, no se había metido en ninguna complicación ¡y a pesar de todo!* Espero que nuestro gobierno me haya considerado tan insignificante como para no tomar medidas similares contra mí y que así yo pueda seguir viviendo en paz. Decid que me he marchado a Suiza. Ayer hablé con *Heumann*. También han llegado aquí en los últimos tiempos otros cinco refugiados, procedentes de Darmstadt y Giessen, que ya han continuado viaje a Suiza. *Rosenstiel*, *Wiener* y *Stamm* se hallan entre ellos. [...]

40. *A Wilhelm Büchner*

[Estrasburgo, 1835]

[...] No te diría esto si creyera por lo más remoto en la posibilidad de una revolución. Desde hace seis meses estoy totalmente convencido de que no se puede hacer nada y de que quien se sacrifica *en el momento actual*, se pone al descubierto como un idiota. No puedo darte más detalles, pero conozco la situación, sé cuán débil, insignificante y dividido está el partido liberal, sé que es imposible una acción concertada y eficaz y que cualquier intento no aportaría el más mínimo resultado. [...]

41. *A un destinatario desconocido*

[Estrasburgo, 1835]

Ahora que tengo conocimiento exacto de las actividades de los revolucionarios alemanes en el extranjero, estoy convencido de que tampoco cabe esperar absolutamente nada por ese lado. Reina entre ellos una confusión babilónica que nunca se disipará. ¡Confíemos en el paso del tiempo! [...]

42. *A Gutzkow*

[Estrasburgo]

Toda la Revolución ya se ha dividido en liberales y absolutistas, y la clase pobre e inculta tiene que tragársela; la relación entre pobres y ricos es el único elemento revolucionario del mundo, sólo el hambre podría convertirse en diosa de la libertad y sólo un Moisés que nos echara encima las siete plagas de Egipto podría convertirse en un Mesías. Engorde usted a los campesinos y la Revolución muere de apoplejía. Una *gallina* en el puchero de cada campesino acabará matando el *gallo gálico*.

43. *A la familia*

Estrasburgo, julio de 1835

[...] He recibido por vía oral más noticias desagradables de Darmstadt. Koch, Walloth, Geilfuss y uno de mis amigos de Giessen llamado Becker acaban de llegar a ésta, también está aquí el joven Stamm. Han llegado algunos más, pero todos siguen para Suiza o hacia el interior de Francia. Puedo decir que he tenido suerte y a veces me siento libre y ligero cuando miro el espacio ancho y libre a mi alrededor y evoco después la prisión de Darmstadt. ¡Esos desgraciados! Minnigerode lleva casi un año en la cárcel, parece que está acabado físicamente, ¿pero no muestra una perseverancia heroica? Dicen que le han dado varias palizas, yo eso ni puedo ni quiero creerlo. A Becker es como si estuviera dejado de la mano de Dios y abandonado de todo el mundo; su madre murió mientras él estaba en la prisión de Giessen: ¡¡¡y se lo dicen quince días después!!! Kl[emm] es un traidor, eso es seguro, pero cuando lo pienso es siempre como si estuviera soñando. ¿Sabéis que su hermana y su cuñada también han sido detenidas y llevadas a Darmstadt, y eso muy probablemente debido a su propia declaración? Por cierto que se está cavando su propia tumba; su meta, la boda con Fräulein von [Grolmann], de Giessen, no va a alcanzarla, y el menosprecio general de que irremisiblemente va a ser objeto, le matará. Lo que yo me temo es que las detenciones que ha habido hasta ahora no sean sino el prelude; lo que está por venir va a ser bastante peor. El gobierno no sabe moderarse; abusará al máximo de las ventajas que le ofrecen las circunstancias actuales, y eso es muy poco prudente y para nosotros muy provechoso. También han abierto sumario contra el joven von Biegeleben, Weidenbusch, Floret; esto va a ser interminable. Entre los detenidos hay tres pastores: Flick, Weidig y Thudichum. Tengo mucho miedo de que nuestro gobierno no nos deje en paz aquí, pero confío en los buenos oficios de los profesores Lauth y Duvernay y del doctor Boeckel; todos ellos están muy bien relacionados con el prefecto.

Tengo terminada hace tiempo la traducción¹. Sobre mi drama no sé nada; hará cinco o seis semanas que me escribieron Gutzkow que ya estaban imprimiéndolo; desde entonces no he vuelto a saber nada. Pienso que ya lo habrán publicado y que me lo mandarán junto con las reseñas cuando hayan salido éstas. No se me ocurre otra explicación de tal retraso. Solamente, a veces tengo miedo por Gutzkow; es prusiano y hace poco se ha atraído las iras de su gobierno con el prólogo de una obra aparecida en Berlín. Los prusianos no se andan

1. Se trata de dos dramas de Victor Hugo, *Lucrecia Borgia* y *Maria Tudor*. Büchner tenía urgente necesidad de dinero, ya que, desde su huida a Estrasburgo, el padre había cortado toda ayuda pecuniaria.

con miramientos; quizá esté ya encarcelado en una fortaleza prusiana; pero confiemos en que todo quede en nada. [...]

44. *A la familia*

Estrasburgo, 16 de julio de 1835

[...] Vivo aquí sin que nadie se meta conmigo; es cierto que hace algún tiempo llegó un rescripto de Giessen, pero la policía parece que ha hecho caso omiso de él. [...] Me produce gran angustia pensar en Darmstadt; veo nuestra casa y el jardín y luego, involuntariamente, esa horrible prisión; ¡pobres desgraciados! ¿Cómo acabará todo esto? Seguramente como en Francfort, donde uno a uno van muriendo y se les va enterrando sigilosamente. La condena a muerte, el patíbulo: ¿eso qué es? Se muere por la propia causa. ¡Pero consumirse así, lentamente, en la prisión! ¡Eso es espantoso! ¿No podríais decirme quién está en la cárcel de Darmstadt? Aquí oigo decir muchas cosas diferentes, pero no acabo de enterarme bien. Kl[emm] parece que está jugando un papel odioso. Yo tenía gran afecto a ese chico, era extraordinariamente apasionado, pero abierto, vivo, valeroso, despierto. ¿No sabéis nada de Minnigerode? ¿Será verdad que le están dando malos tratos? Para mí es impensable. Su heroica perseverancia debería infundir respeto hasta al más empedernido aristócrata. [...]

45. *A la familia*

Estrasburgo, 28 de julio de 1835

Necesito decir unas palabras sobre mi drama. En primer lugar tengo que consignar que han abusado de mi autorización para hacer algunos cambios. En casi cada página han tachado o añadido cosas y casi siempre de la forma más desfavorable para el conjunto de la obra. A veces han deformado el sentido o incluso lo han hecho desaparecer del todo, y lo que hay en su lugar son sólo absurdos despropósitos. Además, el libro está plagado de las más detestables erratas. No me han enviado pruebas de imprenta. El título es una banalidad, y lleva mi nombre, aunque yo lo había prohibido expresamente, aparte de que no estaba en el título de mi manuscrito. Además, el corrector me ha hecho decir unas vulgaridades que yo jamás habría puesto. He leído las brillantes críticas de Gutzkow, comprobando complacido que no soy propenso a la vanidad. En cuanto a la pretendida inmoralidad de mi libro, tengo que decir lo siguiente: el dramaturgo para mí no es otra cosa que un historiador, pero superior a éste por cuanto recrea otra vez la historia para nosotros y, en lugar de ofrecernos una seca narración, nos introduce en seguida, de manera inmediata, en la vida de una época, ofreciénd-

donos, en lugar de características, caracteres, y en lugar de descripciones, personajes. Su tarea principal consiste en acercarse lo más posible a la historia tal y como fue en la realidad. Su libro no puede ser ni *más moral* ni *más inmoral* que la *historia misma*, pero la historia no fue creada por Dios para ser leída por jovencitas, y por eso a mí tampoco tiene que reprocharme nadie que mi drama no sea una lectura de ese género. ¡Yo no puedo hacer de Danton y de los bandidos de la Revolución héroes virtuosos! Si yo quería presentar su vida licenciosa, por fuerza tenía que hacerlos licenciosos; si quería mostrar su ateísmo, tenía por fuerza que hacerlos hablar como ateos. Si aparecen algunas expresiones obscenas, que se piense en el lenguaje de aquella época, famoso en el mundo entero por su obscenidad, y lo que yo pongo en boca de mis personajes es sólo un débil trasunto de ese lenguaje. Lo único que se me podría reprochar es haber elegido un tema de esa índole. Pero esa objeción hace tiempo que ya está refutada. Si fuera válida, habría que rechazar las mayores obras maestras de la literatura. El escritor no es un profesor de moral; él inventa, él crea personajes y hace renacer tiempos pasados: y que la gente aprenda con él lo mismo que aprende estudiando la historia y observando lo que sucede a su alrededor. Si *así fuera*, no estaría permitido estudiar la historia, pues allí se cuentan muchas cosas inmorales, se tendría que ir por la calle con los ojos tapados, porque se podrían ver muchas indecencias y habría que lanzar gritos al cielo contra un Dios que ha creado un mundo tan inmoral. Y si alguien me dice que el escritor no tiene que mostrar el mundo como es sino como debería ser, le replicaré que yo no quiero enmendarle la plana a Dios, quien seguramente ha hecho el mundo como debe ser. En cuanto a los llamados escritores idealistas, opino que casi no ofrecen otra cosa que marionetas con narices azul-cielo y un patetismo afectado, pero no personas de carne y hueso, cuyo dolor y cuya alegría me contagian y cuya forma de obrar me inspira repugnancia o admiración. En una palabra, tengo en mucho a Goethe y a Shakespeare, pero en muy poco a Schiller. Por lo demás, es evidente que se publicarán las críticas más desfavorables; pues los gobiernos tienen que probar con sus escritores a sueldo que sus adversarios son gente estúpida o inmoral. Por otra parte, no pienso en modo alguno que mi obra sea perfecta y aceptaré agradecido cualquier crítica verdaderamente estética.

¿Habéis oído hablar del rayo gigantesco que cayó hace unos días sobre la catedral? Yo nunca había visto tal fogonazo ni oído tal estrépito; durante unos instantes me quedé como sordo. Son los mayores desperfectos que recuerdan los guardianes. Las piedras saltaron hechas añicos y fueron catapultadas hasta muy lejos, con inmensa violencia; en cien pasos a la redonda hubo destrozos en los tejados de las casas vecinas debido a las piedras que cayeron encima.

Han llegado otros tres refugiados, entre ellos *Nievergelder*; hace

poco han detenido en Giessen a dos estudiantes. Aquí no sabemos de nadie que haya sido detenido en la frontera. Esa historia tiene que ser un embuste. [...]

46. *A la familia*

Estrasburgo, principios de agosto de 1835

[...] Sobre todo tengo que deciros que por recomendación especial me han prometido una tarjeta de seguridad, en caso de que yo pueda presentar una *partida de nacimiento* (no un certificado de nacionalidad). Sólo se trata de una formalidad prescrita por la ley; necesito presentar un papel, por poco importante que sea. [...] Con todo, mi vida transcurre sin molestias, es sólo una medida profiláctica para el futuro. De todos modos contad por ahí que me he marchado a Zurich; como no os ha llegado carta mía por correo desde hace bastante tiempo, es imposible que la policía sepa de cierto dónde estoy, y además yo he escrito a mis amigos que me he marchado a Zurich. Aquí han llegado otra vez varios refugiados, entre ellos un hijo del profesor *Vogt*; traen noticias de nuevas detenciones, ahora de tres padres de familia: uno en Rödelheim, otro en Francfort, el tercero en Offenbach. También ha sido detenida una hermana del infortunado *Neuhof*, una muchacha guapa y simpática, según dicen. Lo cierto es que han metido en la prisión de Darmstadt a una mujer de Giessen; aseguran que es ella. [...] El gobierno debe mantenerlo muy en secreto, pues en Darmstadt parecéis estar muy poco informados. Nosotros nos enteramos de todo por los refugiados, quienes lo saben mejor que nadie porque casi todos han estado implicados en el sumario. Sé de cierto que, en Friedberg, Minnigerode ha llevado durante algún tiempo cadenas en las manos; lo sé por uno que estuvo encarcelado con él. Parece que está mortalmente enfermo; ¡quiera el cielo poner fin a sus sufrimientos! Es cosa sabida que a los prisioneros les dan la comida de la prisión y que no tienen ni luz ni libros. Yo doy gracias al cielo por haber visto lo que se me venía encima, me habría vuelto loco en un calabozo así. [...] En la política comienza a haber otra vez un poco de vida. La máquina infernal de París¹ y los proyectos de ley de prensa presentados en la Cámara están armando mucho revuelo. El gobierno actúa con la mayor inmoralidad, pues, aunque está comprobado oficialmente que el autor del atentado es un rufián que ya ha estado al servicio de todos los partidos y que probablemente cometió el atentado por dinero, el gobierno trata de echar el muerto a los republicanos y a los carlistas², para, bajo la

1. La «máquina infernal» de Fieschi, destinada a suprimir a Luis Felipe, mató a dieciocho personas (28 de julio de 1835) y dejó incólume al rey.

2. En Francia recibían el nombre de carlistas los legitimistas partidarios del Borbón Carlos X y enemigos del «rey burgués» Luis Felipe.

impresión del momento, conseguir las más intolerables restricciones en materia de prensa. Se cree que la ley —y acaso en una versión aún más estricta— será aprobada por la cámara. El gobierno es muy imprudente; dentro de seis semanas, la máquina infernal habrá caído en el olvido y entonces el gobierno se encontrará con esa ley frente a un pueblo que desde hace varios años está habituado a decir públicamente todo lo que le pasa por la cabeza. Los más sutiles políticos ponen en relación la máquina infernal con la revista de Kalisch¹. Yo creo que no les falta razón; ¡la máquina infernal bajo Bonaparte! ¡El asesinato en Rastatt de los legados franceses!! [...]

Cuando se ve cómo intentan las potencias absolutistas que todo vuelva al antiguo desorden: ¡Polonia, Italia, Alemania otra vez bajo el calcañar! Falta únicamente Francia, que pende como una espada sobre sus cabezas. Sólo para pasar el tiempo no han tirado millones por la ventana en Kalisch. Habrían aprovechado la confusión que se produciría a la muerte del rey y no habría hecho falta dar muchos pasos para llegar al Rin. Yo no puedo explicarme ese atentado de otra manera. Los republicanos en primer lugar no tienen dinero y en segundo lugar están en una situación tan lamentable que no habrían podido intentar nada aunque hubieran matado al rey. A lo sumo puede haber algunos legitimistas implicados en el asunto. Yo no creo que la justicia aclare esto. [...]

47. *A la familia*

Estrasburgo, 17 de agosto de 1835

Yo no sé que haya actividades conspirativas. Mis amigos y yo estamos convencidos de que por ahora hay que dejar pasar el tiempo; y, por otra parte, el abuso que los príncipes hacen de su recobrado poder sólo redundará en nuestro provecho. No os dejéis engañar por los rumores que corren; parece que hasta os ha ido a ver una persona que dijo ser uno de mis amigos. Yo no recuerdo haber visto jamás a esa persona; pero según me han dicho los otros, se trata de un perfecto bribón que probablemente ha propagado también el rumor de que aquí existe una asociación. La presencia del príncipe *Emilio*, que está ahora aquí, podría tener quizá consecuencias desfavorables para nosotros, caso de que solicitara del prefecto nuestra expulsión; sin embargo, nos consideramos lo bastante insignificantes como para que Su Alteza no se ocupe de nosotros. Por otra parte casi todos los refugiados se han marchado a Suiza o hacia el interior, y dentro de

1. En Kalisch (Polonia), donde en 1813 Rusia y Prusia se aliaron contra Napoleón, celebraron en 1835 los ejércitos de ambos países la victoria sobre Polonia.

pocos días se irán algunos más, de forma que a lo sumo permanecerán aquí cinco o seis. [...]

48. *A Gutzkow*

[Estrasburgo, septiembre de 1835]

[...] Lo que me cuenta usted sobre la carta que le ha llegado de Suiza me hace reír¹. Ya veo bien de dónde viene. Una persona que yo —hace ya largo tiempo— quise mucho; que después se convirtió en una carga insoportable; que arrastro conmigo hace ya años y que, no sé por qué maldita necesidad, sin cariño, sin simpatía, sin confianza, se aferra a mí, me importuna; ¡una persona que conllevo como un mal inevitable! Yo me consideraba una especie de paralítico o de tullido y me había acostumbrado a ese mal. Pero ahora estoy contento, es como si me hubieran absuelto de un pecado mortal. Por fin puedo mandarle a paseo con buenos modos. He sido bondadoso hasta la necedad, me habría resultado más fácil matarle a palos que decirle: «¡Lárgate!» ¡Pero ahora me lo he quitado de encima! ¡Gracias a Dios! Nada se paga más caro en este mundo que la humanidad. [...]

49. *A la familia*

Estrasburgo, 20 de septiembre de 1835

[...] Se me ha abierto una fuente. Se trata de un gran periódico literario titulado *Deutsche Revue* que aparecerá a partir de principios del año que viene en números semanales. Al frente de la empresa estarán *Gutzkow* y *Wienberg*; me han pedido colaboraciones mensuales. Aunque eso hubiera sido una posibilidad de asegurarme quizá unos ingresos fijos, en atención a mis estudios no he querido comprometerme a escribir artículos con regularidad. Quizá aparezca a finales de año algo mío.

¿*Kl[emm]* está pues en libertad? Es más desgraciado que desalmado. Yo siento por él más bien compasión que desprecio; tienen que haber abusado astutamente del carácter apasionado del pobre diablo. Normalmente, él tenía sentido del honor; no creo que pueda vivir con ese estigma. *Su familia le rechaza*, a excepción del hermano mayor, que parece haber jugado un papel importante en el asunto. Todo ello ha traído la desgracia a mucha gente. *Minnigerode* parece que está mejor. ¿A *Gladbach* todavía no le han dictado sentencia? A eso le llamo yo enterrarle a uno vivo. ¡Me dan escalofríos cuando pienso en lo que podría haber sido mi destino! [...]

1. Hermann Trapp, antiguo condiscípulo de Büchner, había escrito una carta anónima a Gutzkow, criticando *La muerte de Danton*.

50. *A la familia*

Estrasburgo, octubre de 1835

[...] He estado tomando aquí una serie de notas interesantes sobre un amigo de Goethe, un desgraciado poeta llamado *Lenz*, que vivió aquí al mismo tiempo que Goethe y que se volvió medio loco. Pienso publicar un artículo sobre él en la *Deutsche Revue*. También estoy buscando material para un trabajo filosófico o de historia natural. Ahora, a seguir estudiando algún tiempo sin más interrupciones y si el camino está libre. Hay gente aquí que me augura un brillante porvenir. Yo no tengo nada en contra. [...]

51. *A la familia*

Estrasburgo, 2 de noviembre de 1835

[...] Sé de cierto que en Darmstadt se dicen las cosas más extrañas de mí, por ejemplo, que me han detenido tres veces en la frontera. A mí eso me parece normal; el enorme número de detenciones y de órdenes de busca y captura tiene que llamar la atención y, de todos modos, como el público no sabe bien de qué se trata, hace hipótesis curiosas. [...]

[...] De Suiza me llegan noticias bonísimas. *Es posible* que antes de Año Nuevo reciba el grado de doctor en la facultad de Zurich, en cuyo caso ya muy pronto, para Pascua Florida, empezaría a enseñar allí. A la edad de veintidós años no se puede exigir más. [...]

[...] Hace poco apareció mi nombre en lugar preferente en el *Allgemeine Zeitung*. Se trataba de una gran revista literaria, *Deutsche Revue*, para la que yo he prometido escribir artículos y que ya antes de su aparición ha sido objeto de ataques; y a eso replicaban que bastaba mencionar a los señores *Heine*, *Borne*, *Mundt*, *Schulz*, *Büchner*, etc., para hacerse una idea del éxito que iba a tener esa revista. En *Temps* ha salido un artículo sobre los malos tratos que ha sufrido Minnigerode. Da la impresión de estar escrito en Darmstadt; hay que ir realmente lejos para poder lanzar una acusación. ¡Desgraciados amigos! [...]

52. *A Gutzkow*

[Estrasburgo, 1835]

[...] Le envío adjunto un librito de poesías de mi amigo Stöber. Las sagas son muy bellas, pero yo no soy un admirador del estilo de Schwab o de Uhland o de esos que siempre vuelven la vista atrás y recurren a la Edad Meida porque no encuentran acomodo en el

presente. Sin embargo, aprecio este librito; si usted no pudiera decir nada favorable sobre él, le pido por favor que entonces no diga nada. Yo ya estoy totalmente adaptado a este país; los Vosgos son una sierra a la que amo como a una madre, conozco todos su picos y todos sus valles; y las viejas sagas son tan originales y tan entrañables. Y los Stöber son dos viejos amigos con los que recorrí por primera vez la sierra. Adolph es evidente que tiene talento, a usted le sonará su nombre por el Almanaque de las Musas. August es inferior a él, pero sabe manejar el lenguaje.

La cosa no deja de tener importancia para Alsacia, pues es uno de los raros intentos que siguen haciendo algunos alsacianos para salvaguardar la nacionalidad alemana frente a Francia y no permitir, por lo menos, que se rompa el vínculo espiritual entre la patria y ellos. Sería triste que la catedral estuviese un día en suelo totalmente extranjero. Para la idea que fue en parte el origen de este librito sería un gran estímulo que la empresa hallara eco en Alemania. Es sobre todo este punto de vista el que me impulsa a recomendarle el libro a usted.

Los estudios de filosofía están embruteciéndome; conozco así desde una perspectiva nueva la pobreza del espíritu humano. Bueno, ¿y por qué no? Si uno pudiera convencerse de que los agujeros de nuestros pantalones son ventanas de palacios, se podría vivir aquí como un rey, pero así se pasa un frío insoportable. [...]

53. *A Ludwig Büchner*

[Estrasburgo, finales de diciembre de 1835]

¡Feliz Año Nuevo, ratoncito!

Ya me he enterado de que eres un buen chico, los padres están muy contentos contigo. Procura que siempre sea así. Para mí es un hermoso regalo de Navidad saber estas cosas de ti. Tus dibujos son muy simpáticos, sigue haciéndolos, a Louis Jaeglé le gustaron mucho, lo mismo que el juguete; él te envía a su vez por intermedio mío un libro de dibujos. Así podrás practicar mejor. ¿Está Lottchen Cellarius contenta contigo y te salió bien lo que tocaste en la velada de Navidad? Cuando vayas a la clase de piano, saluda cariñosamente a Fräulein Lottchen de mi parte, pero, por amor de Dios, no digas una palabra a nadie de esto.

La primavera próxima iré a Suiza. Si eres bueno, cuando seas un poco mayor que ahora, tienes que coger una mochila y un bastón y vas a venir a verme. Primero irás a la catedral de Estrasburgo y después iremos a Schaffhausen, a ver las cataratas del Rin, y al Lago de los Cuatro Cantones, con la plataforma y la capilla de Guillermo Tell. Adiós, ratoncito, así te estoy viendo ahora, como un ratoncito

que eres; si continúas así, llegarás muy lejos; supongo que ya serás muy grande para la chaqueta gris de castor.

Adiós, tu hermano

Georg.

54. *A la familia*

Estrasburgo, 1 de enero de 1836

[...] La prohibición de la *Deutsche Revue* no me ha perjudicado en nada. Los artículos que ya tenía preparados para ella puedo enviarlos al *Phönix*. Tengo que reírme: ¡Cuán piadosos y morales se han vuelto de pronto nuestros gobiernos! ¡El rey de Baviera prohíbe los libros inmorales! ¡Entonces, que no permita que se publique su biografía, pues eso sería lo más sucio que se ha escrito jamás! El Gran Duque de Baden, Primer Caballero de la Orden del Doble Doguillo, se convierte en Caballero de la Orden del Espíritu Santo y manda arrestar a *Gutzkow*, y el ingenuo ciudadano alemán cree que todo sucede por razones de religión y de cristianismo y aplaude sin reservas. Yo no conozco esos libros de que habla todo el mundo; no están en los gabinetes de lectura y para comprarlos son demasiado caros. Pero aunque todo fuese como dicen, yo sólo vería en ello la desorientación de un espíritu extraviado por los sofismas filosóficos. Es el truco más común para atraerse a la masa: gritar «¡Inmoral!» hinchando bien los carrillos. Por cierto, que se necesita mucho valor para atacar a un escritor que ha de responder desde una prisión alemana. *Gutzkow* ha mostrado hasta ahora un carácter fuerte y noble y ha dado pruebas de gran talento; ¿a santo de qué esa gritería de pronto? Se tiene la impresión de que discuten por el reino de este mundo, afectando al mismo tiempo que lo que pretenden es salvar la vida a la Santísima Trinidad. En su esfera, *Gutzkow* ha luchado valientemente en favor de la libertad; ¡pero hay que callar la boca a los pocos que todavía andan erguidos y se atreven a hablar! Por otra parte, personalmente yo no pertenezco en modo alguno a la llamada *Joven Alemania*, el grupo literario de *Gutzkow* y Heine. Sólo un total desconocimiento de nuestra situación social ha podido hacer creer a esa gente que la literatura periódica haría posible una completa transformación de nuestras ideas religiosas y sociales. Tampoco comparto en absoluto su opinión sobre el matrimonio y el cristianismo, pero me irrita el hecho de que personas que han pecado en la práctica mil veces más que ellos en teoría pongan inmediatamente el ceño moral y arrojen la piedra contra un hombre joven, capaz y de talento. Yo sigo por mi propio camino y me quedo en el terreno del drama, que no tiene nada que ver con todas esas controversias; yo esbozo mis caracteres tal y como me parecen que están en consonancia con la naturaleza y la historia y me río de la gente que quiere hacerme responsable de la

moralidad o inmoralidad de los mismos. A ese respecto tengo mis propias ideas.

[...] Vengo del mercado de Navidad; por todas partes montones de niños harapientos que, muertos de frío, contemplan con triste expresión y con los ojos de par en par las maravillas de agua y harina, de suciedad y papel dorado. Al pensar que para la mayoría de esa gente los placeres y las alegrías más humildes son un lujo inasequible, me he llenado de amargura.

55. *A Gutzkow*

[Estrasburgo, hacia primeros de enero de 1836]

Caro amigo:

No sé si, con tan sospechosa dirección, estas líneas llegarán a sus manos. ¿Ha recibido la carta de Boulet? Yo la envié a Mannheim. Entonces no me atreví a añadir unas letras para usted. Pensaba que la cosa era más seria. Los periódicos aseguran que pronto estará usted en libertad. Cuatro semanas. Eso pasa pronto. Además, de Mannheim me han llegado noticias concretas sobre usted: el régimen de la prisión es llevadero; puede recibir visitas, incluso salir. ¿Es cierto?

¿Ya no tiene *nada que temer*? Infórmeme *lo antes posible*. La pregunta no es superflua. ¿Cree usted que le pondrán en libertad cuando pase el *tiempo fijado*? Le tienen a usted en el ala administrativa del edificio, ¿no es cierto?

Tan pronto como se vea en libertad, abandone Alemania lo antes posible. Puede decir que ha tenido suerte de que la cosa, *al parecer*, esté evolucionando así. Me asombraría. Caso de que pase por Estrasburgo, pregunte por mí al señor Schroot, el dueño de la fonda *Zum Rebstock*.

Le espero con impaciencia.

Suyo,

G.

56. *A la familia*

Estrasburgo, 15 de marzo de 1836

[...] No comprendo qué pruebas pueden tener contra *K[üchle]r*; yo pensaba que no se preocupaba de otra cosa que de ampliar su consulta y sus conocimientos. Aunque sólo lleva en la cárcel poco tiempo, su porvenir está destruido para siempre: le ponen en libertad provisional, le absuelven en esta instancia, le hacen prometer que no saldrá del país y le prohíben ejercer, lo que es posible según las últimas disposiciones. Puedo decirlos como cosa cierta y segura que en Baviera han declarado *inocentes* y puesto en libertad hace poco a dos

jóvenes, después de haberlos tenido encarcelados, en régimen severísimo, casi *cuatro años*. Aparte de *K[üchle]r* y *Gross* han detenido a otros tres ciudadanos de Giessen. Dos de ellos tienen negocio puesto y uno de ellos es además padre de familia. También nos hemos enterado de que han detenido a *Max von Biegeleben*, aunque en seguida lo han puesto en libertad bajo fianza. *Gladbach* parece que ha sido condenado a ocho años de presidio hace algún tiempo, pero por lo visto han anulado la sentencia y otra vez se empieza a instruir el sumario. Me haríais un gran favor si me dierais informaciones sobre ambos casos.

Yo voy a contaros ahora una historia singular que el señor J. ha leído en los periódicos ingleses y que, según indican éstos, no ha podido aparecer en los periódicos alemanes. El director del teatro de B[raunschweig] es el conocido compositor *Methfessel*. Este tiene una mujer muy guapa, que le gusta al duque, y un par de ojos que a él le gusta cerrar, y un par de manos que le gusta extender. El duque tiene la extraña manía de admirar a madame *Methfessel* cuando ya está vestida para la representación. Por eso antes del espectáculo suele estar a solas con ella en el escenario. Por su parte, *Methfessel* se dedica a intrigar contra un conocido actor cuyo nombre se me escapa. El actor quiere vengarse, conquista al tramoyista, el tramoyista levanta una noche el telón quince minutos antes, y el duque protagoniza la primera escena junto con madame *Methfessel*. Fuera de sí, saca el puñal y mata al tramoyista; el actor ha huido.

Puedo aseguraros que aquí no hay la menor actividad política entre los refugiados; las buenas notas con que suelen concluir sus estudios prueban suficientemente lo contrario. Por lo demás, los refugiados y detenidos no somos la gente más ignorante, más sandia ni más depravada. No exagero si digo que hasta ahora este triste destino sólo ha recaído sobre los mejores alumnos de instituto y sobre los universitarios más estudiosos y mejor preparados, incluidos los que no pudieron terminar la carrera ni llegar a formar parte del cuerpo de funcionarios. En su conjunto, bien limitados y mezquinos son esos jovenzuelos que ahora circulan por Darmstadt y que pierden la dignidad mendigando un puesto.

57. A la familia

Estrasburgo, mayo de 1836

[...] Estoy firmemente decidido a quedarme aquí hasta el próximo otoño. El motivo principal de ello me lo han suministrado los últimos acontecimientos de Zurich. Quizá sepáis que, bajo el pretexto de que los refugiados alemanes se preparan para invadir Alemania, ha habido detenciones. Lo mismo ha sucedido en otros puntos de Suiza. Incluso aquí ha surtido efecto una historia tan burda y no estaba muy

claro si iban a permitirnos continuar en Estrasburgo, pues aseguraban que íbamos a atravesar el Rin a mano armada (y quedamos a lo sumo siete u ocho). Pero todo ha quedado en bien y no hay que temer que surjan más dificultades. Nuestro gobierno de Hesse a veces parece acordarse amorosamente de nosotros. [...]

[...] Yo no sé lo que puede haber de cierto en todo este asunto; pero como me consta que la mayoría de los refugiados considera una locura cualquier intento revolucionario en las circunstancias actuales, será a lo sumo una minoría totalmente insignificante, que no ha aprendido de la experiencia, la que haya podido pensar en tal cosa. El personaje principal entre los conjurados parece que ha sido un tal *von Eib*. Es más que probable que ese individuo sea un agente de la Dieta Federal¹; los pasaportes que la policía de Zurich encontró en su casa y el hecho de que haya recibido importantes sumas de una casa de comercio de Francfort, hablan muy directamente en pro de esta tesis. Ese sujeto parece que ha sido zapatero y sin embargo va por todas partes en compañía de una mujerzuela de Mannheim, que él hace pasar por una condesa húngara. Sin duda ha engañado, efectivamente, a algunos refugiados del género tonto. Toda la historia no ha tenido más finalidad que, en el caso de que los refugiados se hubiesen dejado convencer y hubiesen iniciado alguna acción pública, proporcionar a la Dieta Federal un pretexto fundado para exigir urgentemente la expulsión de Suiza de todos los refugiados. Por cierto, que se tenían sospechas del tal *von Eib* y ya antes se había puesto sobre aviso a los refugiados. En todo caso, el plan ha fracasado y el asunto no tendrá consecuencias para la mayoría de ellos. Pero a pesar de todo no me parece aconsejable viajar de momento a Zurich; dadas las circunstancias, más vale mantenerse a distancia. Lógicamente, el gobierno de Zurich aún tiene algo de prevención y de desconfianza, y por eso, en la situación actual, podrían poner dificultades a mi estancia allí. En cambio, dentro de dos o tres meses, habrá caído tierra sobre todo este asunto. [...]

58. A Eugen Boeckel

Estrasburgo, 1 de junio [1836]

Querido Eugen:

Como puedes ver por la fecha, todavía ando por aquí. ¡Absurdo!, dirás tú; y yo diré: Bueno ¿y qué? Ayer, por fin, terminé definitivamente mi disertación. Ha resultado mucho más larga de lo que pensé en un principio y he perdido buena cantidad de tiempo con ella; pero en compensación, quiero creer que ha quedado muy bien... Y la *Société d'Histoire Naturelle* parece ser de la misma opinión. He

1. Von Eib era, en efecto, agente del servicio secreto de Metternich.

pronunciado tres conferencias sobre el tema en tres sesiones diferentes, tras lo cual la Sociedad ha decidido publicar mi trabajo e incluirlo en sus memorias. Y por si fuera poco me han nombrado miembro correspondiente. Ya ves, el azar otra vez me ha ayudado a salir del atolladero, tengo que estarle muy agradecido, y mi despreocupación, que en el fondo no es sino una ilimitada confianza en Dios, ha aumentado mucho con esto. Pero también estoy necesitado de ella; cuando haya pagado mi doctorado, no me quedará ni un centavo, y trabajar me ha sido imposible todo este tiempo. Durante algún tiempo tendré que vivir de crédito y ya veré cómo me confecciono un pantalón y una levita con los grandes pliegos de papel blanco que me toca emborronar. Yo pienso: «Conduce mis pasos»¹ y no me inmuta.

¿He guardado silencio demasiado tiempo? Mas tú sabes por qué y me perdonas. He sido como un enfermo que se toma de un solo trago una medicina repugnante, no podía hacer otra cosa que quitarme de encima ese trabajo que era mi pesadilla. Estoy como nuevo desde que lo entregué. Mi intención es quedarme aquí todo el verano. Mi madre vendrá para el otoño. Sería absurdo marcharme ahora a Zurich, volver en otoño, perder tiempo y dinero. Sea como fuere, el próximo semestre de invierno daré el curso que tengo proyectado y así puedo irme preparando sin prisas.

Tu viaje ha sido agradable, tengo la impresión². Cuánto me alegro. La vida, en sí, es algo hermoso y en todo caso no tan aburrida como lo sería si fuese el doble de aburrida. Date un poco de prisa el próximo otoño, ven con tiempo, y así podremos vernos aquí. ¿Has aprendido mucho durante el viaje? ¿No te han agobiado los enfermos y las salas de anatomía? Yo creo que una excursión por los hospitales de media Europa tendría que ponerle a uno melancólico, y que una excursión por las aulas de nuestros profesores tendría que ponerle a uno totalmente furibundo. Tres estados de ánimo en que, por cierto, también se puede recaer sin esas tres excursiones, por ejemplo, cuando llueve y hace frío, como ahora; cuando se tiene dolor de muelas, como yo hace ocho días, y cuando uno no ha salido de sus cuatro paredes durante todo un invierno y la mitad de la primavera, como yo este año.

Ya ves todo lo que sufro, y antes de que, hace unos días, me sacaran la muela cariada, estuve reflexionando con toda seriedad si no me valdría más pegarme un tiro, lo cual sería en todo caso menos doloroso.

Baum se pasa el día lamentándose; se le hincha el vientre al hacerlo y pone tal gesto de suicida que me temo que quiera abandonar sutilmente este mundo mediante un ataque de apoplejía. Se irrita

además cada día sistemáticamente, desde que le he asegurado que la irritación es beneficiosa para la salud. Ha dejado la esgrima y tiene tal desidia que, con gran disgusto de tu hermano, todavía no ha llevado a cabo ninguno de tus encargos. ¿Qué se puede hacer con este muchacho? Tiene que ser pastor, muestra excelentes disposiciones para ello.

Los dos Stöber siguen en Oberbrunn. Desgraciadamente se confirman los rumores sobre la esposa del pastor. La pobre muchacha está aquí completamente abandonada¹ y allá parece que la gente está filosofando sobre la trascendencia poética del adulterio. Eso yo no lo creo, pero ambigua es desde luego esa historia.

¿Y Zipfel, nuestro primo y amigo, qué es de su vida? ¿No ve con el tiempo las cosas más claras? ¿Ves de vez en cuando a mi primo el de Holanda? Dales a ambos muchos saludos de mi parte.

Wilhelmine² ha estado delicada de salud mucho tiempo, una erupción cutánea crónica, pero no ha llegado a enfermar seriamente.

A propósito, ella me ha dado tus dos cartas sin abrir; sin embargo, me habría parecido más adecuado que, por las conveniencias, tú hubieras metido la carta en un sobre; si una mujer no podía leerla, también era impropio dirigírsela a una mujer; provista de sobre, ya es otra cosa. Espero que no me tomes a mal esta pequeña reprensión.

En cualquier caso, yo estaré aquí, seguro, las cuatro semanas próximas, mientras se imprime mi disertación. ¿Me deleitarás con una carta antes de marcharte de Viena? A propos, te dedicas a estudios bien estéticos, Mademoiselle Peche es una vieja conocida mía.

Adiós, tuyo,

G. B.

59. A Gutzkow

[Estrasburgo, principios de junio (?) de 1836]

Querido amigo:

¿Ha durado mucho mi mutismo? ¿Qué voy a decirle? Yo también he estado en la cárcel, y en la más aburrida bajo el sol, he estado escribiendo una disertación a todo lo largo, lo ancho y lo hondo. Día y noche con esa repugnante carga, no comprendo de dónde he sacado la paciencia. Sepa usted que tengo la idea fija de dar el próximo

1. Esta historia es oscura; de los dos Stöber sólo el primero fue pastor; sabemos por otras cartas que aquel año había abandonado a su prometida francesa («la pobre muchacha»).

2. Wilhelmine es Minna Jeaglé, la prometida de Büchner. Boeckel había enviado sus dos cartas para Büchner a la dirección de Minna, advirtiéndole a ésta al mismo tiempo que las cartas trataban de «temas de médicos».

1. «Befiehl Du Deine Wege»: célebre cántico protestante alemán.

2. Büchner contesta aquí a dos cartas de E. Boeckel, en las que éste le da cuenta de su viaje de estudios por diversas universidades y clínicas alemanas (Boeckel estudiaba medicina).

semestre en Zurich un curso sobre el desarrollo de la filosofía alemana desde Cartesius; para ello necesito el diploma y la gente no parece inclinada a ponerle el birrete de doctor a mi querido hijo Danton.

¿Qué otra cosa podía hacer yo?

¿Usted está, pues, en Francfort y no tiene complicaciones?

Me pone triste y al mismo tiempo me agrada el que no haya llamado aún a la puerta de la fonda «Rebstöckel». Sobre la situación de la literatura moderna alemana no sé prácticamente nada; sólo me viene a las manos algún folleto suelto que consigue pasar el Rin, no sé cómo.

La campaña contra usted pone de manifiesto una *inmensa* infamia, una *sanísima* infamia; no comprendo en absoluto cómo podemos seguir siendo tan naturales. Y los sarcasmos de Menzel sobre los chiflados de la política, encarcelados en las fortalezas alemanas... Y esto, dicho por ciertas gentes... A fe que, por mi parte, yo también podría contarle historias bien edificantes.

Eso me ha indignado sobremanera. ¡Pobres amigos míos! ¿No cree usted que a Menzel le concederán pronto una cátedra en Munich?

Por otra parte y para ser sincero: no me parece que sus amigos y usted sigan la *vía* más inteligente. ¿Reformar la sociedad mediante la *idea* y por iniciativa de la clase *culta*? ¡Imposible! Nuestra época es puramente *material*; si ustedes hubiesen actuado en algún momento de una manera más directamente política, pronto habrían llegado al punto en que la reforma habría cesado por sí sola. Jamás podrán ustedes superar el abismo que separa a la sociedad culta de la inculta.

Yo me he convencido de que la minoría culta y acomodada, por muchas concesiones que pretenda arrancarle al poder, jamás dejará de tener esa posición ambigua frente a la gran masa. ¿Y la gran masa? Para ella sólo existen dos palancas, la miseria material y el *fanatismo religioso*. El partido que sepa mover tales palancas, ganará siempre. Nuestra época necesita hierro y pan; y luego una *cruz* o algo semejante. Yo creo que en asuntos sociales es necesario partir de un principio de *derecho* absoluto, intentar que surja en el *pueblo* una nueva vida intelectual y mandar al diablo a una caduca sociedad moderna. ¿Para qué va a pasearse entre el cielo y la tierra una cosa así? Su vida entera consiste exclusivamente en intentar disipar el más feroz aburrimiento. Que se muera de una vez, es la única experiencia que aún le queda por hacer.

60. A la familia

Estrasburgo, junio de 1836

[...] No hay que pensar ni remotamente en que por ahora un Estado revoque el derecho de asilo, porque tal medida le anularía políticamente frente a los Estados que han exigido tal resolución. Si Suiza diera ese paso se apartaría de los Estados liberales, sus aliados naturales en virtud de su Constitución, y se uniría a los Estados absolutistas, una situación en la que no hay que pensar, dada la constelación política actual. Pero que se expulse a los refugiados que comprometen la seguridad del Estado que los ha acogido y las relaciones del mismo con los Estados vecinos, eso es completamente natural y por eso no queda suprimido el derecho de asilo. Además, la Dieta Federal ya ha tomado una resolución. Sólo se expulsa a los refugiados que *hayan sido expulsados anteriormente por haber participado en la marcha de Savoya*¹ y a los que *hayan tomado parte en los últimos incidentes*. Esto es *auténtico*. La mayoría de los refugiados no corre ningún peligro y todos siguen teniendo abierto el camino a Suiza. Lo único es que en muchos cantones hay que pagar una fianza, pero eso ya hace tiempo que es así. De manera que no hay obstáculo que impida mi traslado a Zurich.

Ya estaréis enterados de que nuestro gobierno nos está poniendo aquí dificultades y que iban a expulsarnos por nuestra supuesta vinculación con los revoltosos de Suiza. El prefecto ha pedido informes exactos sobre lo que hacemos aquí. Yo he entregado a la policía el diploma que me acredita como miembro de la *Société d'histoire naturelle*, y además un informe de los catedráticos. El prefecto estaba *extraordinariamente* satisfecho y me han dicho que *yo personalmente* puedo estar completamente tranquilo. [...]

61. A Wilhelm Büchner

Estrasburgo, 2 de septiembre de 1836

[...] Estoy bastante contento, excepto cuando el tiempo se mete en agua o sopla viento del noroeste; en ese caso soy como esos que por la noche, antes de acostarse, cuando han conseguido quitarse un calcetín, son capaces de colgarse de la puerta de su alcoba porque les cuesta demasiado esfuerzo quitarse el otro. [...]

Yo estoy ahora completamente inmerso en el estudio de las ciencias naturales y de la filosofía. Y próximamente me trasladaré a Zurich para, en calidad de superfluo miembro de la sociedad, dar

1. Acción militar dirigida por Ramorino; participaron en ella unos doscientos refugiados italianos, polacos y alemanes; su objetivo era liberar a Italia de la supremacía de las grandes potencias.

clases a mis semejantes sobre algo igualmente superfluo, a saber, sobre los sistemas filosóficos alemanes desde Cartesius y Spinoza. Y sin embargo, otra vez estoy haciendo que algunas personas se maten o se casen sobre el papel, y pido a Dios un librero corto de alcances y un gran público con el gusto más escaso posible. En este mundo hace falta valor para muchas cosas, incluso para enseñar filosofía. [...]

62. *A la familia*

Estrasburgo, septiembre de 1836

[...] Todavía no he entregado mis dos piezas teatrales, sigo insatisfecho con algunas cosas y no quiero que me pase como la primera vez. Son trabajos que no se pueden dar por terminados en un momento preciso, como hace un sastre con su traje. [...]

63. *Al burgomaestre de Zurich*

Estrasburgo, 22 de septiembre de 1836

Excelentísimo señor:

Espero sea indulgente con un extranjero que se toma la libertad de recurrir a su bondad en un asunto de extraordinaria importancia para él.

La situación política de Alemania me obligó, hace aproximadamente año y medio, a abandonar mi patria. Mi vocación fue de siempre la carrera universitaria. No pudiendo decidirme a renunciar a una meta a la que había consagrado todos mis esfuerzos, proseguí mis estudios en Estrasburgo con la esperanza de ver cumplidos mis deseos en Suiza. Y, en efecto, hace poco he tenido el honor de que la facultad de filosofía de Zurich me confiera unánimemente el grado de doctor. Después de obtener un juicio tan favorable sobre mi capacitación científica, podía abrigar fundadas esperanzas de ser aceptado por la universidad de Zurich como *Privatdozent* y, así, poder empezar a dar clase el próximo semestre. He solicitado, pues, un pasaporte en las oficinas correspondientes de esta ciudad, donde se me ha dicho, sin embargo, que, a petición del gobierno de Suiza, el Ministerio del Interior ha prohibido conceder pasaporte a los refugiados que no dispongan de un permiso de residencia extendido por la autoridad competente suiza.

En este apuro me dirijo a Vuestra Excelencia, como al supremo magistrado de Zurich, para suplicar que me conceda el permiso exigido por las autoridades de este país. El certificado adjunto demuestra que desde que salí de mi patria me he mantenido alejado de toda actividad política y que por consiguiente no figuro entre los refugiados contra los cuales Francia y Suiza han tomado las recientes

y conocidas disposiciones. Creo, pues, que puedo contar con que sea atendida esta solicitud; una denegación significaría la renuncia a todos mis proyectos de existencia.

Si Vuestra Excelencia se dignara honrarme con una respuesta a esta solicitud, ruego me sea enviada a la siguiente dirección: Doctor Büchner, en casa del comerciante de vinos señor Siegfried, calle de la Aduana, Estrasburgo.

Con el testimonio de mi mayor respeto le saluda

Dr. Büchner

[Anexo: Certificado de la policía de Estrasburgo]

Nous, Jonathan Pfister, Commissaire de Police du Canton Sud, de la ville de Strasbourg, certifions que:

Mons. George Büchner, Docteur en Philosophie, agé de 23 ans, natif de Darmstadt, est inscrit sur nos registres rue de la Douane No. 18, comme demeurant en cette ville depuis dix huit mois jusqu'à ce jour, sans interruption; et que pendant ce laps de temps, sa conduite, tant sur le rapport politique que moral, n'a donné lieu à aucune plainte.

En foi de quoi le présent.

Strasbourg ce 21 Sept. 1836

Pfister

64. *A la Presidencia del Consejo de Educación de Zurich*

Señor Presidente, distinguidos señores:

Tras haber presentado un trabajo sobre un tema de historia natural, me ha cabido el honor de que la Facultad de Zurich, en su sesión del 3 de los corrientes, me conceda unánimemente el grado de Doctor Philosophiae. Apoyado por este juicio sobre mi capacitación científica, deseo habilitarme como *Privatdozent* en la Facultad de Filosofía de Zurich. Tengo por eso el honor de dirigirme a ustedes solicitando el permiso de dar la lección magistral pública exigida a este fin por el § 157 de la Ley de Organización de la Enseñanza.

Les saluda con todo respeto

G. Büchner, Dr. phil.

Estrasburgo, 26 de septiembre de 1836.

ZURICH, 1836-1837

65. *A la familia*

Zurich, 26 de octubre de 1836

[...] Sólo Dios sabe en lo que parará este conflicto entre Suiza y Francia¹. Pero hace poco oí decir a uno: «Suiza hará un pequeño gesto y Francia dirá que ha sido un gran gesto.» Creo que tuvo razón. [...]

66. *A la familia*

Zurich, 20 de noviembre de 1836

[...] Por lo que toca a las actividades políticas, podéis estar completamente tranquilos. No os dejéis engañar por los cuentos de viejas que leéis en los periódicos. Suiza es una república y como la gente no sabe reaccionar de otra manera que diciendo que una república es siempre rechazable, todos los días les hablan a los ingenuos alemanes de asesinato, homicidio, anarquía. Estaréis sorprendidos cuando vengáis a verme; ya durante el trayecto, pueblos agradables por todas partes, con casas deliciosas, y luego, según os vayáis acercando a Zurich y sobre todo al lago, un bienestar que salta a la vista; pueblos y aldeas tienen un aspecto como no nos podemos hacer idea en Alemania. Las calles no están invadidas de soldados, de solicitantes de empleo, de funcionarios ociosos, no se corre peligro de ser atropellado por la carroza de un noble. En lugar de eso, por doquier un pueblo sano y fuerte, y por poco dinero un gobierno sencillo, bueno, puramente *republicano*, que se mantiene de los *impuestos sobre el patrimonio*, una clase de impuestos que en nuestro país pasaría por el colmo de la anarquía. [...]

Ha muerto Minnigerode, según me han escrito², le han tortuado tres años hasta matarle. ¡Tres años! Los sanguinarios franceses mataban en el espacio de pocas horas: la sentencia e inmediatamente después, la guillotina. ¡Pero tres años! Tenemos un gobierno extraordinariamente humano; no puede ver la sangre. Y así, tiene encarceladas todavía a unas cuarenta personas, y eso no es anarquía, eso es ley y orden, y esos caballeros sienten la mayor indignación cuando piensan en la anárquica Suiza. A fe que esa gente está tomando prestado un fuerte capital que quizá tenga un día que reembolsar con elevados intereses, muy elevados...

1. La cuestión de los refugiados políticos se había agravado en aquellas fechas hasta tal punto que Francia y Suiza rompieron las relaciones diplomáticas en septiembre de 1836.

2. El rumor no era cierto. Minnigerode fue puesto en libertad pocos meses después.

67. *A Wilhelm Büchner*

Zurich, finales de noviembre de 1836

[...] Paso el día con el escalpelo y la noche con los libros. [...]

68. *A la novia*

[Zurich] 13 de enero de 1837

Niña queridísima: [...] Estoy contando con los dedos los días que faltan para Pascuas. Aquí todo es cada vez más monótono. Al principio era más soportable; todo era nuevo: el ambiente, las personas, la situación, las ocupaciones; pero ahora que ya me he acostumbrado a todo y que todo sigue su curso habitual, ya no se olvida uno de sí mismo. Lo mejor es que mi imaginación trabaja, y la ocupación mecánica de preparar las clases le deja espacio libre. Te veo siempre, a través de colas de peces, de dedos de rana, etc. ¿No es esto más conmovedor que la historia de Abelardo, cuando Eloísa se le interponía siempre entre los labios y la oración? ¡Oh, cada día me vuelvo más poético, todos mis pensamientos flotan en formol! A Dios gracias, otra vez sueño mucho por la noche, el sueño ya no es tan pesado. [...]

69. *A la novia*

[Zurich,] 20 de enero [1837]

[...] He tenido un enfriamiento y he estado en cama. Pero ahora me encuentro mejor. Cuando no se está bien de salud, se tienen tantas ganas de no hacer nada; mas la rueda de molino sigue dando vueltas sin tregua ni reposo. [...] Con todo, ayer y hoy me estoy permitiendo un poco de descanso y no he dado clase; mañana todo seguirá su curso habitual, no sabes qué vida tan ordenada y sistemática. Funciono casi con tanta precisión como un reloj de la Selva Negra. Todo eso está bien: tranquilidad para compensar esta excitada vida intelectual, y al mismo tiempo la satisfacción que me producen mis trabajos literarios. El pobre Shakespeare era escribano de día y tenía que esperar a que llegara la noche para componer versos, y yo, que no soy digno de desatarle la correa de los zapatos, vivo en condiciones mucho mejores. [...] ¿Aprenderás a cantar las *Canciones populares* antes de Pascuas, si eso no te perjudica la salud? Aquí no se oye cantar jamás; este *pueblo* no canta y tú sabes cuánto me gustan las mujeres que, en veladas o conciertos, berrean o asesinan unas notas. [...] Me acerco cada vez más al pueblo y a la Edad Media, cada día veo más claro... y vas a cantar, ¿verdad? Casi me invade la añoranza cuando a solas tarareo una melodía. [...]

Noche tras noche paso una o dos horas en el casino; tú conoces mi predilección por los bellos salones, las luces y la gente en torno a mí. [...]

70. *A la novia*

[Zurich, 27 de enero de 1837]

Querida niña:

Estás cariñosamente preocupada y vas a ponerte enferma de angustia; creo incluso que vas a morirte; pero yo no tengo ganas de morirme y estoy tan sano como siempre. Creo que el miedo a los cuidados que me dedican aquí me ha devuelto la salud; en Estrasburgo, todo hubiera sido tan agradable: yo me hubiese quedado en cama tan a gusto durante dos semanas, rue St. Guillaume, Nro. 66, escalera a la izquierda, piso primero, en una habitación algo irregular, tapizada de verde... ¿Habría llamado allí en vano a la puerta? Hoy me encuentro bastante bien interiormente, aún tengo reservas de ayer, había un sol grande y cálido en un cielo purísimo y, además, apagué mi farol y estreché en mis brazos a un hombre generoso, un hotelero bajito que tiene el aspecto de un conejo borracho y que me alquiló una hermosa y elegante habitación en su magnífica casa en las afueras de la ciudad. ¡Noble personaje! La casa no está lejos del lago, delante de mis ventanas veo la superficie del agua y por todas partes los Alpes, cual nubes bañadas por el sol.

¿Vendrás pronto? He perdido los ánimos juveniles; si no vienes, me saldrán canas; tengo que recobrar fuerzas pronto con tu dicha interior y con tu divina naturalidad y con tu querida irreflexión y con todas tus malas cualidades, niña mala. Adio, piccola mia!

71. *A la novia*

[Zurich, 1837]

Dentro de ocho días, a más tardar, voy a publicar *Leonce y Lena* con otras dos piezas de teatro. [...]

DOCUMENTOS

ORDEN DE BUSCA Y CAPTURA

Georg Büchner, cuyas señas de identidad se detallan a continuación, estudiante de medicina en Darmstadt, se ha sustraído, ausentándose de su patria, a la instrucción de la causa sobre su participación en actos de alta traición. Se requiere por ello a las autoridades públicas del país y del extranjero para que, caso de averiguar su paradero, le capturen y entreguen, estrechamente vigilado, a la oficina pública abajo indicada.

Darmstadt, 13 de julio de 1835.

El juez instructor nombrado por el Tribunal Ducal de la provincia de Alto Hesse.

Señas personales

Edad: 21 años.

Talla: 6 pies, 9 pulgadas de la nueva medida de Hesse.

Cabello: rubio.

Frente: muy amplia.

Cejas: rubias.

Ojos: grises.

Nariz: fuerte.

Boca: pequeña.

Barba: rubia.

Mentón: redondo.

Rostro: oval.

Color de la tez: saludable.

Figura: fuerte, delgado.

Señas particulares: miopía.

(*Bergemann, p. 313 s.*)

RELACION DE LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE
DE GEORG BÜCHNER

Caroline Schulz
Febrero

- El 2, preguntamos a Büchner si quería dar un largo paseo con nosotros; él respondió que sólo iba a dar una vuelta con su amigo Schmid porque no se sentía muy bien. Cuando regresamos a casa hacia el anochecer, sequejaba de que estaba destemplado, pero como no quería acostarse por miedo a no poder dormir, se sentó con nosotros en el sofá. Yo le ofrecí té, que rechazó; pronto me di cuenta de que se había dormido, y cuando despertó le insistí en que se fuera a la cama, lo que hizo finalmente, una vez que hubo tomado un baño de pies en agua de mostaza. Le dijimos que diera golpes en la pared vecina a nuestra alcoba, si necesitaba algo por la noche, y dejamos encendida la lámpara de su cuarto.
- El 3, Büchner no había dormido bien, pero no se quejaba de que le doliera nada. Como la habitación tenía mucha luz, le di unas cortinas verdes y le puse también debajo de la cabeza una almohada de crin, lo que tuvo un efecto bienhechor. Pensando que podría pasar la velada con nosotros, yo no había suspendido nuestro habitual círculo literario; pero como no pudo asistir, nos pidió que le contáramos de qué temas habíamos hablado.
- El 4, la fiebre era algo más alta, aun sin ser motivo de preocupación. Büchner tomó algo de sopa y de fruta, asegurando que se encontraba muy a gusto en la cama. Nosotros recibimos cartas de nuestros familiares, yo se las leí y él escuchó con interés.
- El 5, se quejó de que no podía dormir. Yo traté de consolarle diciéndole que durante mi reciente enfermedad yo tampoco había dormido durante muchas noches y que además había tenido muchos dolores. El se mostraba muy conforme y paciente. Como nosotros teníamos que ir de visita, se quedó con él su queridísimo amigo Schmid; cuando regresamos nos pidió que le contáramos lo que habíamos hecho. Pero le molestaba que habláramos en voz alta.
- El 6, como yo no tenía tareas domésticas, pude dedicarme enteramente a cuidarle, cosa que hice de todo corazón. Poco a poco iba mostrando un exceso de sensibilidad; era difícil contentarle, y eso sus amigos muchas veces no lo comprendían. Pero yo, que sabía por experiencia cómo se siente uno cuando los nervios están enfermos, le complacía en todo lo que quería, y eso es ahora para mí un doble motivo de alegría.

- El 7, la señora Sell envió una sopa a Büchner, quien la tomó con fruición. Ingería también sin protestar la medicina que le habían recetado, por lo que yo le alababa mucho. Como íbamos a pasar la velada de carnaval en casa de los Sell, se quedó con Büchner su amigo Braubach, a quien también tenía gran afecto.
- El 8, había bajado mucho la fiebre y como había recibido cartas de su novia, él quiso escribirle a su vez; yo le rogué que lo dejara para cuando se hubiese repuesto del todo; también me ofrecí para escribir en su lugar, pero él no quiso. Como las cartas de Minna tenían una letra muy fina, las apartó para terminarlas de leer después.
- El 9, el enfermo casi no tenía fiebre pero se quejaba continuamente de que no podía dormir; mi marido pasaba gran parte de la noche a su lado y se daba cuenta de que a veces sí dormía. Estaba muy decaído y todos le dábamos ánimos; le aconsejábamos también que se levantara un poco, por si quizá después podía dormir un poco mejor. Le recetaron leche de almendras que yo le preparé y que él tomó con placer. Todas las noches le aplicábamos sinapismos en las piernas.
- El 10, se levantó por la tarde con ánimos de escribir; yo le busqué todo lo necesario, pues veía que no había forma de impedirselo, y como también decía que se sentía más a gusto en el sofá que en el lecho me alegré mucho creyendo que eso era síntoma de mejoría. Pero nada más coger la pluma afirmó que no podía escribir. Yo me ofrecí una vez más para escribir en su nombre y ahora aceptó. Para que no tuviera que esforzarse, escribí yo la carta a mi modo y él me dijo después lo que había que cambiar. Por fin, la carta estaba escrita como él deseaba, me la quitó entonces bruscamente y añadió estas palabras: «Adiós, niña mía», y luego de pedirme que metiera en el sobre uno de sus rizos se fue en seguida a la cama, de la que estaba ansioso. Cuando la carta ya había salido, me puse triste al pensar que la buena Minna quizá pudiese tomar esas palabras por una despedida, puesto que entonces la enfermedad no parecía en modo alguno peligrosa. Esto me inquietó mucho y pasé la tarde muy triste. Esa noche y las siguientes, mi marido y sus otros amigos se turnaron para dormir en su alcoba, lo que le agradaba mucho.
- El 11, Büchner tenía mucha flema en la garganta y expectoraba mucho. El té ligero que tomaba por las mañanas y las sopas que yo le preparaba le gustaban bastante; y sin embargo nos llamaba la atención una especie de insensibilidad (apatía). Yo le pregunté aquella mañana si estaría de acuerdo con que me sentara a trabajar a su lado, y a él pareció gustarle la idea. Como tenía tanta mucosidad en la boca, le resultaba difícil hablar y muchas veces se hacía entender por señas, que me conmovían hasta las lágrimas, pues también me recordaba vivamente a mi difunto padre, con quien yo veía en Büchner un cierto parecido, incluso en aquella frente alta y despejada. (En sus últimos años, mi padre padeció con frecuencia de una especie de parálisis oral y acostumbraba a expresarse por señas.)
- Por ciertas cosas que dijo aquel día me di cuenta de que no tenía muy clara la cabeza. Decidimos hacer venir a otro médico, a Schönlein, pero el enfermo no quería ni oír hablar de ello, pues no se sentía tan mal.
- Ahora ya se hacía vela todas las noche junto a su cama, una tarea de la que sus amigos se encargaron gustosos.
- El 12, domingo, Büchner declaró por fin que deseaba hablar con Schönlein, pero éste estaba de viaje; sin embargo, sus ayudantes ya habían ido a ver

- a Büchner y estaban completamente de acuerdo con los medicamentos recetados por el doctor Zehnder.
- El 13, Büchner seguía aletargado; la víspera había dicho por primera vez que sentía pesadez de cabeza y ésa fue la única vez durante toda la enfermedad que se quejó de la cabeza. Estaba completamente consciente, pero a veces hablaba en sueños. Ese día escribimos a Darmstadt a nuestros hermanos.
- El 14 por la mañana temprano, llegó Schönlein y aprobó completamente el tratamiento que había seguido hasta entonces el doctor Zehnder, y también continuó con la misma medicación. Büchner habló con él muy sensatamente, pero todavía estando allí los médicos tuvo un acceso de fiebre; yo me quedé a su lado y a veces me llamaba Schmid; cuando le decía que yo era la señora Schulz, me sonreía. A veces creía también que había alguien en un rincón y cosas semejantes. Yo leía para mí el *Morgenblatt*, pero como él pensaba que era una carta, lo aparté a un lado. Al caer de la tarde empezó a temblar violentamente (ya antes habíamos notado que le temblaban las manos), al tiempo que decía cosas sin sentido. Yo me inquieté mucho y desde entonces procuraba que además de mí estuviera siempre con él alguno de sus amigos. Poco a poco se fue calmando. Hacia las ocho tornó a delirar y lo extraño era que hablaba muchas veces de sus alucinaciones, diciendo lo que pensaba de ellas cuando le habíamos convencido de que carecían de fundamento.
- Una alucinación muy frecuente era la de creer que iban a expulsarle. Pasó la noche intranquilo; habló mucho en francés y se dirigía varias veces a la novia.
- El 15 por la mañana temprano, le encontré muy cambiado; sin embargo me reconoció; como la taza de té era grande, pidió también una cuchara grande y se enjuagó la boca.
- Cuando estaba consciente le costaba trabajo pronunciar las palabras, pero tan pronto como empezaba a delirar, hablaba con toda fluidez. Me contó una historia larga y coherente sobre cómo le habían llevado el día anterior fuera de la ciudad y cómo antes había pronunciado un discurso en la Plaza del Mercado, etc. Yo le dije que estaba en la cama y que todo eso lo había soñado; replicó entonces que cómo no sabía yo que el profesor Escher (uno de sus discípulos) había salido garante suyo y que por eso le habían vuelto a traer. Se le había metido en la cabeza que tenía deudas, lo cual no era verdad. No era difícil disuadirle de tales fantasías, pero pronto incurría en otras. A las 12 llegó Schönlein, al que Büchner no reconoció, y como yo quería saber a toda costa cómo estaba el enfermo, prescindiendo de las conveniencias y permanecí en la habitación. Ya al entrar dijo Schönlein: «¡Qué olor!» Pidió luego ver la deposición, que era completamente negra, toda de sangre coagulada, examinó al enfermo y me dijo: «Todo concuerda; es la fiebre tifoidea y el peligro es muy grande.» Yo me asusté muchísimo y como mis nervios estaban muy desgastados, el médico me exhortó a que procurara no entrar en la habitación del enfermo. La situación requería ahora cuidados masculinos. Yo ya no podía hacer otra cosa que rezar. Se hizo venir a un buen enfermero, pero estaba siempre con él alguno de los amigos de Büchner, sobre todo Wilhelm y Schmid. Yo estaba muy triste e inmediatamente escribí una carta a Estrasburgo.
- El 16, la noche fue agitada; el enfermo quiso marcharse varias veces, pen-

sando que iban a apresarle o que ya estaba preso, y quería escaparse. Por la tarde el pulso sólo era una vibración y el corazón latía 160 veces por minuto. Los médicos le desahucieron. Mi alma, de ordinario piadosa, preguntaba amargamente a la Providencia: «¿Por qué?»; en ese momento entró Wilhelm en la habitación y al hacerle yo participe de mis desesperadas reflexiones, dijo: «Nuestro amigo te da él mismo la respuesta; en este momento, al terminar un violento acceso de delirio, acaba de decir con voz serena, grave, solemne, estas palabras: “No tenemos demasiado dolor, tenemos poco, pues a través del dolor llegamos a Dios”. “Somos muerte, polvo, ceniza, cómo vamos a quejarnos”.»

Mi pesadumbre se tornó en melancolía, pero yo estaba muy triste y lo seguiré estando largo tiempo.

- El 17 por la noche, el enfermo deliraba sobre sus padres y hermanos con las más conmovedoras expresiones. Hablaba casi sin interrupción. Por la mañana, Schönlein se asombró de hallarle aún con vida; venía dos veces al día y se interesaba vivamente por él, al igual que todos los que conocían a Büchner, aunque fuese remotamente. Cada mañana venían las gentes más diversas a preguntar cómo estaba. Hacia las diez llegó de Estrasburgo la esposa del pastor Schmid y nos dijo que había llegado Minna; yo me asusté mucho, pues tenía miedo por ella cuando viera al enfermo tan cambiado. Me apresuré a ir a la fonda donde se hospedaba y la fui preparando poco a poco al gran peligro en que se hallaba su bienamado. Me dominé mucho hablando con ella. Después de comer fui a buscarla a ella y a su acompañante. Los médicos le habían permitido ver al enfermo. El la reconoció, lo que para ella fue una dolorosa alegría; aquel día lloramos juntas y mi corazón sufrió mucho, pues comprendía al suyo. La señora Schmid y ella permanecieron desde entonces en casa. La noche fue triste para todos nosotros. El enfermo deliraba sin cesar.
- El 18, Minna visitó al enfermo, que la reconoció más claramente que la víspera; habló con ella, también sobre su padre, pero no se podía entender todo, pues la voz era ahora más débil. Le limpiaron la boca, tomó un poco del vino y de la mermelada que le ofrecía Minna, comió al mediodía algo de sopa, llamó por sus nombres a varios de sus amigos, y también el pulso se estabilizó un poco; todo ello fue para nosotros un rayo de esperanza, a pesar de los médicos, que lo habían desahuciado, pero sólo un rayo de esperanza, pues por la noche hubo otra vez síntomas malignos. La noche fue tranquila porque la debilidad aumentaba; sin embargo, el enfermo no cesaba de hablar.
- El 19, *domingo*, la respiración se hizo más trabajosa, aumentó la debilidad, la muerte se iba acercando. Aquella joven fuerte le pidió a mi marido que la llamara cuando llegase el momento fatal, pues ella no podía ni debía permanecer en la habitación del enfermo. Era domingo; el cielo era azul, brillaba el sol. Se había hecho salir a los niños, la casa estaba en silencio, silencio también en la calle. Sonaban las campanas. Minna y yo estábamos solas en mi plácida salita. Sabíamos que a pocos pasos de nosotros moría un hombre, ¡y qué hombre! Mas nosotras nos habíamos entregado a la voluntad de la Providencia, pues todo lo que humanamente se podía hacer para salvar a esa persona, se había hecho. Recuerdo pocas horas tan solemnes como ésa en toda mi vida; una calma sagrada había descendido sobre nosotras. Leíamos poesías, hablábamos de él, hasta que entró Wilhelm llamando a Minna, para que hiciera la última buena obra

al bienamado. Lo hizo con calma y entereza, pero después no pudo contener su dolor y prorrumpió en sollozos. Yo la tomé en mis brazos y lloré con ella. Se tranquilizó al cabo y concluyó una carta que tenía empezada. Pasamos la velada hablando del finado; muchas veces pensábamos con dolor en los pobres padres y hermanos de quien ahora descansaba en paz. Minna pasó la noche conmigo y, como llevábamos tanto tiempo sin dormir, la naturaleza reclamó sus derechos y un sueño suave nos fortaleció. Aquella tarde había llegado una carta de Darmstadt que nos conmovió hondamente, yo contesté a ella.

El 20, Minna también escribió a su padre. Leímos una especie de diario que había aparecido entre los papeles de Büchner y que contenía ricos tesoros de su espíritu. Los amigos del finado pasaron la velada con nosotros y él fue nuestro único tema de conversación. Como había hablado tantas veces con nosotros de todo lo que nos interesaba, sabíamos muchas anécdotas sobre él.

Casi todos los objetos que nos rodeaban nos recordaban esta o aquella inteligente observación que él había hecho al respecto. Ora vertíamos lágrimas, ora reíamos cuando recordábamos su fino espíritu satírico, sus chistosas ocurrencias y sus divertidas bromas.

El 21, había un cielo radiante y brillaba el sol el día en que sus restos mortales fueron devueltos a la tierra. Por la mañana tejimos una corona con ramas frescas de laureles y mirtos y con flores blancas que, conforme a las costumbres de aquí, tenían que ir envolviendo todo el ataúd. Minna, por su parte, pidió a Wilhelm que le ciñera al poeta que fuera su prometido una corona de mirto y laurel en la pálida y despejada frente. En sus manos reposaba un ramo de flores frescas que habían enviado unas amigas. El entierro estaba previsto para las cuatro; por eso yo salí de casa con Minna nada más terminar el almuerzo, pues tales preparativos no pueden procurar consuelo a un corazón destrozado. Primero recorrimos el paseo preferido de nuestro amigo, un pequeño paraje a orillas del lago, y después nos dirigimos a casa de una amiga que compartía nuestro dolor, donde permanecemos hasta el anochecer. Allí fue a recogernos Wilhelm, quien nos contó que varios centenares de personas, a la cabeza los dos burgomaestres y otros ilustres habitantes de la ciudad, habían acompañado al difunto hasta su última morada. Toda la ciudad compartía nuestro dolor.

Conocidos y desconocidos estaban profundamente afectados por la muerte de un joven de tan gran ingenio e inteligencia.

Por la noche, una amiga envió una maceta llena de la tierra donde descansa el muerto querido. Las siemprevivas que había en ella y que también crecen sobre su tumba serán para nosotros un símbolo de esperanza, de la esperanza en un nuevo encuentro. Ese delicado obsequio iba acompañado de las más cariñosas y sentidas palabras para Minna.

ARTICULO NECROLOGICO

Wilhelm Schulz
[28 de febrero de 1837]

En el transcurso de pocos días, la muerte ha arrancado a dos insignes varones alemanes de las filas de sus afligidos compatriotas y compañeros de fortuna. El 15 de febrero fue enterrado Ludwig Börne en París, el 21 de febrero, *Georg Büchner* en Zurich. Ambos descansan en tierra extraña, pues la patria había cerrado a ambos sus puertas. Si Börne fue un luchador a toda prueba, que poseía sobrada experiencia en el sagrado combate por la luz y el derecho, y que con firmeza y tenacidad dirigió las afiladas armas del espíritu contra la opresión y la esclavitud, contra la hipocresía y la mentira, todos los que conocieron de cerca a *G. Büchner* celebraban en él su empuje, su vigor juvenil, que tenía por delante, libre de obstáculos, las amplias rutas del honor y de la gloria.

Grandes cosas se esperaban de él, más él estaba dotado de tan ricos y abundantes talentos que habría superado las más osadas esperanzas.

Georg Büchner, hijo de un prestigioso médico de Darmstadt, nació el 17 de octubre de 1813 en Goddlau, cerca de Darmstadt. Una vez concluido el bachillerato en esa ciudad, se trasladó a Estrasburgo, donde desde el otoño de 1831 hasta agosto de 1832, y después desde octubre de ese mismo año hasta mediados de 1833, se consagró al estudio de las ciencias naturales, en especial de la zoología y la anatomía comparada. Habiendo caído enfermo en aquella época, gozó de solícitos cuidados en casa del pastor Jägler, un pariente suyo de Estrasburgo. Durante la enfermedad se prometió en matrimonio con la hija de tan digno clérigo, la cual, por sus prendas intelectuales y humanas, era digna de él bajo todos los conceptos. Las leyes de su país natal le llamaron en el otoño de 1833 a la universidad de Giessen, donde continuó estudiando ciencias naturales al tiempo que, a instancias de su padre, se dedicaba también a la medicina práctica. Debido a una enfermedad cerebral de la que se vio afectado en la primavera de 1834, esos estudios sufrieron una breve interrupción; pero después de una corta estancia en Darmstadt regresó a Giessen, donde permaneció hasta el otoño de 1834. De allí regresó de nuevo a Darmstadt, a la casa paterna, y allí se consagró a las ciencias naturales y a la filosofía, impartiendo al mismo tiempo, por deseo de su padre, clases de anatomía.

En los últimos tiempos de su estancia en Giessen, *Büchner*, como tantos otros jóvenes de su edad y de su sentir, participó en los movimientos políticos de la época. En marzo de 1835 se marchó a Estrasburgo, sustrayéndose así a la causa instruida contra él. En Estrasburgo se resolvió a abandonar la medicina práctica y se consagró con infatigable celo al estudio de la filosofía moderna, adentrándose especialmente en las doctrinas de Cartesius y Spinoza. Con energía similar, que muchas veces le hacía seguir trabajando hasta muy avanzada la noche, estudió las ciencias naturales. En diciembre de 1835 comenzó los trabajos preparatorios de su estudio «Sur le système nerveux du barbeau», que le valió ser elegido miembro correspondiente de la Sociedad de Ciencias Naturales de Estrasburgo. Enviando ese mismo trabajo a la Facultad de Filosofía de Zurich, obtuvo el grado de doctor en filosofía. Este escrito fue considerado por los mejores expertos en ciencias naturales como obra maestra que permitía concebir las más halagüeñas esperanzas. Del mismo nivel científico fueron su primera lección magistral y sus clases de anatomía comparada en la universidad de Zurich, ciudad a la que se trasladó el 18 de octubre del pasado año con intención de fijar allí su residencia.

Pero no sólo la naturaleza, también la rica vida interior de los hombres le atraía poderosamente, sus pasiones e inclinaciones, sus debilidades y virtudes, y lo que él captaba con perspicaz mirada su productivo espíritu lo transformaba en creación poética. Extraordinaria impresión había hecho en él sobre todo el gran drama de los tiempos modernos, la Revolución Francesa. Estudiando a fondo su historia, se familiarizó con uno de sus más importantes temas. Encausado por motivos políticos, en medio de complicaciones y ocupaciones de todo género, en el espacio de pocas semanas escribió, durante su última estancia en Darmstadt, la obra dramática «*La muerte de Danton*. Cuadros dramáticos de la época del Terror». Uno de los más severos e inteligentes críticos alemanes ha calificado ese drama de obra de un genio, felicitándose por ser el primero en llamar la atención al público alemán sobre tan extraordinaria personalidad. Acto seguido, *Büchner* dio a la imprenta en Estrasburgo dos acertadas traducciones de los dramas de Victor Hugo *Lucrece Borgia* y *Marie Tudor*. En esa misma época y más tarde, en Zurich, escribió *Leonce y Lena*, una comedia aún no publicada, llena de agudeza, de gracia y divertido humor. Entre sus escritos póstumos hay asimismo una pieza teatral casi terminada y también el fragmento de una novela corta cuyo tema son los últimos días de la vida del tan importante como infortunado poeta Lenz. Esos escritos serán publicados próximamente.

Este joven de tan extraordinarias dotes era demasiado enérgico y activo como para permanecer egoístamente aislado en medio del reciente movimiento en la vida de las naciones, movimiento que parecía prometer un mundo mejor. Llevado a serenas alturas, por la temprana madurez de su espíritu, en sus opiniones políticas no incurrió en los errores de que suelen ser fácilmente víctimas los jóvenes. Enemigo de acciones insensatas e irreflexivas que no podían tener buen éxito, detestaba sin embargo ese liberalismo de brazos cruzados que trata de avenirse, empleando frases hueras, con su conciencia y con su pueblo, y estaba dispuesto a dar todos los pasos que consideraba necesarios para el bien de su pueblo. Así, la ciencia, el arte y la patria tienen iguales motivos para lamentar su prematura pérdida. El se había visto obligado a abandonar esa patria, mas el genio halla un hogar en todas partes. En Zurich habría encontrado una segunda patria; de ello es prueba el aplauso que le granjearon sus excepcionales aptitudes, de ello es prueba el dolor de

que dieron muestras el día de su entierro tantos ilustres vecinos de esta ciudad.

Ninguno de sus amigos hubiera creído hace unas semanas que se aproximaba ese día. Fuera de alguna ligera indisposición, *Büchner* había gozado de buena salud durante su estancia en Zurich. Su aspecto exterior parecía armonizar con su mundo interior, y aquella frente alta y despejada parecía que habría de seguir siendo aún por largo tiempo segura morada de su vasto espíritu. Y, sin embargo, quizá presintió él en cierto modo su temprana muerte. En todo caso, en el diario que nos ha legado compara su estado de ánimo con un crepúsculo de otoño, concluyendo sus reflexiones con estas palabras: «No siento animadversión, no siento hastío; pero estoy cansado, muy cansado. ¡Que el Señor me conceda la paz!»

El 2 de febrero tuvo que meterse en el lecho, que no volvió a abandonar desde aquel día sino por breves instantes. Pese a los cuidados de los médicos y a la solicitud de sus amigos, la enfermedad avanzaba incontinentemente, y pronto fue evidente que se trataba de una violenta fiebre tifoidea. A los doce días comenzaron los delirios. El tema de sus alucinaciones era su novia, sus padres y hermanos, a quienes recordaba con el afecto más conmovedor, y el fatal destino de sus amigos de juventud, que por razones políticas sufren desde hace años en las cárceles de su patria. Al igual que antes de su enfermedad, ahora también hablaba con palabras amargas pero cargadas de verdad, palabras que en boca de un moribundo tienen doble peso, de esa lacra de nuestra época, el trato abominable que reciben las víctimas de las luchas políticas, a las cuales, aparentando legalidad y simulando indulgencia, se tiene en la cárcel, en calidad de prisión preventiva, durante largos años, hasta que su espíritu es arrastrado a la demencia y su cuerpo torturado hasta la muerte. «En la Revolución Francesa», exclamaba, «tan desacreditada por su crueldad, eran más indulgentes que hoy. Se cortaba la cabeza a los enemigos. Bueno. Mas no los dejaban languidecer y morir años y años». Pero después, cuando la muerte estaba muy cerca, ya parecía desligado de todo lazo terreno, y con palabras sublimes, que evocaban los más sublimes pasajes de la Biblia, su alma se esparcía en alucinaciones religiosas.

A la primera noticia de la enfermedad, su prometida corrió a la cabecera del enfermo. La proximidad de la amada infundió una luz apacible a sus sueños, y su alegre reacción, evidente para todos, hizo surgir una última y débil esperanza en sus amigos y allegados. ¡Mas sólo fue un breve centelleo de aquella vida que se extinguía! Rodeado de compatriotas y amigos, murió el 19 de febrero, hacia las cuatro de la tarde, y su amante amiga le cerró los apagados ojos. Su muerte fue suave y sin dolor, pues reposaba sobre él la bendición del amor.

ANEXOS

CRONOLOGIA

- 1813: 17 de octubre: nace en Goddelau (al SO de Darmstadt, Gran Ducado de Hesse-Darmstadt) Carl Georg Büchner. Padre: Ernst Karl Büchner (1786-1861), doctor en medicina, cirujano oficial en Goddelau, desde 1816 asesor médico en Darmstadt. Madre: Caroline Büchner, nacida Reuss (1791-1858), de una familia de funcionarios del Landgrave de Hesse. Hermanos: Mathilde (1815-1888); Wilhelm (1816-1892), farmacéutico, propietario de una fábrica de productos químicos, diputado del parlamento de Hesse y del *Reichstag* alemán, autor de escritos políticos; Luise (1821-1877), escritora y feminista; Ludwig (1824-1899), médico; su libro *Fuerza y materia* le dio popularidad como representante del materialismo; Alexander (1827-1904), activista durante la revolución alemana de 1848; marchó a Francia y fue catedrático de Literatura en Caen.
- 1816: La familia se traslada a Darmstadt, donde el padre es nombrado consejero médico (1825) y publica escritos sobre medicina.
- 1819-22: Büchner aprende con su madre las primeras letras.
- 1822: Ingresa en el «Centro privado de educación y enseñanza» de Darmstadt, dirigido por el doctor Carl Weitershausen.
- 1825: 26 de marzo: ingresa en el Instituto *Humanistisches Gymnasium* de Darmstadt. Un año más tarde es nombrado director del centro el filólogo clásico Carl Dilthey (1797-1857), subdirector es el profesor de alemán Karl Baur (1788-1877).
- 1828: Forma parte de un círculo, primero literario, después de oposición política, en el que participan otros estudiantes de bachillerato que más tarde constituirán la «Sociedad de los derechos humanos» de Darmstadt y Giessen (1834).
- 1829: Otoño/invierno 29-20: *La muerte heroica de los cuatrocientos ciudadanos de Pforzheim*.
- 1830: 29 de septiembre: *Discurso en defensa de Catón de Utica*, pronunciado en un acto académico del *Gymnasium*. Reseña de la composición de un discípulo sobre el suicidio.
- 1831: Verano: se prepara en el laboratorio de su padre para la carrera de medicina.
5 de septiembre: el padre de Büchner solicita permiso para que su hijo curse estudios en Estrasburgo.

- 2 de noviembre: Büchner llega a Estrasburgo, donde tiene parientes de la línea materna.
- 9 de noviembre: se matricula en la facultad de medicina de Estrasburgo. Büchner vive en la casa del pastor protestante Johann Jakob Jaeglé, con cuya hija Luise Wilhelmine («Minna», 1810-1880) se promete, probablemente en 1832.
- 17 de noviembre: se hace miembro de la Asociación estudiantil «Eugenia», adhiriéndose al grupo teológico-literario de los hermanos August y Adolph Stoeber. Büchner tiene como profesores, entre otros, al anatomista y zoólogo Georges Louis Duvernoy y a Ernst Alexander Lauth, fisiólogo.
- 4 de diciembre: entra en Estrasburgo el general polaco Ramorino. Büchner toma parte en la triunfal acogida al héroe polaco.
- 1832: 24 de mayo: conferencia de Büchner en la Asociación «Eugenia» sobre la situación política de Alemania. Pasa las vacaciones universitarias en Darmstadt.
- 1833: 3 de abril: asalto al Cuartel General de Francfort, que Büchner comenta en una carta a sus padres (núm. 9).
- Estudia las teorías sociales y revolucionarias francesas: neobabouvismo (Blanqui) y sansimonismo.
- 25 de junio-principios de julio: excursiones a pie por los Vosgos (con amigos y un pariente).
- Agosto: regresa a Darmstadt para continuar estudios allí, conforme a la legislación de Hesse.
- 31 de octubre: se matricula en la facultad de medicina de Giessen. Su principal maestro es el anatomista Wernekinck; también son catedráticos de Giessen Justus von Liebig y el anatomista Wilbrand.
- Noviembre: ataque de meningitis, que puede ser abortado. Büchner interrumpe los estudios y regresa a Darmstadt.
- 1834: Principios de enero: continúa sus estudios en Giessen. August Becker le pone en contacto con el pastor protestante de Butzbach Friedrich Ludwig Weidig (1791-1837), vinculado a diversos movimientos de oposición del sur de Alemania, editor del periódico ilegal *Leuchter und Beleuchter für Hessen*.
- Febrero: crisis psicósomática. Estudia intensamente la Revolución Francesa.
- 6-8 de marzo: son puestos en libertad varios estudiantes e intelectuales que participaron en el asalto al Cuartel General de Francfort. Con ellos funda en Giessen la «Sociedad de los derechos humanos», según el modelo francés de la «Société des droits de l'homme et du citoyen». Son miembros de la sociedad, además de Büchner, Becker y otros, Karl Minnigerode, Jakob Friedrich, Schütz y Gustav Clemm.
- [10] «Carta sobre el fatalismo» (núm. 21).
- Escribe el borrador de *El Mensajero de Hesse*.
- Abril: Büchner inaugura en Darmstadt una sección de la «Sociedad de los derechos humanos».
- 28 de abril: empieza el curso académico en Giessen.
- Mayo: Weidig revisa el escrito de propaganda política que recibe el título de *Mensajero de Hesse*.
- 3 de julio: los republicanos de Hesse se dan cita en las ruinas del castillo de Badenburg, entre Giessen y Marburg, para discutir la línea a

seguir en la redacción de los panfletos políticos. Prevalece la opinión de Weidig, quien reelabora el texto del *Mensajero*.

5-9 de julio: Büchner y otro miembro de la «Sociedad» llevan a una imprenta de Offenbach el manuscrito del *Mensajero*, con el texto modificado por Weidig.

31 de julio: Minnigerode, Schutz y Karl Zeuner recogen en Offenbach los ejemplares impresos del *Mensajero* y se disponen a repartirlos.

1 de agosto: tras la delación del complot, es detenido Minnigerode, quien lleva consigo 139 ejemplares del *Mensajero*. Büchner viaja a Butzbach, Offenbach y Francfort, con el fin de poner sobre aviso a Zeuner, Weidig y Schütz. A su regreso a Giessen, encuentra que sus papeles han sido registrados y su escritorio precintado (4/5 de agosto).

Hacia primeros de septiembre: siguen siendo repartidos los ejemplares del *Mensajero* no incautados por la policía. Büchner marcha a Darmstadt y reorganiza allí la sección de la «Sociedad de los derechos humanos».

Septiembre: Su prometida viaja a Darmstadt para encontrarse con él.

A partir de octubre: Büchner trabaja en un laboratorio de su padre, estudia obras de Rousseau, la *Historia de la Filosofía* de Tennemann y diversos trabajos sobre la Revolución Francesa.

Entre octubre y diciembre: actividades conspirativas de la «Sociedad», contactos entre las secciones de Giessen y Darmstadt. En Darmstadt, entrenamiento paramilitar para liberar a los presos políticos; organiza colectas para comprar una prensa propia y poder continuar imprimiendo panfletos. Redacta escritos de base (no conservados) para la «Sociedad». Fracasa el intento de liberar a Minnigerode.

1835: Enero: presta declaración en los Juzgados de instrucción de Offenbach y Friedberg.

Mediados de enero: comienza a redactar *La muerte de Danton*.

21 de febrero: Büchner envía el manuscrito a Francfort, al editor Sauerländer y a su colaborador Karl Gutzkow. Una semana después es citado ante el Juzgado de instrucción de Darmstadt.

Principios de marzo: huida de Darmstadt.

Hacia el 6 de marzo: Büchner consigue escapar por la frontera francesa.

9 de marzo: llega a Wissenburg. En Estrasburgo cambia varias veces de domicilio. Direcciones falsas. Durante todo el año mantiene contacto con refugiados políticos de Hesse.

26 de marzo-7 de abril: avance editorial abreviado de *La muerte de Danton*, en el diario de Francfort *Phönix*, cuya sección literaria dirige Gutzkow.

Abril: son detenidos en el Gran Ducado y Principado de Hesse numerosos amigos de Büchner.

Mayo: primeros planes de *Lenz*; redacción de la obra a lo largo de ese año, sobre todo en octubre. Hasta junio, Büchner trabaja también en la traducción de *Lucrecia Borgia* y *María Tudor*, de Victor Hugo.

18, 23 y 27 de junio: se publica en el *Frankfurter Journal* y en el *Grossherzogliche Hessische Zeitung* de Darmstadt una orden de busca y captura de Büchner, por su «participación en actos de alta traición».

Julio: aparece, en versión mutilada, en la editorial de Sauerländer, *La muerte de Danton*.

Octubre: aparecen, también en Sauerländer, sus traducciones de Vic-

tor Hugo. Primeros planes de un «tratado sobre un tema filosófico o de historia natural», como condición previa para obtener un puesto de docente en Zurich.

Invierno: estudios filosóficos y de ciencias naturales. Büchner escribe el tratado sobre el sistema nervioso de los barbos. Vive en Estrasburgo. Se relaciona con antiguos amigos y también con el publicista político alemán Wilhelm Schulz y su esposa Caroline.

Probablemente a partir de noviembre o un poco después, prepara las lecciones sobre filosofía griega, sobre Descartes y Spinoza.

Diciembre: trabajos prácticos preparatorios de la Memoria.

1836: 16 de marzo: se publica en el *Allgemeine Zeitung* de Augsburgo la primera convocatoria del certamen de comedias de la editorial Cotta; presenta su tratado *Mémoire sur le système nerveux du barbeau*. Es elegido miembro correspondiente de esa sociedad, publicándose el trabajo en las *Mémoires* de la misma.

Junio: hasta la fecha de entrega de los ejemplares para el certamen, fijada definitivamente para el 1 de julio, trabaja en la primera versión de *Leonce y Lena*, que sin embargo no es admitida a concurso por haberse retrasado Büchner en la fecha de entrega.

Continúa trabajando en *Leonce y Lena* y en *Woyzeck*. Büchner prepara para la universidad de Zurich una lección sobre el «Desarrollo de la filosofía alemana desde Cartesius».

3 de septiembre: con su estudio sobre el sistema nervioso del barbo, Büchner se doctora en la facultad de filosofía de Zurich.

22 de septiembre: solicita pasaporte para viajar a Suiza.

26 de septiembre: solicita permiso para dar una lección magistral pública en Zurich.

18 de octubre: se traslada a Zurich.

24 de octubre: Büchner vive en casa del doctor Zehnder, consejero gubernamental, médico, de ideas liberales. Allí viven otros exiliados, aparte del matrimonio Schulz, íntimos amigos de Büchner desde 1835.

5 de noviembre: Büchner pronuncia en la universidad de Zurich la lección magistral *Sobre los nervios craneales*, para solicitar la admisión en el cuerpo docente. Es nombrado *Privatdozent* y admitido como miembro de la facultad.

Noviembre-finales de enero: imparte su primer curso en la universidad, sigue escribiendo *Leonce y Lena*, *Woyzeck* y seguramente *Pietro Aretino* (perdido).

26 de noviembre: se le concede asilo privisional de seis meses en el cantón de Zurich.

1837: Finales de enero: proyecta la publicación de sus tres obras teatrales. Alquila una amplia habitación a orillas del lago de Zurich.

2 de febrero: enferma súbitamente.

14 de febrero: Schönlein diagnostica infección tifoidea.

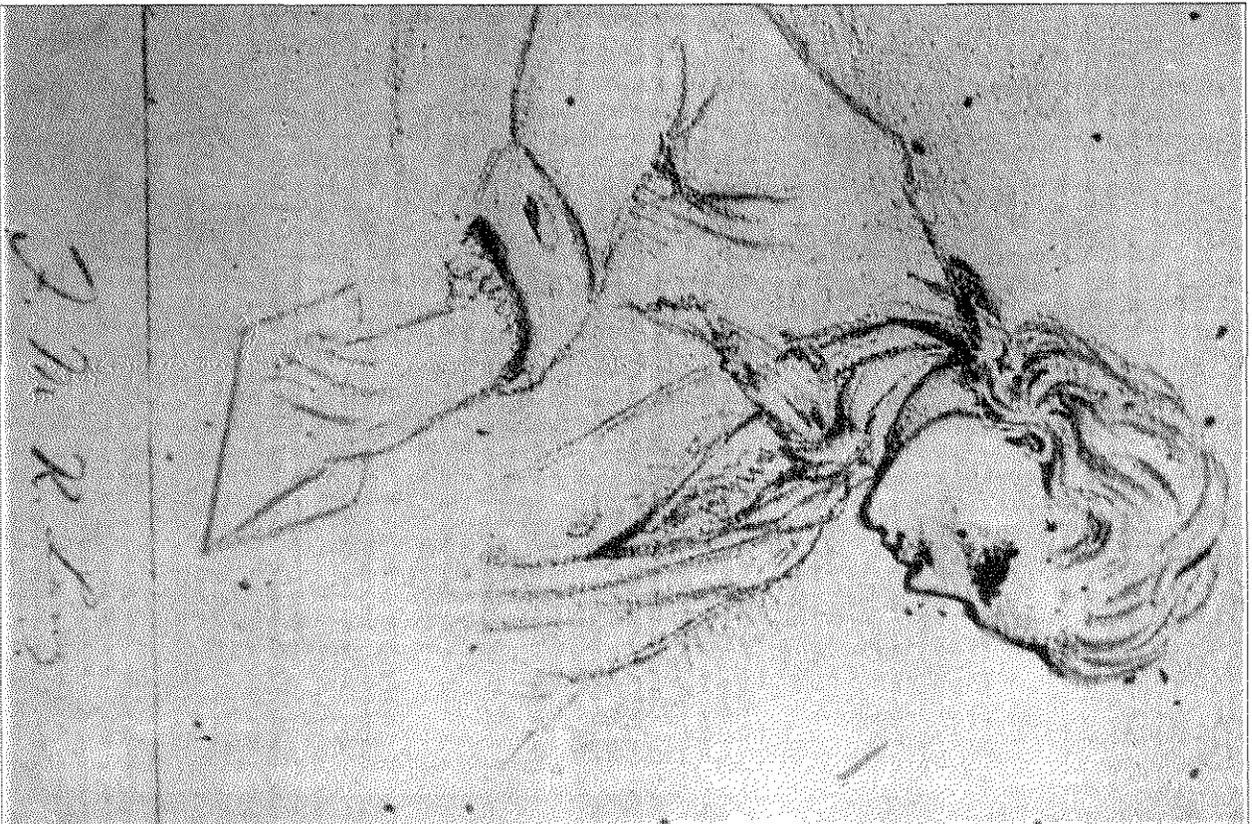
17 de febrero: llega a Zurich Minna Jaeglé.

19 de febrero: Büchner muere hacia las cuatro de la tarde.

21 de febrero: es enterrado en el cementerio «am Zeltberg» de Zurich.

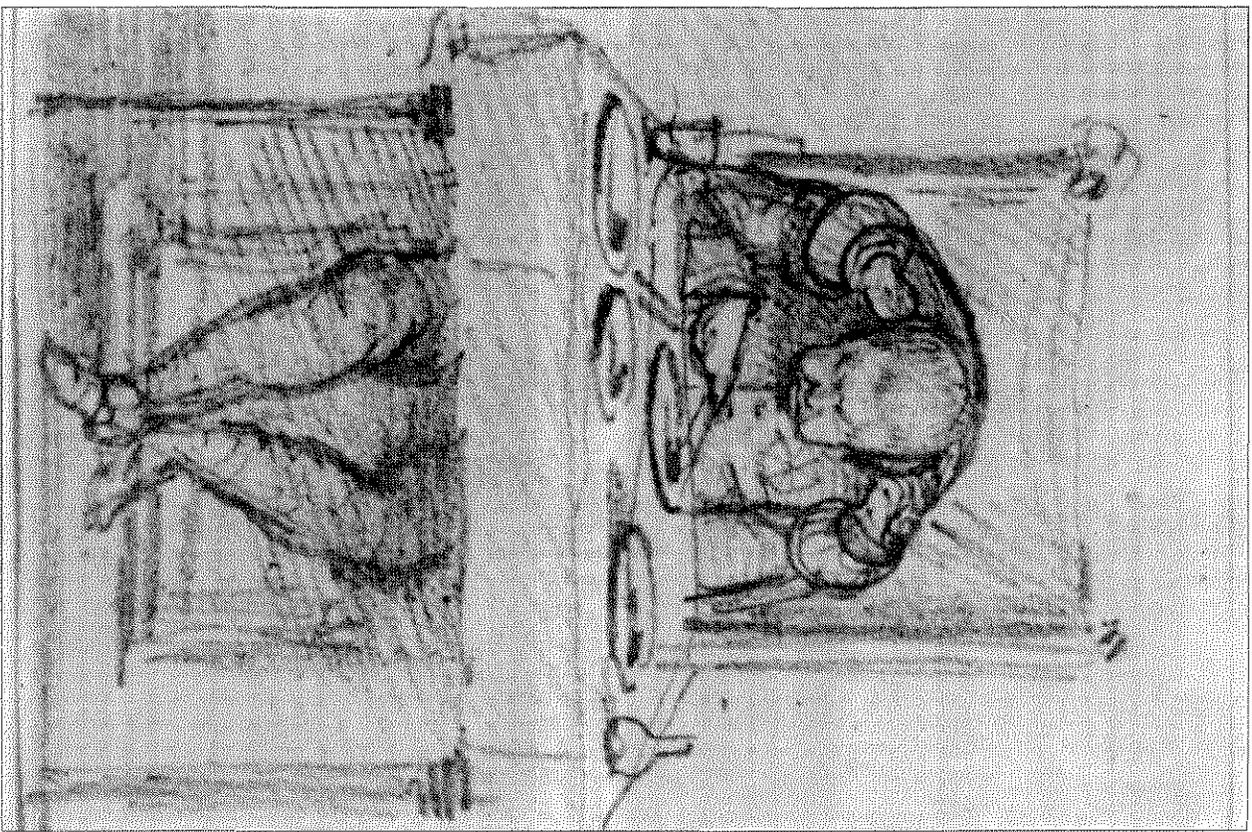


Retrato de Georg Büchner (sin fecha).



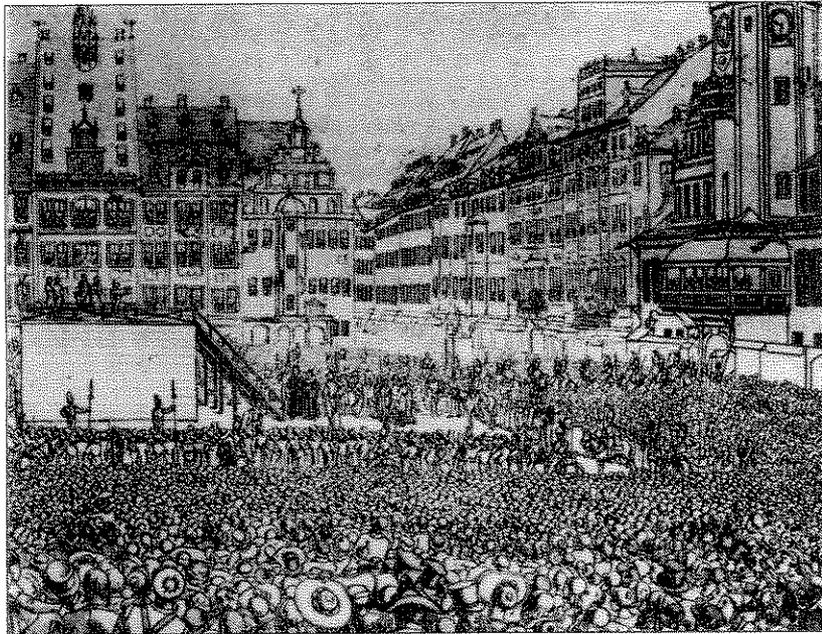
Jakob Michael Reinhold Lenz (1751-1792), hacia 1777

290



El Gran Duque Ludovico I (1826)

291



Ejecución de Woyzeck (Leipzig, 27 de agosto de 1824)



Tumba de Georg Büchner

Alcibiades (452-404 a. C.): militar y político ateniense, amigo de Sócrates.

Alfieri, Vittorio (12749-1803): poeta trágico italiano; la cita, a modo de prólogo, en *Leonce* y *Lena*, que confronta el patético idealismo (¿y la fama?) del dramaturgo italiano con el realismo del comediógrafo Gozzi (¿y el hambre?) es probablemente ficticia.

Amar, Jean-Baptiste-André (1755-1816): miembro del Comité de Seguridad, partidario de Robespierre; perteneció más tarde al grupo que precipitó su caída.

«Anaxágoras»: cf. Chaumette.

Apio Claudio (siglos IV-III a. C.): Simon, apuntador de teatro, confunde, en su estado de embriaguez, a Lucrecia (quien deshonrada por el hijo de Tarquinio el Soberbio se dio muerte con un puñal) con Virginia, a la que mató su padre Virgilio para evitar que fuera deshonrada por Apio Claudio.

Aristides (530-467 a. C.): político ateniense que recibió el sobrenombre de «Justo» y es por ello comparado con Robespierre.

Arnold, Friedrich (1803-1890): profesor de Anatomía en Zurich, publicó en 1834 una edición ilustrada de los nervios craneales.

Balser, Georg Friedrich Wilhelm (1780-1846): médico y profesor de la universidad de Giessen.

Barrère de Vieuzac, Bertrand (1750-1841): aristócrata, miembro de los Estados Generales, girondino, posteriormente miembro del Comité de Salud Pública. A juicio de Thiers y de otros historiadores, fue siempre un oportunista sin escrúpulos. Desterrado a las Guayanas, fue amnistiado por Napoleón.

Baum, Johann Wilhelm (1809-1878): estudiante de teología en Estrasburgo, de donde data su amistad con Büchner; fue posteriormente párroco y profesor de teología. Con *El metodismo*, obra de corte racionalista, inició sus trabajos sobre historia de la Iglesia.

Becker, August (1814-1871): estudiante de teología, preceptor, fue condenado a nueve años de cárcel por su pertenencia al grupo opositor, fundado por Büchner, «Sociedad de los derechos humanos»; amnistiado, vivió en Suiza y después en América. «Augusto el Rojo» fue amigo íntimo de Büchner desde su época de Giessen.

Becker, Ludwig (¿-?): estudiante de teología en Giessen, miembro de la «Sociedad de los derechos humanos». Refugiado en Estrasbur-

- go emigró a Australia, donde murió en 1861.
- Biegeleben, Ludwig Maximilian, barón de (1813-1899): funcionario del Ministerio de Justicia de Darmstadt, en 1840 legado del Gran Ducado de Hesse en Viena.
- Billaud-Varenes, Jacques-Nicolas (1756-1819): abogado, presidente del Club de los Jacobinos, miembro del Comité de Salud Pública; en calidad de tal presentó la moción que llevó a la guillotina al Duque de Orléans y a la reina María Antonieta; primero partidario, después enemigo de Robespierre. Deportado a las Guayanas, huyó a Méjico y a Haití.
- Boeckel, Eugen (1811-1896): gran amigo de Büchner, era hijo de un pastor protestante de Estrasburgo, donde ejerció de médico desde 1840.
- Brion, Friederike (1752-1813): más conocida por su relación amorosa con Goethe, evocada por Lenz en el relato de Büchner del mismo nombre («ella amaba a otro...» (cf. Lenz).
- Brissot (1754-1793): girondino.
- Brissot, Jacques-Pierre (1754-93): antiguo escribiente, se convirtió en uno de los líderes de los girondinos; se opuso a Robespierre en el tema de la guerra revolucionaria europea y protestó contra la destitución del rey; fue guillotinado.
- Bruto, Lucio Junio: héroe romano, libró a Roma de la tiranía real, dando inicio a la República. Fue uno de los dos primeros cónsules, sacrificando a sus propios hijos, que conspiraron contra la República.
- Bruto, Marco Junio (85-42 a. C.): continuó la tradición democrática de su mítico antepasado dando muerte a César, que se había erigido en tirano.
- Büchner, Ludwig (1824-1899): hermano del escritor; médico y autor del libro *Fuerza y materia*, duramente criticado por Schopenhauer; editó los escritos póstumos de su hermano.
- Büchner, Wilhelm (1817-1892): hermano del escritor, farmacéutico, diputado del parlamento de Hesse y del *Reichstag*. En su juventud era el confidente de Georg en asuntos políticos, ayudando a éste a huir a Estrasburgo.
- Bürger, Gottfried August (1747-1794): poeta lírico del *Sturm und Drang*. Los versos citados por Büchner constituyen la primera estrofa del poema «La muerte».
- Callot, Jacques (1592-1635): pintor francés cuyos grabados fantásticos inspiraron al autor romántico alemán Hoffmann.
- Carus, Karl Gustav (1798-1869), célebre fisiólogo.
- Catilina (109-62 a. C.): cabecilla de la conjuración que lleva su nombre y que fue aplastada por Cicerón en su calidad de cónsul.
- Catón de Utica, Marco Porcio (95-46 a. C.): ardiente defensor de la república romana, se dio muerte con la espada tras la victoria definitiva de César en Thapsos.
- Chalier, Joseph (1747-1793): líder revolucionario de Lyon, partidario de Marat. Ejecutado por los realistas, era uno de los mártires oficiales de la Revolución.
- Chamisso, Adalbert von (1781-1838): poeta lírico alemán. Los versos que encabezan el segundo acto de *Leonce y Lena* proceden, en versión libre, del poema «La ciega».
- Chaumette, Pierre-Gaspard (1763-1794): escritor, revolucionario, en 1792 procurador de París; ateo, se daba a sí mismo el nombre de «Anaxágoras», sofista griego. Detenido en marzo de 1794, fue ejecutado después de los dantonistas.
- Cocles: cf. Horacio Cocles.
- Collot d'Herbois, Jean-Marie (1750-1796): actor, dramaturgo, revolucionario, enemigo de los girondinos y posteriormente de Robespierre. Fue desterrado a Cayena en 1795.
- Couthon, Georges-Auguste (1755-1794): miembro del Comité de Salud Pública y fanático partidario de Robespierre, junto con el cual fue ejecutado. Era paralítico de medio cuerpo.
- Danton, Georges (1759-1794): abogado, gran orador, hábil propagandista. El 14 de julio de 1789 incitó al pueblo a asaltar la Bastilla. En 1790 fundó con Desmoulins y Marat el «Club de los Cordeliers», que pronto superó en fanatismo a los jacobinos. Tras el asalto a las Tullerías fue ministro de Justicia y, como tal, responsable de los «asesinatos de septiembre» de 1792. Primer presidente del Comité de Salud Pública, que condenó a la guillotina a cerca de 40.000 personas, entre ellas a numerosos girondinos. Destituido por la Convención, fue sustituido en la Presidencia del Comité por Robespierre, quien inició el período del «Terror». Al exigir Danton que Robespierre diera fin a las ejecuciones, creció la tensión entre ambos. Danton fue detenido el 31 de marzo de 1794, condenado (por «corrupción y alta traición») y ejecutado el 5 de abril.
- Danton, Louise (1777-1856): segunda esposa de Danton, nacida Gély, con quien contrajo matrimonio eclesiástico en 1793. No se suicidó al ser ejecutado su esposo; se casó por segunda vez y hasta llegó a sobrevivir a Büchner.
- David, Jacques-Louis (1748-1825): pintor francés, panegirista de la Revolución y de Napoleón.
- Desmoulins, Camille (1760-1794): amigo y discípulo de Robespierre. Abogado. Gran orador, iniciador del asalto a la Bastilla. Fundador, con Danton y Marat, del «Club de los Cordeliers» y editor del periódico *Le Vieux Cordelier*, que buscaba el equilibrio y la moderación frente al «Terror» de Robespierre. Fue ejecutado junto con Danton en 1794.
- Desmoulins, Lucile (1771-1794): esposa del anterior; hizo todo lo posible por salvar a su esposo, pero su locura y su entrega voluntaria a la justicia son ficción poética de Büchner. Como consecuencia de la denuncia de Laflotte, fue ejecutada quince días después que su marido.
- Dillon, Arthur (1750-1794): general del ejército revolucionario francés, de origen inglés. Fue ejecutado, junto con Lucile Desmoulins, por haber participado en la conjuración para liberar a Danton.
- Dumas, René-François (1758-1794): antiguo monje, fanático partidario de Robespierre. Entregó a su mujer a la justicia; ésta se libró de la guillotina gracias a la caída de Robespierre. Dumas fue ejecutado junto con este último.
- Dumouriez, Charles-François (1739-1823): general del ejército revolucionario, vencedor de Valmy, decidió restablecer la monarquía constitucional por la fuerza. Al negarle la obediencia sus tropas, escapó a Austria y de allí a Inglaterra. La Convención puso un precio de 300.000 libras a su cabeza.
- Eib, Barón de: nombre ficticio de un agente de la Dieta Federal.
- Emilio, Príncipe de Hesse (179-1876): reaccionario hermano de Luis II.
- Escévola: cf. Mucio Escévola.
- Fabre d'Eglantine, Philippe-François (1755-1794): antiguo religioso, actor y autor de comedias; amaba el dinero y perteneció al grupo de los «falsificadores». Robespierre le hizo encarcelar y ejecutar junto con Danton.
- Flick, Heinrich Christian (1790-?): pastor protestante de Peterweil;

- amigo y correligionario de Weidig, condenado en 1837 a ocho años de trabajos forzados, amnistiado en 1839.
- Floret, Theodor Engelbert (1811-1846): hijo del Juez del Tribunal de Apelación de Hesse Joseph Floret. Fue Consejero de Justicia.
- Fouquier-Tinville, Antoine-Quintin (1746-1795): abogado, y desde 1793 acusador público del Tribunal Revolucionario. Cruel e inexorable, fue el largo brazo del Comité de Salud Pública: condenó a muerte a María Antonieta, a los girondinos, hebertistas, dantonistas. Detenido en 1794, fue ejecutado en mayo de 1795.
- Franckh, Gottlob (1801-1845): librero de Stuttgart, participó en la conspiración dirigida por Koseritz y fue condenado a varios años de prisión.
- Friederike: cf. Brion.
- Gaillard (?-?): actor, partidario de los hebertistas; se suicidó como Catón de Utica.
- Geilfuss, Georg (?-?): ingeniero del Ministerio de Obras Públicas de Darmstadt; miembro de la prohibida asociación estudiantil «Palatia», se vio obligado a emigrar. Posteriormente fue catedrático de Instituto.
- Georgi, Konrad (hacia 1801-1857): juez de la Universidad y consejero de justicia de Giessen. En su calidad de juez de instrucción llevaba el sumario contra Büchner y otros acusados de delitos políticos, aunque era alcohólico y, según informe médico forense, sufría accesos de *delirium tremens*.
- Gozzi, Carlo (1720-1806): cf. Alfieri.
- Hébert, Jacques-René (1757-1794): fundó en la Comuna, junto con Chaumette, la fracción de los hebertistas, que pretendía entregar todo el poder a la Comuna de París e introducir el culto a la diosa Razón. Apresado el 15 de marzo de 1794, fue ejecutado el 24 de marzo.
- Hérault de Séchelles, Marie-Jean (1759-1794): aristócrata, abogado, presidente de la Convención y miembro del Comité de Salud Pública. De tendencia moderada, fue detenido en marzo de 1794 y ejecutado el 5 de abril. Se le consideraba uno de los hombres más apuestos de Francia.
- Herrmann, Martial-Joseph (1749-1795): presidente del Tribunal Revolucionario y ministro del Interior bajo Robespierre; fue guillotinado en mayo de 1795.
- Heumann, Adolph (1811-1852): médico de Darmstadt; por sus actividades conspirativas se vio obligado a emigrar en 1833.
- Horacio Cocles (siglo VI a. C.): héroe romano, salvó a Roma defendiendo valerosamente contra los etruscos el Puente Sublicius (508 a. C.).
- Jaeglé, Johannes Jakobus (1771-1837): pastor protestante de Estrasburgo, liberal e ilustrado. Padre de
- Jaeglé, Louise Wilhelmine, «Minna» (1810-1880): prometida de Büchner; tras la muerte de éste fue directora de un jardín de infancia en Estrasburgo; murió soltera.
- Kaufmann, Christoph (1753-1795), médico y filántropo suizo; conoció a Lenz en Weimar y le ayudó después durante su primer ataque de esquizofrenia, enviándole a reponerse a casa de Oberlin. Las ideas literarias que expone en *Lenz* no son auténticas, pues Kaufmann defendía, como Lenz, lo natural en el arte.
- Klemm, Gustav (1814-1866): propiamente Clemm, estudiante de teología y farmacia en Giessen, miembro de la «Sociedad de los derechos humanos». Tras su detención en abril de 1835 confesó y denunció, entre otros, a A. Becker, Büchner y Weidig, quedando así definitivamente aplastado el movimiento de oposición. Klemm fue condenado no obstante a diez años de trabajos forzados. Amnistiado en 1839, vivió como farmacéutico en Würzburg.
- Koch, Jakob (?-?): estudiante de medicina. Emigró por pertenecer a la prohibida asociación estudiantil de Büchner.
- Koseritz, Ernst Ludwig (1805-1838): militar del país de Wurtemberg, promotor, junto con el librero Franckh, de la conspiración de Wurtemberg; indultado, emigró a América.
- Küchler, Heinrich (1811-1873): médico de Darmstadt, condenado a ocho años de trabajos forzados, amnistiado en 1839.
- Künzler, Heinrich (1890-1873): estudiante de medicina y de teología; fue bibliotecario y profesor de instituto.
- Lacroix, Jean-François-Delacroix (1754-1794): abogado y juez. Perteneció al bando de Danton, con quien fue enviado por la Convención, en 1792, al ejército que luchaba en los Países Bajos. Los girondinos le acusaron de malversación de fondos. Fue ejecutado junto con Danton.
- Lafayette, Marie-Joseph, marqués de (1757-1834): político, general y escritor; presentó en 1789 en la Asamblea Nacional la primera redacción de la Declaración de los Derechos Humanos. Huyó al extranjero en 1792, al ser perseguido por defender la monarquía constitucional.
- Laflotte, Alexandre de (1766-?): abogado y diplomático; encarcelado con Dillon, denunció el plan para liberar a Danton.
- Lambossy, Jean-Moÿse (1810-1872): estudiante de medicina suizo, matriculado con Büchner en Estrasburgo; allí se doctoró en medicina.
- L'Atour d'Auvergne: célebre linaje francés, conocido desde el siglo XIII. Théophile Malo Corret de l'Atour (1743-1800), jefe de granaderos, recibió de Napoleón el título de «Primer Granadero de Francia».
- Lauth, Ernst Alexandre (1803-1837): profesor de fisiología en Estrasburgo.
- Lavater, Johann Caspar (1741-1801): escritor filosófico-religioso, pastor protestante en Zurich. Su obra *Physiognomische Fragmente*, según la cual el alma se refleja en el rostro y en el cráneo, gozó de gran predicamento entre los representantes del *Sturm und Drang*.
- Legendre, Louis (1752-1797): antiguo carnicero, miembro del club de los Jacobinos y de los Cordeliers. Gracias a su ambigua actitud sobrevivió a la caída de Danton.
- Lenz, Reinhold (1751-1792): nacido en Livoria, su familia emigra en 1759 a Dorpat, donde el padre ejerce de pastor. Alumno de Kant en Königsberg; se traslada a Estrasburgo. Allí traba amistad con Goethe y, entre otras obras, escribe *El preceptor y Los soldados*. Allí se enamora también de Friederike Brion. Invitado por Goethe a Weimar, rompe con él (por razones oscuras hasta hoy) y viaja a Alemania del Sur, a Suiza y a los Vosgos (Oberlin). De la época de Weimar datan los primeros síntomas de esquizofrenia, que hacen fracasar todos sus intentos de inserción social y profesional. Durante varios años trabajó como profesor en un pensionado, llevó después una vida errante y fue hallado muerto en una calle de Moscú. Sus obras fueron publicadas en 1824.
- Leónidas (siglo V a. C.): héroe espartano, defensor del paso de las Termópilas durante la Segunda Guerra Médica (480 a. C.).
- Luis I de Baviera (1786-1868): hacía

- pedir perdón públicamente ante su propio retrato a los convictos de crimen de lesa majestad. Büchner no exagera apenas al pintar los rasgos negativos del monarca.
- Luis II de Hesse: intolerante y antiliberal, nada más subir al trono se enfrentó con sus súbditos al exigir que el erario público se hiciera cargo de las deudas privadas que él había contraído durante sus años de príncipe heredero.
- Lucrecia: cf. Apio Claudio.
- Luden, Heinrich (1780-1847): historiador, influenciado por la filosofía de Fichte y Schelling, defensor de las tendencias liberales alemanas; autor de *La historia del pueblo alemán* en doce volúmenes.
- Marat, Jean-Paul (1744-1793): presidente del «Club de los Jacobinos», fanático adversario de los girondinos, responsable con Danton de los asesinatos de septiembre. Fue asesinado el 13 de julio de 1793 por Charlotte Corday.
- Mayer, Karl (1787-1865): fisiólogo de Bonn, publicó en 1833 *Sobre el cerebro, la médula espinal y los nervios*.
- Menzel, Wolfgang (1789-1873): influyente editor de la *Gaceta Literaria* de Stuttgart. Acusó a los escritores de la «Joven Alemania» de propagar ideas subversivas y consiguió que se prohibieran los escritos de Gutzkow.
- Mercier, Louis-Sébastien (1740-1814): periodista y dramaturgo; girondino y enemigo de Danton. Sobrevivió a la Revolución. Su obra *Le nouveau Paris* fue una de las fuentes utilizadas por Büchner.
- Minnigerode, Karl (1814-1894): amigo y discípulo de Büchner en Darmstadt y Giessen. Miembro de la «Sociedad de los derechos humanos». Fue detenido en agosto de 1834 llevando varios ejemplares de *El Mensajero de Hesse*; encarcelado, fue puesto en libertad por razones de enfermedad. Emigró a Norteamérica.
- Mirabeau, conde de (1749-1791): diputado del Tercer Estado y presidente de los jacobinos. Intentó conseguir un equilibrio entre la Revolución y la monarquía. Al enterarse el pueblo, en 1793, de su vinculación a la monarquía, desenterró su cadáver y desparamó sus huesos.
- Momoro: esposa del librero Momoro (?-1794), guillotinado junto con Hébert. En la fiesta en honor de la diosa Razón, organizada por Chaumette, encarnó a la diosa.
- Mucio Escévola (finales del siglo VI a. C.): mítico héroe romano que demostró su valor quemando su propia mano y que contribuyó así a que los etruscos desistieran de tomar Roma (508 a. C.).
- Nievergelt, Ludwig (1813-?): estudiante de agronomía, miembro de la «Sociedad de los derechos humanos». Huyó a Estrasburgo y emigró posteriormente a América.
- Oberlin, Johann Friedrich (1740-1826): durante cincuenta y nueve años fue párroco protestante de Waldbach (Alsacia); pedagogo, filántropo, reformador social. Simpatizó con la Revolución Francesa, ofreció asilo a las víctimas del «Terror», estuvo encarcelado algún tiempo y fue liberado tras la ejecución de Robespierre. Honrado por la Convención Nacional, fue también Caballero de la Legión de Honor bajo Luis XVIII.
- Oken, Lorenz (1779-1851): zoólogo y filósofo, profesor de la universidad de Jena; demócrata radical, tuvo que emigrar a Suiza; desde 1833, rector de la universidad de Zurich. Según su «idea de la representación», todo lo que existe es una consecuencia de la autorrepresentación de la conciencia divina y, de forma análoga, el organismo humano está representado en el reino animal.
- Orléans, Luis Felipe, duque de (1747-1793): pariente de Luis XVI; fue miembro de la Convención y votó en pro de la muerte del rey; sospechoso de pretender la corona, fue guillotinado en 1793.
- Osiander, Friedrich Benjamin (1759-1822): profesor de medicina en Gotinga, publicó, en 1813, un tratado sobre el suicidio.
- Paris, llamado también Fabricius (?-?): miembro del jurado del Tribunal Revolucionario; trató de mediar entre Robespierre y Danton, advirtiendo finalmente a éste de su inminente arresto; detenido él mismo en 1794, fue puesto en libertad y murió pocos años después.
- Payne, Thomas (1737-1809): escritor y filósofo inglés; luchó en Norteamérica a favor de la independencia. Defensor de la Revolución Francesa, fue miembro de la Convención Nacional, votando contra la ejecución de Luis XVI, por lo que fue detenido en 1793; liberado tras la caída de Robespierre, volvió a ser miembro de la Convención; regresó a América en 1802. En prisión escribió un tratado contra la Biblia y la Iglesia (*The Age of Reason*).
- Peche, Therese (1806-1882): conocida actriz alemana; actuó primero en el Hoftheater de Darmstadt y a partir de 1829 en el Burgtheater de Viena.
- Périer, Casimir (1777-1832): reaccionario primer ministro francés.
- Pfeffel, Gottlieb Konrad (1736-1809): lírico y novelista alsaciano, de tendencia crítico-social. Conoció a Lenz e intentó ayudarle.
- Philippeau, Pierre (1754-1794): uno de los pocos creyentes en el entorno de Danton; de tendencia moderada, fue guillotinado por su entereza moral (se negó a retractarse del informe negativo que había dado sobre el corrupto e infame revolucionario Rossignol).
- Pitt, William (1759-1806), «el Joven»: primer ministro inglés; ordenó bloquear todos los puertos franceses para obligar al Gobierno revolucionario a rendirse por hambre.
- Porcia (?-43 a. C.): hija de Catón de Utica, esposa de Marco Bruto, continuadora de las ideas de su padre.
- Ramorino, Girolamo (1792-1844): general polaco de origen italiano; luchó por la libertad de Polonia. Tras la caída de Varsovia huyó a Francia (4 de diciembre de 1831), siendo recibido triunfalmente en Estrasburgo.
- Robespierre, Maximilien-François (1758-1794): abogado de Arras, fue elegido diputado de esta ciudad en los Estados Generales; presidente del «Club de los Jacobinos», desde 1791 uno de los más influyentes líderes de la Revolución; principal artífice de la condena y ejecución de Luis XVI. En 1793 eliminó a los girondinos y gobernó en régimen dictatorial. Para asegurar el imperio de la Virtud eliminó a innumerables héroes de la Revolución. En julio de 1794 exigió una purga en su propio Tribunal Revolucionario, lo que desató la oposición de sus partidarios. El 27 de julio (9 de Termidor) el Tribunal ordenó su detención. Junto con Saint-Just fue guillotinado el 28 de julio de 1794. Fue un extraordinario orador, celebrado y atacado por su severidad de costumbres y sencillez de vida («el Incorruptible»).
- Roland, Jean-Marie (1734-1793): uno de los líderes girondinos, huyó después de la derrota de sus partidarios y se suicidó al ser ejecutada su esposa.
- Ronsin, Charles-Philippe-Henri (1751-94): comandante del ejército

- revolucionario, aplastó el movimiento contrarrevolucionario de Lyon en 1793; fue ejecutado como partidario de los hebertistas.
- Rosenstiel, Ludwig (1806-63): estudiante de derecho en Giessen, amigo de Klemm; a partir de octubre de 1834 se distanció del grupo de Weidig, en especial de la difusión ilegal de *El Mensajero de Hesse*; posteriormente vivió en Darmstadt.
- Rousseau: cf. Saint-Simon.
- Saglio, Florent (?-?): diputado constitucionalista de Estrasburgo en París, contemporáneo de Büchner.
- Saint-Just, Louis-Antoine-Léon de (1767-1794): escritor y periodista. Fanático e inexorable entusiasta de la República, pasó a ser íntimo colaborador de Robespierre, recibiendo el sobrenombre de «discípulo del Mesías». El 28 de julio de 1794 fue ejecutado juntamente con su maestro.
- Saint-Simon, Henri, conde de (1760-1825): creador del primer socialismo, de base ético-religiosa (*Catecismo de los industriales, Nuevo cristianismo*). Los sansimonistas, caricaturizados por Büchner en la figura del predicador A.-René Rousseau, postulaban también la igualdad de derechos de la mujer en el terreno político y sexual.
- Sanson, Henri (1767-1840): sucedió en 1793 a su padre Charles-Henri como verdugo de París.
- Sartorius, Theodor (?-?): estudiante de medicina, condenado en 1836 por su participación en el movimiento liberal estudiantil.
- Sauerländer, Johann David (1789-1866): editor de Francfort, protegió a los autores de la «Joven Alemania». De Büchner publicó el *Danton* y, tras la muerte del escritor, sus obras completas.
- Schulz, Wilhelm Friedrich (1797-1860): oficial del ejército de Hesse, destituido por sus ideas liberales. Convertido en publicista político, fue condenado a cinco años de prisión; se escapó de la cárcel con ayuda de su mujer y huyó a Estrasburgo, donde trabó honda amistad con Büchner; expulsado de Francia, marchó a Zurich, allí enseñó en la universidad y vivió en la misma casa de Büchner hasta la muerte del escritor. Publicó un artículo necrológico en el *Zürcher Zeitung*.
- Schulz, Caroline: desde 1828 esposa del anterior; cuidó a Büchner durante su última enfermedad y escribió un diario sobre su enfermedad y su muerte (publicado en este volumen).
- Schwab, Gustav (1792-1850) y Ludwig Uhland (1787-1862): escritores de la «Escuela suaba», de corte romántico, a la que se oponían Büchner y los poetas de la «Joven Alemania».
- Stamm, Karl (?-1902): condiscípulo de Büchner en Darmstadt, estudiante de medicina en Giessen. Detenido en 1833 por su participación en el complot de Francfort, fue puesto en libertad por falta de pruebas; tras la publicación de *El Mensajero de Hesse*, huyó a Francia y de allí a Suiza.
- Stöber, August (1808-1884) y Adolph Stöber, su hermano (1811-1892): estudiantes de teología en Estrasburgo, eran amigos de Büchner y pertenecían, como él, a la asociación estudiantil «Eugenia». Ambos centraron su interés en el cultivo de la lengua alemana en Alsacia, publicando colecciones de poesías, cancioneros, etc. Los *Alsa-Bilder* fueron su primera publicación en común (1836). Su modelo literario fueron Uhland, Schwab y los escritores de la «Escuela suaba».
- Thudichum, Georg (1794-1873): pastor y profesor de instituto, traductor de Sófocles; detenido por sus ideas liberales y por su lejana vinculación al grupo del *Mensajero de Hesse*, fue puesto poco después en libertad.
- Veleyo Patérculo, Gayo (19 a. C.-30 d. C.): historiador romano, autor de un compendio importante de la historia romana desde los inicios hasta el año 29 de la era cristiana. Virgino: cf. Apio Claudio.
- Vogt, Philipp (1787-1861): profesor de medicina en Giessen, después en Berna.
- Vogt, Karl (1817-1895): hijo del anterior, estudiante de medicina en Giessen, compañero de Büchner. Por sus ideas liberales tuvo que huir a Estrasburgo y a Suiza, donde fue profesor de universidad.
- Walloth, Johann (1810-1877): condiscípulo de Büchner en Darmstadt, estudiante de derecho en Giessen. Huyó a Alsacia en 1835 y en 1849 a Suiza. Posteriormente fue empleado de banco en Ginebra.
- Weidenbusch, Karl Nikolaus (1811-1893): abogado de Darmstadt.
- Weidig, Friedrich Ludwig (1791-1837): pastor protestante, figura central de la oposición política en el sur de Alemania. De ideas democrático-revolucionarias, fue coautor de *El Mensajero de Hesse*. Detenido en 1835, el juez Georgi le sometió a tortura hasta el punto que Weidig se suicidó abriéndose las venas (cuatro días después de la muerte de Büchner).
- Wienberg (1802-1872): escritor alemán, autor de *Ästhetische Feldzüge*, proyectó, junto con Gutzkow, la fundación de la *Deutsche Revue*, orientada en la *Revue des deux mondes* francesa. El proyecto fracasó al ser prohibido el movimiento de la «Joven Alemania».
- Wiener, Hermann (1813-1897): condiscípulo de Büchner en Darmstadt, estudiante de teología en Giessen; detenido por haber participado en el complot de Francfort, huyó a Francia en 1835 y posteriormente a Suiza. Fue profesor de filología clásica en Lausanne.
- Willis, Thomas (1621-75): fisiólogo inglés, describió por primera vez el nervio accesorio.
- Zimmermann, Friedrich (1814-1884) y Georg (1814-1881), su hermano gemelo, eran condiscípulos y amigos de Büchner. Fueron ambos catedráticos de literatura, en el instituto y en la universidad respectivamente.